

La Luz que nos Guía

Amalia Domingo Soler



AMALIA DOMINGO SOLER

LA LUZ QUE NOS GUÍA

DISTRIBUIDO GRATUITAMENTE

**POR EL
C. E. "LA LUZ DEL CAMINO"**

**Presidente
JOSÉ ANIORTE ALCARÁZ**

**C/ Cádiz nº 13 bis, Urbanización Montepinar
03300 Orihuela (Alicante)
Teléfono 965 369 515
España**

La recopilación y selección de estos escritos, verdadero tesoro de Luz Espiritual, es un trabajo exclusivamente realizado por el **Centro Espírita “La Luz del Camino”**.

Todos los componentes de este Centro y nadie más que ellos, han participado en la elaboración de este trabajo, uno de los más importantes realizados hasta ahora para la divulgación del Espiritismo en el mundo.

Con los libros **“La Luz del Porvenir” “La Luz del Camino” “La Luz de La Verdad” “La Luz del Espíritu” y “La Luz Que Nos Guía”** en un total de 100.000 unidades distribuidas gratuitamente en España y en América, continuamos este trabajo:

Trabajo que no habríamos podido realizar nunca, sin la dirección, inspiración y ayuda de este gran Espíritu de Luz, trabajador incansable en la divulgación del Espiritismo, **Amalia Domingo Soler**.

Queda libre la impresión y traducción de esta obra a cualquier idioma, con el riguroso compromiso de no alterar nada de su texto y remitir dos ejemplares a:

Centro Espírita “La Luz del Camino”
C/ Cádiz Nº 13 Bis, Urbanización Montepinar
03300 Orihuela (Alicante)
ESPAÑA

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

PRÓLOGO

Con este prólogo doy comienzo al nuevo libro “La Luz Que Nos Guía”, recopilado y seleccionado de entre los mejores escritos de esta insigne escritora del Espiritismo Amalia Domingo Soler. Yo me siento feliz y eternamente agradecido a este Espíritu amigo al que tanto quiero, por haberme utilizado como instrumento para dar a conocer, en todos los países de habla hispana, lo mejor de sus escritos.

Hoy que hemos visto en nosotros la muerte del hombre viejo, con sus vicios y sus debilidades, dando paso al nacimiento del hombre nuevo, deseoso de cambiar y luchar para conseguir su transformación, para descubrir la verdad y conseguir la paz que nuestro Espíritu, hambriento de justicia desea. Esta nueva vida nos marca el rumbo que debemos seguir y sin embargo nuestro organismo, deformado por la vejez, entorpece nuestro paso, buscando nuestro cuerpo un hoyo en la tierra, mientras nuestro Espíritu pretende ser un nuevo habitante en los mundos de Luz. Nosotros somos hijos de Dios, la fe y la creencia nos da la fuerza necesaria para seguir caminando hacia Él. Con la comunicación de los espíritus y con el sonido de su voz, hemos despertado un sentimiento íntimo en el alma inexplicable, y una nueva idea de Dios toma forma en nuestra mente con la certidumbre de que hay una inteligencia suprema superior, que todo lo ha creado.

El cuerpo humano es el instrumento que necesitamos mientras estamos en este mundo, pero nuestro ser espiritual, funciona eternamente conservando su individualidad. El alma vive realmente cuando se ocupa de su perfección y trabajando en su progreso indefinido responde a la grandeza de su creador.

El hombre se eleva superándose de todos los rutinarismos terrenales y le es muy difícil darse cuenta de lo que siente y mucho menos comprender sus sentimientos, pero cierra los ojos y busca a Dios en el fondo de su alma, porque está en la conciencia de todos los hombres ¡Feliz el hombre que comprende la grandeza y sabiduría de esta fuerza creadora!.

Las ideas nuevas responden a exigencias sociales, a necesidades que ya dejan sentir, a la creencia, al progreso y a la nueva civilización. De momento no se imponen en la conciencia humana, y menos aún en la opinión de ciertas clases sociales, porque el hombre aún vive esclavizado a las tradiciones del pasado, pero yo estoy plenamente convencido de que con una firme y decidida voluntad se puede propagar la idea espiritista que ha de proporcionar al hombre el conocimiento y la lógica esperanza para enfrentar con resignación las duras pruebas de la vida.

El Espiritismo ha venido a quitarnos el velo que nos impedía comprender el porqué de nuestra vida, el porqué de nuestra muerte, de nuestros goces y de la existencia de esos seres tan desgraciados que sólo han venido a la Tierra para sufrir y llorar.

Si supiéramos comprender todo el bien que esta doctrina hace a esta triste humanidad, no escatimaríamos ningún esfuerzo, por grande que éste fuese, para divulgarla y hacerla comprender a todos aquellos que la necesitan, que se sienten desgraciados y pueden ser consolados conociendo la ciencia espírita, que es una chispa de luz desprendida del mundo mayor para iluminar a la humanidad.

El racionalismo religioso es una escuela creada por Jesús y hoy reencarna nuevamente, hoy se levanta porque la Tierra ya está preparada para recibir esta savia generosa y los espíritus aceptaron la misión sagrada de destruir la esclavitud de los hombres, esclavizados a los fanatismos religiosos.

Hoy tenemos diversidad de libros, dictados por espíritus de gran elevación, que nos revelan todos los misterios y que están al alcance de todos los seres algo pensadores, que buscan una creencia, una doctrina racional, que explique el verdadero desenvolvimiento de la vida, el estudio de sus múltiples manifestaciones, el análisis de sus leyes, el examen de sus principios y el exacto conocimiento del destino del Espíritu, esto es el trabajo del racionalismo religioso, conquistador incansable a quien no seduce los halagos de fáciles placeres, ni le amedrentan los obstáculos que a su paso le presenta la ignorancia.

Los hombres han reformado las religiones, haciendo de ellas un tamiz por el cual pasan las debilidades y los crímenes según convienen para la explotación de la vida y los seguidores de estas religiones están muy satisfechos, y en realidad pueden estarlo, porque estas religiones, dejan contentos a todos los que quieren vivir entregados a su capricho y a su voluntad, sobretudo a la satisfacción de todas las ambiciones terrenales. ¡Cuánta falsedad hay en las religiones! Por esto el Espiritismo no es una nueva religión, aunque algunos quieran hacer de él una religión y sólo la ignorancia de algunos fanáticos podrá darle en algunos lugares más o menos formalismos. Pero en realidad el Espiritismo lo que sí hace es quitarle el antifaz a las religiones, no creando ningún nuevo culto porque no es necesario. Despierta al hombre de su letargo y le hace comprender que las religiones son convenios sociales creados en la Tierra; en ella nacen y aquí se quedan, pero la religión del bien, de Dios viene y a Dios va.

El Espiritismo es la demostración sencilla y natural de que somos espíritus que viven eternamente y que eternamente progresamos, siendo nosotros los únicos constructores de nuestro destino.

Si queremos ser grandes lo seremos, porque la grandeza del Espíritu no es otra que el trabajo acumulado de miles de existencias en las cuales hemos ido acumulando los méritos que pueda tener nuestro Espíritu.

Estoy plenamente convencido de que la mayor caridad que un espírita puede hacer, es divulgar las verdades que esta doctrina filosófica y científica encierra, porque es la redención social de los pueblos y nos hace comprender la verdadera grandeza de Dios, demostrándonos que los cielos y los infiernos de las religiones son obra de los hombres, imperfectos y frágiles puesto que caen con el soplo de la razón. Una religión sin ciencia es un mundo sin leyes de atracción; y es una desgracia para la humanidad que cree lo que no comprende. En el espacio, no hay ni ángeles ni demonios, pero sí hay espíritus de luz y espíritus de sombras, que son los seres buenos y malos que antes ya han vivido aquí en la Tierra; hacen uso de su derecho y de su libertad y nuestro deber es aprender y saber distinguirlos. Con los falsos médium y con los espíritus engañosos hay que estar siempre en guardia, y nosotros los espíritas, debemos estar siempre preparados para no dejarnos engañar ni por los unos ni por los otros.

La ley de Dios no es más que una, cada cual recoge lo que cosecha y se merece, la injusticia no existe, Dios es todo lo exacto; el llanto se hizo en la Tierra para regar la senda de la expiación. Para el Espíritu que desea saber, nunca el conocimiento está oculto, y más vale llorar conociendo que reír en la ignorancia. Los espíritus no convierten a los hombres pensadores en simples máquinas, al contrario, nos demuestran que el que quiere estudiar y trabajar, encuentra la luz que busca; y así comprendemos fácilmente que si no queremos ser atropellados mañana, no debemos atropellar hoy, porque el Espíritu es el heredero eterno de sus obras y el porvenir es el producto de nuestro presente. El verdadero espiritista sabe que su trabajo es útil para sus semejantes y muy especialmente para sí mismo; también sabe que para orar no se necesita hablar, sino sentir, porque la oración nace del alma, por lo que, la oración es... lo que se siente, es la medida exacta de la altura del Espíritu.

Yo seguí los consejos de los espíritus; he trabajado más de cuarenta años, propagando por medio de los libros, las verdades indiscutibles del Espiritismo. Mis amigos del espacio me animan e inspiran. Y en este mundo, mis hermanos en creencias, me dan pruebas inequívocas de su simpatía y afecto; esto a mí me hace feliz y me compensa profundamente de todos los sacrificios que haya podido hacer. También quiero dar las gracias a nuestro amigo y hermano en creencias Salvador Sanchís Serra que me ha facilitado el material necesario para la composición de este libro, deseando que en el mundo espiritual reciba el premio merecido por este trabajo.

Concluyo este prólogo mis queridos lectores, con el especial deseo de que este nuevo libro, sea una luz que ilumine nuestro Espíritu. En nombre de este buen Espíritu que me guía en mi trabajo, os deseo mucha paz.

José Aniorte Alcaráz

INTRODUCCIÓN

JUSTO TRIBUTO

Vamos a ocuparnos de un acontecimiento, que a pesar de reproducirse continuamente, pues en la lista de los fallecimientos de las grandes ciudades no pasa un solo día en que no se de cuenta de tantas o cuantas defunciones, sin embargo, hay muertes, mejor dicho, hay seres que cuando abandonan la Tierra dejan un vacío en la sociedad o en la escuela a que pertenecen, que difícilmente puede llenarse con el trabajo y la sensatez de otro ser que se asemeje al que en cumplimiento de justa ley, rompió las ligaduras de su envoltura material y dejó su cuerpo inerte en la fosa, mientras su Espíritu voló al espacio buscando nueva vida y nueva acción; y de uno de estos seres irremplazables vamos a ocuparnos, de D. José María Fernández Colavida que en el año 1819 vino a la Tierra dejándola el 1º de Diciembre de 1888, cuentan sus biografías que nació a orillas del Ebro, más... bien considerado, lo mejor será que copiemos textualmente lo que sobre Fernández publicó el Almanaque Espiritista de 1873.

“Tenemos que ocuparnos de uno de los más incansables y ardientes partidarios de la doctrina espiritista a la que ha llegado por una intuición manifiesta desde la infancia, por el reconocimiento de la influencia providencial en los hechos culminantes de su vida, por la lógica misma del sistema filosófico, y lo que es más notable, por el sufrimiento, y por las pruebas”.

“Los padres del Sr. Colavida murieron bien desgraciadamente; uno fusilado por los furores de la política, otra muerta también violentamente, por la imprudencia de un cazador, desgracias ambas, capaces de llenar de eterna melancolía el corazón de un hijo amante”.

“El Sr. Fernández Colavida nació en 1819, a orillas del Ebro; sus estudios fueron interrumpidos por la guerra civil, y se vio obligado a dejar los libros por la espada, que a la conclusión de la lucha fratricida, borrón de nuestra historia contemporánea, volvió a cambiar por aquéllos”.

“Los azares de la guerra mermaron en gran escala su familia y bienes, y en la imposibilidad de continuar una larga carrera científica, por falta de medios materiales, concluyó la del notariado, bajo la influencia de la perniciosa estrella que alumbró su nacimiento, pues el ministerio Mayans trastornó sus planes, al quedar domiciliado en Barcelona en 1844 para dedicarse a los trabajos de su escribanía”.

“Influido por la ilustración nada común de su padre, fue cristiano sin sombras de fanatismo, y como quedó huérfano cuando más necesarios le eran los paternales consejos, luchó en su conciencia con los abusivos ritos e intolerantes dogmas de la escuela católica y concibió el proyecto de la publicación de un periódico conciliador que fuera expresión de sus sentimientos y aspiraciones religiosas”.

“En aquella época conoció la doctrina espírita, hallando en ella la solución de sus dudas, y dedicándose a su propaganda, pues el hombre no satisface su conciencia hasta que no trata de hallar para los demás el bien en que él descansa”.

“Aconsejado por los espíritus para que tradujera y publicara las obras más a propósito para la iniciación en las doctrinas espiritistas, cumplió los deseos de los buenos espíritus, y lo amplió publicando en el año 1869 una revista sobre la materia, que continúa viendo la luz”.

“Efecto de la gran propaganda hecha para la expedición de sus traducciones, el Sr. Fernández Colavida ha recibido comunicaciones de Montevideo, Buenos Aires, Bogotá, Río Janeiro, Lima, Cusco, Guayaquil y Filipinas; puntos en donde Germinaba el estudio del Espiritismo, al que contribuyó en gran manera”.

“La vida del Sr. Fernández Colavida abunda en hechos desgraciados, y su fe en la consoladora doctrina que tan acérrimamente sostiene, es tan grande, por haber sido depurada en el crisol del infortunio, como grande es la satisfacción que tenemos al consignar que el hermano de que nos ocupamos es de los primeros espiritistas españoles por su celo, por su modestia, por su laboriosidad, y digno de premio por lo mucho que ha sufrido”.

De otros apuntes biográficos insertamos a continuación los siguientes párrafos:

“Cuando la última guerra carlista, con todo su aparato de horrores, cuando estaba en el más alto grado de su apogeo, surgió la idea de terminar tan fratricida lucha que convertía el suelo patrio en teatro de sangrientos y espantosos dramas. No diremos que fuera Fernández el que lanzara a los vientos de la publicidad tan humanitario proyecto; pero sí consta que fue quien más directamente influyó cerca de D. Ramón Cabrera para que publicara su célebre manifiesto, en cuya redacción intervino, el cual fue la aurora que llegó a dar luz a aquel sombrío cuadro, proclamando la paz entre hermanos y llevando el consuelo a millares de familias que gemían bajo el ignominioso y férreo yugo de tan bárbara opresión”.

“¿Obraría en tal ocasión nuestro malogrado hermano, influido acaso por el recuerdo doloroso que conservaba de su campaña en la guerra de los siete años, la cual fue causa del fusilamiento de su padre y la ruina de su familia? No cabe dudarlo desde el momento que las gestiones practicadas por Fernández a favor de la paz tuvieron el carácter de frágil agitación. Por su cuenta se imprimían multitud de proclamas que a costa de innumerables sacrificios imposibles de describir llegaban hasta las filas

carlistas y hacían vibrar las cuerdas del sentimiento humano, adormecidas, mudas en el corazón de aquellos soldados que tan súbitamente fueron deponiendo su bélica actitud”.

“De la casa de nuestro amigo salían diariamente cestos llenos de impresos, cuyos bultos simulaban envíos de dulces y frutas, facturándolos para todos aquellos puntos de la península donde más encarnizada estaba la lucha. Los ordinarios de los pueblos eran inconscientemente los instrumentos de que se valían los delegados de nuestro hermano para esparcir por doquiera sus mensajes de paz. Inmensos eran los sacrificios que este trabajo le ocasionaba y él los soportaba sin la ayuda de nadie, pues cuando se trató de recompensárselo enviándole remesas de fondos de los destinados por el Estado y por el mismo Cabrera a la propagación de la paz, Fernández los devolvía diciendo que cuanto ejecutaba era muy poco para que pudiera saldar la cuenta que tenía pendiente por su campaña de la juventud; y téngase en cuenta que algunas partidas de fondo no bajaban de 20.000 pesetas y que por aquel entonces no contaba más que con el corto sueldo que su cotidiano trabajo le proporcionaba”.

“A la terminación de la guerra se ofreció a nuestro amigo el retiro de Coronel, empleo alcanzado después de siete años de continua lucha, cuyos honores y retribución rehusó a pesar de haberse en ello empeñado elevadísimos personajes”.

“Fernández ha llevado una vida de incesante trabajo moral y material y su mayor timbre de gloria tal vez sea el haber muerto pobre dejando por toda herencia a su familia un nombre admirado y bendecido, lo cual es mucho más estimable que todos los tesoros del mundo y que todos los oropeles efímeros de los poderes sociales”.

El Diluvio, periódico que se publica en Barcelona, al ocuparse de la muerte de Fernández, dijo lo siguiente:

SÉALE LA TIERRA LIGERA

Después de una ligera y penosa enfermedad ha fallecido en esta ciudad D. José M^a Fernández Colavida, presidente que fue de la Asociación de Amigos de los pobres y fundador y propietario Director de la Revista de estudios psicológicos.

Era el Sr. Fernández Colavida un apóstol del Espiritismo y durante veinte años lo ha propagado y defendido en la prensa ya desde las columnas de la Revista de Estudios Psicológicos, ya en un gran número de obras que, o traducidas u originales dio a su publicación, expendiéndolas a precios tan fabulosamente baratos que escasamente representaban su coste.

Si no estamos mal enterados el Sr. Fernández Colavida en su juventud había pertenecido al carlismo y hasta lo había defendido con las armas en las manos, alcanzando graduación en las filas de D. Carlos, pero cuando conoció el Espiritismo con las ideas de progreso indefinido que éste predica, abandonó por completo la causa del retroceso, se humanizó por entero y hasta sospechamos que llegó a arrepentirse de haber empleado mal el tiempo que dedicara a imponer por la fuerza las ideas retrógradas de los que quisieran volvernos a los tiempos de Felipe II, de Carlos II o de Fernando VII.

Desde esta transformación el Sr. Fernández Colavida fue otro hombre. La vida del apostolado por la nueva doctrina le ha llevado a morir pobre. La idea del lucro quedó en ser su abandonada por completo ante la idea humanitaria, realizando así un gran progreso rayano en el heroísmo.

Nada más cierto Fernando ha sido un verdadero apóstol del Espiritismo; ha amado su ideal filosófico sobre todas las cosas de la Tierra, y bien lo probó cuando en el día 9 de Octubre de 1861 en la explanada de Barcelona en el lugar donde se ejecutaban los criminales condenados al último suplicio, por orden del Obispo de la ciudad Condal fueron quemados trescientos volúmenes y folletos sobre Espiritismo, propiedad del Sr. Fernández. Éste siguió imperturbable su trabajo de propaganda fundando su Revista de Estudios Psicológicos en Mayo de 1869, Revista que hasta sus postreros instantes ha cuidado como padre amorosísimo para que no le faltara a la hija de su trabajo y de su perseverancia el nutritivo alimento de artículos filosóficos, narraciones científicas, crónicas interesantes y todo cuanto puede embellecer a un periódico, dotándole además de condiciones materiales inmejorables, siendo la Revista de Estudios Psicológicos el mejor periódico espiritista de España por su recto criterio, por la ciencia profunda de sus enseñanzas, por su concienzuda y analítica observación, por su prudente reserva y separación completa de todo ideal político, la Revista de Fernández ha sido puramente Espiritista, y este es su mejor abolengo. Fernández ha sido uno de los espiritistas que más ha trabajado en España en la activa propaganda del Espiritismo, pero su trabajo no ha sido ruidoso; para verle a él en el lleno de sus admirables facultades, era necesario ir a su casa y penetrar en su despacho, amueblado sencillamente, pero la limpieza y el buen gusto embellecían aquel aposento en el cual siempre entrábamos con respeto. Tras de una gran mesa cubierta de libros y periódicos se encontraba a Fernández leyendo atentamente innumerables cartas de consultas espiritistas. Desde el general hasta el último soldado, desde el severo magistrado hasta el culpable presidiario, desde la honrada madre de familia hasta la mujer de galante

historia, todos acudían en demanda de consejo y de explicaciones sobre los fenómenos espiritistas; y Fernández, con una paciencia asombrosa, con una lógica admirable contestaba a todas las preguntas que le hacían con cartas extensísimas en las cuales había más pensamientos que palabras. Si fuera posible reunir todas las epístolas que escribió Fernández sobre Espiritismo se formaría una colección que valdría tanto o más que las obras de Allan Kardec. Nosotros le decíamos muchas veces: A usted hay que llamarle el hombre de las cartas por excelencia.

El trabajo epistolar es enojosísimo, reclama tiempo, esfuerzo intelectual y gasto pecuniario continuo para no tener el menor lucimiento; porque una carta después de leída y contestada, por regla general se rompe; mientras que un mal artículo que se publica se lee y se comenta y da lugar a diversas discusiones, mientras que la carta por buena que sea, suele no leerla más que el interesado; y a este trabajo de verdadera abnegación se dedicó Fernández la mitad de su vida terrena.

Téngase en cuenta que no somos amigos de alabanzas póstumas, damos a cada cual lo que se merece, y nada más justo que hacer constar lo que fue Fernández dentro de la Escuela Espiritista.

Hace tres años que Fernández no vivía, porque padecer continuamente no es vivir, y a pesar de su inmenso sufrimiento, a pesar de su angustia incesante, su inteligencia no perdió un solo instante su admirable lucidez. Sus preguntas intencionadísimas herían a fondo cuando, hablaba sobre los malos centros espiritistas, y su profundo conocimiento del Espiritismo le hacía encontrar el ridículo de la inocente credulidad, donde los demás espiritistas veían glorias y triunfos.

Cuando entramos en su alcoba y vimos su cadáver tendido sobre su lecho, se levantó ante nosotros su gran figura como apóstol del Espiritismo, y al verle despojado de las miserias humanas, al verle desprendido de su envoltura material, nos pareció mucho más grande de lo que le habíamos visto durante su permanencia en la Tierra.

Gran número de espiritistas, (pero no todos los que debían haber acudido) le acompañaron al cementerio de los disidentes, sobre la caja depositaron dos coronas de flores los amigos del afinado, las gasas que pendían del féretro las llevaron el Presidente del Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos y los señores Agramonte, Casanova, Dieguez y otros cuyo nombre no recuerdo, presidió el duelo el Vizconde de Torres Solanot y un sobrino del difunto, al llegar al cementerio condujeron el cadáver hasta detenerse delante de su última morada, allí abrieron la caja, y los últimos rayos del Sol poniente lanzaron sus pálidos reflejos sobre la venerable cabeza de Fernández.

¡Momentos solemnes! La multitud conmovida y silenciosa rodeó el ataúd mirando con avidez el cuerpo del filósofo que pronto iba a desaparecer tras de la losa del sepulcro. El Vizconde de Torres Solanot profundamente impresionado anunció a los circunstantes que la directora de La Luz Del Porvenir iba a leer una poesía, y acto seguido leímos la composición siguiente:

Ha perdido la escuela espiritista
uno de sus más firmes campeones;
¡Feliz aquel que con valor conquista
la fe de sus profundas convicciones!

¡Feliz el que consagra una existencia
a defender su credo sacrosanto;
y busca en los misterios de la ciencia
el medio de enjugar mares de llanto!

¡Feliz el que proclama con anhelo
de la verdad sublime la enseñanza;
y a todos los que gimen abre un cielo
y al náufrago da un puerto de bonanza!

Esto Fernández hizo; convencido
que la verdad suprema poseía,
con un trabajo nunca interrumpido
ni en sus postreras horas de agonía:

Dejó de difundir los resplandores
del astro que su mente iluminaba;
matizando con vívidos colores
cuanto en su noble anhelo pronunciaba.

Fue el Kardec español; a su memoria
debemos erigir un monumento;
¡Que bien merece perpetuar su gloria
el que tuvo tan claro entendimiento!

El que supo luchar con heroísmo
aunque sus libros consumió la hoguera:
¡Apóstol del moderno Espiritismo!...
de la fe racional clara lumbrera!

Duerma tu cuerpo, no en humilde fosa,
(Que mármoles merecen tus despojos:)
para el que tuvo vida tan honrosa
y por su ideal sufrió tantos enojos.

Debemos levantar a su memoria
¡Gigante monumento de granito!
para su nombre... la terrena gloria:
Para su alma... ¡La luz del infinito!

Fue muy bien acogida la idea de levantar un monumento a la memoria de uno de los más grandes espiritistas españoles, el señor Casanova habló más extensamente sobre la misión de Fernández y el Vizconde de Torres Solanot leyó algunas líneas dedicadas al Kardec español; mientras esto sucedía nos sentamos a corta distancia del lugar donde se le rendía el último homenaje a uno de los obreros del progreso, y allí dimos gracias a Dios por haber llegado España a un grado tal de adelanto, que libremente, sin discordias, sin escándalos, sin contienda con los ministros de ninguna religión se entierra dignamente a los libre pensadores rindiéndoles el justo tributo a que se han hecho merecedores por su trabajo realizado en la Tierra, sin que nadie intervenga ni moleste en actos tan solemnes a la familia y compañeros del finado.

He aquí la realización de nuestros sueños: libertad y respeto para todos los credos; porque todos caben dentro de las naciones civilizadas. Todas las iglesias pueden elevar sus torres, todos los creyentes, escépticos o ateos pueden enterrar a sus muertos al uso y manera que esté más en armonía con sus creencias y costumbres.

¡Bendito sea el progreso universal!

Al comprender que la lectura de Torres Solanot había terminado, nos acercamos a mirar por última vez la noble cabeza del filósofo que pronto iba a desaparecer y a perder su forma en cumplimiento de leyes inmutables.

Los preliminares del enterramiento son sin duda alguna dolorosos, y cuando ponen la losa cubriendo la negra boca del nicho se siente un frío glacial; muchos de los que allí estábamos reunidos lo sentíamos, y melancólicamente impresionados dimos un adiós al fúnebre recinto y emprendimos la marcha hablando sobre el proyecto de erigir un sencillo monumento a la memoria de Fernández dentro del cementerio civil como lo tiene Allan Kardec en la Necrópolis del Pere Lachaise en París.

-¡Oh! Sí, sí; (dijo el Vizconde de Torres Solanot), el pensamiento iniciado por Amalia Domingo debe llevarse a cabo y se llevará; estoy plenamente convencido de ello. Debemos levantarle un dolmen, es un monumento funerario druídico a celta, compuesto de dos piedras de granito, en bruto sin labrar, colocadas perpendicularmente, y sobre ellas una tercera piedra igual, descansando un poco oblicuamente.

La sociedad espiritista de París, en la reunión que celebró inmediatamente después de los funerales de Kardec, acordó erigirle un monumento alusivo e imperecedero, en el lugar donde descansaban sus restos mortales.

Y como entre todas las creencias antiguas, el druidismo practicado por los habitantes de la Galia, es el que más se aproxima a la doctrina espiritista, se acordó erigir a Allan Kardec un dolmen, como expresión del carácter del hombre y de la obra que se trataba de simbolizar. Monumento representativo de la sencillez como el hombre por quien se levantaba, y creo que Fernández es tan merecedor como Allan Kardec de un monumento que recuerde su paso por la Tierra.

Todos estuvieron conformes en que se abriera una suscripción para costear los gastos de dicha obra, que por humilde y modesta que sea siempre es necesaria la cooperación de muchos para empresas semejantes cuando los iniciadores carecen de fortuna.

Llegó el momento de subir a los coches y nos separamos unos de otros después de haber cumplido con el deber sagrado, acompañando a su última morada a uno de los grandes obreros del Espiritismo.

Al dar cuenta de la desencarnación de Fernández, rogamos a la prensa espiritista nacional y extranjera, que reproduzca a las columnas de sus periódicos lo que crea más interesante de nuestra narración, para que la suscripción al monumento de Fernández aumente todo cuanto sea posible y para esto es necesario dar la mayor publicidad al proyecto.

Se admiten donativos desde cinco céntimos en adelante y se ruega que lo mismo los espiritistas que los libre pensadores que quieran tomar parte o contribuir a la realización de esta obra con su trabajo intelectual y material, si quieren hacer gratis el modelo del monumento, diciendo al pié su coste, pueden entregar o remitir el diseño o plano a la Redacción de La Luz del Porvenir, Cañón 9 en Gracia (Barcelona) a nombre de Amalia Domingo Soler, y formando una junta de personas inteligentes en la materia, escogerán el proyecto, mejor dicho el modelo que reúna mejores condiciones en mérito artístico y en economía, pues nosotros no queremos nada superfluo ni suntuoso, no porque la memoria de Fernández no sea acreedora en nuestro concepto, a tumba tan grandiosa como la tuvieron los reyes de Egipto y los monarcas mexicanos, sino porque los iniciadores de tal idea somos muy pobres y no debemos exigir de otros un sacrificio que no sea posible hacerlo igual.

La tumba de Allan Kardec es sencilla y grandiosa a la vez, bajo la tosca bóveda del dolmen está el pedestal con el busto del maestro, y esto mismo o cosa parecida queremos nosotros, el busto de Fernández para perpetuar su memoria en la Tierra el mayor tiempo posible.

La escuela espiritista faltaría a su deber si no le diera honrosa sepultura al que tradujo al español las obras de Allan Kardec, todos estamos obligados a contribuir para la realización inmediata de tal proyecto y rogamos encarecidamente a nuestros hermanos de la Península, de Cuba, de Buenos Aires y de México, por ser todos estos con quien estamos en relación más directa, que hagan cuanto humanamente puedan por secundarnos, que trabajen por adquirir donativos, y cuanto reciban en metálico lo envíen como los diseños del monumento, a la directora de La Luz del Porvenir porque ya que nosotros fuimos los iniciadores, nos corresponde el trabajo que ocasiona esta clase de asuntos de dar cuenta de cuanto se reciba, del modo que se emplea o del sitio en que se deposite hasta tener la suma total de lo que se necesita.

En uno de los próximos números diremos el mínimo de lo que podrá costar el monumento incluyendo el precio del terreno, y con perseverancia y buena voluntad creemos que conseguiremos nuestro noble objeto, que no es otro que honrar la memoria de un verdadero apóstol del Espiritismo que hizo a favor de la escuela espiritista cuanto su saber le permitió y cuanto pudo con los escasos bienes que poseía que no eran otros que el producto de su asiduo trabajo; y el que emplea todo su tiempo, toda su inteligencia y el total de sus modestos ahorros en pro de un ideal filosófico, bien merece (pues ganado lo tiene) unos cuantos palmos de tierra, tres o cuatro fragmentos o sean trozos de granito y la inspiración de un artista que con mano inteligente modele en mármol, o en bronce su cabeza, en la cual tuvieron cabida los más nobles y levantados pensamientos.

Esto merece Fernández, y si la escuela espiritista no es ingrata, en el cementerio civil de Barcelona, tendrá Fernández dentro de poco tiempo un sencillo monumento.

¡Espiritistas! Honremos la memoria de un gran hombre y nos honraremos a nosotros mismos.

CAPÍTULO I

ORGULLO Y CREDULIDAD

Entre los muchos enemigos que se crea el hombre, el orgullo y la credulidad son dos grandes barreras que interpone entre él y el progreso, siendo muy perjudicial en el Espiritismo la buena fe de los espiritistas crédulos que consideran a los espíritus como dioses invisibles a los cuales consultan en todos los apuros de su vida, y les piden su parecer para lo más trivial sin atreverse a dar un paso, sin consultarles antes.

Entre el uso y el abuso, hay un mundo de por medio. Estamos muy conformes con que se desarrollen las mediumnidades y nos relacionemos con los espíritus, porque es muy necesario la comunicación ultra-terrena; pero de esto a dejarnos guiar ciegamente por lo que nos dicen los invisibles, hay una notabilísima diferencia.

En el Espiritismo como en todas las creencias, hay su parte ridícula, siendo el orgullo y la credulidad los que se encargan de ridiculizar lo más grande, lo más sublime, lo más portentoso, la comunicación de los espíritus.

Por un misterio incomprensible para nosotros, una gran parte de los espiritistas antes de ser aprendices se declaran maestros, se proclaman independientes y se nombran directores de los grupos espíritas, y con la mejor buena fe evocan a los espíritus entregándose en cuerpo y alma a la voluntad de los invisibles, lo que da lugar a esas terribles obsesiones que son la desgracia de muchas familias.

Como útil ejemplo vamos a contar lo que está pasando en un pueblo cuyo nombre omitimos.

Unos cuantos hombres de buena voluntad formaron un centro espiritista, donde se estudiaban las obras de Kardec con bastante buen sentido. Como en todas las reuniones hay hombres orgullosos, pronto en dicha sociedad se formó un grupo de disidentes que alucinados formaron reunión aparte para preguntar a su antojo a los espíritus y perder el tiempo en frivolidades.

Muchos ignorantes creen que el Espiritismo ha venido para darnos el maná o cosa parecida, que no tenemos que ocuparnos en pensar, sino en seguir buenamente lo que nos digan los espíritus, y así lo creyeron sin duda los espiritistas que formaron grupo aparte en el pueblo en cuestión, porque sin tomarse la molestia de ver si el sitio que les designaban era a propósito, dijeron a los espíritus que querían plantar un huerto, y que les indicaran donde habían de dirigirse para encontrar agua abundante que fertilizara sus sembrados, y los espíritus les dijeron que en un lugar cuyo suelo estaba formado por duras rocas, comenzaran a trabajar con todos los útiles necesarios y sus correspondientes barrenos, y pronto verían coronados sus esfuerzos y sus trabajos por un éxito feliz, porque al abrir el pozo el agua subiría a flor de tierra y la felicidad sería completa, que al mismo tiempo, de un olivar cercano arrancasen todos los olivos, que lo araran y lo prepararan y sembraran las semillas que pronto serían fertilizadas por el agua que entre las rocas brotaría prodigiosamente; y aquellos infelices alucinados, sin consultar con ninguna persona entendida, comenzaron a trabajar sin descanso, dejando de acudir a ganar su jornal, dedicando todos los instantes de su vida al improbable trabajo aconsejado por los espíritus.

Los demás habitantes del pueblo, algunos de ellos muy conocedores del terreno, al verlos trabajar en un sitio donde no hay ninguna probabilidad de encontrar agua, se ríen de sus locas ilusiones, y lo que es peor aún, se mofan con razón del Espiritismo y dicen que los espiritistas son unos locos pacíficos. ¿Y quién tiene la culpa de estos contratiempos? El orgullo y la credulidad; habiendo un verdadero contrasentido con estos obsesados: son orgullosos por no reconocer la autoridad de algunos hombres más entendidos y más prácticos; y son crédulos hasta el extremo de dejarse engañar por los espíritus; no quieren ser dominados por la razón, y se convierten en siervos de la ignorancia abdicando de los legítimos derechos que tiene el hombre para pensar por sí mismo y ver el pro y la contra de todos sus proyectos.

Somos entusiastas del Espiritismo, necesitamos la comunicación de los buenos espíritus como las flores necesitan el rocío de la noche y los rayos del Sol de la mañana para poder vivir.

Sí; necesitamos oír la voz de los invisibles como necesita el enfermo la salud.

Como el prisionero, la libertad.

Como el desesperado, la esperanza.

Como el sediento, el agua del puro manantial.

Como el hambriento, el pan de la hospitalidad.

Como el ciego, la luz.

Como el mudo, la palabra.

No podemos comprender la vida sin la certidumbre de un más allá; pero a pesar de sernos poco menos que indispensable la comunicación de los espíritus, renunciaríamos a ella en absoluto si comprendiéramos que habíamos de ser un día juguete de los invisibles, si viéramos que perdíamos por una parte el respeto y la consideración a ciertos seres superiores a nosotros en conocimientos, en

moralidad o en iniciativa, y por otro lado nos sometíamos a los caprichos y a las exigencias de los seres de ultra-tumba que halagando nuestra vanidad nos dijeran: ¡Tú eres grande! ¡Tú posees la verdad! Esto y la dominación clerical es una misma cosa, con la sola diferencia que unos están en el escenario del mundo y otros tras el telón de la muerte.

Nosotros quisiéramos que hombres entendidos escribieran largamente sobre este importantísimo asunto. No somos amigos de jefaturas ni de pontificados, pero es preciso conocer que para dirigir un centro, y aunque sea un grupo espiritista; se necesita tener algunos conocimientos especiales, estar dotado de una gran doble vista, de una clara intuición para conocer las intenciones de los de allá y de los de acá.

Hemos conocido a muchos espiritistas, algunos de ellos muy recomendables por su talento natural, por sus buenas costumbres, y sin embargo, puesto al frente de un centro se han dejado dominar por el orgullo, y luego han sido derrotados por su credulidad.

Hay presidentes de sociedades espíritas, que creen lo que creían los grandes sacerdotes, creen que con ser ellos sabios ya es suficiente, y desdeñando a los ignorantes se encierran en su gabinete y se entregan a sus estudios favoritos; mientras los espiritistas confiados a su cuidado viéndose todos en el local destinado a las sesiones, hacen lo mismo que los niños en ausencia del maestro, juegan con las comunicaciones de los espíritus, hacen mil preguntas ridículas, nunca falta un chiquillo más creído que juega a ser el presidente, y jugando, jugando, se aficiona y toma su papel por lo serio, y el presidente efectivo se alegra de tener quien le reemplace, porque así se evita tratar con gente que no le entiende, y el orgullo de los unos, y la credulidad de los otros, da lugar a muchos y deplorables desaciertos, y creemos que los asuntos del Espiritismo no deben dejarse así: bastante son los que se separan de la buena senda por su orgullo primero y su credulidad después; y los presidentes de los centros debían hacer cuanto esté de su parte por armonizar todas las voluntades, por echar la semilla de la fraternidad.

Que la empresa es ardua ya lo sabemos; que los resultados la mayoría de las veces son negativos, quién lo duda; pero no se debe trabajar por la seguridad del éxito inmediato, se debe trabajar porque el hombre no viene a la Tierra para comer y dormir, viene para progresar, y en la vida rutinaria no hay progreso ninguno ni tampoco en el egoísmo del sabio.

El que acapara sabiduría y se desdeña de enseñar a los pequeñitos, o se cansa pronto de su indocilidad, se parece a un árbol que toda su savia la emplea en follaje y no da fruto: del mismo modo el hombre cuando no vulgariza sus conocimientos nada deja tras de sí y todo nuestro afán debe ser el difundir la luz cada cual según el entendimiento que posea.

La ignorancia es la base de todos los desaciertos, ella forma los cimientos del orgullo desmedido y de excesiva credulidad; mientras más instruido es el hombre mejor sabe apreciar el mérito de los demás; nadie es más modesto y más humilde que el verdadero sabio, ese reconoce lo que vale cada uno, y admira el talento y la virtud en sus múltiples manifestaciones.

Para todas las empresas de la vida hace falta la instrucción, pero para el estudio del Espiritismo es verdaderamente indispensable. Mientras más instruido es el hombre, es más tolerante, más condescendiente, más amigo de la unión; y aunque nunca la humanidad terrena podrá vivir muy unida, dadas sus condiciones anárquicas, porque cada espíritu se cree que él solo posee la verdad, pero a fuerza de trabajo podrá conseguirse una notable modificación, y esta es la tarea del Espiritismo: modificar, armonizar, fraternizar, y dadas las condiciones actuales de la mayoría de los centros espíritas, su resultado hasta ahora es poco menos que nulo; los sabios enorgullecidos con su ciencia, y los ignorantes creyéndose bastante entendidos para no necesitar ninguna tutela, y luego se entregan en poder de los espíritus ligeros que se divierten con ellos como los chicuelos con las peonzas.

Tal vez dirán que somos impacientes, que toda idea tiene su periodo de incubación, que hay que darle tiempo al tiempo, ya que vendrán espíritus más inteligentes, más adelantados que harán un trabajo más productivo que el nuestro. Todas esas reflexiones son muy acertadas, pero si nos cruzáramos de brazos esperando tiempos mejores, estos nunca vendrían, porque las épocas de progreso no vienen por que sí, son la cosecha que se recoge de los trabajos perseverantes de multitud de espíritus que han ido preparando la Tierra; en todo lo vemos, los grandes inventores, los que se llevan la gloria de tal o cual descubrimiento en el transcurso de los siglos se llega a saber que no fueron ellos los primeros que difundieron la luz, sino que otros hombres más humildes ensayaron sus mismos procedimientos, que no tuvieron resultado porque la ignorancia que reinaba entonces no lo permitió, pero que ellos cumplieron como buenos, llevando un granito de arena para levantar la fábrica grandiosa de la civilización universal; así es que en el Espiritismo no nos debemos cruzar de brazos ante el orgullo de los unos, y la credulidad de los otros diciendo: esto pasará; y ya vendrán tiempos mejores. –Vendrán, sí; pero será trabajando todos a una, si no saneamos un poco este pantano, no podrán encarnarse en la Tierra ciertos espíritus y llevar nuestra mísera vida.

Pongamos un ejemplo muy sencillo: los que vivimos en una casa limpia y ventilada, cuando vamos a una casucha miserable donde es todo sucio y repugnante, ¿Podemos permanecer mucho tiempo

en aquel lugar nauseabundo? ¡No! Nos asfixiamos, y tenemos precisión de salir de aquella casa para respirar mejor.

Pues de igual manera los espíritus de progreso, no pueden encarnarse en este planeta mientras dominen en absoluto las sombras, a no ser los redentores que en el cumplimiento de su gran misión purifican la atmósfera que les rodea con el perfume de sus virtudes. Si queremos la luz es necesario que trabajemos para disipar las tinieblas.

El Espiritismo es la escuela filosófica más adelantada de nuestros días, y merece que aunemos nuestros esfuerzos para separar la cizaña del trigo. Las comunicaciones de los espíritus son la vida, pero mal comprendidas son la muerte; son la luz de la eternidad y las sombras del caos, son el consuelo y la esperanza, y a veces la desesperación y la locura. Hemos visto y vemos continuamente grandes errores cometidos a la sombra del Espiritismo, y no queremos que suceda lo que ha sucedido con el cristianismo: queremos que se estudie, que se trabaje, que se difunda la luz, que se regenere la sociedad; queremos preparar la Tierra para que vengan espíritus superiores y conviertan esta penitenciaría en un lugar de progreso.

No son los grandes hombres los que hacen los trabajos preliminares, son los pequeños los que quitan las piedras del camino. Trabajemos en bien de la humanidad, sin que nos envanezcan el necio orgullo, ni nos ciegue la excesiva credulidad.

CAPÍTULO II

RÉPLICA A LA ESCUELA MATERIALISTA

Si la escuela materialista, por medio de uno de sus más dignos y caracterizados representantes, el Sr. Roig y Minguet, no se hubiera ocupado de los espiritistas en la notable conferencia que dio en este mismo lugar el 21 del pasado Enero; y puesto que en público fuimos aludidos, en público nos cumple contestar y en el mismo sitio donde él habló.

La escuela materialista hizo sobre el Espiritismo algunas observaciones muy razonadas: Expuso sus dudas, explanó sus temores, y se ofreció de muy buen agrado a sostener una discusión amigable si sus palabras daban pábulo a ella; y ante tal ofrecimiento hemos creído más lógico contestar a tan digno y tan leal adversario, siquiera por cortesía, y mucho más que la escuela materialista nos inspira profunda simpatía. ¿Sabéis por qué? Porque no es hipócrita, porque va en pos de la verdad que es la ciencia, porque cuando un materialista cumple con todos sus deberes y se sacrifica si es preciso en bien de la humanidad, las buenas acciones de aquel incrédulo son más meritorias que las de un creyente, porque no espera ningún premio, puesto que cree que al morir todo se pierde con él. Hace el bien por el bien mismo, y este desinterés, esta abnegación no tiene precio.

Todas las religiones tienen para el alma infiernos y cielos; y hasta el Espiritismo, escuela puramente filosófica, tiene para el Espíritu la vida infinita en sucesivas encarnaciones, en múltiples existencias, por las cuales el alma se engrandece y progresa en ese día sin noche que esperaba Sócrates, y los materialistas... su mañana; es el no ser. Al exhalar su último suspiro, los átomos del fósforo que encerraba su cráneo vuelven al gran laboratorio de la naturaleza. ¡He aquí todo! Por esto los que se engrandecen por sus virtudes, son más grandes que los demás hombres; porque creen que la nada es su porvenir; niegan a Dios y sin saberlo practican su ley, haciendo el bien sin esperar ni pensar en la recompensa.

Otro lazo que nos une a los materialistas es que su historia científica no tiene ni una página sangrienta, y en la historia filosófica del Espiritismo no se encuentra una hoja que esté escrita con sangre.

Ni el materialismo ni el Espiritismo han causado una sola víctima a la humanidad. No pueden decir otro tanto de las religiones positivas; porque las guerras religiosas han sido las más horribles, las más crueles, las más despiadadas, figurando en la escuela y en la historia teológica los crímenes más espantosos, torturas inconcebibles, ensañamientos y persecuciones inverosímiles de las cuales apartamos la vista con invencible horror. Para nosotros el fanatismo religioso nos parece una noche de tempestad; desgraciados de aquellos que vivieron entre sus sombras.

Antes de entrar de lleno en nuestro tema, repetimos de nuevo que si hablamos esta noche de Espiritismo es porque las circunstancias lo han proporcionado así; e insistimos tanto en este punto, porque sabemos que muchos han dicho, que no es este sitio a propósito para discusiones filosóficas, y hasta cierto punto los que así opinan tienen muchísima razón. Prueba de que lo hemos creído así, cuando en nuestras conferencias anteriores hemos procurado hablar de asuntos conocidísimos de todos, descendiendo al terreno práctico de la vida, y si esta noche no lo hacemos del mismo modo ya sabéis el motivo. No creáis, no (que algunos tal vez lo creerán) que deseamos hacer propaganda espírita, porque la escuela espírita no tiene necesidad de exhibirse para hacer prosélitos, pues como no entra en sus propósitos levantar templos, ni recaudar recursos para sostener cultos, de ninguna especie, ni mantener ningún cuerpo sacerdotal, no precisa aumentar sus filas, es una escuela filosófica que avanza lentamente, estando persuadida que no por mucho madrugar amanece más temprano; cree firmemente que está en la verdad y que es la filosofía más adelantada de nuestros días.

San Agustín dijo: “Dios es paciente porque es eterno”, y esto mismo, decimos nosotros de la escuela espiritista: es paciente porque su verdad es eterna. Cuenta con un aliado leal que le proporciona adeptos en todas las clases sociales. Él penetra en los palacios de los emperadores y en las cabañas de los mendigos, en la solitaria celda de la inclusa y en el lupanar de la ramera, en el laboratorio del sabio y en el garito más inmundito. ¿Sabéis cual es el poderoso agente que trabaja en pos del Espiritismo?... ¡Es el dolor! El dolor que produce la muerte de un ser querido, cuando la madre amante pierde a su hijo, a ese ser que ha querido antes de verlo, cuando el hombre enamorado contempla sin vida el cuerpo de aquella que le hizo feliz con la magia de su amor, cuando todo se ha perdido... se apela a todo, y lo que antes nos parecía un absurdo, lo encontramos razonable si responde a nuestros deseos.

No hace muchos días que hablamos con un materialista, hombre de mucho talento que ha perdido una hija de 19 años; única flor que embalsamaba su existencia, y nos decía con voz vibrante: “No creo en nada... para mí todo es mentira... pero si el Espiritismo pudiera convencerme de que aún subsiste algo de mi hija... ¡Yo sería espiritista! Yo lo propagaría por las calles y plazas... yo le prometo estudiarlo porque para poder vivir necesito convencerme de que algo sobrevive de mi hija, llámese Espíritu, llámese

fuerza inteligente o el yo pensante”. Así es, que contando el Espiritismo con tal fiel aliado, no se inquieta por propagar su doctrina.

Los espíritas racionalistas no seguimos los consejos de los apóstoles, no nos gusta hablar fuera de tiempo; pero no lo que es a tiempo, nunca rehuimos el contestar, y a cuantas escuelas se ocupen del Espiritismo les contestaremos, siempre que lo hagan en términos corteses, que en esta ocasión lo ha hecho la escuela materialista, que más bien que una sátira nos ha hecho objeto de una crítica razonada, pareciéndose mucho a un saludo amistoso, el cual correspondo con la mayor voluntad.

Hechas estas aclaraciones que hemos creído necesarias para tranquilizar algunos ánimos, hablaremos de las ventajas y excelencias del Espiritismo dando algunas explicaciones sobre sus principios fundamentales, y demostrando que los verdaderos espiritistas no le concedemos a la materia ningún poder sobre el Espíritu, puesto que la primera es un instrumento del Espíritu.

Dice el Sr. Roig Minguet que todos los fenómenos de la naturaleza son efecto de las causas físicas; o sea de las propiedades de la materia, pero que él, le daba además una causa moral, el alma que brotaba de todas las fuerzas en acción, que él encontraba la imagen del alma, en la caldera de vapor que gracias al fuego ponía en movimiento todos los objetos útiles para el hombre, como por ejemplo los telares que tejían el hilo y hacían las telas con las cuales el hombre se reserva del frío; que la acumulación del trabajo era lo que producía el alma moral, metafóricamente hablando, que al alma consiste en las propiedades que en sí tiene la materia, y que esta alma moría con el cuerpo.

Con la galanura de estilo que le distingue, describió el Sr. Roig Minguet el alma que él veía en el vapor, y hablaba con tan profunda convicción, que en aquellos momentos nos parecía que su argumento no tenía réplica, tanta era su elocuencia y tan gráfica las imágenes que presentaba, pero cuando terminó su discurso, cuando su voz cesó de dar vida a sus ideas, he aquí las reflexiones que surgieron en nuestra mente.

Es una realidad que en toda maquina o motor necesita una fuerza impelente más o menos vaporosa, esta fuerza formada de diferentes materias sutiles puestas en combinación, bien podría decirse y hasta asegurarse, que son el alma del motor o máquina, si tuviera la propiedad de dar además de la fuerza, completo movimiento e independencia en momentos dados a la máquina o motor a que sirven, pero esto no sucede, porque la inteligencia allí no existe. Allí no hay más que materia subordinada a todas las leyes físicas, y como tal todas sus moléculas no hacen otra clase de operaciones que las que en general hace todo el sistema molecular de nuestro sistema planetario. Para que una máquina o motor de cualquier especie movida por cualquier naturaleza de fuerzas produzca los efectos convenientes se necesita:

1º Que la inteligencia o que el yo pensante, haga el proyecto del motor que quiere construir para aplicarlo a determinado objeto.

2º Que calcule la clase de piezas y la forma de estas que deberán componer en conjunto todo el organismo de la máquina, y deberán recibir las fuerzas impelentes a que se les destina.

3º Calcular por medio de la ley de roce, resistencia y choques, a que clases de defectos pueden estar sujetas ciertas piezas y precaver con tiempo material y fuerza sus resistencias.

4º Calcular por medio de las leyes o ciencias físicas y demás, los efectos a que deberá estar sujeto el motor construido.

5º Una vez ya concluida la máquina, practicar en ella todos los efectos de movimiento acelerado, y reparar todos aquellos defectos que la inteligencia o el yo pensante haya observado o visto por medio de la práctica, no habiendo podido hacer durante la construcción de la máquina, por no tener aún medios para experimentar.

Si a todo esto añadimos que la inteligencia o el yo pensante es el que utiliza todos los productos materiales de nuestro sistema planetario y que por medio de ellos se construye los instrumentos más indispensables para llevar a cabo las obras ideadas ya de antemano, tendremos que en realidad la materia nos sirve en todo y para todo lo que nosotros queremos utilizarla, pero que nunca ésta viene a anteponerse, ni siquiera a darnos la más pequeña muestra de que posee el más diminuto átomo de inteligencia. En este concepto, pues, bien puede decirse que la materia tal como nosotros la comprendemos en sus propiedades y sus leyes científicas, es la masa que se mueve a impulso, voluntad y capricho de la inteligencia humana, y así no será difícil asegurar, que la inteligencia dado el caso muy probable de que sea material, ésta en todo caso deberá ser la materia imperando en todos los conceptos sobre todas las materias que constituyen el Universo, y si buscamos por la ley del calculo infinitesimal, a qué cantidad más o menos afines a las leyes de densidad material, pertenece el yo pensante, nos encontramos de que si para hallar a Dios no es completamente tan imposible como hallar una cantidad que no tenga otra mayor; para el Espíritu no será también imposible hallar un término de densidad material que no tenga otro término de condiciones mucho más infinitesimal que aquel.

No es nuestro propósito tratar de convencer a la escuela materialista de que Dios existe, primero porque nuestra voz no es autoridad; y segundo, porque sabemos muy bien, (por larga experiencia) que el orgullo de los sabios se declaró infalible mucho antes que el sumo pontífice. Inútil sería también quererles

demostrar la verdad de los fenómenos espiritistas, estos no se han vulgarizado lo bastante para que la generalidad de los sabios se rinda ante la evidencia; y como dice muy bien Allan Kardec hasta que ese tiempo no llegue, es intempestivo distraerlo de sus trabajos especiales para obligarles a que se ocupen de una materia ajena a sus atribuciones y a su programa. Por esta razón, nosotros que somos muy avaros del tiempo, y que decimos lo que decía el sabio, que el tiempo es el oro de Dios, no queremos perder en un trabajo infructuoso y sólo hablaremos de las ventajas y excelencias del Espiritismo moralmente considerado.

El Espiritismo no puede considerarse como una religión, sino como una filosofía, como un estudio de la esencia, propiedades, causas y efectos de las cosas naturales; es una escuela cuyo credo no está amenazado como el de las religiones, por cismas y conflictos teológicos. Sus eternas verdades, ni las sancionará un cónclave, ni las negará otro, ni habrá poder humano que destruya sus altares y derribe sus dioses; porque sus altares son los universos, y su ídolo, su Dios, es esa inteligencia suprema, ¿Por qué la encuentran los sabios en su camino si no lo saben definir? Como le sucedió al inolvidable Bartina, preciada flor de la escuela materialista, que como dijo Mistral: “tenía la ambición de la verdad y sufría la nostalgia de la plena luz”. Aún nos parece escucharle cuando decía en su orgullo de sabio:

¡Todo lo sé!
Del mundo los arcanos ya no son para mí
lo que llama misterios sobrehumanos el vulgo baladí.
Sólo la ciencia a mi ansiedad responde,
y por la ciencia sé que no existe Dios,
que siempre esconde el último porqué.
Mas ¡Ay! Que cuando exclamo satisfecho
¡Todo, todo lo sé!
Siento aquí, en mí interior, dentro de mi pecho,
un algo... un no sé qué...

Pues ese no sé qué, es el Dios de los espiritistas, ese algo incomprensible, inmensamente grande, que alivia el Espíritu, pero que no ven los ojos de la materia y que como hemos dicho antes es tan imposible definirlo como citar una cantidad que no tenga otra mayor.

Dice el Sr. Roig Minguet que ha oído decir que los espiritistas cuando son vencidos por las pasiones, dicen que han cedido al poder de la materia; y replica él muy cuerdate, que los que tal dicen conceden a la materia una fuerza, un alma superior al Espíritu que domina aquel cuerpo, y demuestran que Dios no supo equilibrar bien las fuerzas, cuando dio a un Espíritu pigmeo la materia de un gigante para que ésta venciera a aquél.

Tiene mucha razón el Sr. Roig Minguet; nosotros también hemos oído hablar más de una vez muy erróneamente del Espiritismo a los mismos espiritistas que en esta escuela como en todas las hay racionalistas y los hay ignorantes. El Espiritismo racionalista cuando cede a los halagos de las pasiones, no dice me venció la materia, reconoce únicamente la debilidad de su Espíritu que no sabe precaver el peligro.

El Espíritu al formar su envoltura se hace un cuerpo apropiado a sus inclinaciones, puesto que es el único instrumento de que hace uso durante su estancia en la Tierra; es el buque que le conduce por el océano de la vida, el Espíritu es su piloto, y el barco hace agua, cuando su capitán se duerme en brazos de la indolencia.

Los espiritistas conceptuamos a la materia como el agente de los espíritus, siendo estos la individualidad del principio inteligente, como los cuerpos son la del principio material. No creemos, como hemos dicho antes, que los espíritus sean inmateriales, son sí, incorpóreos para nuestros sentidos, pero siendo una creación, el Espíritu ha de ser algo, y es en efecto materia purificada que no tiene analogía entre nosotros y siendo tan etérea no puede impresionarnos. Nos dirán a esto los materialistas que nuestra fe es ciega puesto que creemos lo que no vemos, y a esto diremos que tenemos pruebas inequívocas de que al dejar el hombre la Tierra, la inteligencia que animó aquel cuerpo queda funcionando conservando su individualidad: pensando, sintiendo, queriendo, y demostrando el poder de su voluntad, lo que atestigua que existe un ser tras la tumba compuesto de materia, forma y fuerza, trinidad científica que debe admitir el hombre, independiente de Dios, que es la inteligencia suprema causa primera de todas las cosas, y que da a la materia forma y movimiento.

Los materialistas conceden al hombre un alma consistente en las propiedades de la materia, que muere con el cuerpo: para ellos la vida del hombre es un segundo, para nosotros es la eternidad, estamos en completo desacuerdo sobre este punto.

Creemos que la escuela espiritista es profundamente moralizadora, puesto que dice al hombre que ninguna de sus acciones queda en el olvido, y por egoísmo, por conveniencia propia, irá mejorando sus costumbres, convencido que él es el arbitro de su destino; que no hay gracia ni redención, porque los llamados redentores no han sido otra cosa que espíritus adelantados que han dado ejemplo de sus virtudes

y aún proclamando reformas morales; Y con su muerte han perpetuado sus enseñanzas, porque en este mundo es necesario morir para valer; y con su sangre no han lavado mancha alguna, como pretenden las religiones, no han hecho más que arraigar su credo. Esto es cuanto han hecho los reformadores; y ya han hecho bastante porque reforma sin cuento necesita la humanidad.

El hombre ni se salva ni se condena, ¡El hombre vive! Y vive eternamente porque vivir es su destino. La ciencia espírita le dice: No esperes nada de nadie, sino todo de ti mismo. He aquí el principio del progreso: ¡El trabajo! Nada más lógico ni más justo que el hombre se cree su porvenir. Por esto decimos que el Espiritismo es un adelanto para la humanidad moral, material e intelectual; moral, porque moraliza sus costumbres; material, porque aviva el afán del trabajo, y el hombre verdaderamente laborioso rara vez llega a la mendicidad; intelectual, porque despierta el amor al estudio al presentarnos ilimitados horizontes y nuevos mundos donde desarrollar nuestra inteligencia; es, se puede decir, el complemento racional de la vida; porque vive a medias el hombre que cree que al morir todo concluye con él. Tampoco aprecia el valor de la vida el que cree en esas religiones que ponen un precio a la entrada del cielo, y conceden indulgencia a los que visitan tal o cual santuario.

¡La vida del hombre es más grande que todo eso!

¡No muere la inteligencia cuando aún no ha dado su fruto, ni vive el alma en esos cielos ni en esos infiernos que los geólogos, no han podido encontrar todavía! Vive, sí, en esos mundos que centellean en el espacio; ¿La razón natural no os lo dice?

¡Escuela materialista; tú que eres tan sabia, tú que eres tan grande!

¿Nada te dicen esos millares de soles que a través de inmensas distancias envían a la Tierra sus luminosos reflejos? ¿No encuentras en la vida del hombre un completo desequilibrio si no viviera más que los segundos que permanece en la Tierra? Cuando miras a la Creación, cuando preguntas a la ciencia... ¿No te responde que hay un más allá? ¿No ves un orden perfecto en la naturaleza? ¿No adivinas en la mirada de algunos hombres que viene de muy lejos? ¿Por qué te empeñas en rechazar la luz, incrédula de los siglos? Estamos muy conformes en que rechaces las religiones, porque todas ellas tienen cielos pequeñitos, y lugares de tormento y un Dios inadmisibles que condena a algunos de sus hijos por toda la eternidad, mientras a otros los acoge en su gloria. Comprendemos perfectamente que la ciencia no puede estar conforme con esos errores, cuando la razón natural no lo acepta; porque ésta concibe un Dios en armonía con la creación que tan hermosa es. El Espiritismo cree en esta fuerza eterna porque la ve funcionar en todo, porque el hombre mismo se lo demuestra.

Vosotros los adoradores de la materia, bien deberíais darle a ésta, leyes fijas e inmutables. ¿Por qué, pues, en el hombre hay tan distintas aptitudes? Si no es más que un conjunto de moléculas, parecería natural que al agruparse éstas, todos los cuerpos guardaran igual proporción. Sí vosotros decís como decía el gran pensador Bartrina:

Sé que soy in mamífero bimano,
que no es poco saber.
Y sé lo que es el átomo,
ese arcano del Ser y del no Ser.
Sé que el rubor que enciende las facciones,
es sangre arterial,
que las lágrimas son las secreciones del seno lagrimal.
Que la virtud, al bien al hombre inclina
y el vicio sólo es partículas de albúmina y librita,
en corta proporción.
Que el genio no es Dios, sagrado emblema,
no señores, no tal;
el genio es un producto del sistema nervioso cerebral,
y sus creaciones, de sin par belleza,
sólo están en razón del fósforo,
que encierra la cabeza.
¡No es de la inspiración!

Y ahora preguntamos nosotros: ¿Por qué algunas tienen tanto fósforo y otras parece que no tienen ninguno? ¿Por qué algunos hombres se dedican con ardor a la ciencia desde pequeñitos, que llegan a ser lumbreras de la humanidad, y otros se encenagan en los vicios siendo la desgracia de su familia y la deshonra de su patria? A esto dirán los frenólogos, que consiste esta notable diferencia en el desarrollo de tales o cuales órganos.

¿Y por qué todos los órganos no son iguales? ¿Por qué si el hombre no tiene ayer ni mañana, el uno arrastra una vida miserable, ciego, mudo o tullido, y el otro es hermoso, inteligente que con su genio vence al imposible?

Si en todas las leyes de la naturaleza vemos una exactitud matemática si estudiamos el mundo de lo infinitamente pequeño, encontramos en los insectos orden y método en su vida, y hasta sistemas de gobierno como sucede con las repúblicas de las hormigas, de las avispas y de las abejas; ¿Por qué el hombre se asemeja a un libro sin prólogo ni epílogo? ¿Por qué esos talentos precoces? ¿Por qué estas muertes repentinas que agotan las flores de la inteligencia sin esperar a que se conviertan en sazonados frutos? ¿Por qué todo crece y se desarrolla y da su contingente a la vida? Menos el hombre que cuando está en el ardor del trabajo, cuando es más útil a la humanidad, cuando se interna en los continentes desconocidos, cuando explora los mares polares, cuando va a enriquecer a la ciencia y a su patria de los descubrimientos de su genio... muere y toda aquella acumulación de trabajo, toda aquella actividad en bien de sus semejantes, toda la suma de sus vastísimos conocimientos, queda reducido a cero sin que una unidad le de valor alguno para aquél que cifró todos sus afanes en sembrar la preciosa semilla del adelanto...

La teoría materialista considerada bajo este punto, ¡Es verdaderamente desconsoladora!

La muerte del Yo, ¡Es la negación de la vida!

La muerte del Yo, ¡Es la decapitación del progreso! Y están en el error todos aquellos que creen que el alma muere con el hombre. ¡Si la vida brota a torrentes en la misma sepultura! ¡Si cada cuerpo al disgregarse crea una república de gusanos! ¿Cómo esa llama de la inteligencia? ¿Cómo ese Yo pensante? ¿Cómo esa fuerza que pone en movimiento todos nuestros sentidos puede morir? ¡Imposible! Es de todo punto indispensable que la inteligencia viva eternamente. Las mismas generaciones que vienen lo dicen, ¿No lo veis? ¿De qué os sirve toda vuestra ciencia?

¡Esa generación nueva! Esa juventud que vemos crecer ante nosotros, es hija de padres fanáticos generalmente hablando; en su infancia acudió a templos, muchos jóvenes, por consideraciones de familia, por conveniencia propia, están afiliados a las religiones del pasado y cumplen con sus prácticas porque de ellas tiene que vivir; pero preguntarles separadamente a cada uno de ellos qué es lo que cree, y de cada cien noventa y nueve os dirán que no creen en las tradiciones religiosas. ¿Qué significa esto? ¿Que tienen más raciocinio que sus padres? ¿Por qué encuentran los templos vacíos, y los autores de sus días los creen habitados por la divinidad? ¿Es porque los hijos tienen más cantidad de fósforo en la cabeza y más desarrollada la comprensibilidad? ¡No! No es eso; es porque son espíritus más experimentados, y vienen a la Tierra para instruir a la humanidad, para decirle: ¡Loca de los siglos recobra la razón que es tuyo el porvenir!...

¿Cómo el joven tiene más experiencia que el viejo? ¿No veis en esto un contrasentido si no admitís en el alma más que unos segundos de vida? Porque comparada con el tiempo que no tiene término, la vida del hombre es menos que un segundo. ¿No veis el hecho? ¿Por qué negáis la causa? Todos están conformes en decir que nuestro siglo es el siglo de la luz: ¿Y de dónde proviene esa luz? De los conocimientos acumulados en las sucesivas existencias de los espíritus, de la experiencia adquirida por un continuo trabajo. Conocer no es otra cosa que recordar, decía Sócrates, y es la verdad.

¿Quizá pierde su valor la especie humana por la continuación de la vida? Si admitís que el Espíritu del hombre o sea su principio inteligente, se ha ido perfeccionando pasando por medio de evoluciones y transformaciones, desde el zoófito al hombre: ¿Cómo después de una elaboración tan lenta, admitís un fin tan rápido? Os contentáis con muy poco; os parecéis a los ciegos de nacimiento, que no sienten la nostalgia de la luz.

Vosotros tan dados a las ciencias exactas, que todo lo sujetáis al cálculo, que con vuestras medidas geométricas sabéis fijamente todas las distancias; ¿Cómo os encerráis en un círculo tan pequeño, si vosotros sois los llamados a explorar el infinito? ¿No sabéis que la ciencia es la religión del porvenir? ¿No sabéis que las religiones con todos sus dioses microscópicos, con sus templos sombríos, con sus tradiciones, y sus leyendas, son el recuerdo de las civilizaciones pasadas pero no la esperanza de las civilizaciones futuras?

¿No comprendéis el movimiento ascendente de la vida; que una religión filosófica, una nueva creencia, una nueva inspiración inflama nuestras ideas y como atrevidos aeronautas nos lanzamos en el globo de nuestros deseos, en el espacio de las hipótesis, buscando afanosos la tesis suprema?

¿Cómo no os asociáis a ese renacimiento universal?

¿Cómo permanecéis estacionados negando una causa que nadie mejor que vosotros conoce sus efectos, puesto que tan identificados estáis con la ciencia que es la esencia de Dios?

¿Por qué os parecéis a las religiones positivas que no admiten más que sus místicas fábulas, así como vosotros no queréis reconocer en la vida más que las evoluciones de la materia? Hay algo más; es necesario que lo estudiéis; siendo el Espiritismo en nuestros días la única filosofía que mejor responde a las preguntas de los sabios.

Podía mirarse al Espiritismo con prevención, si este fuera una nueva religión que quisiera levantar sus templos, crear sus pontificados, formar un cuerpo sacerdotal, y vivir a expensas de sus adeptos; si fuera así, razón tendrían las religiones para rechazarle, porque sabido es, que quien es tu

enemigo es el que es de tu oficio; y la escuela materialista estaría en lo cierto combatiendo su credo, puesto que rechaza una nueva superstición; pero siendo la escuela espírita una asociación de libres pensadores despojada de todo formalismo, de todo culto externo, porque adora a Dios en la Naturaleza, siéndole completamente innecesarios los templos de piedra. No sabemos porqué las religiones le hacen tan ruda guerra cuando ella no viene a disputarle sus altares, ni nunca separa una piedra de sus templos porque los considera necesarios para ciertas fracciones de la humanidad, y porque respetará siempre todos los ideales religiosos, políticos y filosóficos; ni podemos comprender como la escuela materialista, (que bebe en tan buenas fuentes) no fija más su atención en el Espiritismo, que tan ventajoso podría ser para ella y para nosotros.

Ya dijo el Sr. Roig Minguet que no se debía desdeñar ninguna escuela; y que la escuela espiritista si no se hacía religiosa, podía algún día ser útil a la humanidad.

Esta declaración es de gran valía por haberla hecho un hombre que tanto vale; y verdaderamente, no tememos equivocarnos al asegurar que el día que el Espiritismo sea bien comprendido, la humanidad será mucho más dichosa porque entrará en la senda del verdadero adelanto, vivirá mejor porque ahora vive muy mal; la generalidad de los hombres tiene sed de riquezas y hambre de poderío, el desequilibrio social es un hecho, y no es extraño, porque nuestra sociedad vive sin creencias de ninguna especie, el indiferentismo religioso se ha apoderado de las conciencias, y los que aún creen en ciertas religiones como estas, no responden a la voz del progreso, son insuficientes para la reforma que reclaman nuestras costumbres, así es, que las personas religiosas, (que hay algunas de buenísima intención) se desprenden de gruesas sumas, no para atender a los pobres, no para proporcionarles trabajo, no para levantar hospitales y casas de salud donde el obrero enfermo encuentre un consuelo y repose tranquilo en un lecho cómodo, en una habitación ventilada, donde el Sol entre a darles los buenos días, donde penetre el perfume de las flores del jardín que rodee el edificio, purificando el ambiente, donde se escuche el canto de los pájaros que aniden en los árboles vecinos. El dinero de los devotos, no se emplea en eso, ¡No! Se manda a la caja de San Pedro y allí se queda.

¿De qué le sirve a la humanidad estos creyentes? De nada absolutamente, de nada; porque no son útiles a sus semejantes, y la verdadera religión es la fraternidad universal, es la protección mutua.

Tal vez nos argumentará diciendo, que las religiones tienen sus asociaciones benéficas que socorren a muchos pobres; pero esto es poco, muy poco: se hace un todo mezquino, porque se envía mucho más dinero a Roma; y entre el primer potentado del mundo y millones de infelices, ¿A quien se debería atender primero: al que todo le sobra, o a aquellos que todo les falta?

Nosotros no lamentamos que existan religiones; pero sí sentimos que estas sean insuficientes para engrandecer al Espíritu, para instruirle, para moralizarle, para hacerle comprender lo que es la vida y lo que los hombres se deben unos a otros; por esto lo repetimos, las creencias religiosas dentro de tan pequeño círculo son como higueras secas, que ni dan sombra ni calman la sed del sediento.

Viene después la falange de los escépticos, y como en el hombre dominan más los malos instintos que los buenos, no teniendo el escéptico ninguna creencia religiosa que le hable del mañana, viviendo entregado a sí mismo, es muy natural que se deje llevar por el egoísmo. Si para él no hay más que esta vida, lo más lógico es que saque de ella todo el partido posible, que disfrute, que se divierta, no teniendo más impedimento para sus goces, que si tiene familia y la quiere, se afane para dejarle un porvenir; esta es la única traba que tiene el hombre que no cree en nada. No negamos por esto que hemos conocido a muchos materialistas que son amantísimos de la humanidad, que su casa es un refugio para los pobres, pero las excepciones no forman ley, y lo natural es que el escéptico sea egoísta. Si no tiene ningún lazo que le una a la vida, ¿Qué sacrificio hará para sus semejantes? ¡Ninguno! ¿Y son elementos de prosperidad para los pueblos, los fanáticos religiosos y los escépticos indiferentes? ¡No! Y la prueba la tenemos bien cerca de nosotros en nuestra hermosa patria. ¿Se vive con tranquilidad en España? ¡No! Los obreros se quejan de los patrones, y las huelgas de los primeros causan la ruina de innumerables familias; y los segundos lamentan las exigencias de los trabajadores, reinando un completo desacuerdo entre unos y otros. ¿Por qué? Porque no hay más que un solo pensamiento, la explotación mutua, el derecho del fuerte sobre el débil, y el profundo resentimiento del oprimido al opresor, ni más ni menos. El rico se cree con derechos feudales sobre el obrero, y el pobre odia al rico porque éste le humilla y le esclaviza; pero cumpliendo el adagio que siempre se rompe la cuerda por lo más delgado, como la explotación entre nosotros es una cadena, y el pueblo es la parte más débil, naturalmente es la que más sufre, y sobre el pueblo caen todas las plagas, todas las angustias, todas las agonías, todas las desesperaciones, y se dice en todos los tonos: ¡Esto se va! ¡Esto está perdido! ¡La miseria es espantosa! ¡Nos amenaza un conflicto horrible!... Pues esto son los resultados de una sociedad sin creencias y sin instrucción; y el mal gravísimo de funestísimas consecuencias, lo puede evitar en gran parte el conocimiento y el estudio del Espiritismo.

No se nos oculta, que más de una sonrisa irónica se dibujará en los labios de nuestros oyentes al oír nuestras concluyentes afirmaciones; que todas las grandes verdades han sido acogidas por los hombres con una sonrisa desdeñosa.

En 1752 se acogió con explosiones de risa la memoria de Franklin sobre los pararrayos, y Fulton cuando aseguró que el vapor podía adaptarse a la navegación, fue silbado por una academia de sabios, y hoy sus máquinas silban a los cuerdos que no le creyeron; y esto sucede con la escuela espiritista: los que la creen una nueva superstición, se mofan de ella; los sabios que todo lo sujetan a su criterio infalible, se ríen de los espíritus y niegan su existencia, porque el matemático no lo encuentra en sus demostraciones algebraicas, ni el químico en sus experimentos analíticos, ni el físico en sus estudios sobre la potencia eléctrica, ni el anatómico en sus disecciones en los cuerpos humanos y como no tocan el Espíritu, como no pueden analizar las sustancias que lo componen, niegan que esto exista, porque más que este sea la parte principal de nuestro ser, siendo los espíritus en muchas ocasiones los hábitos consejeros de la humanidad, y los que le ayudan al hombre a sus grandes triunfos.

Cuántas veces se dice: fulano o mengano es un orador admirable, qué fecundidad de ideal. Se necesita un talento gigante para estar hablando tanto tiempo sin que se le agoten sus razonados argumentos; ¡Parece mentira que un solo hombre sepa tanto!. Y en estas sencillas palabras se dicen más verdades de las que el vulgo cree. ¡Esas lumberras de la humanidad no trabajan solas! Transmiten las ideas de otras inteligencias, el Espíritu del hombre recibe la inspiración de los seres de Ultratumba; y sus conocimientos adquieren desarrollo por medio de su trabajo que le atrae la buena inspiración de los espíritus, y muchas fuerzas unidas, obtienen esas victorias de la inteligencia, que tanto bien hace a las humanidades.

Si el hombre se cree fuerte cuando se asocia con sus semejantes, y se crean esas sociedades que realizan grandes viajes, exploraciones científicas, reedificaciones de antiquísimos monumentos, traslaciones de joyas artísticas, creaciones de museo, etc. ¡Cuánto más fuerte sería esta asociación con los espíritus de elevación! Poniéndose en relación con esa familia universal que vive entre nosotros y a la cual no vemos... ¿Se negará que existen los infusorios? ¡No! Y sin embargo, ¡Cuántos microscópicos se escapan a la simple mirada del hombre! Y a pesar de no verlo existen; pues si para las especies infinitamente pequeñas hay microscopios que aumentan el tamaño de los insectos; para ver los seres incorpóreos o sea los espíritus, debemos hacer uso del telescopio de la razón, cuyos cristales son de tal potencia que acercan a nuestros ojos lo desconocido, lo que nos parece increado.

Debemos estudiar sobre la preexistencia de los espíritus, debemos tratar de conocer, de donde venimos, porqué estamos aquí sufriendo tantas penalidades y adonde iremos mañana.

¡Nada más grande que la ciencia! Pero tampoco nada más inútil cuando se vuelve fanática y todo lo sujeta a su criterio. La infalibilidad de la ciencia es tan absurda como todas las infalibilidades, porque la sabiduría absoluta sólo la posee Dios.

Cuando la ciencia cree que ha pronunciado la última palabra, se asemeja a una laguna cuyas aguas estancadas infeccionan la atmósfera con sus miasmas.

La escuela espiritista merece ser estudiada, porque es la filosofía del racionalismo, porque reconoce la existencia de Dios, y cree en el progreso indefinido del Espíritu, considerando el trabajo y la moralidad como los principios motores del adelanto humano. Creemos que sin la perfecta tranquilidad de la conciencia, la felicidad es un mito; por esto la escuela espiritista es eminentemente moralizadora.

Porque aceptamos el progreso eterno.
vemos en el trabajo el adelanto.
En los vicios, las llamas del infierno
que nos hacen verter mares de llantos.
En la ignorancia, el espantoso averno,
en el hombre más bueno, el mejor santo
adorado de Dios la omnipotencia
en el sagrado altar de la conciencia.
¡La conciencia es el cielo en que creemos!
¡La conciencia es el cielo que esperamos!
Según las perfecciones que alcanzamos.
No un cielo sino mil y mil soñamos,
mas no donde alabanzas entonemos
que el límite del bien nunca fijamos,
ni se debe fijar el infinito,
¿Podrá tener un límite prescrito?

Ese cielo de mágicos colores,
cataratas de luz y armonía,
vergel divino de inmarchita flor,
donde no acaban los hermosos días;

ese Dios que entre eternos resplandores
vive en unión de santas jerarquías;
ese no hay más allá del fanatismo
¿A los pueblos que ha dado? ¡Oscurantismo!

¡Y nosotros queremos el progreso!
¡Queremos la verdad! ¡La luz! ¡La vida!
¡Queremos la razón!... que para eso
nos la dieron por punto de partida.
Que es el materialismo un retroceso
no podemos dudarlo; es la caída
en el más hondo y tenebroso abismo:
en el indiferente escepticismo.

¡Y al hombre le hace falta una creencia!
¡Necesita esperar en un mañana!
Sin la fe es un letargo la existencia.
¡Despierta de tu sueño, raza humana!
Engrandece la esfera de tu ciencia,
sin proclamarte nunca soberana;
que el hombre en este gran laboratorio,
es más pequeño aún que el infusorio.

Cuando en su falsa ciencia se envanece
y dice: ¡Para mí nada hay oculto!
¡Yo sé que en el sepulcro desaparece!
¡El alma del anciano y del adulto!
¡Yo sé que el árbol muerto no florece!
Por esto mi esperanza la sepultó,
en el caos del no ser ¡Todo es mentira!
¡Todo concluye cuando el hombre espira!

¡Todo renace, locos pesimistas!...
¡Todo recobra vida y movimiento!...
Y vuestra negación, ¡Materialistas!
Es torre que le falta los cimientos.
Estudiad las teorías espiritistas,
comentad sus profundos argumentos,
y si queréis pensar... os aseguro
que encontraréis la vida en el futuro.

¡La vida! Que a torrentes se desata,
demostrando en los soles su grandeza.
¡La vida! Que en hirviente catarata,
se derrama en la gran naturaleza.
¡La vida! Que en los mundos aclimata,
floridas plantas de sin par belleza.
¡La vida universal! ¡Vida infinita!
¡Vida que la razón la necesita!

La necesita, sí; no concebimos
de que puede morir la inteligencia;
¡Si del eterno vida recibimos!
¡Eterna debe ser nuestra existencia!

¡Sabemos, porqué somos, porqué fuimos!
Nuestra misma razón es la evidencia,
Que el claro Sol en nuestra mente arde,
¡Para ése nunca llegará la tarde!

LA LUZ QUE NOS GUÍA

¡Escuela materialista!
Por ser la ciencia tu escudo,
hoy yo te saludo en nombre
de la escuela espiritista.

CAPÍTULO III

EL ESPIRITISMO NO ES EL FENÓMENO

Hay que reconocer que todo lo que toca nuestra pobre humanidad, lo reduce a su misma pequeñez y a su nivel mezquino y miserable.

La idea sublime y grandiosa que desciende de lo alto, para mitigar los crueles sufrimientos de los hombres, se cubriría de lodo, si ello pudiera ser, es decir, si la esencia de donde procede ese ideal le permitiera mancharse. Lo dijo Víctor Hugo: “La gota de rocío que pende de las hojas de las plantas como líquido brillante, se transforma en barro, al tocar nuestro mísero suelo”.

¡Pobres humanos! ¡Cuán atrasados, cuán pequeños y cuán imperfectos somos!

El Espiritismo no podía escapar a esa intrusión, digámoslo así, de la pequeñez humana en su grandeza; del fanatismo ignorante de los hombres, en su transparente claridad.

Pero, lo repetimos: A pesar de todo, sigue inmutable su marcha ascensional y bienhechora, porque procede de la Fuente de todo amor y poder, y como obra divina, no puede ser detenido su paso hacia adelante.

Quisiéramos que este llamamiento nuestro, penetrase hasta el corazón de todos los seres, que, en un sentido o en otro, se ocupan del Espiritismo.

Sabemos que en nuestro pueblo, en los de los alrededores y en otros varios, son muchos los hogares en los que, los habitantes terrestres de éstos, tratan de ponerse al habla, con los seres espirituales que nos rodean; es decir, que pretenden descubrir los secretos de ultratumba.

Algunas reuniones se componen de pobres mujeres, que desconocen en absoluto la Ciencia espírita y las leyes naturales que rigen la Comunicación con lo invisible, y sin embargo, se atreven, por su misma ignorancia del terreno que pisan, a lanzarse a la parte fenoménica del Espiritismo, sin haber estudiado y sin haberse preparado convenientemente.

Hemos de decir a esas hermanas nuestras muy queridas, así como a todos nuestros hermanos que así obran, que el Espiritismo no es lo que ellos practican, que el Espiritismo no es el fenómeno.

El Espiritismo es el estudio constante de sí mismo para desprenderse de las inmundicias de las pasiones, de los ímpetus del orgullo, de las demasías del egoísmo, de todas las imperfecciones, en fin.

Esto es el Espiritismo práctico: Ser hoy mejores que ayer y mañana mejores que hoy.

Del Espiritismo, lo que debe tomar la humanidad, ante todo, es su doctrina cristiana, regeneradora, no ocupándose del fenómeno sino en último lugar, puesto que no es más que un detalle insignificante del mismo.

CAPÍTULO IV

EL ESPIRITISMO ES LA MORAL

Es esencialmente moralizadora la doctrina espiritista. Sus efectos progresivos sobre las almas que se le asimilan pueden notarse por todas partes. Son indiscutibles y prácticos como lógica y práctica es la ciencia que los produce.

El Espiritismo es el Evangelio de Jesús llevado a todas las esferas de la vida humana, es el yugo de la humanidad, de la mansedumbre, y de la caridad del Maestro impuesto a sus discípulos, es el “Amaos unos a otros” rigiendo los destinos de la Tierra y transformándola, de mundo de prueba y de expiación que era, en un edén.

Con la práctica espiritista, se afirma en las conciencias la Ley del Amor, el “No hagas a otro lo que no quieras para ti”, y se desarraiga de ellas el aterrador egoísmo humano que es la causa, la culpa de nuestros males.

Es la ley moral por excelencia impuesta a una humanidad niña y turbulenta, que aún no ha podido sentir después de 19 siglos, los efluvios de amor desprendidos del Evangelio de Jesús.

Con absoluta claridad, el Espiritismo demuestra al hombre el porqué de su vida material, la existencia del Legislador Supremo y de la ley inmutable que lo rige todo, lo físico como lo moral; le hace llegar a una superior concepción de Dios que le obliga a dar al Excelso Creador, el nombre de Padre y a todos los seres creados, el de hermanos.

El alma por su naturaleza esencial divina, está hambrienta de belleza, de bien y sedienta de felicidad. Aún en medio de sus mayores extravíos, siempre existe en ella ese germen que ha de desarrollarse, con sus esfuerzos llenando así sus más altas aspiraciones. Al combatir el Espiritismo sus tendencias egoístas, al hacerle comprender que la felicidad de uno estriba precisamente en la de todos, y que es tal el estado forzoso de solidaridad entre los seres que habitan nuestro mundo, que es imposible la felicidad del individuo sin que esté basada en la de la colectividad, destruye el egoísmo humano y abre el corazón del hombre a los más nobles sentimientos. También destruye su orgullo al hacerle palpable la pluralidad de existencias en las que viene el alma orgullosa a desprenderse de su altivez y de su soberbia, en vidas laboriosas y modestas.

La seguridad de tener que volver a la Tierra en condiciones humildes obliga al rico soberbio a pensar, a meditar y a luchar contra esos defectos suyos, que por constituir hoy un castigo para los demás hombres que con él se relacionan, le obligarán mañana a sufrir el mismo castigo.

El Espiritismo es un destructor poderosísimo de esos dos culpables de todos los males terrenos; el egoísmo y el orgullo.

Por eso, precisamente, se puede afirmar que el Espiritismo es la Moral puesto que tiende a destruir, y lo va consiguiendo, las grandes causas de la inmoralidad humana en todas sus manifestaciones, y al afirmar la Paternidad Universal de Dios, demostrando a los hombres que todos son hermanos, confirma las grandes verdades evangélicas y obliga a la práctica del amor entre todos.

Si los ojos humanos no estuviesen cerrados o por la ignorancia del fanatismo o por la malicia, verían la obra grandiosa que está realizando la moral espiritista en los corazones en los que ha penetrado. Verían cómo está produciendo un movimiento progresivo admirable en las almas convencidas, haciendo corregir a muchos seres humanos, hábitos y costumbres inveterados, vicios que parecían imposible de arrancar de ciertos corazones; serían testigos de los esfuerzos sobrehumanos que hacen muchos seres para transformarse, para conseguir para hoy algo más de elevación moral que ayer, y mayor grado de virtud mañana que hoy.

No hay que pedir a la humanidad lo que no puede dar.

El Espíritu humano es progresivo. Si no fuera así, habría que negar a Dios, puesto que hubiera creado el alma para otro fin y no para su felicidad. Pero, la obra del progreso se afirma en él lentamente; es paulatino, no procede a saltos. El progreso de cada ser es exclusivamente obra suya, alcanzada a costa de sus propios trabajos, de sus continuos sacrificios y esfuerzos. Salir de lo más íntimo de la escala y elevarse continuamente a mayor nivel de cultura y de bondad, ésta es la obra del alma, lo afirma el Espiritismo con la razón y con la lógica, pero, no se destruyen en una hora las costumbres adquiridas con el tiempo, se necesitan muchas existencias para desarraigar por completo del Espíritu, las pasiones grabadas en él, en el transcurso de los pasados siglos.

Decimos esto, porque no falta quien o quienes están apuntando cualquier error, cualquier desmán o extravío que ven sufrir a un hombre que lleva el calificativo de espiritista, apresurándose en afirmar que no es tan moralizador el ideal como lo afirmamos nosotros, cuando aún ven los defectos y pasiones manifestarse en nosotros.

La injusticia de estos pobres seres es notoria. Podríamos preguntarles: ¿Donde está el resultado moral de la continua evangelización de los pueblos por la cátedra católica durante 19 siglos?

La mentira, el orgullo, el egoísmo, la hipocresía, el juego, entronizados en la Tierra; la esclavitud del niño, sumido en la ignorancia, para mejor dominar al hombre; la mujer sacada del lugar de predilección que, como madre de la humanidad le asignó Jesucristo, para encerrarla en esas dos cárceles sombrías, que son los conventos y las casas de prostitución; el hombre embrutecido por la ignorancia y por el vicio. He ahí el resultado de 19 siglos de predicación moral católica. Para no reconocerlo así, sería menester apagar la luz de la razón humana y cerrar los ojos.

Pues bien. ¿Cuánto tiempo cuenta de práctica el Espiritismo moderno? Y decimos moderno, porque el Espiritismo es como la verdad, es tan antiguo como la creación.

Sólo unos 50 años, apenas hace medio siglo que han comenzado a producirse en los Estados Unidos sus primeros fenómenos; no hará más de 40 años que ha tomado carácter la moral espiritista entre los hombres.

Comparemos la obra de 19 siglos de catolicismo con la de medio siglo de Espiritismo, y meditemos sobre los efectos de una moral y los de la otra.

La obra realizada por el catolicismo ya la hemos expuesto más arriba y está a la vista de todos.

El Espiritismo no ha podido hacer santos a los hombres en 50 años, puesto que el Espíritu humano está sometido a una ley progresiva de efectos lentos y paulatinos, que le hacen necesaria la repetición secular de los hechos, buenos para anular los efectos de los malos y arrancar de sí hasta los gérmenes de los actos reprobables e inicuos. Pero aún así, si quieren fijarse con imparcialidad en los efectos producidos por esa moral grandiosa que es el Evangelio en acción, habrán de reconocer todos, hasta los más ardientes detractores de nuestra sublime ciencia, de nuestro amado Ideal, que en los seres que van asimilándose las verdades espiritistas se ve un continuo esfuerzo sobre ellos mismos para transformarse y regenerarse, se ve un ardiente deseo de hacer participar a todos, del inmenso bien que ha llegado a su razón, a su vista espiritual.

El efecto producido sobre el alma por la moral espírita es ese; le impulsa a ser continuamente mejor, a no desperdiciar un instante de su existencia que debe emplear toda en el mejoramiento propio y en el de los demás, puesto que sabe que no hay dicha posible para ella, sino en la contemplación de la felicidad de los demás y que no llegarán los hombres a esa felicidad común sino por el camino recto del amor y del bien, de la ciencia y de la virtud que conducen indefectiblemente a Dios, al Padre de todos.

El Espiritismo es la moral.

Su lema no es exclusivo como el del catolicismo, que dice: “Fuera de mí no hay salvación”, el Espiritismo dice: Sin caridad, sin amor, sin transformación moral, sin corrección de sí mismos, no se salvan los seres, no se elevan las almas hacia su Creador, y por eso, la ciencia espírita y los espíritus de luz y de verdad repiten en todas partes como una admirable advertencia moral el “Sed hoy mejores que ayer y mañana mejores que hoy”.

CAPÍTULO V

¿A DÓNDE VAMOS?

¿A dónde va el alma, cuando abandona su cuerpo ya gastado e inútil para la vida física, cuando se desprende de esa pesada envoltura material que la sujetaba al globo terrestre?

He aquí la primera de las tres preguntas que hicimos a la ciencia espírita, y resuelve este problema con tanta lógica como ha resuelto tantos otros.

Hemos visto que, del espacio vienen los espíritus cuando revisten una forma material en nuestro mundo, para alcanzar por su medio, un grado más alto de progreso; hemos visto también que el objeto de la vida humana es precisamente este, la purificación y la elevación del alma, por el trabajo y por el sufrimiento, siendo cada mundo un peldaño de la escala infinita del progreso por la que ha de ascender.

Realizado el fin de la encarnación, agotado el fluido vital que animaba su organismo, cae éste para dejar paso al Espíritu, que vuelve a reconquistar con este hecho, su perdida libertad, y regresa a la vida espiritual de donde había salido cuando encarnó.

Cada desencarnación en nuestro mundo representa, digámoslo así, un nacimiento en el espacio. Allí vuelve el Espíritu después de librada su batalla aquí bajo; allí vive contento e individualizado con su periespíritu o cuerpo espiritual que afecta precisamente la forma de su última encarnación, cuyo periespíritu le permite relacionarse con los demás seres espirituales que le rodean.

Al llegar al espacio, al desprenderse de su cuerpo material, al reconocerse el Espíritu, se cumple en él una de las leyes admirables que rigen el mundo espiritual. Procede por sí mismo al reconocimiento del valor moral de los hechos que ha realizado en la vida que acaba de dejar, se erige en su propio juez; los actos, las palabras, los propios pensamientos que como hombre efectuó, pronunció o tuvo; se presentan ante él como cuadros disolventes, y acata algunos, y reprueba terminantemente los demás, es la conciencia desnuda y libre de la hipocresía humana que se juzga a sí misma y falla contra su propio ser. No hay fallo más seguro, más exacto, más equitativo ni de mayores transcendencias para el Espíritu, puesto que la condena que pronuncia es a la que se somete él mismo, para cumplir la ley del Progreso.

No es Dios que juzga al Espíritu que regresa de la vida corporal; no, Dios no es Juez. Es el alma misma, la que penetra en los pliegues más recónditos de su conciencia, y al encontrar allí el mal bajo muchos aspectos, ansiosa de verlo desaparecer, comprendiendo que sólo en medio de las pruebas, de las luchas, de los trabajos y de los sufrimientos de la vida material, podrá disminuir su carga de pesadas inmundicias morales y fortalecerse en la práctica de la virtud, pide suplicante al Padre que la ha creado, una nueva existencia material de pruebas y de expiaciones para progresar.

Allí, en la vida errática, en el espacio, el Espíritu reconoce sus yerros mejor que en la Tierra, y toma resoluciones, adopta determinaciones que comprende son necesarias para su purificación y progreso. Al verse detenido en su vuelo hacia las alturas luminosas del espacio, por el peso de su periespíritu, aún demasiado denso, demasiado grosero, para permitir su elevación, se hace cargo de esa densidad, adquiere el convencimiento de que su detención en los planos inferiores de la atmósfera terrestre, es debida a las muchas manchas que afean su cuerpo espiritual, y entonces, indaga, busca, pregunta cómo ha de conquistar ese estado especial, que le dejará elevarse como los demás seres que cruzan veloces el espacio infinito, dejando tras ellos un reguero de luz.

La misericordia de Dios, auxilia al cumplimiento de la ley de justicia en aquel pobre ser, permitiendo que la contestación le sea dada por sus protectores espirituales, y al oírla se convence de que, efectivamente, sólo las luchas y los dolores de la vida material pueden obrar como reactivo purificador sobre él, transformando su periespíritu pesado, grosero, denso, incapaz de elevarse en un organismo fluídico de blancura inmaculada y de resplandeciente luz.

Entonces; ante el reproche de la propia conciencia y el convencimiento de no haber empleado debidamente las horas de su última encarnación, el Espíritu formula ardientes deseos, fervientes súplicas que serán atendidas cuando llegue la hora oportuna de cumplirse en él la ley del regreso a la vida material, para continuar labrando en ella, la obra magna de su progreso.

He ahí la respuesta de la ciencia espírita:

Después de la desencarnación, vuelve el Espíritu al espacio, allí ve acumularse ante él toda la obra de su pasado, examina lo que está hecho y lo que le queda por hacer para cumplimentar la ley progresiva a la que está sometido, reconoce sus errores, sus caídas, sus múltiples tropiezos con las leyes de justicia y de amor que debían haber regido todos sus actos. Comprende que no existe castigo eterno para los prevaricadores de la ley, y sí, como efecto de la infinita Misericordia de Dios, la eternidad de tiempo para redimirse y los mundos de expiación y de pruebas con sus puertas abiertas a las almas impuras, para que se regeneren ellos, en las aguas del sufrimiento.

Acepta, bendiciendo a su Hacedor, el medio que le concede para purificarse y elevarse y se prepara para sus futuros destinos, bajo la dirección de sus guías espirituales, que tratan de desarrollar en él

la inteligencia para que adquiriera una concepción cada vez más exacta del Universo y de su Autor, concepción que despertará en él la ternura, el sentimiento y la fuerza de voluntad que necesitará en sus futuras encarnaciones para tratar a sus semejantes como a hermanos y para amarles como a sí mismo, amor que es precisamente la base de todo el edificio de su progreso.

¿No es verdad que llena el Espíritu de consuelo, de satisfacción y de bienhechora esperanza, esta doctrina? Que transmitida a los hombres por los mismos seres desencarnados, no deja lugar a la menor duda, en los que quieren estudiar, profundizar y meditar sobre estos fenómenos admirables.

En lo que enseña esta ciencia, nada encuentra el hombre que repugne a su razón, todo lo ve explicado, las mil y mil anomalías de la vida, las dudas constantes de su corazón; y lo que tienen de más grandioso a sus ojos, es que, en vez de empequeñecer a Dios, le coloca a tal altura, que goza el alma con esa nueva concepción de la divinidad, que le muestra a Dios (si bien como un ser incomprensible para su pobre y limitada inteligencia), como Padre Amorosísimo e Incomparable de Previsión y de Bondad para todas sus criaturas.

¡Espiritismo!

¡Bendita seas, ciencia admirable, moral sublime, que has de regenerar y de redimir a nuestra pobre humanidad!

¡Mil veces bendito seas, Padre adorado, que has permitido que esa Luz brille sobre tus pobres hijos de la Tierra!

CAPÍTULO VI

LO QUE SON LOS ÁNGELES

¡Injusticia en el Hacedor Supremo!

Esto encuentra siempre el alma que estudia y profundiza sobre las afirmaciones dogmáticas del catolicismo.

Detengamos hoy nuestro pensamiento en uno de los puntos más flacos, más erróneos de su Génesis, o sea, sobre la Creación Angélica.

Meditemos y comparemos.

El Dios católico, crea, porque sí, (siempre porque sí) desde el principio, a unos seres revestidos por Él, al crearlos, de una luz deslumbradora, de una pureza inmaculada, destinados a gozar eternamente del mayor de los bienes, o sea, de su presencia, sin haber hecho nada para merecer tan grandioso premio: Estos son los ángeles. Y va creando las pobres almas humanas destinadas a gozar también de su presencia, si sortean los mil y mil peligros de su accidentada vida terrestre, sin dejar manchada su vestidura espiritual al pasar por la Tierra, yendo, sin misericordia ni remisión, para el Infierno eterno, en la mayoría de los casos.

Esto enseña el catolicismo; y ahora la razón humana dice: ¿Es que no son criaturas de Dios, iguales ante su amor, los ángeles y las almas humanas? ¿Es que son menos hijas tuyas estas últimas que las primeras? Si se confirma que no son iguales, hay que reconocer un lado débil en el Ser Supremo, pues ha creado seres privilegiados, para un goce perpetuo y seres destinados a todos los sufrimientos de la Tierra, y la mayor parte de ellos, después de la vida terrestre, a tormentos eternos y crueles en el infierno. Con esta afirmación, se confiesa que existe el privilegio en la Creación: Dios no ha sido ni Justo, ni Bueno, ni Paternal, al crearnos desiguales.

Si se afirma que son iguales ante Dios los ángeles y las almas de los hombres, acude precisamente otra pregunta contundente y lógica, al raciocinio:

Entonces, ¿Por qué tal diferencia de destino entre seres iguales? ¿Por qué gozan unos eternamente, sin haberlo merecido, siendo así que las pobres almas humanas tienen que conquistar ese goce en las luchas y en los combates de la vida, en la travesía de ese proceloso mar que es la existencia terrestre, exponiéndose muchas de ellas a caer en el infierno eterno, al tratar de alcanzar el Cielo?

En un caso como en el otro, tanto si se afirma la igualdad entre los seres creados, como si se les supone desiguales, desmerece en gran manera, a los ojos del hombre que estudia y raciocina, la infinitud de Justicia y de Bondad de los atributos divinos.

Efectivamente, con la doctrina católica, siempre resulta Dios más pequeño que ciertos seres humanos que profesan a todos sus hijos igual cariño y les hacen partícipes, sin distinción alguna, de todos los bienes de que disponen, procurando, dentro de su pequeñez, la mayor igualdad para todos ellos. El dogma católico siempre tiende a achicar la concepción de Dios en las almas pensadoras, presentando para su aceptación, como verdades reveladas, creencias absurdas e inaceptables para la razón, puesto que demuestran haber en Dios notoria injusticia y limitación de bondad.

La creación angélica es uno de los puntos flaquísimos del catolicismo; un niño algo instruido, comprende enseguida esa debilidad y puede demostrarla. Por eso mismo, no queremos hacer más hincapié acerca de lo erróneo, de lo destructora que es dicha afirmación de su Génesis.

Este trabajo tiene un objeto más alto: Es el de comparar.

¿Qué dice la ciencia espírita respecto al particular?

Dice que no existe la creación angélica como la presenta el catolicismo. Dice que, como Padre Universal amorosísimo de todos los seres, Dios no ha creado ni la desigualdad de esencia, ni la desigualdad de destino, entre sus criaturas, o sea, entre sus hijos, puesto que todas las almas, es decir todas las chispas espirituales desprendidas de su Foco Potencial, desde la eternidad más remota, han sido dotadas todas, absolutamente todas, de iguales facultades para alcanzar el fin para que fueron creadas. Ninguna ha sido mejorada en el reparto paterno, no existiendo por tanto el privilegio en la Creación. Todas han recibido las facultades de pensar, sentir y querer. Su destino es el mismo: Desarrollar indefinidamente esas facultades en sentido progresivo, con tendencia constante a mayor espiritualización de su ser, es decir, a llegar al estado de Espíritu puro, o sea, al estado angélico, digámoslo así.

Luego, ¿Existe ese estado en la creación?

Sí, existe el estado Angélico. Pero a él no llega ningún ser por privilegio ni por sorpresa. Todos, absolutamente todos los grados de pureza, que son necesarios para elevarse hasta allí, han de ser conquistados por todos los seres, sin distinción ni privilegio alguno, a costa de los propios esfuerzos de cada uno.

El estado de pureza espiritual y de goce inherente a esa pureza, no son un regalo de Dios, hecho porque sí, a algunos de sus hijos, sino que es el premio que aguarda a todos los seres que han luchado, batallado y vencido.

Los ángeles, los espíritus puros, son almas que han pasado, como las nuestras, por la dolorosa peregrinación de las encarnaciones terrestres; son las almas humanas, purificadas y elevadas por el sufrimiento, por el martirio, por el sacrificio.

Con esta explicación racional y lógica, queda enteramente satisfecha la razón humana.

Ningún ser resulta privilegiado en la creación; todos son de igual esencia y creados para un mismo destino, para un mismo fin: La felicidad Universal, como resultado, como premio de los esfuerzos hechos por todos para conquistar la pureza y la elevación que necesitan alcanzar para gozar de ese estado superior.

Como siempre, en este caso, la ciencia espírita respira lógica, justicia, igualdad. Restituye al Ser Supremo, lo suyo, lo que en Él es inalterable, la infinitud de sus atributos de Justicia y de Bondad, que el catolicismo deja al descubierto en la mayoría de sus dogmas y de los puntos de su doctrina.

Para el espiritista que sabe que esto es la verdad, Dios es el Padre Amoroso y Justo que ha tratado con la misma ternura a todos sus hijos. Igual punto de partida ha sido el de todos los seres; idéntico destino el suyo; un mismo porvenir les aguarda; iguales medios tienen para conquistarlo; no existiendo, por lo tanto, ni el capricho, ni la casualidad, ni el privilegio en la obra del Excelso Creador. Es más; sabe también el que bebe en la pura fuente del Espiritismo, que, no solamente no es posible el capricho en el Universo, sino que tanto lo físico como lo moral, la materia como el Espíritu, todo en él está regido por leyes matemáticas, admirables y precisas, sabias, justas y previsoras, como el Adorable Legislador que las ha dictado. Sabe que el Espíritu vive, se mueve, cae, se levanta, anda, progresa, se purifica y se eleva, impulsado por esas mismas leyes y dirigido por una de ellas, la del Progreso indefinido, que es la que rige su continua ascensión a través del infinito.

Como consecuencia natural de su creencia, el espiritista venera y bendice al Padre Universal, que lo ha creado para tan grandioso fin y procura, dentro de la pequeñez de sus medios, adelantar en todo lo posible y hacer progresar a los seres que le rodean; pues en todos, y absolutamente todos, aún en los que se titulan sus enemigos, ve a sus hermanos muy queridos, hijos, como él, de su Amorosísimo Padre Celeste, y trata de procurar, para ellos como para él, la mayor suma posible de bienes.

CAPÍTULO VII

LA CIENCIA

Dicen los poetas que a las flores les es necesario el rocío, a los peces el agua y a las aves el aire, y nosotros decimos que a los hombres les es indispensable la ciencia, si han de vivir la verdadera vida del Espíritu, si han de darse cuenta del sitio que ocupan, si han de conocer, aunque sea ligeramente, los elementos que componen el aire que respiran, las plantas que lo recrean, y le ayudan a vivir, las montañas que atraen las copiosas lluvias, el organismo, en fin, de la Tierra, con su maravillosa combinación.

El hombre sin estudios se asemeja al bruto y su adelanto se verifica lentamente, aún siendo un modelo de bondad y de amor, porque el que camina a ciegas tiene irremisiblemente que caer y en su caída arrastra tras de sí la idea que defiende, el principio que sustenta, la escuela a que pertenece, la religión que le une con el Creador; todo pierde su primitiva forma, tomando proporciones microscópicas lo que ayer las tuvo gigantescas.

Todas las religiones se han hundido en el polvo de los siglos, porque la ignorancia se encargó de engrandecerlas impulsándolas en el descrédito, pues al presentar la naturaleza en sus innumerables cambios, la fuerza de su poder, lo que llamamos fenómenos, efectos de causas desconocidas para la ciencia, aquellas las tuvieron por milagros, sucesos sobrenaturales, cuando nada hay sobrenatural ni extemporáneo; en Dios no hay situaciones de efecto, no hay decoraciones sorprendentes ni juegos mágicos, no hay más que una ley inmutable, fija y eterna: Dios es el matemático del tiempo y sus demostraciones son grandes y sencillas a la vez, porque le dicen a la razón del hombre como dos y dos son cuatro, con tal precisión y claridad, con tanta exactitud y evidencia, que bien se puede decir: que las matemáticas son las piedras angulares de la eternidad.

Pero el hombre siempre ha buscado la sombra y se ha enlazado al fanatismo como la hiedra al muro centenario; por eso han transcurrido tantos siglos y nuestro progreso ha sido tan lento, tan débil, tan enfermizo, digámoslo así, y arrastramos una existencia lánguida y perezosa, viviendo como autómatas, sin podernos dar cuenta de lo que somos, por qué vivimos, qué elementos constituyen nuestro ser y qué seremos después.

La raza humana por lo mismo que es muy ignorante es muy impresionable; la fantasmagoría es el cristal óptico por donde ha mirado siempre la creación y ha visto visiones, creando dioses vengativos y antropófagos, puesto que les ofrecían tantas víctimas, inmolando en sus aras afecciones, deberes, libertad y entendimiento.

Más tarde vino el dios bolsista, el dios del tanto por ciento; ese aún subsiste, aunque le va devorando el cáncer de la civilización y principia el estertor de su agonía.

La razón, primogénita de Dios y de la ciencia, es aún muy niña y no puede reinar; necesita regentes y nada peor para los pueblos que la minoría de un monarca.

Por eso los hombres luchan hoy tan encarnizadamente; porque las naciones son los diputados del progreso universal y cada una tiene distinta doctrina.

El libre pensamiento, es el que camina hoy a la cabeza de la civilización; con entusiasmo dice: El rey del fanatismo ha muerto, viva el rey de la ciencia, paso al progreso, y adelanta majestuoso, rompiendo el nudo gordiano de las leyes tradicionales.

¿Qué hace falta para que lleguemos a conseguirlo? Perseverancia en el estudio, energía para romper con necias preocupaciones, valor suficiente para arrastrar la befa y el escarnio como lo tuvieron Sócrates, Cristo, Galileo; Colón y tantos otros mártires, verdaderos santos, verdaderos creyentes, que murieron adorando el progreso.

Sí; estudio, instrucción, porque sin ésta, ningún adelanto puede subsistir, y las ideas más grandes, los pensamientos más sublimes, las instituciones más humanitarias, no tendrían vida propia, teniendo que desaparecer de la Tierra como las hojas secas del otoño arrebatadas por el vendaval.

¡Espiritistas! Amigos del bien, no basta ser buenos y compasivos, es necesario ser grandes, es imprescindible buscar en la sabiduría, el por qué del por qué: el espiritista sin estudio, el espiritista ignorante, se asemeja a los católicos romanos: cree, porque ve creer, y en el Espiritismo no debe haber fe ciega, no y mil veces no; el Espiritismo es el análisis, es el filtro por donde debe destilarse el agua de los hechos, para dejar en él las aberraciones humanas.

Si no estudiamos, si no nos instruimos, vale la pena que nos llamen locos, no merecemos tal nombre, no somos dignos de llevarle; los ignorantes no pueden ser locos, ese es un adjetivo que pertenece exclusivamente a los sabios, y a los adeptos de la innovación.

La comunicación de los espíritus, que es el hecho más trascendental que se registra en la historia de los siglos, ese Fiat de ultratumba, esa demostración evidente de la vida eterna, esa prueba tan innegable y tan consoladora de que no nos abandonan nuestros padres, hijos y hermanos, deudos y amigos, y que constantemente vivimos enlazados a ellos y estos a nosotros, por el amor que, cual fluido

Universal, nos vigoriza y nos alienta; este hecho, repetimos, que es la manifestación de Dios, lo han empequeñecido, lo han parodiado algunos, ridiculizándolo de tal manera, que lo más sublime, y lo más santo, inspira hoy risa y compasión en muchos círculos de la sociedad.

¿Y sabéis por qué? Porque nosotros, a imitación de los trapenses, cavamos nuestra sepultura, con menos dignidad que ellos lo hacían; puesto que silenciosos y graves no cambian más palabras entre sí que las de hermano, morir habemos, “ya lo sabemos”, en tanto que nosotros con bombo y platillo vamos enseñando el mundo nuevo, tan pequeño como nuestra ignorancia.

Y brotan médicos que, sin conocer la O, “inspirados por los invisibles”, curan a diestro y siniestro, y los médiums sonambúlicos se multiplican dando estupendas comunicaciones y arrojando fluidos sin ton ni son sobre los enfermos que se mueren, si ha llegado su hora; y entonces, grita la multitud indignada: ¡Lo han matado los espiritistas! Cúlpense los unos a los otros, no culpen al Espiritismo: culpen a su gran ignorancia, a su mayor fanatismo, que la doctrina espiritista es demasiado grande, es una ley tan esplendente, que no la pueden resistir sus ojos enfermos.

A la literatura también le ha llegado el contagio burlesco espiritista, y abortos monstruosos de imaginaciones calenturientas y obsesadas, se lanzan al estadio de la prensa, diciendo: que sus libros son inspirados por los espíritus, y erigiéndose en propagadores del Espiritismo.

¿Cuándo ni cómo le ha faltado al verdadero espiritista el sentido común y el justo criterio? Nunca, porque no puede ser, porque el espiritista es humilde, y se conoce un poco a sí mismo: por lo tanto, el que no tiene una gran inteligencia se contenta con practicar la caridad, consuela al triste, y aconseja al libertino, y reprende a la mujer perdida, y da un buen ejemplo con su irreprochable conducta, para que los demás le imiten siguiendo su huella. Este es el retrato exacto del espiritista sin dotes literarias ni científicas; porque todas las inteligencias no pueden caminar igual, son humildes y laboriosas hormigas, pudorosas, violetas, que no por estar escondidas dejan de embalsamar el ambiente con su delicada esencia.

Y los hombres dotados de más condiciones intelectuales, estudian detenidamente la naturaleza, y como Flammarion, Pelletan, Pezzani, Allán Kardec, Castelar y tantos otros que sería difuso enumerar, escriben obras verdaderamente científicas, enciclopedias de todos los conocimientos humanos.

Esos son literatos espiritistas, aunque algunos de los citados no lleven este nombre; pero, ¿Qué importa que no se llamen espiritistas si propagan la ciencia, si difunden la luz, si reconocen una causa y nos describen sus efectos? ¿Qué más les podemos pedir, llámense como quieran si su ciencia es una?

Pero los aprendices del Espiritismo se les figura que una obra para ser espiritista ha de tener indispensables revelaciones de ultratumba, y fantasmas, y sombras, y todos los duendes habidos y por haber, y están en un gravísimo error.

Los espiritistas, lo que necesitan es ciencia profunda o moral evangélica, y cuantos volúmenes se publiquen sin estas condiciones, los rechaza el Espiritismo por apócrifos, por calumniadores, por hipócritas y falsarios.

¡Espiritistas!, no descansemos sobre nuestros laureles, porque profundos sabios se encuentran en nuestras filas, no; de nada sirve que un hombre hable si no tiene quien le entienda, y aquí viene de molde el antiguo adagio: Predicar en desierto, sermón perdido; y mejor aún las razonadas frases de Cristo: No arrojéis margaritas a los puercos.

La unión es la fuerza, y ésta la vida; estudiemos con fe, rechacemos con energía a los embaucadores del Espiritismo, luchemos, entremos en batalla con la humanidad sin llevar cañones Krup ni ametralladoras, máquinas infernales que nos estacionan en la Tierra; nuestras armas sean el testamento de Jesús, los traslados de la ciencia, en sus múltiples manifestaciones, las obras filosóficas de todos los sabios que hemos llegado a conocer. La ciencia es infinita, incomprensible para muchos, pero también hay breves compendios simplificados para que a todas las inteligencias llegue la luz.

Nuestro sagrado deber es decir muy alto que nosotros vamos hacia Dios por la ciencia y la caridad y todo aquel que especule con el Espiritismo ni es espírita ni lo será.

¡Ciencia! ¡Irradiación divina, bendita seas! A ti, y sólo a ti, encarnación de Dios, rendimos homenaje y culto ferviente, los verdaderos espiritistas, que son sabios o humildes; nos creemos felices con pertenecer siquiera a los últimos.

CAPÍTULO VIII

YA ERA TIEMPO

Verdaderamente ya era hora de que se le quitase a la creencia religiosa, la camisa de fuerza que le habían puesto las absurdas exigencias sociales, imponiendo una misma religión a todos los individuos, lo mismo al sabio que al ignorante; y el sentimiento religioso es tan espontáneo como el amor: se ha de sentir, y ha de ir uno a buscar la imagen que le inspire adoración, el credo cuyas palabras consigan llevar la convicción a nuestra mente.

Es inútil que se lleve al niño al templo y se le diga: póstrate y ora; si el Espíritu de aquel niño no está predispuesto para el formalismo de las religiones, nada sentirá; y decimos esto, porque lo sabemos por experiencia.

En nuestra primera edad, nuestra madre nos llevaba a la iglesia, y permanecíamos en el templo a veces largos ratos bostezando y aburriéndonos, y cuando nos reprendían por nuestra poca compostura y nos decían: Mira que estáis en la casa de Dios, contestábamos resueltamente: Dios no está aquí, Dios está en el río, allí sí que está Dios. Y decimos esto, porque a orillas del caudaloso Guadalquivir, sentíamos una alegría inexplicable y nuestro ser experimentaba lo que entonces no podíamos definir, pero que sin embargo sacábamos lógicas consecuencias; porque como siempre nos decían, Dios es muy bueno, y se complace en la dicha de sus hijos, nosotros calculábamos que donde nada gozábamos no podía estar Dios, y en el paraje donde el júbilo era inmenso allí debía encontrarse tomando parte en nuestra felicidad. Y fueron inútiles cuantos esfuerzos hicieron para despertar nuestra devoción, únicamente la cruz adornada de flores, o sea la Cruz de Mayo era lo que conseguía atraer nuestras miradas. Por eso decimos que es un absurdo imponer esta o aquella religión, se debe educar al niño dentro de los preceptos de la moral más pura, se debe despertar su admiración a la naturaleza, y hacerla amar desde el pequeño gusano hasta la flor más hermosa, haciéndole comprender que Dios es el alma del mundo; y cuando su imaginación esté dispuesta a conocer y a distinguir, entonces se le deben entregar los libros sagrados de las religiones, y que él elija a su placer, el culto religioso, lo repetimos, debe ser tan espontáneo como el amor, y sólo cuando cesen las religiones de imponer sus ritos, será cuando éstas tendrán sólidas bases, porque aquellos que las profesan, las profesarán en verdad.

Los verdaderos espiritistas racionalistas, no queremos como dicen nuestros detractores, la muerte de las religiones, no; lo que sí queremos es la absoluta libertad de cultos, que cada cual pueda tener su creencia religiosa o filosófica sin que sea mal mirado por estos ni aquellos. Una misma religión para todos es imposible es el absurdo de los absurdos, porque como cada ser es distinto de los demás, lo que para unos es perfectamente comprensible, para otros es completamente ininteligible, lo que para estos es muy razonable, para aquellos es ilógico, y por eso las religiones no tienen bases firmes, porque sus adeptos son piedras sueltas que no están unidas por la argamasa de una misma convicción. Y nosotros queremos que lo estén, no queremos por ahora la demolición de los templos. ¿Qué harían ciertas multitudes sin el freno de esta o de aquella religión? La luz deslumbra a los que han estado muchos años viviendo entre tinieblas. Por esto el racionalismo religioso, el Dios de la ciencia, sin más templos que la Creación, sin más culto que las buenas obras que en su nombre haga a la humanidad, no sirve para ciertos espíritus, que necesitan ver altares con vírgenes y cristos, y santos y ángeles; pero así como para las pequeñas inteligencias no sirve el racionalismo religioso, tampoco sirve para los libres pensadores los milagros de los profetas, las apariciones de las vírgenes y las demandas de los cristos.

He aquí porqué queremos la verdadera libertad del culto, ya que afortunadamente pasaron los tiempo gloriosos de los autos de fe, de las excomuniones y de la confiscación de los bienes de los herejes y de los impíos. Queremos la luz para todos, y la luz es toda creencia que satisface nuestras aspiraciones y la profesamos con verdad, (dejando aparte las horribles hecatombes de las guerras y persecuciones religiosas) en la vida normal, cuando no hay violencia de ninguna especie, la creencia que mejor comprendemos es la que más luz nos da, tanto es así, que el Espiritismo, a pesar de ser manantial de vida, para los que no lo estudian racionalmente y no lo comprenden en su verdadero sentido, les produce el resultado contrario: en lugar de darles luz les hunde en la sombra.

¿No tiene el hombre para cada edad distinto alimento? ¿Se le da al niño los manjares y las sustancias alimenticias que se le da al adulto? No, bien distintas son en calidad y en cantidad. Pues háganse cargo que el Espíritu tiene sus edades como las tiene el cuerpo, con la sola diferencia que las edades del primero se componen de los siglos, y las del segundo, de años.

El Espíritu niño, necesita como los pequeñuelos, juguetes y figuras con que entretenerse, por esto les hacen falta las imágenes de los santos, los magníficos trajes de los sacerdotes, las fiestas de las iglesias con sus músicas, sus cantos, sus luces, sus pláticas, sus nubes de incienso, porque todo esto forma un conjunto que agrada, que conmueve, y hasta entusiasma, porque el niño para sentir necesita ver escenas de efecto. Pero cuando el Espíritu ha llegado a la edad madura, no se impresiona con el culto

externo de las religiones, busca el fondo de las cosas, no se contenta con la superficie, y su profunda mirada se fija con más anhelo en el capullo de la flor naciente, en el nido del pajarillo, en el manantial que nace entre escondidas rocas, en las capas de la Tierra que cada una de ellas le habla de un movimiento geológico: busca a Dios en la naturaleza y allí lo encuentra.

Muchos espíritus entrados en la edad madura habitan hoy en el planeta Tierra; por esto hay tantos libres pensadores, y son inútiles todos los esfuerzos de las religiones para atraerlos a sus templos y ejercer sobre ellos su antigua dominación. ¿Puede la madre detener la libre acción de su hijo, cuando este llega a los 25 años, como cuando tenía seis primaveras, que era ella la que disponía de todas sus acciones? Bien sabemos que cuando el hombre es mayor de edad, hasta la ley le autoriza para ser libre; pues del mismo modo los espíritus que hoy pueblan el globo terráqueo, tienen derecho para pensar por sí mismos la mayoría de ellos, porque han entrado en su mayor edad.

Somos tan amantes de la verdad, tenemos un afán tan profundo por extirpar de raíz el cáncer de la hipocresía social, deseamos tan ardientemente que todos los ideales desplieguen su bandera, que cuando vemos un acto de emancipación, cuando vemos que una familia honrada, respetada por sus virtudes, rompe el estrecho molde de la vieja rutina, y sigue fielmente sus consejos y sus enseñanzas, de hacer el bien por el bien mismo; cuando vemos que la verdadera religión tiene leales adeptos, sentimos un placer inmenso, ¡Somos tan amantes del adelanto! ¡Tan amigos de la verdad! Rendimos tan ferviente culto a la íntima libertad de la conciencia, que cuando vemos que se manifiesta ese legítimo derecho del hombre, decimos con profunda satisfacción ¡Ya era tiempo! ¡Ya era tiempo que llegaran los días de la verdadera libertad, de esa libertad sagrada que es la esencia de la civilización!

El derecho de pensar es innato en el hombre, y el deber de los pueblos civilizados, es respetar mutuamente los ideales religiosos y filosóficos de cada uno.

CAPÍTULO IX

ACLARACIONES

La comunicación espiritual cuando es dada por espíritus buenos, consuela y alienta a los terrenales en las luchas de la vida, con el laudable fin de que no se abuse de ella, porque del abuso se llega al fanatismo, siendo éste la lepra que, de muchos siglos acá ha desvirtuado todas las creencias hasta sumirlas en el ridículo.

Desgraciadamente el Espiritismo, hay muchos que lo conocen de nombre, pero muy pocos en la esencia; y por esta misma razón hay quien cree de buena fe, que a los espíritus se les puede hacer toda clase de preguntas; y que, con estar comunicados con ellos a todas horas, ya cumplen con el verdadero Espiritismo.

Nosotros quisiéramos hacer comprender a esta clase de creyentes, todo lo grande, serio y lógico que encierra nuestras creencias; mas como quiera que todas las inteligencias no tienen un mismo grado de desarrollo, sucede que cada uno lo comprende a su manera versando sobre ella mil distintos pareceres.

Nosotros no nos conceptuamos con grandes facultades intelectuales, pero procuramos beber en buenas fuentes; estudiamos, comparamos, analizamos, y después, basándonos en aquello que nos parece más racional, emitimos nuestras ideas. Esto hemos hecho hasta el presente y lo seguiremos haciendo en adelante, con la seguridad de que unos estarán de nuestra parte y otros no, porque la unidad de pensamientos hacia el bien, aún dista muchos siglos de nuestro planeta, por lo tanto, vamos a exponer del mejor modo posible lo que nos parece más razonable de nuestra hermosa doctrina.

Primero: Admitimos la comunicación de ultratumba, siempre que ésta sea de útil enseñanza, y desechamos todas las de aquellos espíritus que se presentan con halles y gemidos, que tienen a los médiums en un estado violento, y que después de haber hablado mucho no han dicho nada, porque además de ridiculizar las sesiones para el que las ve por primera vez y que piensa en hallar una cosa seria, sólo ve una algarabía de lamentos que no se entienden, demostrando dos cosas; o que son espíritus ligeros que tratan de pasar el tiempo en frivolidades, o que son esa clase de espíritus que, estando en completa turbación, les es imposible expresarse con acierto. A éstos el mayor bien que se les puede hacer, es rogar a Dios por su mejoramiento.

Segundo: Creemos que a los espíritus buenos se les puede preguntar por el estado de nuestros parientes, amigos o conocidos que han dejado la Tierra; si la respuesta es satisfactoria, no creemos lógico volver a repetir la misma pregunta, pues basta con que les pidamos auxilio en nuestras oraciones; mas si no lo es debemos entonces rogar por ellos, y que medie bastante tiempo a que se vuelva a preguntar. Esto nos parece más natural, que estar preguntando a todas horas y por distintos médiums, la misma cosa.

También puede preguntárseles por el estado de cualquier enfermo, si éste está de mucha gravedad; pero respecto a los medicamentos que pueden propinar los espíritus, aunque algunos de ellos sean excelentes, puesto que lo tenemos experimentado, nosotros nunca recurrimos a ellos sino en un caso extremo, como por ejemplo: cuando el enfermo está desahuciado de los médicos; en uno de esos momentos desesperado en que el doctor se retrasa, bien porque se halla ocupado o por estar muy distante, o cuando se ve que no está acertado, entonces y sólo entonces preguntaremos a los espíritus si hay remedio para aquel ser; por la sencilla razón de que, si los espíritus tuvieran que curar a todos los enfermos, la medicina podría cruzarse de brazos y esperarlo todo de ellos sin trabajo alguno; no siendo esto lo más lógico ni mucho menos, toda vez que cada individuo de por sí, debe de trabajar en cualquier ramo a que se dedique para desarrollarlo en toda su latitud y engrandecerlo cuanto le sea posible; así pues, el médico tiene el deber de estudiar profundamente el organismo humano e investigar todo cuanto su inteligencia le permita ver, para ponerlo en práctica a la primera ocasión; de este modo, cada uno se lleva la recompensa de su trabajo o la responsabilidad de su indolencia, y lo mismo decimos respecto al agua magnetizada, que es muy buena en los momentos extremos o en determinados casos, pero sin que de ella se haga un completo abuso, como sucede al emplearla para dar baños a enfermos graves, resultando en consecuencia, el fallecimiento o empeoramiento del enfermo, efecto de una imprudencia que, en sana lógica, no podremos admitir jamás.

Por lo tanto, y mientras la ciencia tenga un recurso para el enfermo, debemos dejarla con amplia facultad de obrar; y cuando ella haya agotado los medios, entonces nos quedan los buenos espíritus para preguntar, porque si no ¿De qué servirían los grandes descubrimientos que vemos a cada instante en todos los ramos del saber humano? Nadie trabajaría, porque con la esperanza de que los espíritus nos lo pudieran decir todo, nos echaríamos en los brazos de la indolencia y dejaríamos el mayor trabajo para los invisibles.

Cuando los grandes dolores de la vida nos abruman en demasía, bueno es que pidamos un consejo a nuestros guías o espíritus familiares, pero que en todos nuestros actos, preguntemos a los espíritus los que hemos de hacer, no es lo más racional, pues hay tanta diferencia de lo uno a lo otro,

como de la noche al día: lo primero lo dan los espíritus con sumo agrado, porque siempre están dispuestos para el bien, cuando estamos abatidos, nos consuelan y reaniman: en estos casos la comunicación con los seres de ultratumba, es para los encarnados el mayor de los lenitivos, porque sus saludables lecciones, nos dan valor para resistir los embates de nuestra penosa existencia, pero si a todas horas se les molesta, sucede que, como los espíritus buenos jamás están dispuestos a contestar preguntas frívolas, en lugar de ello vienen los de más baja esfera, de los que nada bueno se puede esperar, puesto que con sus malas influencias, perjudican a los médiums en alto grado; tanto, que hemos visto algunos sumamente buenos, quedarse ineptos para sus ocupaciones diarias, y a otros, ir degenerando su mediumnidad hasta el punto de obsesarse y no servir para nada, por el uso inmoderado que muchos hacen de la comunicación.

Así es que, para evitar estos y otros males, repetiremos una y mil veces, que no se abuse de la comunicación ni se moleste a los médiums para asuntos materiales y de poca importancia, porque es echarlos a perder completamente siendo así que a un buen médium, se le ha de tratar y conservar con gran cuidado como una cosa utilísima, porque ellos son los telégrafos del mundo espiritual que están destinados a dar provechosas enseñanzas.

No hace mucho se acercó a nosotros una persona conocida, para que preguntásemos a un pariente suyo, que algunos meses antes había fallecido sin testar para que le dijera algo sobre los bienes que había dejado y el modo de arreglarlo, nosotros no quisimos prestarnos a semejante pregunta, porque sabemos perfectamente que los espíritus buenos jamás contestan a estas materialidades y sólo los ligeros acuden presurosos a emitir su parecer, tanto si es acertado como si no lo es. Nosotros no queremos de esos espíritus sino su progreso moral, procuramos evitarles la ocasión de que pierdan el tiempo. Algunos días después, se presentó espontáneamente dicho Espíritu y nos dijo lo siguiente: “te felicito por haberte negado a una pregunta de tan escaso valor, y dile a mi familia de mi parte, que se arreglen como mejor les parezca, que yo miro con mucha indiferencia los bienes que me pertenecieron en la Tierra: lo único que les pido es, que hagan mucho bien a los pobres: por lo demás, que obren según su conciencia y su criterio, que yo jamás me ocuparé en aconsejarles nada sobre este asunto: si obran mal, suya será la responsabilidad, como suya será la gloria si obran con acierto”. Esto me dijo el Espíritu, y así lo trasmitimos a su familia con la creencia de que obramos como debimos.

Tercero: Entendemos por preocupaciones todo acto que se reviste de vana formula, toda idea frívola o de escaso interés que tiene ocupado al Espíritu la mayor parte del tiempo, no dejándole casi libre para pensar en cosas de más valía y reteniéndole en su marcha progresiva; como así mismo, todo aquello que forma una costumbre innecesaria, sin la cual muchos no pueden vivir, por más que se les demuestre que el rutinarismo en las creencias religiosas, no es sino una base movediza que quedará destruida con el tiempo.

Cuarto: Es fanático en nuestra doctrina, el que a todas horas a los espíritus se les haga un sin número de preguntas indiscretas, el que acepta cuanto estos le dicen sin examinarlo antes detenidamente, y el que no emprende un viaje, negocio o da un paso sin consultarlo con los espíritus.

Es necesario comprender, que el abuso reporta grandes males: por eso el que se fanatiza y abusa de la comunicación nunca podrá tener sino la indiferencia de los espíritus superiores, y la obsesión de los malos que le gobernarán a su antojo y le harán cometer mil desaciertos.

En las cosas materiales y para nuestros asuntos particulares, tenemos nuestro criterio; y si este no fuera suficiente para ciertas cosas de interés, nunca falta un amigo o conocido que sea más ilustrado, y a éste es a quien debemos pedir, y posiblemente nos facilite el medio o idea más conveniente.

Esto es, en nuestro humilde concepto, lo que nos parece más lógico para que la doctrina espirita se vea libre de preocupados fanáticos, pues una creencia que difunde la luz en todos los conceptos por ser su parte filosófica, altamente moral, científica, profunda e ilimitada, la que cuenta con los fenómenos maravillosos, es en conjunto, la más grandiosa que se ha conocido hasta el presente, es lástima que cuente con adeptos que no lo sepan comprender como es debido, desvirtuándola algún tanto a los ojos de los que no conocen el Espiritismo.

Nosotros siempre que hallamos un médium, si es bueno, nos abstendremos de hacer ciertas preguntas que pueden atraer sobre él malas influencias; y si es malo, le evitaremos, si nos es posible, el que se comunique, haciéndole con esto un bien inmenso.

Somos amantes de comunicarnos con los espíritus, porque ellos nos han prestado gran consuelo, pero siempre lo hacemos con medida, porque les tenemos como amigos predilectos y a los amigos se les quiere, se les cansa en los casos apurados, pero jamás se abusa de ellos.

Creemos que el Espiritismo encierra el progreso indefinido de las humanidades, porque moraliza las masas y desarrolla las inteligencias con pasmoso vuelo; y para ser buenos e instruidos, es preciso huir de las sombras e inspirarse en la luz de la razón, que es la que aclara los hechos y demuestra las grandes verdades.

LA LUZ QUE NOS GUÍA

Donde la verdad exista, la luz se esparce a torrentes y entonces, se ve con los ojos del alma lo que para los de la materia permanece envuelto en el misterio, esto es, la verdad comparativamente hablando, es el ángel bueno que intuye a los humanos hacia el bien.

CAPÍTULO X

EL QUE SIEMPRE NOS ESPERA

Llamó a mi puerta un anciano, yo le pregunté quién era, y en lugar de contestarme volvió a llamar con más fuerza.

Bajé a abrir y ya no estaba, y tan sólo vi en la puerta un letrero que decía:

“El tiempo llama y no espera”

Con el tiempo aprenderás a saber lo que es el tiempo, lo malo es que algunas veces llega muy tarde el remedio.

Es muy cierto, si no se acepta más que una existencia hay que convenir que el hombre es inmensamente desgraciado, porque la juventud la empleamos generalmente en solazarnos, en aturdirnos, en correr infatigablemente tras ese imposible llamado felicidad.

El ser humano se ama tanto a sí mismo en su primera edad que no se fija más que en aquello que puede complacerle, y cuando se ocupa de su prójimo, cuando piensa en los desgraciados, cuando procura enjugar las lágrimas de los desvalidos es cuando los engaños han dejado hondas arrugas en su frente y la nieve de los años enerva sus fuerzas y le postra a veces por medio de dolencias físicas hundiéndole en el abismo del dolor, entonces es cuando el hombre con suficiente experiencia dice con amargo acento:

-¡Ay! ¡Si la juventud supiera y la vejez pudiera! Mas ¡Ay! Ya es tarde, el hombre enfermo es un buque sin timón, es un árbol que no presta sombra, y entonces a pesar suyo se vuelve egoísta y tiene que pensar más en sí mismo que en los demás, no puede ser útil a nadie, y sufre porque conoce lo improductiva que ha sido su existencia: que fue egoísta en su juventud por su descuido y aturdimiento, y egoísta en la ancianidad por el instinto de conservación. Se arrepiente sinceramente de sus errores pero con el arrepentimiento no hay bastante, y en esta lucha le sorprende la muerte, y exhala su último suspiro. ¿Qué ha vivido aquel hombre para su progreso? ¿Qué méritos ha contraído para su porvenir? Ninguno. Por larga que sea una existencia es muy breve el plazo que le queda al Espíritu para perfeccionarse, y llega como dice el poeta muy tarde el remedio, advirtiéndole que hay millones de seres que mueren en la infancia y en la juventud sin haber dado un paso en la senda de su mejoramiento moral.

Considerando al hombre con una sola existencia es un libro sin prólogo ni epílogo, es el bosquejo de un cuadro, es la segunda escena de un drama, es algo dudoso, incompleto, imperfecto.

¡A cuántos seres conocemos que el mundo llama sabios, grandes y eminentes y que nosotros miramos con profunda compasión porque han vivido sin vivir!. En este número entran multitud de mujeres, que agotan los mejores años de su existencia sacrificándose en aras de una diosa más despótica que todos los Nerones y Calígulas que dominaron un día en la soberbia Roma, esa diosa es la Moda, y ella es la causa de la mayor parte de los desaciertos que cometen las mujeres, y esta subyugación domina a la mujer casi toda la vida; poco adelanto hace el hombre en una sola encarnación, pero muchísimo menos hace la mujer.

Cuantas veces la observamos en una reunión espiritista, mientras los hombres atienden a las comunicaciones o lecturas morales, ellas se miran unas a otras los trajes, los lazos, los peinados; se preguntan a hurtadillas cuanto les ha costado el abrigo, quien les ha hecho el vestido, si es muy cara la peinadora, al menor ruido vuelven la cabeza, parecen en fin el movimiento continuo, a todo atienden menos a lo que las puede instruir.

La murmuración es su más agradable entretenimiento, nada respeta la lengua de la mujer, empezando por murmurar de su marido, rara es la mujer que al hablar del compañero de su vida, no dice sonriéndose, -Mi esposo no es de los peores, no me puedo quejar, pero ¡Ay! Tiene un genio... que, ¡Bendito sea Dios! Y como la paciencia toda la agotó Job, francamente, hay ocasiones... que me iría lejos... y esto lo escuchan los hijos que se acostumbran a oír hablar mal de su padre, y así se forma la familia de la Tierra que no es más que una amarga irrisión de la verdadera familia.

¿Para qué habría sido creada el alma de la mujer sino la esperara el que siempre nos espera? ¡El tiempo! ¿Qué sería de esos espíritus rebeldes ayer, y volubles hoy si no tuvieran la eternidad y el progreso indefinido por patrimonio? ¿Responderían al pensamiento de Dios? No, y lo mismo sucede al hombre, si el tiempo no le esperara, desgraciado de él, mientras la mujer malgasta muchas horas de su vida cambiando de forma sus vestidos, él dominado por la ambición, estudia la mejor manera de oprimir a los débiles, y estos a su vez hacen cuanto les es posible por sacudir el yugo, y parece que la ley de la destrucción es la única que rige en el mundo.

Agota un hombre, (por ejemplo) parte de su existencia en buscar la solución de un problema científico, y apenas ha pronunciado la palabra mágica de Arquímedes, apenas ha dicho ¡Eureka! Cuando una multitud de sabios envidiosos dicen a voz en grito: -Ya lo sabíamos, esa idea no es nueva, lo será el procedimiento que ha empleado, la forma, pero no el fondo, y todos a la vez se conjuran para deshacer en un segundo los afanes de muchísimos años.

Ahora bien, ¿Responde esta humanidad envidiosa y antojadiza a la grandeza de su Creador? Sus mismos hechos demuestran que está tan lejos de asemejarse a su divino Padre, como la sombra a la luz, como lo finito a lo infinito.

El hombre tiene que tener existencias sucesivas para responder a la nobleza de su origen, por esto no hemos podido menos que sonreír al leer lo que dice Ferrán:

Con el tiempo aprenderás a saber lo que es el tiempo, lo malo es que algunas veces llega muy tarde el remedio.

Ignora el poeta que en la eterna vida del espíritu nunca se hace tarde, si se malgastan cien encarnaciones queda la eternidad, queda ese día cuyo amanecer nadie ha visto, cuyo crepúsculo vespertino nunca llegará.

¡Cuán consoladora es esta certidumbre! Y cuán lógica a la vez, que es lo que principalmente se debe buscar, la lógica en todas nuestras deducciones y creencias; porque si no atendemos más que al consuelo, las religiones también consuelan, prometen cielos, que es todo cuanto se puede prometer, y aunque también aseguran que existe el infierno, en cambio no titubean en hacernos creer que con un segundo de arrepentimiento quedamos limpios de la mancha, y entramos purificados en el paraíso y nos sentamos a la derecha del Eterno Padre. Este porvenir no puede ser más halagüeño ni tampoco más absurdo, considerado fríamente bajo el criterio de la razón, porque si así sucediera, sería muy cómodo satisfacer todos nuestros deseos, arrojarnos, si era preciso, en la senda del crimen para ver cumplidos nuestros propósitos, y luego cuando ya no pudiéramos gozar de la vida por que viéramos la diestra de la muerte suspendida sobre nuestra cabeza, darnos unos cuantos golpes de pecho, decir con voz compungida: ¡Señor! Me arrepiento de mis culpas y nos vamos al cielo derechos, quedando sin castigo todos nuestros crímenes, y esto es completamente imposible, preferimos la teoría materialista a creer en un dios, tan torpe que se contenta con tan poco. En cambio, la pluralidad de existencias del alma con el constante trabajo del Espíritu, es completamente racional. Si Dios da a cada uno según sus obras, para ejecutar esas obras necesariamente se necesita tiempo, una encarnación es insuficiente, y sucesivas existencias dan ocasión propicias para reflexionar, meditar, comparar, analizar, y con completo conocimiento de causa, inclinarse al bien después de haber sufrido todas las consecuencias del mal. Dice Jorge Sand y dice muy bien, que “El hombre que no ha sufrido no es nada. Es un ser incompleto, una fuerza inútil, una materia bruta y sin valor que el cincel del artífice romperá tal vez cuando pretenda darle forma”.

Y es muy cierto lo que asegura el distinguido escritor. El Espíritu cuando está probado en las luchas de la vida se encuentra apto para todo, no conoce el imposible, llega hasta el sacrificio sin exhalar una queja, porque sólo después de haber naufragado, se aprecian en todo lo que valen los apacibles goces de la bonanza.

Queda demostrado que el tiempo siempre nos espera, imagen de Dios que para Él nunca se hace tarde; y si Ferrán asegura que el tiempo llama y no espera, las racionales enseñanzas del Espiritismo nos manifiestan que el hombre tiene ante sí el infinito del progreso y el infinito del tiempo, éste ¡Siempre nos espera!

CAPÍTULO XI

EL GÉNESIS Y LA CIENCIA

No diremos que las hipótesis sentadas por los grandes sabios, lleven todas ellas el sello de la verdad absoluta que nunca será patrimonio del hombre; porque entonces éste se igualaría a Dios; y siempre habrá tanta distancia de Dios al hombre, como de lo infinito a lo infinitesimal.

Esa eterna línea divisoria existirá en todas las edades, mas no por esto el trabajo de la inteligencia humana deja de ser admirable, encantador, asombroso, sorprendente. Nada más bello, nada más grande, nada más sublime y más consolador, que ver los titánicos esfuerzos de esas imaginaciones generosas, que con una ingeniosidad y actividad, y con un afán incansable, dedican todo el tiempo a estudiar los grandes principios que sirven de base a la vida de la humanidad.

Qué importa que el fruto de todos esos trabajos no esté aún completamente sazonado, si el fruto, en razón de la verdad suprema, nunca estará al alcance de la inteligencia del hombre.

¿Qué es el hombre en la Tierra?

¿Qué es la Tierra? Preguntemos primero. Astronómicamente considerada en el mundo de Mercurio, brilla en su cielo como una estrella de primera magnitud.

En el cielo del mundo de Venus es visible a simple vista como una estrella de primera magnitud muy luminosa.

En el cielo del mundo Lunar, el astro Tierra alumbra a media noche tanto como alumbrarían catorce lunas llenas.

En el cielo del mundo de Marte, es una brillante estrella de la tarde, algo más pequeña de lo que nos parece Venus.

En el cielo del mundo de Júpiter, débil estrella de la mañana y de la tarde, y puntito negro que pasa todos los años por delante de su Sol. En el cielo del mundo de Saturno, la Tierra es casi invisible, un punto telescópico que pasa cada quince años por delante del Sol.

En el cielo del Mundo de Urano, la Tierra es completamente invisible, y en el cielo del mundo de Neptuno, es completamente desconocida.

Ahora bien, si en nuestro mismo sistema planetario, la Tierra a cierta distancia es completamente desconocida, ¿Qué papel representará ante los demás Universos?

Será menos que un átomo perdido en la inmensidad. ¿Y qué serán los habitantes de este globo comparados con otras humanidades? Menos, mucho menos de lo que son los infusorios para nosotros. ¿Y estos seres microscópicos, (los hombres terrenales) podrán ni aún remotamente creer que son la esencia de Dios? ¡No! Tendremos, todo lo más, nobles aspiraciones, trabajaremos atraídos por el foco de la verdad Suprema, haremos esfuerzos superiores a nuestras condiciones morales e intelectuales, tendremos intuición de algo inmenso, maravilloso, divino, sentiremos latir nuestras sienas y nuestro corazón con una sensación deliciosa pero inexplicable, suspiraremos por una tierra prometida, lloraremos por una libertad inconcebible, veremos en el cielo de nuestros sueños algo que nunca podrá expresar el lenguaje humano, pero dejaremos la Tierra más pequeñitos en ciencia, que lo es el feto en el claustro materno cuando el Espíritu que debe animarle está turbado sin conciencia de lo que fue, ni de lo que será. Por esto nos sonreímos con esa sonrisa compasiva de los ancianos que escuchan con melancolía los sueños entusiastas de sus nietos, cuando vemos que los hombres se afanan por demostrar, con las más concluyentes afirmaciones, que el Génesis mosaico es la misma palabra de Dios, es la obra obtenida por la divina revelación.

¿Y cómo puede ser su palabra augusta cuando la ciencia destruye sus aseveraciones? ¡Si Dios hubiese escrito un libro, sus argumentaciones serían incontrovertibles! Y el mero hecho de que el estudio de los hombres, avanza mucho más que las páginas sagradas de las biblias de todas las religiones. Es prueba inequívoca que esos viejos manuales de los siglos están escritos por los legisladores primitivos, hombres superiores a la generalidad, pero nunca fueron intérpretes divinos, porque de haberlo sido, los principios sentados en sus páginas, jamás la ciencia humana los hubiera podido destruir, porque siendo Dios la suprema sabiduría, sólo podría inspirar la verdad. La historia de los libros sagrados la describe muy bien Allan Kardec, veamos lo que dice:

La historia del origen de todos los pueblos se confunde con la de su religión: por eso los primeros libros han sido religiosos. Y como todas las religiones se refieren al principio de las cosas, que es también el de la humanidad, han dado acerca de la formación y ordenación del Universo explicaciones que están en relación con el estado de los conocimientos del tiempo y de sus fundadores. Ha resultado de eso que los primeros libros sagrados fueron al mismo tiempo los primeros libros de ciencia, como han sido también por mucho tiempo el código de las leyes civiles.

La religión era entonces un freno poderoso para gobernar. Los pueblos se sometían gustosos a los poderes invisibles, en nombre de los cuales se les hablaba y los gobernantes se decían mandatarios, ya que no se proclamaron los iguales de esas mismas potencias.

Para dar más fuerza a la religión, era preciso presentarla como absoluta, infalible e inmutable; sin lo cual hubiera perdido su prestigio entre seres casi brutales en quienes apenas apuntaba un destello de razón. No convenía que sobre ella pudiera discutirse ni tampoco sobre las órdenes del soberano; y de ahí el principio de la fe ciega y de la obediencia pasiva que tuvieron en su tiempo su razón de ser y su utilidad.

La veneración en que se tenían los libros sagrados, que se creían descendidos del cielo o inspirados por la divinidad misma, hacía sacrílego su examen.

En los tiempos primitivos los medios de observación eran necesariamente muy imperfectos, y por consecuencia, las primeras hipótesis relativas al sistema del mundo tenían que estar sobrecargadas de groseros errores; pero aún cuando estos medios hubiesen sido tan perfeccionados como los que hoy tenemos, los hombres no hubieran sabido servirse de ellos, no pudiendo ser por otra parte sino el fruto del desarrollo de la inteligencia y del conocimiento sucesivo de las leyes de la naturaleza. A medida que el hombre ha ido adelantando en el conocimiento de esas leyes, ha ido penetrando en los misterios de la creación y rectificando las ideas que se había formado acerca del origen de las cosas.

Así como para comprender y definir el movimiento correlativo de las agujas de un reloj, es indispensable conocer las leyes que presiden a su mecanismo; apreciar la naturaleza de los materiales y calcular la potencia de las fuerzas que funcionan: para comprender el mecanismo del Universo, es preciso conocer las leyes que rigen todas las fuerzas, puestas en acción en éste vastísimo conjunto.

El hombre ha sido impotente para resolver el problema de la creación hasta el momento en que la ciencia le ha dado la clave. Ha sido preciso que la Astronomía le abriese las puertas del espacio infinito, y le permitiese penetrar en él con su mirada, que pudiera determinar por la potencia del cálculo con una precisión vigorosa, el movimiento, la posición, el volumen, la naturaleza y el oficio de los cuerpos celestes, que la Física le revelara las leyes de la gravitación, del calor, de la luz, y de la electricidad, la potencia de esos agentes sobre la naturaleza entera, y la causa de los innumerables fenómenos que de ellas proceden, que la Química le enseñara las transformaciones de la materia, y la Mineralogía las materias de que se componen la corteza del globo, que la Geología le enseñase a leer en las diferentes capas terrestres la formación gradual de este mismo globo; la Botánica, la Zoología, la Paleontología, la Antropología, debían iniciarles en la filiación, y en la sucesión de los seres orgánicos. Con la Arqueología se ha podido seguir los pasos de la humanidad a través de las edades. Todas las ciencias, en fin, completándose unas con otras y dándose la mano, tenían que aportar su contingente necesario para el conocimiento de la historia del mundo; a falta de lo cual el hombre no tiene por guía sino sus primeras hipótesis, ni por auxiliares, más que sus sentidos.

Por eso también, antes que el hombre estuviera en posesión de todos esos elementos indispensables de apreciación, todos los comentaristas del Génesis, cuya razón fatalmente se estrellaba contra imposibilidades materiales, se revolvían en un mismo círculo sin poder salir de él, hasta que la ciencia ha abierto el camino a través del viejo edificio de las antiguas creencias. Todo ha cambiado entonces de aspecto. Una vez encontrado el hilo conductor, las dificultades se han desvanecido, y en vez de un Génesis imaginario, se ha tenido un Génesis positivo y en cierto modo experimental: los horizontes del Universo se han extendido a lo infinito, se ha visto que la Tierra y los astros se forman gradualmente según leyes eternas e inmutables que revelan mejor el poder y la sabiduría de Dios; que una creación milagrosa salida de un golpe de la nada, como un cambio de decoración por una idea súbita de la divinidad, después de una eternidad de inacción y de soledad son incomprensibles.

Puesto que es imposible conocer el Génesis sin los datos que la ciencia suministra, puede decirse con toda verdad que, la ciencia es verdaderamente llamada a constituir el Génesis según las leyes de la naturaleza.

No cabe duda que la ciencia es la única que puede formarlo, porque la ciencia es la verdad; pero este trabajo no es de un año, no es de un lustro, no es de una centuria, es de mil y miles de años, y nunca estará terminado porque siempre encontrará el hombre un más allá desconocido, y en todos sus estudios verá, que al comprender una página de sus volúmenes científicos, le quedan mil y mil líneas de jeroglíficos que descifrar, y de problemas que resolver.

También es paciente porque es eterna. Por esto los esfuerzos de los sabios debemos respetarlos, que como dice Víctor Hugo:

El esfuerzo de todos compone la suma del progreso. Haga cada cual lo que pueda y el ser inmenso se dará por satisfecho. Él sabe equiparar la importancia de los resultados con la energía de las intenciones y el más mínimo esfuerzo es tan venerable como el esfuerzo máximo.

Ningún ser de la creación hará desaparecer los ecos de la palabra divina. Si la palabra de los primeros siglos se extingue, repetimos lo que hemos dicho anteriormente: Dios no ha revelado nada,

porque Dios bajo el sentido científico no es un cuerpo, no es una individualidad, es la ciencia profunda germinando en la creación, es una causa incomprensible para el hombre que sólo puede apreciar los efectos. Las revelaciones de Dios están en la inteligencia del hombre, pero no esa revelación atribuida a los primeros legisladores, éstos hablaron, y escribieron obedeciendo a inspiraciones humanas, de espíritus más adelantados que ellos. Todo fue obra de hombres, por esto las religiones deben obedecer a principios no inmutables, y sí reformables.

¿Qué son esos libros sagrados? ¿Qué es esa cosmogonía genesiaca tan decantada, tan venerada, donde solo se trata de la formación de la Tierra, comparada con la cosmogonía universal, con la Uranografía general, estudios donde la mente se abisma, donde el hombre se encuentra tan pequeño, que ni aún su cuerpo le proyecta sombra?

Escuchemos por un momento a Kardec:

“Para figurarnos cuanto es posible hacerlo con nuestras limitadas facultades, la infinidad del espacio, supongamos que partiendo de la Tierra perdida en medio de lo infinito, hacia un punto cualquiera del Universo, y esto con la prodigiosa velocidad de la chispa eléctrica que recorre millares de leguas a cada segundo apenas hemos dejado ese globo; y habiendo recorrido millones de leguas, nos encontramos en un sitio donde nuestro globo nos aparece bajo el aspecto de una pálida estrella. Un instante después siguiendo la misma dirección, llegamos hacia las estrellas lejanas, que apenas se distinguen desde la estación terrestre, y desde allí no se distingue la Tierra en las profundidades del cielo, sino que aún el Sol con todo su esplendor queda eclipsado por la distancia que de él nos separa”.

“Animados siempre por la misma velocidad del relámpago, dejamos atrás sistemas de mundos a cada paso que avanzamos en la extensión, islas de luz etéreas, vías estelíferas, regiones suntuosas donde Dios ha sembrado mundos, con la misma profusión que hay flores en la primavera en las praderas terrestres”.

“Sólo hace algunos minutos que vamos marchando y ya centenares de millones de millones de leguas, billones y trillones nos separan de la Tierra, y millones y millones de mundos han pasado por nuestra vista; y sin embargo, escuchad... no hemos avanzado un solo paso en el Universo”.

“Si continuamos durante años y siglos, y millones y millones de periodos, cien veces seculares e incesantemente con la misma velocidad inicial, no por eso habremos adelantado más, y esto en cualquier dirección que vayamos y hacia cualquier punto que nos dirigiésemos, a partir de este grano invisible que llamamos Tierra. Eso es el espacio”.

“Ante esos horizontes infinitos ¿Qué es el Génesis mosaico? Un cuentecito de niños ¡Nada más!”

“Ayer la ciencia en estado de embrión para el hombre terrenal, podía fundar su base en la fe, pero hoy la ciencia hija de la razón, después de haber hecho sufrir a su madre un parto muy laborioso, hoy tiene vida propia, y es la fe la que ha de buscar su apoyo para poder vivir, que así como para cada estación hay sus frutos, para cada centuria hay su distinta civilización, y la luz de ayer es pálida hoy. Las religiones caen al impulso de las grandes verdades y la ciencia hará renacer la fe en las demostraciones científicas”.

No extendamos más nuestras consideraciones, porque sabido es de todos como describe el Génesis mosaico nuestro planeta, y las persecuciones que han sufrido los sabios astrónomos por tener distinta opinión que la de nuestros padres sobre la formación y rotación de la Tierra.

Respetemos como dice Allan Kardec esas enseñanzas que hoy nos parecen pueriles, así como respetamos los apólogos que han divertido y aleccionado nuestra infancia, y abierto nuestra inteligencia, enseñándonos a pensar con esos cuadros que ha inculcado Moisés en el corazón de los primeros hombres, la fe en Dios y en su poder, fe sencilla que más tarde debía depurarse a la luz de la ciencia. Porque sepamos hoy, leer de corrido, no despreciemos la cartilla y el cartón en que aprendimos a deletrear.

Creemos que la última palabra de la ciencia no se pronunciará jamás.

Creemos que los libros sagrados, (sagrados por su antigüedad) deben conservarse cuidadosamente, deben mirarse con religioso respeto porque son los termo-barómetros que señalan nuestras pasadas civilizaciones.

CAPÍTULO XII

A LOS PROTESTANTES

Habiendo leído un folleto que ha publicado en Madrid la Iglesia Anglicana titulado “El Espiritismo a la luz del Evangelio”, creemos muy justo dedicar a los adeptos de Lutero unas cuantas líneas, diciéndoles que nosotros miramos al Espiritismo a la clara luz de la razón, siendo la razón del hombre el primer evangelio del mundo.

Aunque aparece anónimo el folleto, puesto que no tiene el nombre del autor, sabemos o creemos saber quien lo ha escrito, que por cierto es un hombre de mucho talento, lumbrera hoy día de la escuela luterana, y ayer astro brillante de la iglesia romana; pero que dentro del estrecho círculo en que giran las religiones, los sabios más sabios, tienen que acortar su vuelo, y tienen que apelar para darle fuerza a sus argumentos no a la ciencia, no a la razón, sino al dogma y a la fe ciega.

El incógnito escritor hace constar repetidas veces que, “No escribe para los espiritistas, pues con ellos seguiría otro camino muy diferente”; que escribe, “Para los que se llaman cristianos evangélicos, y que están algún tanto influenciados en su fe, por lo que han visto y oído del Espiritismo”.

Cuando se refiere a la pluralidad de mundos habitados, dice así:

“Y al seguirmos el lector en este camino, no olvide que estudiamos el Espiritismo solamente a la luz del Evangelio, es decir, que hablamos a los que creen en el Evangelio como verdad revelada por Dios. Descartamos por consiguiente de nuestro escrito las cuestiones científicas, físicas o astronómicas que tengan relación con este asunto”.

Hace muy bien nuestro impugnador en no dirigirse más que a los que creen que la Biblia es un libro inspirado por el mismo Dios, pues sólo los dogmáticos estarán conformes con sus apreciaciones; pero nunca los hombres científicos podrán creer que la Biblia es un compendio de sabiduría, cuando los descubrimientos de la ciencia y los estudios geológicos y astronómicos han hecho desaparecer el infierno y la gloria, base principal de todas las religiones.

No seguiremos al pastor protestante en sus citas bíblicas, porque está ya tan manoseado el Evangelio, y se ha abusado tanto de las epístolas de los apóstoles, que no queremos aumentar el número de los rebuscadores de versículos bíblicos porque perderíamos un tiempo precioso, puesto que cada cual lo traduce a su manera, y en algunos pasajes es tan enigmático su sentido, es tan parabólico su lenguaje; y nosotros somos tan amantes de la claridad, tenemos tanto afán por ver la luz de la verdad, y encontramos en la Biblia tantas sombras, que consideramos ese libro como un monumento de la antigüedad, como un poema sagrado que fue útil para las generaciones pasadas, pero que no puede satisfacer las aspiraciones de los hombres pensadores de nuestra época, que quieren saber de dónde vienen y donde irán.

Puesto que el autor del folleto no se dirige a los espiritistas, no haremos mención de sus juicios sobre el Espiritismo, el cual le parece, “Uno de esos fantasmas de teatro que salen por una puerta, asustan por el momento a las gentes impresionables, pero luego se van por otra y no vuelven más”.

Esto con el Espiritismo no puede suceder, por la sencillísima razón que según vaya progresando la humanidad, mejor comprenderá la vida de ultratumba. Así es que el Espiritismo, no es fantasma que se desvanece, es un hecho demostrable, son innumerables hechos; y desde sus más encarnizados enemigos, hasta sus más prudentes detractores, todos confiesan que la comunicación de los espíritus es una verdad, si bien los ministros de todas las religiones dicen y aseguran que el diablo es el que se comunica con los médiums. Esto como se comprende es una paradoja que hace reír a los hombres pensadores; y es lástima que la iglesia anglicana eche mano del demonio para desvirtuar las comunicaciones de ultratumba; y decimos que es lástima, porque al fin es una escuela con menos idolatría que la ultramontana, avanza un paso por la senda religiosa; pero está visto que las religiones son los infusorios del progreso, y sus trabajos son verdaderamente microscópicos.

Esto mismo me decía Manterola, y esto dicen todos los ministros de las religiones.

El escritor protestante afirma muy seriamente que:

“El infierno o la eternidad de las penas es un dogma cristiano, evangélico, y tal, que sin él, no hay Cristianismo posible, no hay Evangelio”.

“No será nuestra pluma la que repita las descripciones insensatas, materiales, que del infierno ha hecho el autor de la llave de oro o el de la diferencia entre lo temporal y lo eterno, de calderas de pez hirviendo, de demonios con rabos y cuernos, de parrillas, etc. Eso no haría más que exponer al ridículo un dogma que no tiene nada de ridículo; pero sí decimos, y quisiéramos que llegase nuestra voz más que a los oídos al corazón de nuestros lectores, que el infierno existe, que el infierno es un dogma cristiano, bíblico; y por consiguiente, negándolo como lo niega entre risas y chacotas el Espiritismo, ni el cristiano puede ser espiritista, ni el espiritista es cristiano”.

Negamos por completo esta consecuencia. Todos los que practican la moral de Cristo, todos aquellos que reconocen su santa ley son cristianos, porque el cristianismo no consiste en creer que hay un infierno y un paraíso, sino en amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos.

Sobre todos los dogmas está la razón del hombre, superior en absoluto a todas las religiones, y hablamos por experiencia propia. Nosotros no creíamos en nada, y vivíamos en el mundo como las hojas secas; entrábamos en los templos romanos y sentíamos frío, escuchábamos a los oradores sagrados y refutábamos en silencio todas sus afirmaciones, y como nunca nos ha gustado perder el tiempo, dejamos de ir a escuchar las pláticas religiosas; pero como el hombre necesita un ideal, y el que calma su sed con sus lágrimas mucho más; así es que nos hablaron del Protestantismo y acudimos un Jueves Santo a una de sus capillas, donde encontramos entonces el dulce calor de la vida, y durante algún tiempo nuestro Espíritu reposó tranquilo dentro de la iglesia luterana. Colaboramos en uno de sus periódicos, pero conforme nos íbamos convenciendo de la existencia y grandeza de Dios, nuestro pensamiento comenzó de nuevo su muda tarea de refutación. Escuchábamos al pastor y nuestro Espíritu rebatía sus argumentos; y cuando el discípulo avanza más que su maestro, la religión del preceptor no sirve de consuelo y de esperanza al alumno, y esto nos sucedió a nosotros. Adquirimos en la grey protestante verdaderos afectos, que aún prestan calor a nuestra alma, queríamos al pastor que nos hizo conocer la Omnipotencia de Dios, como si hubiera sido nuestro padre, y su recuerdo vivirá siempre en nuestra memoria porque era un hombre verdaderamente virtuoso, y muchos desgraciados le han debido la luz en la Tierra; pero nuestro ideal religioso necesitaba más ancho campo que la Biblia. A Dios le concebíamos grande, muy grande, inmutable en su justicia, y las leyendas religiosas con el pecado original y la gracia y la redención, nos parecía lo que son, historias humanas utilísimas para otras generaciones pero no para la época actual. El Espiritismo nos presentó horizontes más dilatados y pruebas innegables de la redención individual por medio de nuestro trabajo, y entonces exclamamos: ¡Esto sí que es justo! ¡Esto sí que es grande! ¡El progreso indefinido del Espíritu en interminables existencias!

Lo que nos llama verdaderamente la atención, es que dentro de las religiones los hombres más eminentes por su sabiduría, tengan que hacer uso de tan débiles y fútiles argumentos para defender su ideal. Hablando de las reencarnaciones del Espíritu dice el escritor anglicano:

“Mas ocurresenos una duda: si el Espíritu es el mismo, como lo indica la palabra volver, pues el que vuelve ha de ser, el mismo que ha ido y no otro, ¿Cómo es que ningún Espíritu se acuerda, ni lo más remotamente, de lo que ha sido antes? No puede sostenerse en serio que es el mismo el que ha vuelto, pues uno que ni se acuerda del mal para escarmiento, ni del bien para emulación, no puede ser el mismo. Y hay aún más: las ciencias las aprende el Espíritu, no el cuerpo: y según este sistema de reencarnación, si Newton reencarnara, su inteligencia tendría que empezar a aprender que dos y dos son cuatro, como un niño; si reencarnara Cicerón tendría que volver a aprender las declinaciones y conjugaciones de aquella lengua, en cuyo dominio y elegancia no ha tenido rival en el mundo. Que al cuerpo que volvieran a tomar, tuviese que irse desarrollando, se comprende, porque sería nuevo; pero que tuviese que empezar de nuevo el desarrollo de las facultades de su Espíritu, no se puede concebir a menos que el Dios infinitamente sabio, santo y bueno no hubiese condenado al hombre como a la famosa Penélope de la fábula, a ocuparse siempre en tejer y destejer”.

El hombre no está condenado como la mujer de la fábula a un trabajo improductivo. Si el Espíritu trabaja en su progreso siempre avanza, sirviéndole los conocimientos que ha adquirido para facilitarle y allanarle todos los senderos que quiera correr.

¿Qué son esos niños de maravillosa inteligencia, que desde su más tierna edad son la admiración de cuantos les rodean?

¿Qué son esos genios que desde sus primeros años ya demuestran gran facilidad para aprenderlo todo, y no encuentran obstáculos que les arredren sirviendo de mentores a sus padres?

¿Qué son esos matemáticos en miniatura, como el niño que hace algún tiempo estuvo en París, y todos los periódicos de Francia y de España hablaron de él, refiriendo a la facilidad asombrosa con que resolvía los problemas más difíciles y más complicados?

¿Qué son esos jóvenes políglotas que aprenden varios idiomas en menos tiempo que emplean la generalidad de los hombres para medio conocer su lengua nativa?

¿Qué son? Son espíritus adelantados que hacen uso de su sabiduría, adquirida en sucesivas existencias por medio de su trabajo, y hoy recogen el fruto sazonado de la semilla que sembraron ayer.

Nada más justo que la reencarnación, ella patentiza la sabiduría sin límites de Dios. ¿Qué hace el hombre en una sola existencia? De niño jugar, de joven divertirse, en la edad madura es cuando comienza a pensar en algo de provecho, y cuando da principio a un trabajo útil viene la vejez con sus achaques, con sus enfermedades, con su ineptitud, y ya tenemos al hombre convertido en niño, o hastiado de todo, maniático, viviendo para sí más que para los demás, y en este estado le sorprende la muerte, y la luz de aquella inteligencia queda eclipsada, estacionada en la gloria o en el infierno. Absurdo es éste que jamás hemos podido admitir. ¡En el hombre hay más vida! ¡Hay más adelanto! ¡Hay más progreso! Por eso el

Espiritismo, no es fantasma que huye, no es sombra que se evapora, es por el contrario una consecuencia lógica, es una demostración matemática de que una vez creada el alma, no es fuego fatuo que se apaga instantáneamente; es llama eterna que ilumina los espacios infinitos sin convertirse jamás en ceniza.

Al final del folleto hemos leído unas cuantas líneas que nos han convencido de que el pastor anglicano habla del Espiritismo sin comprenderle, puesto que dice:

“Si al sentimentalismo hubiésemos de apelar, haríamos, para concluir, un recuerdo al espiritista y sería este: ¿Cuándo tu corazón tenía más paz; cuando adorabas al Cristo y le llamabas tu Salvador, o ahora que tienes tantos salvadores como espíritus evocas? ¿Entre el Espíritu de Cristo y los espíritus que ni aún sabes de quién han sido o de quién serán, cuál debes preferir? ¿Cuál te dice el corazón y la cabeza que prefieras?”

¿Y acaso los espiritistas creemos que los espíritus serán nuestros salvadores? Si no admitimos a Cristo como Salvador, menos admitiríamos a los demás espíritus en los cuales vemos, en unos, fieles amigos; en otros seres mal intencionados de los que debemos huir y rehusar su comunicación.

Los primeros nos sirven para darnos un buen consejo, para alentarnos y fortalecernos en nuestras horas de tribulación, para impulsarnos al estudio, pero nunca para quitarnos nuestro libre albedrío ni coartar en lo más leve nuestra voluntad. El hombre debe su existencia a Dios, y su progreso a sí mismo, por medio de su trabajo y de sus buenas obras.

El hombre no tiene paz porque adore a Cristo o a otro ídolo cualquiera, tendrá paz si su conciencia no le acusa de haber causado la desgracia de nadie. Por nuestra parte como espiritista, debemos contestar a la pregunta del pastor luterano diciéndole que ahora, creyendo firmemente en la existencia de Dios, adorándole en la Naturaleza, separados por completo de todo culto religioso, respetando las religiones, creyéndoles necesarias y hasta indispensables para los espíritus niños (que necesitan andadores), consagrados a un trabajo continuo, no pensando más que en el progreso eterno del Espíritu, ahora es cuando en nuestro corazón reina la paz, paz que nunca habíamos disfrutado porque nunca habíamos trabajado con tanto ahínco en el bien de la humanidad como lo hacemos ahora.

No son los espíritus los que dan reposo a nuestra alma, es nuestro decidido empeño en progresar, lo que nos hace vivir si no felices, al menos resignados y tranquilos, que es cuanto se puede desear en la Tierra.

No hay religión en el mundo que impulse tanto al trabajo como el Espiritismo; por eso es una escuela puramente moralizadora. Muchos espiritistas han salido de las filas protestantes porque es una iglesia que prepara al Espíritu para el adelanto, porque tiene mucho menos formalismo que la iglesia romana; y nosotros la conceptuamos como una escuela preparatoria para las almas pensadoras. En ella encontramos una predicación agradable, sus ceremonias revisten una digna gravedad, y si nuestro Espíritu necesitara el culto de una religión, acudiríamos a la iglesia Anglicana, porque es donde hemos encontrado menos formalismo y más lógica.

No creamos como el autor del folleto, que entre los protestantes y los espiritistas existe esa gran divergencia de ideas; en la escala del progreso están los unos y los otros, los anglicanos están en el primer peldaño, los espiritistas en el segundo y las escuelas filosóficas que vayan naciendo en el transcurso de los siglos irán ocupando los demás escalones, sin que ninguna pueda vanagloriarse de haber dicho la última palabra, ni en ciencia, ni en religión.

CAPÍTULO XIII

¡EN EL CIELO!

Dice el poeta de las “Doloras” el inspirado Campoamor:

“Que en este mundo traidor nada hay de verdad ni mentira, todo se ve del color del cristal con el que se mira”.

Esto es muy cierto, para los que llevan una existencia agradabilísima entre todos los goces que proporciona la riqueza, sin quebraderos de cabeza de ninguna especie, rodeados de aduladores que les fingen cariño, respeto y consideración, para éstos, las bellezas del campo no tienen el menor atractivo, y antes por el contrario encuentran monótono el murmullo del follaje que a impulso del viento quizá murmura una oración, y el canto de las aves no les seduce porque están hartos de oír a los mejores cantantes de este mundo. El lenguaje de la naturaleza no lo entienden por regla general más que los atribulados y los afligidos, no porque siempre pueden apreciar en su inmenso valor sus notas armónicas, porque en el exceso del sufrimiento el hombre se vuelve ciego y sordo para todo aquello que no le habla de su pena y de su aflicción, pero en el término medio, que existe entre la desesperación y el reposo cuando el Espíritu fatigado lucha con innumerables contrariedades, con esas pequeñas exigencias, pero que no dejan de ser necesidades imperiosísimas que hay que satisfacer, para poder vivir en las condiciones que exige la civilización, que nos obliga a estar bajo techado, a vestir con decencia, y alimentarnos con viandas sustanciosas para tener vigor en nuestro cuerpo y lucidez en nuestras ideas, pues como dice muy bien la joven escritora Ángela López de Ayala, sin estómago no hay cerebro, para atender a cubrir los gastos de una existencia modestísima ¡Cuánto hay a veces que luchar! ¡Cuántos cálculos hay que hacer! La gran ciencia de la economía doméstica es quizá el estudio más profundo que hace el hombre en la Tierra, y cuando los obstáculos aumentan, cuando parece que todo se conjura para turbar la melancólica tranquilidad del Espíritu, cuando los desengaños se suceden, cuando las crisis sociales quitan los medios de subsistencia, cuando cada día trae un nuevo afán, y un sufrimiento de diversa índole, si se consigue por algunas horas huir del lugar donde más se padece, trasladándose al fondo de un bosque donde apenas se encuentran las huellas del hombre, ¡Qué sensación tan deliciosa se experimenta! Es se puede decir sin exageración, salir del infierno y entrar en el cielo, y en el cielo estuve hace algunos meses en un bosque solitario al pie de la montaña de San Lorenzo.

Cuando completamente sola me senté en el suelo mientras mis compañeras de viaje se entretenían en coger hierbas olorosas, me pareció que sin andar, sin correr, sin ir en tren ni en globo, me alejaba con vertiginosa carrera, con rapidez indescriptible, de mi gabinete de trabajo; entre mi humilde morada y el bosque en que me hallaba, a la sazón se interpuso una distancia tan inmensa que ningún matemático de la Tierra podría medirla, desapareciendo al mismo tiempo mi personalidad; vi alejarse mi melancólica figura con sus ojos medio cerrados y su talle doblegado bajo el peso enorme de su expiación, y me encontré sin cuerpo apreciable a mi vista ¡Qué inmensa felicidad!

Miré en torno mío y me pregunté con infantil curiosidad.

-¿De dónde vienes?

-De la Tierra, contestó una voz que quise reconocer, me pareció que era la mía pero más dulce, más débil, mas no insistí en torturar mi imaginación, me importaba muy poco adquirir la certeza de donde provenía aquel eco humano.

-¿Y qué has dejado allá?

-Horrores, miserias, inquietudes, ansiedades, afanes, angustias, zozobras y temores...

-¿Y qué has sentido al morir?

-No lo sé, ni sé si he muerto, sólo comprendo que estoy muy lejos de donde indudablemente debió quedar mi cuerpo, no hay ningún sendero que indique por qué lado se encuentra el punto donde tanto sufrí y me alegro de no saber donde está.

¡Qué bien se está aquí! Los pájaros me dan la bienvenida, los árboles se agitan y se inclinan como si me saludaran cortésmente, el suelo está cubierto de plantas odoríferas y sobre ellas me reclino sintiendo un placer indefinible. ¡Qué bien estoy aquí!...no tengo ni hambre ni sed, ni sueño, ni cansancio, nadie me llama, no tengo que atender a ninguna exigencia, me encuentro muy pequeña, eso sí; mientras más aumenta mi reposo se acrecienta a la vez la certidumbre de mi insignificancia, no tengo recuerdo de haber hecho nada grande, veo a manera de innumerables infusorios todas mis penalidades y contrariedades, me parece que he vivido como las hormigas dentro siempre de lo infinitamente pequeño, estoy muy contenta de ser y no ser; esto es, de vivir sin vivir; puesto que vivo y no sufro, nada deseo, nada ambiciono, nada espero. Escuchar el canto de las aves me parece que es gozar el placer de los placeres, aspirar el perfume de las florecillas que por doquiera contemplo, es la ocupación más inocente y

más agradable y mirar las frondosas copas de los árboles es la contemplación más dulce, sintiendo a la vez el asombro del que mirando a los gigantes de la naturaleza se considera ante ellos un átomo que desaparece bajo un grano de arena.

Cuanto me rodea me parece grande, y cuanto miro dentro de mí misma, infinitamente pequeño; pero en mi reducido círculo me encuentro tan bien, que no saldría de él, aunque me dijeran que iba a revestirme con la luminosa vestidura de un enviado de Dios.

Dejar de sentir ansiedades esto es estar ¡En el cielo! Y me sonreía como deberán sonreír los justos en presencia de Jesús.

¿Cuánto tiempo permanecí en aquel estado que no dormía ni estaba despierta? No lo sé, sólo recuerdo que una hermosa joven me tocó ligeramente en el hombro diciéndome: Anda, levántate, que te esperamos para comer. ¿Qué diablos haces que siempre huyes de nuestra compañía?

Me levanté maquinalmente, comí con mis compañeras, y en cuanto terminó la comida corrí de nuevo al bosque diciéndome a mí misma voy a despedirme del cielo, me senté y al poco rato me encontré nuevamente sola, sin cuerpo apreciable a mi vista, en un estado tan especial que no tiene nombre, pero con más conciencia de mí misma que anteriormente, porque escuché una voz dulcísima que me dijo con acento compasivo: “¡Qué bien te encuentras en el cielo! ¡Qué momentos tan felices ha gozado tu Espíritu!” Al oír aquella voz, lágrimas copiosas brotaron de mis ojos, pero era un llanto dulce, era benéfico rocío de la gratitud que inundaba mi alma, mi sentimiento necesitaba una manifestación y el llanto aquel me regeneraba. Lloré largo rato, y si bien al principio, lloré de gratitud por haber obtenido aquellos momentos de reposo, cuando comprendí que se acercaba el instante de abandonar aquel paraje, sentí una pena tan inmensa y un desconsuelo tan profundo, que entonces mi llanto no fue benéfico rocío, fue tan triste y tan amargo y pedí con mis lágrimas de un modo tan desesperado, pronunciando frases tan dolorosas, que de nuevo resonó en mi oído aquella voz dulcísima diciéndome con acento de compasiva reprensión.

“Lloras como el pobre niño abandonado, e injusta como todos los niños impacientes y descontentadizos, diriges duros reproches al mismo que te dio inteligencia para engrandecerte. No te quieres ir al cielo, tu Espíritu fatigado por la lucha de su aspiración ansía el reposo absoluto, hasta sueña en su delirio con la calma del no ser, y al comprender que corre tras de un imposible, llega en su debilidad hasta la desesperación”.

“¿Quieres estar en el cielo? Pues reúne capitales para poder pagar la entrada, en la Tierra donde habitas para gozar de sus grandes fiestas, para oír a sus inspiradores artistas, para poseer algunas obras maravillosas ¿Qué hacéis para obtenerlas? ¿Decís por ventura las quiero y las arrebatáis de manos de sus dueños? No, pagáis una cantidad estipulada anteriormente y sólo de ese modo podéis adquirir las maravillas del arte”.

“Si quieres disfrutar de la contemplación de un hermoso panorama os tomáis el trabajo de subir a la montaña más alta, sufrís los contratiempos de una ascensión penosísima: Aquí os caéis, allá os levantáis, más lejos os hacéis daño, pero cuando llegáis a la cumbre deseada, cuando contempláis un paisaje verdaderamente encantador decís con acento satisfecho: Mucho cuesta el subir, pero todo se puede dar por bien empleado pudiendo admirar este lienzo de la naturaleza, que es indudablemente maravilloso”.

“Las madres para tener el inefable placer de estrechar a sus hijos entre sus brazos, ¿No sufren antes molestias sin cuento y dolores agudísimos en el momento de darlos a luz? Pues si todo goce se compra con el sufrimiento, ¿Con qué derecho quieres tú vivir en el cielo sin hacer los méritos necesarios, para gozar de su paz envidiable?”

“Tú me dices que has llorado mucho, pero no has llorado más que en cumplimiento de tu expiación, has pagado ojo por ojo y diente por diente, tu situación se asemeja a la de un rico arruinado que tiene tantos acreedores que después de pagarlos a todos queda convertido en un pobre de solemnidad; y tú estás en esa situación. Supongamos (lo cual es mucho suponer), que en esta encarnación has pagado todas tus deudas que te propusiste pagar; pero ¿Qué caudal posees de virtudes? ¿Cuántas noches has pasado velando los enfermos para consolarles en sus aflicciones?”

“¿Cuántas veces te has quitado el alimento de la boca para compartirlo con el niño huérfano y el anciano desvalido? ¿Cuántos días desafiando la lluvia y la nieve, has ido de casa en casa pidiendo una limosna para socorrer a una familia desgraciada? ¿En cuantas ocasiones se ha sublevado tu Espíritu oyendo la murmuración de seres imperfectos y has salido en defensa del calumniado ausente? ¿Cuántos sacrificios te has impuesto para difundir la verdad que tú crees poseer? ¿Cuántas ofensas has perdonado devolviendo bien por mal? ¿Cuántas horas has empleado en comprender a los que sufren pidiéndole a Dios misericordia para ellos? ¿Cuántas visitas has hecho a los enfermos de los hospitales? ¿A cuántos niños abandonados a la caridad pública les has comprado dulces y juguetes? ¿Cuántos favores has pedido para colocar al empleado cesante, padre de numerosa familia, o proporcionar trabajo a una pobre viuda rodeada de pequeñuelos que te piden pan? ¿Cuántas noches has perdido el sueño pensando en la desgracia

y en el desamparo de seres que te inspiren simpatía por el exceso de su infortunio? ¿No sabes que no basta el no hacer mal, no sabes que es indispensable hacer el bien y hacerlo no por el interés de la gratitud, no por el cálculo de pensar y decir: lo que hoy siembro mañana lo recogeré, no, hay que hacer el bien por el bien mismo, hay que sentir un placer inefable llevando el óbolo al desventurado, hay que ser la imagen de la Providencia, hay que asemejarse al Sol que difunde su luz y su calor en todos los parajes de la Tierra, hay que amar, porque sin amar el Espíritu no progresa y por consiguiente no se engrandece”.

“¿Qué has hecho tú para entrar en el cielo? ¿Qué méritos puedes alegar para pedir algunas horas de reposo?”.

“Yo no quiero herirte, yo no quiero lastimarte, yo no quiero que llores al escuchar mis palabras, pero sí quiero que reflexiones y no te desespere. Te pondré un ejemplo sumamente sencillo, el hombre que es indolente, que no quiere estudiar para aprender un idioma distinto del que él habla en su país, cuando vaya a otro punto de vuestro globo se habla en francés, o en inglés, o en alemán, como él no ha querido aprenderlo se encontrará solo, se encontrará aislado, pedirá agua y nadie calmará su sed porque nadie le entenderá; pues lo mismo le sucede al que no se sacrifica por nadie, ya puede pedir auxilio, que nadie le oye. Tú me dirás que has llorado con el huérfano y con la viuda desolada. Yo no te recrimino ni te acuso de ningún pecado, yo sólo te digo que tengas la completa persuasión, que si no tienes más reposo es porque no te lo has ganado todavía, y en tu mano está vivir en el infierno o en el paraíso. Estudia en ti misma el día que haces una buena acción, el día que enjugas una lágrima, ¿No recuerdas con íntimo regocijo la mirada de agradecimiento que te dirigió aquel que consolaste? Pues calcula el inefable placer que sentirá el Espíritu cuando no tenga otro objetivo su existencia que hacer el bien, cuando libre de deudas enojosas, comience a adquirir esas riquezas que los ladrones no hurtan ni el orín deteriora. Leo en tu pensamiento que me arguye diciendo: Pero si yo en esta existencia no he hecho mal a nadie y sólo he procurado el bien de mis semejantes”.

“¿Y qué es una gota de rocío ante el océano embravecido? ¿Qué son unos cuantos años de arrepentimiento práctico ante centenares de siglos perdidos en los abusos y en los atropellos? Una cosa es hacer el bien por saldar la cuenta del pasado y otra cosa es la práctica de todas las virtudes por el placer de hacer el bien. El que así lo hace no se preocupa por la gratitud de los favorecidos, se asemeja a las flores olorosas que lo mismo exhalan su perfume entre abruptas peñas que en el jardín mejor cultivado; en cambio, el que hace beneficios por miedo de ser castigado y da principio a ser virtuoso, como no está acostumbrado a tanta generosidad mide la extensión de su sacrificio y se queja si encuentra seres ingratos, y cree que merece ser amado y glorificado por aquellos a quienes favorece; y quién sabe si al que hoy le da ciento, ayer le hurtó la honra, le arrebató la vida o le confiscó su hacienda. El pobre desgraciado de hoy, suele ser el que cometió abusos ayer, por esta razón no juzguéis no recriminéis a nadie, haced el bien por el íntimo convencimiento de que debéis hacerlo, y lentamente iréis adquiriendo la tranquilidad de los justos, y esa paz, y ese reposo y esa calma envidiable que has disfrutado breves instantes al pie de la montaña será tu estado habitual: no precisamente en esta existencia, pero sí cuando merezcas por tus virtudes estar en el cielo advirtiéndote que si no sigues por la senda emprendida te alejarás centenares de años de la mansión divina, (metafóricamente hablando) porque en realidad el cielo no está cerca ni está lejos, está en la conciencia de cada cual”.

“Sabes por qué gozaste algunos instantes de reposo en la soledad del bosque? No fue por la belleza de aquel lugar, ¡Fue porque tu Espíritu estaba satisfecho de sí mismo! Había luchado con todas sus fuerzas, le había vencido su infortunio ¿Pero qué importa? Si él decía: Señor, mientras tuve pan lo repartí con el hambriento, mientras tuve túnica y manto di la mitad de mi capa al desnudo; ahora me presento a ti sediento y sin abrigo, pero tranquilo y resignado porque escuché la voz del desvalido”.

“Y para que tu Espíritu recobrara fuerzas, tus amigos del espacio te envolvieron con su fluido y apartaron de tu mente todo recuerdo importuno y la paz del justo te hizo sonreír. Momentos análogos los tendrás siempre que los necesites y que seas acreedora a disfrutarlo. En vuestra Tierra hay un adagio que encierra una gran verdad “El que paga descansa” vosotros los que tenéis grandes deudas apresuraos a pagar, y cuando no tengáis acreedores, entonces... viviréis en el cielo”.

Cesó la voz de resonar en mi oído, mis compañeras de viaje se acercaron y me abrazaron alegremente diciéndome: Hace rato que te estábamos mirando y nos daba pena despertarte, tenías un semblante sonriente, resplandeciente, parecía que estabas en éxtasis, soñabas sin duda porque te sonreías y luego has llorado sin hacer el menor movimiento.

-Pues no he dormido ni he soñado.

-¿Cómo no, si estabas inmóvil?

-Estáis en un error, escuchaba sabias instrucciones para poder vivir en el cielo.

Mis compañeras se sonrieron con incredulidad y subimos al coche que me alejó de un paraje que jamás olvidaré. Porque aunque dice muy bien el Espíritu que me habló en el bosque, el cielo está en nuestra conciencia, ciertos seres se creen más cerca de Dios en el campo contemplando la Naturaleza.

LA LUZ QUE NOS GUÍA

Yo pertenezco a esa clase de adoradores, hago mejor examen de conciencia en un bosque que en mi gabinete de trabajo. Ante la grandeza de las montañas reconozco mi pequeñez, y entonces y sólo entonces adoro a Dios en Espíritu y verdad.

¡Qué bien se vive en el cielo!

¡Dichosos los que pueden habitar en la región de la eterna luz!

CAPÍTULO XIV

VENGANZA ESPANTOSA

Continuamente estoy recibiendo cartas pidiéndome que pregunte a los espíritus el porqué de muchos sucesos verdaderamente interesantes y muchos de ellos terribles. No siempre puedo complacer a mis amigos o hermanos. Unas veces porque no quiero abusar de las comunicaciones para conservar lo que yo necesito, que es la comunicación para mis trabajos literarios. Quiero que los espíritus no vean en mí un corveidile que les moleste, con preguntas impertinentes para satisfacer la curiosidad de la ignorancia. No, yo, cuando interrogo a los espíritus es para aprovechar sus narraciones y trasladarlas al papel publicándolas en los periódicos espiritistas, y de este modo mi trabajo es verdaderamente productivo, porque son muchos los que leen mis escritos y aprenden en ellos a saber sufrir y saber esperar.

Otras veces tengo que dar la llamada por respuesta, porque el guía de mis trabajos literarios me dice sencillamente, que no siempre se puede uno acercarse al fuego (metafóricamente hablando), pues hay espíritus cuya historia es tan terrible, y tanta su inferioridad y degradación, que van envueltos en espesas brumas, y su fluido, no diremos que ocasione la muerte, pero sí produce un malestar indefinible, una angustia sin nombre, y en realidad tendrá que ser así, porque en la Tierra yo he experimentado sensaciones dolorosísimas cuando, por circunstancias fortuitas, he tenido que ir a ciertos lugares donde se reunían inferiores, o he cruzado calles cuyo vecindario se componía de mujeres perdidas y hombres degradados.

¡Qué fatiga! ¡Qué ansiedad! ¡Qué repugnancia! Yo creo que el Espíritu también debe sentir náuseas cuando encuentra en su camino a un ser o seres malvados. Podrá, pasada la primera impresión, dominarse y sentir compasión por los culpables, pero en el primer momento rechaza con horror a tales seres inferiores. Yo recuerdo perfectamente que hace muchos años visité la cárcel de Barcelona. Me acompañaba el alcaide y un escribano. Cuando llegamos al patio de la prisión y me detuve delante de una reja, me horroricé de ver aquel enjambre de hombres abyectos, medio desnudos muchos de ellos, que se acercaron a la reja, y me pedían cigarros sonriendo estúpidamente. ¡Qué cabezas tan deprimidas! ¡Qué miradas! ¡Qué ademanes! Yo volví la cabeza y murmuré con amargura dirigiéndome al alcaide:

-¿Y éstos son hombres?

-Pues fíjese en un preso que le voy a presentar, a ver qué sensación experimenta.

Seguimos andando y entramos en una cocina muy limpia.

Todos sus utensilios estaban muy bien colocados y brillaban las cacerolas de cobre como si tuvieran un baño de oro. Un hombre pequeño y rechoncho estaba afilando un cuchillo, al ver al alcaide se cuadró, sonriendo humildemente. Yo miré, y experimenté una sensación dolorosísima, parecía que por todo mi cuerpo me clavaban agudas espinas y que martillos candentes golpeaban mis sienes. El alcaide (de intento sin duda), le dirigió la palabra, le hizo varias preguntas para que yo tuviera tiempo de contemplarle, pero me sentí tan mal que salí de la cocina con presteza pidiendo agua porque me ahogaba, y con vivísima curiosidad le dije al alcaide:

-¿Qué ha hecho ese hombre? ¿Por qué está aquí?

-Porque ha violado a sus tres hijas y las tres han tenido un hijo, que el padre y abuelo quería estrangular, pero las tres criaturas se han salvado y él marchará al presidio de Ceuta dentro de algunos días.

-¡Qué horror! Ahora me explico por qué yo no podía estar cerca de ese hombre.

Pues lo mismo que pasa con los criminales de la Tierra, lo mismo deberá pasar con los criminales del espacio. Yo lo que sé es que me hacen preguntas a las cuales no puedo contestar porque, como dice mi guía: “Sufrirás demasiado, deja que los muertos entierren a sus muertos”.

Pero últimamente me ha escrito un espiritista de México, muy interesado por saber el principio de una tragedia ocurrida en el manicomio de San Hipólito en México. En dicha casa de curación entró en Septiembre del año 1894 un enfermo llamado Ambrosio Sámano. Los médicos dijeron que tenía intoxicación por la marihuana y manía impulsiva y homicida. De fuerte constitución, muy musculoso, tiene ya fuerza hercúlea y domina, sin exageración ninguna, a tres hombres. Pertenece a una familia de neurópatas. Su madre es una histérica, el padre un neurasténico, y el hijo mayor de dicho matrimonio es también un enfermo. Ambrosio se ha puesto él mismo el apodo de “el dios de la Tierra”. En el hospital se hizo célebre por su ferocidad. Se golpeaba brutalmente, se desgarraba la ropa y gritaba: “¿Quién como yo?”

Hace poco tiempo que ingresó en el hospital don Antonio Marrón, joven enfermo, pero no de locura. Por un descuido que no se explica, entró Marrón en el patio donde se paseaba Ambrosio, llevando puesta la camisa de fuerza, acompañado de dos celadores; pero éstos fueron llamados por alguien y se quedó solo el loco con Marrón, al que debió decirle: “dadme la libertad”, y Marrón le desató los lazos que sujetaban la camisa de fuerzas y el loco quedó libre y dueño del campo, y sin pérdida de tiempo, le puso

la camisa a Marrón, lo cogió en brazos y se lo llevó a su celda, cerró la puerta y se quedó solo con su víctima. Nadie puede saber cómo ocurrió el terrible drama entre las tinieblas de la celda, pero los gritos de los demás locos atrajeron a los celadores, los que vieron horrorizados que Marrón estaba en el suelo con la camisa de fuerza y los pies atados, y el loco, de rodillas ante el cadáver forcejaba por extraer una enorme alcayata, que él mismo había incrustado por cuarta vez en el cráneo de Marrón, y con tal fuerza debió clavarla el loco, que perforó el cráneo del infeliz Marrón y penetró en el pavimento.

Sometieron al loco a un interrogatorio, diciéndole:

-¿Mataste a un hombre?

-Sí, señor. -¿Por qué?

-Porque me tienen amarrado y me canso de esta vida. Quiero que me pasen a Belén.

-Pero es que estás aquí por encontrarte enfermo.

-No estoy enfermo. -Sí, estás loco. -No, señor; no señor.

-¿Por qué eres tan malo?

-Porque me tienen amarrado.

-¿Si te soltaran serías bueno?

-Sí, señor; sí, señor.

Mucho más largo y más explícito es el relato que publica El Imparcial, de México, del 8 de Junio, pero con el extracto basta para hacerse cargo del terrible suceso ocurrido en el manicomio de San Hipólito.

Epílogo de una historia de crímenes, tiene que ser la muerte del infeliz Marrón, que por una serie de circunstancias inexplicables, tuvo que quedar a merced de un loco temible que nunca paseaba solo, al que siempre le acompañaban dos celadores, y acudir a aquel patio, destinado exclusivamente para esparcimiento de los locos, un joven que estaba muy bien recomendado por un hermano suyo al director del hospital, que pagaba espléndidamente su pensión, porque era muy rico, habiendo heredado últimamente los dos hermanos cien mil duros, y entrar precisamente en el patio en el momento en que los dos celadores dejaban solo al loco, confiados en que éste no podía hacer uso de sus brazos, mandar el loco, obedecer el cuerdo, y con una rapidez extraordinaria, desarrollarse la terrible tragedia. Esto... no es producto de la casualidad, aquí hay una causalidad espantosa, pues no se muere atormentado tan cruelmente sin haber cometido un delito semejante. ¿Cuándo lo cometió Marrón? ¿En qué época? La sombra de los siglos ha borrado las páginas escritas en un libro cuyas hojas ya no existen. ¡Vana pregunta! Los hechos de los hombres no se borran jamás. En la pizarra del infinito están escritas todas las cantidades de nuestros vicios, de nuestros atropellos, de nuestros crímenes. Aquellas cifras imborrables están esperando que Dios haga la suma de todas ellas, pero Dios no la sumará nunca, porque una sola suma significaría la perfección absoluta de un Espíritu y la perfección sólo Dios la posee.

“Dices bien, me dice un Espíritu, siempre tendrán los hombres en los mundos y las almas en los espacios un cielo más que escalar y un abismo más donde caer. El progreso no tiene límites, el tiempo no tiene fin, los espíritus son los exploradores eternos, los trabajadores incansables, los mineros del Universo, los aeronautas de la Creación. El día de la vida universal no tiene ocaso; la noche del reposo no existe”.

“Ahora bien, en esa historia de las humanidades, cuya primera hoja no se sabe con certeza en qué época se escribió, abundan episodios terroríficos, al par que encantadores idilios. Dueño cada Espíritu de emplear su tiempo según sus aspiraciones y sus deseos, se entrega a toda clase de excesos, mortificando unas veces su carne y otras degradando su inteligencia”.

“Ese epílogo de una historia, como tú llamas al suceso ocurrido en un manicomio, tienes razón al decir que es el desenlace de un drama. ¡Cuántos han tomado parte en él, hace tiempo que vienen luchando juntos! Cuatro son los actores que han desempeñado su papel en esa escena final, tres que estaban en la Tierra y uno en el espacio. A grandes rasgos te trazaré un capítulo de la historia de esos desventurados; no estás tú en condiciones de penetrar muy a fondo en la vida íntima de cuatro seres que han adquirido grandes responsabilidades, dejándose dominar por sus indómitas pasiones”.

“En una existencia no muy lejana, el que hoy se apellida “el dios de la Tierra” era un hombre feroz, indomable, que por satisfacer sus lúbricos deseos, mancilló el honor de muchas mujeres y mató a traición y frente a frente (según se le presentaba la ocasión) a más de un marido burlado, a más de un padre desesperado por el deshonor de su hija. Entre los hombres que murieron por sus manos, había un conde que había lavado su honra con la muerte de su esposa y de su única hija. Éste juró al morir perseguir eternamente al hombre que le había arrebatado su felicidad, y al encarnar Ambrosio Sámano en la Tierra, su enemigo se apoderó de él y aún no lo ha dejado”.

“Tú dices que para morir atormentado tan cruelmente se debe haber cometido un delito semejante, y estás en lo cierto al afirmarlo. El joven que ha muerto por haberle perforado el cráneo, no cometió por su mano tal delito, pero presenció gozoso tal martirio, que solo sufrió un caudillo vencido por

su deslealtad y su traición, y el ejecutor de tal crimen fue el Espíritu que juró no abandonar nunca al que hoy se llama “el dios de la Tierra”.

“Une a estos tres espíritus una cadena de crímenes, cuyos eslabones los han forjado en diferentes existencias”.

“El que hoy ha muerto (al parecer inocente) tiene muchas páginas escritas con sangre en el libro de su historia, y el Espíritu que tiene obsesado a “el dios de la Tierra” se ha vengado del matador y de la víctima, pues los dos le han arrebatado, en otro tiempo, el honor, la fortuna y la felicidad. Y hasta el hermano de la víctima de hoy ha contribuido a la realización de tal venganza, llevando al pobre enfermo al hospital donde debía morir, y ha sido él quien le abrió la puerta de tan triste lugar, porque en otro tiempo, siendo él gobernador de una fortaleza donde gemían prisioneros y prisioneras por mandato religioso, mujeres desdichadas que no querían abjurar de su religión y querían, al mismo tiempo, conservar su virginidad, estas infelices tenían que sucumbir ante las amenazas de hombres opulentos que penetraban en sus calabozos, embriagados y enloquecidos. El gobernador era cómplice de tan infames atropellos, dejando entrar a varios magnates, siendo uno de ellos el que hoy ha muerto a manos del “dios de la Tierra”. Ayer le abrió las puertas de una prisión para que saciara sus brutales apetitos deshonrando a mujeres indefensas, y después le abrió las puertas de un hospital para que él muriera como había hecho morir a otro, con el cráneo perforado. Él se rió ayer de los momentos que pasó su víctima al morir, gozó con su agonía, y el ejecutor de aquella horrible muerte hoy levantó el brazo del que creéis loco, vengándose de los dos. Todos ellos habían escrito la sentencia realizada hoy”.

“¿Entonces estaba escrito? Preguntas tú. Sí, estaba escrito, no por la fatalidad, estaba escrito por la serie de crímenes cometidos por todos ellos. El que pasa por loco no lo está, es víctima de su enemigo invisible. Podrá la ciencia asegurar que pertenece a una familia de desequilibrados, que él mismo lo está, pero tiene horas, tiene días, tiene noches que ve claro, muy claro y dice: “¡No estoy loco! ¡No! No lo estoy. Siento que por mis venas corre plomo derretido, siento que mi cerebro estalla, que unas manos de hierro oprimen mi garganta, que tengo sed de sangre, y al mismo tiempo, quisiera huir lejos, muy lejos de aquí para vivir tranquilo en los brazos de una mujer amada”.

“Compadeced a las víctimas de sus enemigos invisibles. Sufren el más horrible de todos los tormentos, luchan con verdaderos titanes, cuya fuerza es tan poderosa que el hombre más fuerte de la Tierra cae vencido”.

“Comprendo que sufres relatando tantos horrores, pero todo es útil. Así como los anatomistas hacen la autopsia de los cuerpos inertes, para estudiar las enfermedades y los defectos orgánicos que tanto atormentan a la mayoría de los hombres, también es conveniente hablar de lo invisible, de lo desconocido. ¿No se mira con el telescopio el mar del espacio donde navegan innumerables soles? Pues los misterios de ultratumba también merecen ser estudiados, porque sin conocer lo desconocido se vive a ciegas, se llega al crimen sin remordimiento, y hora es ya que sepan los hombres que el infierno y la gloria existen, que no están ni arriba ni abajo, que los llevamos nosotros mismos, que cada Espíritu construye su paraíso y su averno”.

“Adiós”.

Dice muy bien el Espíritu: es de gran utilidad levantar el velo que cubre la vida de ayer. Es verdad que se sufre delatando crímenes, mas si las heridas del cuerpo se curan cauterizándolas, apliquemos el cauterio de la revelación ultraterrena sobre los vicios incorregibles, sobre las pasiones, sobre los odios, sobre la venganza. Pongamos de manifiesto lo malo que es ser malo y lo bueno que es ser bueno, y si con nuestros escritos un hombre se detiene en la pendiente de sus vicios, ¡Bendito sea el trabajo empleado! ¡Un alma que se despierta y ve la luz, es un nuevo sol irradiante en el Universo!

CAPÍTULO XV

NO HAY CULPA SIN PENA

Los adagios, refranes y proverbios, son un poema escrito por la experiencia, formando un volumen, que los pueblos no se han cuidado de encuadernar; de consiguiente, sus sueltas hojas vuelan desde las cabañas a los palacios, ya en las regiones tropicales, ya en el polo norte, corregidos y aumentados, pero conservando siempre unos su tinte satírico y otros su razón profunda.

Hay un refrán que dice: “Justicia y no por mi casa”, palabras vulgares y sencillas, pero que son el compendio de todos los sentimientos de la humanidad.

¿Quién podrá negar que nos alegremos cuando la ley castiga al delincuente? y hasta la pena de muerte, que es antirreligiosa, antisocial y antihumana, encuentra aceptación en la mayor parte de la sociedad, y dice muy alto, viendo pasar a la víctima: “Bien merecido lo tiene. Quien tal hizo, que tal pague; nada, nada, la pena del tailón, ojo por ojo, y diente por diente...”

Por supuesto que estos acérrimos partidarios de la justicia, cuando les llegue la hora que les pidan cuenta de sus actos, ponen el grito en el cielo y echan mano de todos los subterfugios imaginables para evadirse del castigo: porque vemos la mota en el ojo ajeno, pero no nos estorba la viga en el nuestro.

Mucho se habla de la conciencia; dicen que su voz resuena continuamente en nuestros oídos; si esto es cierto, tenemos que reconocer en la humanidad un defecto o una dolencia incurable.

¡Lástima grande que una raza que ha servido de modelo, para hacer el Apolo del Belvedere, y la Venus de Médicis, esté privada de escuchar el canto del ruiseñor y el dulce arrullo de las tórtolas. El hombre tiene oídos, pero... no oye!...

El siglo XIX, el de los hombres infalibles y el de los maravillosos científicos; el siglo del charlatanismo y el de los más grandes descubrimientos; el que ha logrado enlazar lo sublime con lo ridículo; época de antítesis, década de anomalías, en que luchan desesperadamente en el circo del progreso dos gladiadores titánicos que se llaman el fanatismo y el adelanto, la luz y la sombra, la fe ciega y la ciencia analizadora: en este siglo atleta, se ha encontrado el remedio para la tenaz sordera que padece la humanidad, se ha encontrado la homeopatía del alma, que ha sido rechazada y ridiculizada como la homeopatía que cura el cuerpo; porque la necedad del hombre llega a tal extremo, que niega todo aquello que su torpe inteligencia no puede comprender.

Ha dicho el doctor López de Vega, y ha dicho muy bien, que la homeopatía es la regeneración física de la humanidad, y yo digo, que el Espiritismo es también la regeneración moral e intelectual del hombre.

Sí, lo es, porque el Espiritismo nos hace ver y oír, a pesar nuestro, a viva fuerza, y como no hay peor sordo, que aquel que no quiere oír, se sostiene una ruda batalla entre la evidencia de los hechos y las negativas maliciosas del oscurantismo.

El Espiritismo nos hace aceptar la justicia en nuestra casa, en nuestro organismo, en nuestro modo de ser, en nuestras condiciones especiales, en todo, en fin.

Es la ley de la igualdad puesta en acción. El monarca puede ser mendigo, y éste emperador; todos pueden llegar a la Tierra de promisión, el sabio y el idiota, el creyente y el ateo. Descartes sólo encontraba en la naturaleza espacio y tiempo, éste último es el tesoro de la humanidad; el tiempo es la mina inagotable cuyos filones no se acaban nunca, es el volcán en cuyo cráter siempre se encuentra calor.

Decía un poeta árabe, que el sueño era la riqueza del mortal, y yo digo que el tiempo es el arca santa donde siempre encuentra refugio el hombre.

Los materialistas son los desheredados de la Tierra; para ellos la vida tiene un límite, después..., sólo les queda la nada.

¡Qué tristes serán sus últimas horas!..., si desgraciadamente han tenido una de esas enfermedades lentas y terribles, en que su materia se ha ido disgregando a fuerza de horribles dolores, tienen que decir, como dijo Zorrilla ante la tumba de Lara:

Triste presente por cierto
se deja a la amarga vida,
abandonar un desierto;
y darle a la despedida
la fea prenda de un muerto.

Ciertamente, hace daño mirar a un cadáver: recuerdo que antes de ser yo espiritista, improvisé los siguientes versos, contemplando a un joven militar en su caja mortuoria.

El ver a un muerto entristece;

la materia sola, espanta,
sin la savia sacrosanta
con que Dios la fortalece;
cuando el alma desaparece
de nuestro pobre organismo,
contemplamos el abismo
de esta vida transitoria,
que es un sueño sin memoria
que conduce al ateísmo.

Al ateísmo, sí; a la desesperación más profunda. ¿Qué es la vida sin el mañana? El boceto de un cuadro, el prólogo de una historia, una voz sin eco, una flor sin aroma; en cambio, cuando la esperanza nos alienta, ¡Qué ilimitados horizontes se presentan ante nuestros ojos! ¡La muerte del que espera, es la muerte del justo, como dicen los católicos, dulce y tranquila!

El verdadero espiritista, que ha sufrido con resignación las penalidades de la vida, muere con la satisfacción de haber pagado una deuda; y el que paga, descansa, dice el adagio, y es una gran verdad.

En los últimos días del año 1874, vi una prueba de esto en la muerte de una mujer, cuyo último año de vida en la Tierra, fue una agonía prolongada.

Parece que aún la veo; era una mujer de mediana estatura, de unos diez lustros de edad, de humilde y simpática apariencia, de mirada expresiva y de afable trato; espiritista de corazón, asistía con religioso silencio a las sesiones medianímicas, que se celebraban en su casa.

Una noche noté su falta, pregunté por ella y me dijo su familia, que estaba enferma, con un tumor que la hacía sufrir mucho; propuse que se suspendiera la sesión, para que el murmullo de nuestras voces no la molestara.

¡Ah!, no señora, me dijeron, lo primero que ha pedido es, que continuemos sin interrupción en nuestras tareas, porque mientras duran éstas, son los únicos momentos en que se encuentra mejor.

Seguimos reuniéndonos y la enferma empeorando, sufriendo con un valor asombroso las dolorosas curas que le hacían dos practicantes; una fístula ulcerada devoraba su materia y ni una queja, ni un suspiro brotaba de sus labios.

Los meses transcurrieron, y la pobre mártir, que pertenecía a una familia de la clase media, pero que atravesaba una de esas crisis supremas en la que falta hasta el aire para respirar, pidió que la condujeran a un hospital; tuvieron que acceder a sus deseos y en el benéfico asilo siguió muriendo lentamente.

El día que dejó la Tierra, se despidió tranquilamente de una hermana suya, diciéndole: “¡Vete, voy a dormir un sueño muy hermoso!”... Muy hermoso fue, sin duda alguna, porque su materia se acabó de disgregar.

Su familia, que había contemplado con mudo asombro y profundo dolor el prolongado martirio de una mujer, cuya vida había sido un modelo de mansedumbre y de virtud, se preguntaba, ¿Qué habría hecho ayer, para sufrir tanto hoy, quedándose convertida en un esqueleto, de ojos hundidos, de pómulos salientes, piel ennegrecida, manos cadavéricas y voz ahogada? Queriendo salir de dudas, evocaron a sus espíritus protectores y a su hermana para ver si ésta había salido pronto de su turbación, y con emoción profunda recibieron la siguiente comunicación por medio de una hermosa joven, que en estado sonambúlico dijo así:

“Mucho me alegro que os hayáis reunido, hermanos míos, para comunicarme con vosotros y deciros, aunque ligeramente, las causas que motivaron mi dura prueba durante mi última existencia en ese planeta.

“Escúchame tú principalmente, hermana mía, que tanto te acongojaba mi enfermedad y tanto has sentido mi muerte al mismo tiempo”.

“En mi anterior encarnación, fui hombre: era médico y tenía a mi cargo un hospital en Madrid. Entre las enfermas que se encontraban en tan triste local, había una que se quejaba amargamente, porque yo no la cuidaba como a las demás; y efectivamente, aquella infeliz criatura, sin saber por qué, me inspiraba una aversión profunda, que yo no me podía explicar, pero que existía realmente”.

“Tanto llegué a descuidarla, que valiéndose ella de una de las enfermeras, dio parte al director del hospital de mi mal proceder; entonces éste, cerciorándose por sí mismo de la gravedad del caso, me destituyó de mi empleo, desahuciando a la enferma, que por mi descuido pronto dejaría de existir. Yo rogué y supliqué, prometí enmendarme y emplear toda mi ciencia para remediar el daño que había causado. Al fin me admitió el director nuevamente; pero yo, lejos de cumplir lo que había ofrecido, y creyendo que aquella mujer era la causa de mi ruina, crecía mi aversión de un modo espantoso hasta

convertirse en un odio sangriento, que, cuando murió, quedé contentísimo, porque había dejado de existir”.

“Me despidieron nuevamente y el recuerdo de aquella infeliz, principió a atormentarme y a causarme remordimiento; porque mi conciencia gritaba constantemente: asesino..., nuevo Caín, ¿Qué has hecho de tu hermano?”

“Cuando volví a encarnar, pedí sufrir cuanto yo había hecho padecer a aquél pobre ser, y he tenido su misma dolencia, y he muerto como ella en un hospital; pero lo he llevado con resignación, y al despertar de mi último sueño, no puedo expresar ahora la alegría que experimenté al verme libre de mi pobre y raquítica envoltura”.

“Adiós, hermanos míos, ya seguiré comunicándome con vosotros”.

Después de escuchar el anterior relato, si es posible que el dolor se calme en los primeros momentos, se calmó efectivamente en aquellos seres, que recordaban con desconsuelo el largo tormento de un ser tan querido para ellos.

La melancolía les tendió su manto y a su sombra ven pasar los días, deseando que nuevamente se comunique la que tanto los amó en la Tierra.

¿Puede haber nada más consolador que el Espiritismo? ¿Responde ninguna religión positiva al gemido del alma con tanta precisión y tanta justicia?

Ninguna hasta ahora, ninguna; las unas con su Dios implacable, las otras con el pecado hereditario, éstas con su redención y su gracia, aquellas con sus minutos de arrepentimiento; pero todas con base falsa, con argumentos oscuros, con misterios indescifrables, con un no sé qué de negro y confuso, que la razón rechaza y que sólo despiertan dudas que concluyen por helar el corazón.

Decía Voltaire, que si no hubiera un Dios, sería necesario crearle para poder vivir.

Yo a mi vez digo, que no había de ser un hecho la revelación de ultratumba, y tendríamos nosotros que magnetizar nuestro pensamiento y pedir a la fantasía que nos hiciera esperar y creer.

¿Existe nada más grande, que más eleve al hombre, que la íntima convicción de que todos somos iguales?

El día que la humanidad se convenza de esta innegable verdad, no habrá razas ni privilegios, todos trabajarán, no por acumular tesoros metálicos, sino por conocer misterios científicos.

Lejos está todavía esa aurora de paz; sólo algunos hombres a quienes se llama locos, viven tranquilos en su modesto hogar, sufren resignados la condena que merecieron, y compadecen a los muchos cuerdos, que, como Caín, son fraticidas.

¡Desgraciados de aquellos que sólo ven en la Tierra! ¡Venturosos de nosotros que decimos “no hay culpa sin pena!”... ¡Bendito sea el Espiritismo, irradiación suprema, luz inextinguible, cedro secular a cuyo añoso tronco se enlazan la justicia, la verdad y la razón!

CAPÍTULO XVI

NADA SE PIERDE

Hace algunos días que un espiritista residente en Chafarinas me escribió una carta de la cual copiaré algunos fragmentos.

Chafarinas, 13 de Septiembre de 1893

Sra. D^a Amalia Domingo Soler.

Mi muy estimada hermana: Estando hoy pensando en un desgraciado que se encuentra en este hospital del cual tengo mucha compasión, me avisó mi Espíritu protector de que quería hablar conmigo y me dijo al pie de la letra, sin variar nada, lo siguiente:

“Querida hermana Amalia: Existe en este hospital un desgraciado digno de llamar la atención por sus muchos sufrimientos en esta vida. Después de haber estado sufriendo una larga condena, por faltas cometidas en la sociedad, pasó al hospital sin enfermedad aparente porque sólo entró a limpiarse el estómago, de cuya purga se revolvieron sus tumores y ha terminado en una parálisis completa que lo tiene postrado en cama ya 15 meses. Este desgraciado nunca se ha visto tan bien asistido, hasta que entró de enfermero un tal Francisco Villalva, alias El Vizés de Benamejí, consumado ladrón y asesino, el cual lo trata y mira por él con la solicitud de un padre”.

“Es un caso digno de estudio”.

1º) ¿Qué delito ha cometido este hombre en su anterior encarnación para padecer de este modo?

2º) ¿Qué ha motivado a este otro gran criminal a solicitar plaza de enfermero para cuidar del paralítico?

“Mis noticias son muy vagas y no quiero engañarte. Tú hermana Amalia, tienes buenos espíritus protectores, los cuales, después de haber estudiado tú este tema tan digno de estudio, te lo dirán”.

Médium L.V.

Consuelo

Ésta, querida hermana, es la comunicación que he recibido de mi Espíritu protector, No he puesto ni quitado nada, pues así me lo encarga.

Convertida hace tiempo en cronista de los pobres, en cuanto me fue posible pregunté al Espíritu del Padre Germán si podía darme alguna explicación sobre la comunicación obtenida en Chafarinas, y el médium parlante de que se vale el buen Espíritu que me guía en mis trabajos contestó lo siguiente.

“Todo Espíritu lleva en sí el polen del amor”.

“El amor es el efluvio de las almas”.

“El amor es la síntesis del Espíritu, quien no ama no vive”.

“No hay Espíritu sin amor, como no hay flor sin esencia ni átomo sin movimiento”.

“El amor es la religión eterna de las almas. El Sol de la ciencia alumbra al Espíritu, el Sol del amor alumbra a la Creación, ¿Por qué, pues, os extrañáis de que esos dos espíritus gravemente enfermos (puesto que ambos son criminales) se quieran y se consuelen y sea la pena del uno el tormento del otro? ¿Acaso es esta la primera vez que encarnan en la Tierra? ¿Por ventura han comenzado ahora a escribir su terrible historia? No. Muchos siglos hace que, dominados por perversas inclinaciones, van descendiendo por la resbaladiza pendiente del crimen: ciegos, puesto que no ven la luz del bien, y sordos, porque no escuchan la voz de los espíritus regenerados que gritan: ¡Deteneos!... Que perdéis un tiempo precioso, el crimen no trae más que sombra, y la sombra es el símil de la muerte; mas porque el Espíritu camine entre tinieblas, ¿Deja por esto de llevar en sí los gérmenes del amor, del sentimiento, de la abnegación y del sacrificio? ¿Deja por esto de poseer el patrimonio concedido a todos los espíritus? No. En la Creación no hay desheredados, no hay seres condenados a perpetua servidumbre, no hay más que obreros del progreso. Todos reciben la misma cantidad de tiempo y de fuerzas físicas e intelectuales para emplearlas a su antojo en edificar o destruir. Los que destruyen, ¿Pensáis que eternamente estarán destruyendo? ¿Creéis que su trabajo siempre les dará idéntico resultado? No, uno de vuestros escritores contemporáneos, refiriéndose a una materia explosiva empleada en los comienzos de una nueva revolución social, ha dicho que la dinamita destruye todo lo que quiere levantar y reconstruye todo lo que quiere destruir”.

“El mal no triunfa eternamente como el bien, el criminal más endurecido no deja de tener en su corazón una fibra sensible, el hombre más violento, el que siega sin piedad las cabezas de muchedumbre

indefensas y atemorizadas, quizá se detenga compungido ante la cuna de un niño moribundo y compadezca a la infeliz madre que pide a Dios fervorosamente la vida de su hijo”.

“No hay espíritus sin vicios y sin virtudes. No hay más diferencia entre los justos y los pecadores que el empleo del tiempo más o menos aprovechado y el distinto camino que emprenden al encarnar en los mundos. Seres eternamente rebeldes refractarios a las inefables, a las inexplicables dulzuras del amor, si existieran serían la negación de Dios, y como esto es absolutamente imposible, por esto no existen, porque la verdad no puede negarse a sí misma. No hay alma, por endurecido que esté su sentimiento, por degradadas que sean sus inclinaciones, que no tenga su parte sensible. Podrá ser ésta tan pequeña, tan reducida, que se necesita de un microscopio muy perfeccionado para encontrarla, porque a simple vista pasa completamente desapercibida. Más no porque una cosa no se vea, deja por esto de existir. ¿Ven los ciegos la luz del Sol, los colores bellísimos del arco iris, los matices de las flores y la blancura de la nieve? No, y sin embargo, el Sol da la vida al mundo donde los ciegos se agitan, y las flores perfuman con su esencia el ambiente que respiran, y el arco iris es la sonrisa de Dios tras la tempestad, y la nieve envuelve con su manto a las más altas montañas, a esas eternas desposadas de la naturaleza. Pues de igual manera no todas las cualidades del hombre alcanza a conocerlas la generalidad”.

“Hay muchas virtudes escondidas que, semejantes a las piedras preciosas, hay que trabajar mucho para encontrarlas, y parece hasta imposible que un criminal pueda poseer en grado máximo una virtud, y el enfermo del hospital la posee. ¿Sabéis cuál? ¡La gratitud! Ese Espíritu tiene una historia terrible, sus páginas están escritas con sangre, mas por una serie de circunstancias ha vivido siempre tan abandonado, ha tenido tan pocos seres afectos que trataran de desviarle del camino de la perdición, que no es tampoco extraño que haya seguido el derrotero del crimen. Mas en medio de tanta sombra también hay un rayo de luz”.

“Hace algunos siglos que el enfermero de hoy era un hombre de armas que servía a un poderoso señor y en una batalla cayó herido de tal gravedad que pasó por muerto. Unos cuantos frailes mercenarios fueron los encargados de dar piadosa sepultura a las víctimas de la refriega. Entre los frailes se encontraba un pobre muchacho hijo de una mendiga que murió en la hospedería de un convento de la Merced. La comunidad se encargó del niño huérfano, que por su falta de inteligencia no vistió el hábito de la orden Mercenaria. Tobías puede decirse que era idiota, en su infancia y en su juventud hizo todo el mal que pudo, complaciéndose principalmente en la destrucción de animales y plantas, pero como al mismo tiempo era muy trabajador, el maestro de novicios trató de hacerle útil y de moderar sus instintos de exterminio”.

“Entre sus múltiples trabajos prefería el de enterrar a los muertos, así es que siempre que se presentaba ocasión de salir a buscar en los alrededores del convento las víctimas de las continuas refriegas de aquella época levantisca y batalladora, Tobías era el primero que salía del convento sirviendo de avanzada a los frailes que se encargaban de curar a los heridos y de enterrar a los que fallecían defendiendo los intereses de los nobles, que se disputaban palmo a palmo un pedazo de tierra”.

“El día en que el enfermero de hoy, al que llamaremos Cristian, quedó confundido entre los muertos, pues su cuerpo estaba hecho una criba agujereado por todas partes, cuando ya los frailes entonaron una oración por el eterno reposo de las almas de los combatientes, Tobías comenzó su piadosa tarea de darles sepultura, y al llegar ante Cristian notó que éste se movía y que abría los ojos, llamó en su auxilio a dos frailes, colocaron éstos al moribundo en unas angarillas, y con sumo cuidado lo llevaron a la hospedería del convento, no sabiendo por dónde empezar la cura, porque su cuerpo estaba acibillado de heridas. Pero Tobías, que era buen enfermero, se encargó de él, suplicando encarecidamente que lo dejaran a su cuidado, que él respondía de su curación. Y tanto acierto tuvo, y tantos desvelos empleó en su cristiana y piadosa tarea, que Cristian recobró la vida, pero no el movimiento de sus piernas, rotas y destrozadas del modo más horroroso. Y Tobías, que no era cariñoso con nadie, con Cristian lo era en grado máximo. Con él compartía su alimento, le hacía compañía todo el tiempo de que podía disponer, y empleó todos sus ruegos con el superior de la comunidad para que Cristian, que no tenía familia ninguna, se quedase en alguna de las dependencias del convento, puesto que no tenía más porvenir que la mendicidad, y la mendicidad más dolorosa, porque un hombre sin piernas no se podía valer. Sus súplicas fueron atendidas, y el pobre inválido encontró albergue y alimentación abundante a la sombra de los mercenarios, siendo Tobías para él, padre, hijo, hermano y amigo cariñosísimo. Su inteligencia, adormecida hasta entonces, se despertó, y aprovechando todos los ratos que tenía libres, los pasaba al lado de Cristian, que le contaba cien y cien veces su vida llena de lances y de proezas, y como era un hombre tan acostumbrado a la lucha, aquella vida sin movimiento, sin acción, sin aventuras, sin emboscadas, era tan contraria en absoluto a su modo de ser, que a pesar de los desvelos de Tobías, a los dos años de haberlo dado por muerto, acabó de morir en brazos de Tobías”.

“Éste lloró como un niño por vez primera en su vida, desesperado sobre el cadáver de Cristian, demostrando un sentimiento tan profundo, un dolor tan verdadero, que llamó vivamente la atención de toda la comunidad, pues en verdad nunca se había distinguido Tobías por su sensibilidad extremada.

Antes al contrario, se complacía en destruir, y al morir Cristian se esmeró en adornar su fosa, y sin que nadie le dijese nada rodeó la fosa con una tosca empalizada que cubrió de follaje plantando un sauce y dos cipreses, siendo aquel lugar su sitio favorito. Toda la recóndita ternura que había en su corazón fue para Cristian, lo mismo que los escondidos destellos de su inteligencia, que se fueron amortiguando y desvaneciendo después de muerto aquél, volviendo a ser un idiota, una máquina que trabajaba al impulso de otra voluntad. ¿Por qué Tobías quiso tanto a Cristian? ¿Escribió entonces la primera página de su afecto? ¿Pagaba una deuda contraída en la noche de los tiempos?

“Nuestra mirada no alcanza el más allá de estos dos espíritus, sólo nos es dado relatar lo que hizo Tobías por Cristian en aquella existencia. Los dos espíritus han seguido su penosa peregrinación, y hoy se encuentran en la Tierra unidos por un afecto grande, noble y generoso. Tobías es el paralítico que ocupa un lecho en el hospital de Chafarinas, y Cristian el inválido de ayer que le debió al enfermo de hoy morir tranquilamente disfrutando de un placer para él desconocido, ¡El ser amado! Y ser amado del modo más desinteresado y puro, porque era un pobre que sólo podía dar trabajo al que le sirviera. Pues bien, Cristian, agradecido a sus paternales cuidados, ha pedido hoy una plaza de enfermero en dicho hospital para demostrarle a Tobías su gratitud. Gratitud inmensa, gratitud que no tiene límites, puesto que para él tienen un valor incalculable los cuidados que ayer le prodigó Tobías, únicas atenciones y demostraciones de ternura que endulzaron las últimas horas de una de sus azarosas existencias: y todos los horrores de sus crímenes no han podido borrar el recuerdo indeleble de aquel periodo de descanso que tuvo, gracias al cariño y a la solicitud de Tobías, pobre idiota que sólo para él recobró vida su inteligencia y su sentimiento”.

“Nada se pierde. El bien es una flor que nunca, nunca se marchita ni jamás se extingue su delicado y penetrante aroma. Podrán las almas rudas no saber corresponder con sus finezas, en el preciso momento de recibir un beneficio, pero esto, ¿Qué importa? ¡Si queda la eternidad para devolver con creces el favor recibido!”

“No os canséis de sembrar amor, que da ciento por uno, en el caso presente queda bien demostrado. En uno de los rincones más olvidados de la Tierra, entre dos seres considerados como pecadores, puesto que ambos están sufriendo una terrible condena, se desarrolla actualmente una acción interesantísima, verdaderamente conmovedora; un paralítico postrado en el lecho del dolor, encuentra cariñosísima solicitud en un hombre que ha olvidado vuestras leyes morales, puesto que sobre él pesa la horrible acusación de haber sido ladrón y asesino, y este hombre tiene para el pobre enfermo la ternura de un padre”.

“Mas retrocedamos algunos siglos y veremos el enfermero de hoy postrado a su vez con las piernas trituradas, el paralítico que hoy gime en el duro lecho de un hospital, sirviéndole ayer con mayor cariño y la más tierna solicitud, pidiendo protección para su impotencia, velando su sueño, adivinándole los pensamientos, y haciendo en fin un esfuerzo supremo para arrancar de su inteligencia adormecida, rayos de luz, rayos que perdieron su esplendor cuando su protegido dejó de existir”.

“Teniendo en cuenta estos antecedentes, no tiene nada de extraño lo que hoy acontece, es sencillamente el pago de una deuda, de una deuda sagrada. ¡Benditas sean las deudas de amor!... Porque al pagarlas, ¡Cuánto bien se hace!... No sólo al que se le devuelve lo que es suyo, sino a los que le rodean, y a todos cuantos se enteran del fausto suceso, porque como en la Tierra desgraciadamente no abundan las buenas acciones, cuando éstas se prodigan causan profunda admiración, y esto es lo que le hace falta a la humanidad, mucho bueno que admirar, hechos grandes para tomar ejemplo y hacer el bien por el bien mismo”.

“Esos dos espíritus se quieren tanto, que cuando se encuentran, el uno para el otro se convierte en ángel. Podrán ser demonios para los demás, pero los dos entre sí se complacen en prodigarse la ternura que niegan a los otros. Principio requieren las cosas, sin la primera piedra no se levanta ningún monumento. Esos dos espíritus, que giran dentro de un pequeño círculo, ¿Estarán siempre en el mismo estado? No, día llegará que con sus nobles esfuerzos romperán el anillo de hierro de sus culpas y lo que hoy guardan para un solo ser, será mañana para una familia y después para una tribu, y luego para un pueblo, y más tarde para un mundo, y con el transcurso de los siglos para innumerables planetas, para la gran familia universal que llena la creación de dulces armonías”.

“Es cuanto hoy puedo deciros de esos dos espíritus, que en uno de los parajes más tristes de la Tierra, está recogiendo el uno el fruto sazonado de su siembra de ayer, y el otro está pagando una deuda sagrada dispuesto a pagarla cien y cien veces, porque un alma agradecida mide lo que recibe, mas no lo que devuelve, cumpliéndose así el aforismo evangélico de que Dios siempre da ciento por uno”.

“Adiós”.

De grandísima enseñanza es la comunicación que he copiado textualmente. Ella demuestra que la luz siempre es la luz en medio de las más profundas tinieblas. Esto es, que no hay alma que no sea capaz de sentir y de agradecer. Lo que se necesita es educar el sentimiento, es someter a un tratado de

curación a los espíritus enfermos (vulgo criminales), creando casas de salud en vez de penitenciarías donde los criminales se embrutecen en la holganza, contagiándose con las mutuas perversidades, o enloquecen, en la soledad del sistema celular, sin dar el menor fruto su inteligencia.

Tierras vírgenes hay en nuestro planeta, envíense a esos parajes, colonizadores, y sean éstos los que lleven en su frente el sello de Caín. Pónganle en la crítica situación de morir de hambre o de trabajar, y como el instinto de conservación es innato en el hombre, a la vuelta de algunos años el criminal más empedernido quizá sea un hombre útil a sí mismo y a sus semejantes. Y mientras llegue ese periodo de adelanto sembramos en todas las almas la fructífera semilla del amor, puesto que nada se pierde, puesto que tenemos la consoladora certidumbre de que nuestros sacrificios nos darán mañana hermosos días de Sol, consolemos a los que lloran, si queremos ser consolados.

La ley de compensaciones es la más justa. A cada uno según sus obras. ¡Gracias, Dios mío, por tu eterna justicia! ¡Nada se pierde!

CAPÍTULO XVII

TREINTA Y DOS AÑOS

Hace algunos días que muchos periódicos publicaron sueltos referentes a un ataque de catalepsia, ataque prolongado que ha durado treinta y dos años, el sueño de la infeliz mujer que ha sufrido durante tanto tiempo un tormento, pues, según confesión de algunos desgraciados que han sido víctimas de tan horrible enfermedad, oyen perfectamente cuanto se habla en su derredor y se enteran de todo cuanto dicen sus deudos y amigos, y algunos han sentido cuando los colocaban en el ataúd y se disponían a realizar el entierro del supuesto cadáver, hasta que con un esfuerzo sobrehumano han roto sus cadenas de inmovilidad. El suelto en cuestión decía así:

Ataque de Catalepsia: Caso extraordinario

Los periódicos de Burgos dan cuenta del siguiente hecho:

Hace más de treinta y dos años, la vecina de Villavicencio, Benita de la Fuente, sufría un ataque de catalepsia.

La enferma se hallaba postrada en cama, inmóvil y sin conocimiento, desde 1874, sin que durante mucho tiempo haya hablado una palabra, limitándose a exhalar de vez en cuando algún quejido inarticulado. Su única alimentación ha sido agua, y alguna vez ha tomado pequeñísimas cantidades de caldo y leche. Multitud de médicos, algunos de gran reputación, la han visitado en diversas ocasiones, no pudiendo explicar científicamente tan extraordinario caso.

Pues bien: el viernes último la enferma abrió los ojos, y recobrando súbitamente el habla expresó sus deseos de abandonar el lecho.

El domingo siguiente, la familia la levantó y desde entonces va recobrando rápidamente la salud perdida, siendo de esperar que muy en breve recupere la normalidad de sus funciones fisiológicas, aunque todavía no se le ha dado alimentación por el temor de que su estómago no pueda soportarlo.

Benita de la Fuente conoce ya a todas las personas de su familia, pero lo extraordinario del caso es que no recuerda nada de lo que le ha ocurrido y se niega tenazmente a creer que haya estado dormida y sin comer más de treinta y dos años.

Tiene actualmente sesenta y dos años.

Una hermana de la enferma, a quien todos tienen por persona seria y fidedigna, ha comunicado esas noticias, las cuales constituyen un caso extraordinario, digno de ser estudiado por las eminencias médicas.

Yo creo que este caso, verdaderamente extraordinario, no sólo deben estudiarlo los médicos, y han opinado lo mismo que yo muchos espiritistas que me han escrito suplicándome que pregunte al guía de mis trabajos el porqué de tan horrible condena, porque vivir treinta y dos años sin movimiento, sin hablar, sin tomar parte en la lucha de la vida, debe tener una causa poderosísima. Debe haber cometido el Espíritu así castigado uno de esos crímenes sin precedentes, uno de esos delitos que si no fuera porque dicen que nunca pagamos todo lo que debemos, la condena duraría miles de años, todas las agonías que hemos hecho sufrir a una o varias de nuestras víctimas, y si sólo nos aplican el mínimo de la pena merecida, treinta y dos años de martirio, ¿Cuántos crímenes representan?

“No tanto como tú crees –me dice un Espíritu–, que por regla general, los que os creéis mejor inspirados, estáis tan lejos de la verdadera causa, que produce tan malos efectos, como lo está la luz de la sombra, el fuego de la nieve, el amor del odio, la virtud del vicio, el egoísmo de la abnegación. No Juzguéis nunca por las apariencias, que de cien veces que pronunciéis juicio condenatorio, noventa y nueve estaréis dominados por el error y seréis injustos convirtiéndoos en jueces, cuando por vuestros defectos no debéis juzgar, sino ser juzgados”.

“En el caso de catalepsia que tanto os ha llamado la atención, y al que la ciencia médica no encuentra explicación satisfactoria, hay efectivamente mucho que estudiar y mucho que aprender para reconocer a la enérgica voluntad de un Espíritu, la que ha sometido a su cuerpo a una prueba tan dolorosa. Los que niegan la existencia del alma, porque no la encuentran cuando amputan un brazo o una pierna o extraen un feto, o abren la cabeza para extirpar un tumor, (como la ciencia no les puede decir la historia del Espíritu que anima a aquel organismo) se tienen que cruzar de brazos y enmudecer ante hechos cuya causa no comprenden, y vosotros, los espiritistas, los que sabéis que el presente está íntimamente enlazado con el ayer, y que el Espíritu es un agricultor eterno que siembra hoy para recoger mañana, al ver que algunos agricultores recogen tan mala cosecha, decís con espanto: ¿Qué habrá hecho este desgraciado para merecer tan cruel castigo? ¿Qué papel habrá representado en la historia universal? ¿Habría empleado su ciencia para ser un verdugo de la humanidad? ¿Habría sido un conquistador insaciable?... Y vais acumulando pregunta sobre pregunta, y mientras más preguntáis más lejos estáis de la verdad, como os sucede ahora con esa pobre mujer cataléptica, que amontonáis sobre ella crímenes espantosos, y en realidad no es así. Es un Espíritu desequilibrado, que ha amado mucho, pero con ese

amor terrenal, egoísta, absorbente, dominante, avasallador, que prefiere la muerte del ser amado antes que verle dichoso en brazos de otro ser”.

“Esa mujer, que hoy pertenece a una clase humilde, y que a no ser por su enfermedad hubiera pasado completamente desapercibida en la Tierra, en otro tiempo su sitio era un trono, y aunque su reino era pequeño, ella lo hizo grande por la severidad de sus leyes, y por ser ella el juez que dictaminaba las sentencias. Parecía insensible a los encantos del amor. Casada por razón de estado, sin sucesión, era una mujer de hielo, intolerante para las faltas cometidas por amor. Su corte parecía más bien una comunidad de monjas y de frailes sin votos. Tal era la rigidez de las costumbres y la fiel observancia de los deberes en todos los sentidos”.

“Así vivía Ermesinda, sin gozar, y sin dejar que los demás gozaran, hasta un día que le presentaron a un joven militar (casi un niño) muy recomendado por uno de sus parientes más cercanos, que lo ponía bajo su real protección, de la que se esperaba que se haría digno, siquiera por honrar su ilustre apellido. Ermesinda sintió al verle lo que nunca había sentido, hasta el punto que se dejó caer en un sillón porque perdió el conocimiento y el joven Ezequiel se turbó extraordinariamente al ver el mal efecto que su presencia había causado a su soberana, y se retiró temeroso de un algo desconocido”.

“Ermesinda desde aquel día sintió una inquietud y una ansiedad inexplicable. Si bien ella pronto se hizo cargo de que su corazón se había despertado demasiado tarde, comprendió que amaba a Ezequiel con toda su alma, y trató de hacérselo comprender a él. Pero Ezequiel era tan niño, y le habían educado de tal modo, que para él Ermesinda no era una mujer de carne y hueso, era una santa a la que había que venerar de rodillas, pero a gran distancia, para que el hálito humano no manchara su pureza. Así es que mientras ella acertaba el camino para encontrarse más pronto con él, él se alejaba de ella dominado por el temor de ofenderla, y como cuando uno no quiere, dos no se encuentran, Ezequiel se fue alejando de Ermesinda, y ésta se convenció de que el joven huía de ella. Sintió entonces celos, ¿De quién?, de todas las mujeres de la corte. No tuvo valor bastante para decirle: ven, que yo te amo. La austeridad de sus principios se lo impidió. Orgullosa por su linaje y por sus virtudes, no quiso descender de su alto pedestal para caer en los brazos de un niño, que no sentía por ella la menor atracción, que antes al contrario le inspiraba un temor inexplicable. Ermesinda logró dominar sus sentimientos, se cubrió con su máscara de hielo, venció en la lucha de sus pasiones, pero no consiguió otra cosa que mostrarse fría y severa con Ezequiel, que era el niño mimado de la corte por su gentileza, por su hermosura, por su distinción, por su nobleza, por su valor”.

“Y viéndole tan amado y tan colmado de atenciones, sus celos se aumentaron de tal modo, que una noche lo hizo prender acusándole de traidor a su patria, de ser un espía pagado por huestes enemigas, y Ezequiel fue encerrado en una torre que parecía un nido de águilas, tan alta era, teniendo por base un promontorio de rocas, donde se estrellaban embravecidas olas, pues parecía que en aquel punto era continua la tempestad, tan fuerte era el oleaje que rugía enfurecido al chocar contra aquella atalaya fabricada cerca de las nubes”.

“Cuando lo tuvo allí encerrado, Ermesinda se tranquilizó, diciéndose a sí misma: no viéndole, no descenderé de mi alto pedestal, no le diré que no puedo vivir sin él, y no sufriré el atroz martirio de verle en brazos de otra mujer. A grandes males, grandes remedios. Cometo un crimen acusando a un inocente, pero evito mi deshonor ante el mundo y ante él y dejo de sufrir un dolor que me conduciría a la locura, porque el dolor de los celos es la locura en acción”.

“Durante algunos días se habló de Ezequiel, pero después todos enmudecieron temiendo ser castigados como el joven espía, sobre el cual se acumularon tan horribles acusaciones, que hubo quien aseguró que había vendido muchas plazas fuertes a legiones enemigas. Ermesinda urdió en secreto la tela de tantas patrañas y pronto Ezequiel fue dado al olvido, aunque muchas mujeres lloraron su ausencia lamentando su infausta suerte, pero todo en silencio. Nadie tuvo valor para defender al inocente, y Ezequiel estuvo encerrado treinta y dos años sin poder hablar ni con su carcelero, porque no lo veía. El alimento llegaba hasta él por un mecanismo que no dejaba ver a la persona que lo suministraba, y Ezequiel no tenía más consuelo que contemplar el cielo a través de los gruesos barrotes de hierro de una alta claraboya que daba luz a su reducida prisión”.

“Así vivió treinta y dos años, y en ese tiempo el joven hermoso y fuerte se transformó en un viejo achacoso, sus rubios cabellos perdieron su color de oro, se volvieron amarillentos y por último blancos como la nieve, y cuando menos lo esperaba, se abrieron las puertas de su prisión y recobró la libertad, ignorando por qué la había perdido. Regresó a su casa y toda su familia había muerto. Entonces se enteró de la calumnia que le había deshonrado y pidió ver a la soberana. Pidió una audiencia que no le fue concedida, porque Ermesinda ya estaba en la agonía. Al comprender que iba a morir, quiso dejar en libertad al hombre que tanto había amado, y murió tranquila porque una dama de toda su confianza le dijo que había visto a Ezequiel que estaba desconocido con su cuerpo doblegado bajo el peso de los años y el dolor”.

“Ezequiel no tardó en seguirla, y al verse los dos en el espacio se compadecieron mutuamente, y él la perdonó porque ella había pecado por amor. El perdón de Ezequiel le hizo tanto bien a Ermesinda, que pidió ser para él la madre más amorosa, ya que el amor de las madres en la Tierra es el más dispuesto a la abnegación y al sacrificio, pero antes de ser su madre mil y mil veces pidió sufrir el tormento que él sufrió víctima de su amor y de sus celos, y lo quiso sufrir padeciendo la peor de todas las dolencias: el sueño cataléptico. Quiso que su prisión fuera la más horrorosa, la que sin grillos ni cadena la sujetara al potro del tormento, porque los catalépticos oyen cuanto se habla en torno suyo, y ellos asisten a los consejos de familia, miden por lo que oyen el cariño de sus deudos, las miras interesadas de los unos y los egoísmos de los otros. Para ellos la verdad (que siempre es amarga) se presenta sin velos, y ¡Ay de aquellos que viven sin una ilusión! En su prolongada agonía Ermesinda ha tenido el consuelo de tener a Ezequiel a su lado, el que muy a menudo ha murmurado en su oído juramentos de amor, pero no de amor terreno, sino de amor sobrehumano, y los dos espíritus, enlazados por una de esas afecciones que no se conocen en la Tierra, se unirán más tarde para no separarse jamás. Ella dispuesta a ser su madre, su ángel tutelar. Él, agradecido, apreciando en lo que vale la vehemencia de la pasión de Ermesinda, está dispuesto a corresponder a ella y a serle fiel eternamente”.

“Ya ves qué porvenir tan hermoso le espera a esos dos espíritus que han sufrido tanto, víctimas del amor, del amor terreno y del amor divino. Ezequiel vivió encarcelado treinta y dos años, siendo la causa de su inmerecido cautiverio el amor y los celos de una mujer, que gozaba pensando que nadie le vería, que nadie recibiría sus caricias ni escucharía sus juramentos amorosos. Lo había arrebatado a la sociedad, era suyo, le pertenecía porque le adoraba, y ahora Ermesinda ha sufrido otra prisión más horrible para hacerse digna por su martirio de adorar a su amado Ezequiel, santificada por el sacrificio. Ayer no podía decir que le amaba. Mañana presentará su hijo al mundo entero y dirá: ¡Es mío! ¡Yo le llevé en mi seno! ¡Yo escuché sus primeros vagidos antes de verle! ¡Mis brazos han sido su cuna! ¡Su primera sonrisa ha sido para mí! ¡Sus primeras palabras han sido: ¡Madre mía! ¡Es mi hijo!... ¿No es verdad que es muy hermoso?... Y Ermesinda será de esas madres apasionadas que seguirá a su hijo a todas partes, hasta el patíbulo si fuera necesario, todo su amor le parecerá poco para hacerle olvidar a Ezequiel el tormento que su loca pasión le causó durante treinta y dos años”.

“Adiós”.

¡A cuántas consideraciones se presta la anterior comunicación!

¡Cuán cierto es que engañan las apariencias! De cien veces, noventa y nueve juzgamos erróneamente.

¡Cuán equivocados son generalmente nuestros juicios, dado que siempre estamos dispuestos a aumentar la culpa de los otros y a disminuir si es posible la nuestra!

¡Cuánto peca nuestro pensamiento! Si con la intención basta, como dicen algunos creyentes, por nuestras malas intenciones somos la mayoría de los terrenales merecedores de cadena perpetua. Y en verdad que, como la merecemos, la llevamos pendiente de nuestro cuello, al que rodea la argolla de nuestros múltiples defectos y sólo las comunicaciones de los espíritus conseguirán a su debido tiempo hacernos reflexionar sobre nuestra pequeñez.

¡Bendito sea el Espiritismo! ¡Benditas sean las comunicaciones de los espíritus, porque por ellas se redimirán los pueblos!

CAPÍTULO XVIII

EL DESPERTADOR

Decía Víctor Hugo que los ojos no ven a Dios si no a través de las lágrimas, y es una gran verdad. En medio de la felicidad no se eleva el pensamiento ni poco ni mucho, se contenta el alma con lo que tiene ante sí, ya sea un horizonte sin límites o un pedacito de cielo al alcance de nuestros ojos. Dicen que nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena. Esto es triste, pero es verdad. Esto da muy pobre idea de lo que somos los terrenales, pero ante los hechos hay que inclinar la cabeza y declararse vencido.

Leyendo “El Mundo Latino” me fijé en el suelto que copio a continuación:

Un corresponsal italiano da cuenta de una horrible tragedia en Castellamare, en los siguientes términos:

“Pascual y Carolina Sarrubbo, jóvenes distinguidos y de opulenta posición, se casaron ayer”.

“Anoche, cuando los felices recién casados se habían recogido en la alcoba nupcial, piso segundo del antiguo palacio de Mosca, se hundió el suelo de la habitación y entre los escombros cayeron los esposos al cuarto del piso bajo en el que dormían una señora y dos niños. Éstos resultaron heridos gravemente y Carolina quedó muerta en los brazos de su marido ileso”.

¡Qué noche de boda tan dolorosa!...

¿Qué harían ayer estos desventurados? Historia terrible debe tener un episodio tan conmovedor, por lo que me dice un Espíritu:

“Sí que la tiene, y para útil enseñanza copia la narración que yo te daré a grandes rasgos. Carolina y Pascual eran en su existencia anterior padre e hijo. Pascual era el padre y Carolina el hijo. Pertenecían a la más alta nobleza, eran caballeros cubiertos delante del rey, y más tiempo pasaban en el palacio del monarca que en su casa señorial. Pascual era el noble más orgulloso de su época y cifraba en su único hijo, en su heredero, en su amado Carlos, las más risueñas y halagadoras esperanzas, teniendo la firme convicción de que lo casaría con alguna infanta emparentada con el monarca reinante de su nación. Pero todo lo orgulloso que era Pascual con sus escudos de nobleza y su árbol genealógico, sus castillos, sus privilegios y todas las grandezas de su preclara estirpe, tenía su hijo Carlos de sencillez, de humilde y de despreocupado, dado que odiaba las fiestas palatinas y gozaba únicamente tratando con su numerosa servidumbre, en particular con una jovencita que creció a su lado, hija de un guardabosque, con quien, desde niño, se encaramaba por los árboles para coger nidos y comer fruta verde, daba largos paseos por el monte y siempre se les veía juntos, lo mismo en las mañanas de primavera que en las tardes de invierno”.

“Pascual no se había fijado en los dos adolescentes, sabiendo que su hijo necesitaba mucho aire y mucho sol para desarrollar su endeble organismo”.

“Cumplió Carlos veinte años y su padre le llamó un día muy contento y le dijo:

“-Hijo mío: Dios ha escuchado mis ruegos. Vas a formar parte de la familia real. Una sobrina del rey se ha dignado fijar sus ojos en ti, y en cuanto el monarca lo disponga se celebrará el matrimonio con la infanta Elena”.

“Pero señor –dijo Carlos muy contrariado, ya sabe usted mis gustos. Yo prefiero la vida del campo, yo en los palacios me ahogo, me falta aire para respirar y a la infanta Elena no la quiero”.

“Yo para casarme quiero amar a mi esposa, y a Elena nunca la amaré, es muy orgullosa, muy imperativa, y yo no quiero ser el juguete de una mujer, aunque ésta haya nacido en las gradas de un trono”.

“Pascual se quedó asombrado de las contestaciones de su hijo y se hizo cargo enseguida de que Carlos quería a otra mujer, pero ocultó sus sospechas y puso espías a su hijo, los cuales le dijeron a los pocos días que Carlos amaba a la humilde y sencilla Anita, la hija del guardabosque que se había criado con él desde pequeña”.

“Pascual, al saber que su hijo amaba a una plebeya, se enfureció, llamó a Carlos y le dijo:

“-Todo lo sé, la vida de Anita depende de ti. Si tú accedes a mi demanda le daré una buena dote y la casaré con un hombre de su clase, y si tú te obstinas en tu loca pasión, la haré encerrar en un convento y a ti te enviaré muy lejos de aquí hasta que recobres la razón. Prefiero verte muerto a verte casado con una mujer indigna de ti”.

“Carlos, cuya salud era delicadísima, se sintió herido de muerte ante el mandato de su padre, pero queriendo ante todo librar a Anita del encierro en un convento, se dio por vencido y le dijo a su padre: “Dotad a Anita con largueza y yo haré vuestra voluntad”.

“El padre cumplió lo prometido. Le dio a Anita una gran dote y Carlos, lastimado en lo más hondo de su corazón, mientras su padre le preparaba un palacio suntuoso, él se sentía desfallecer, y como deseaba morir, pocos días antes de efectuarse su boda entregaba su alma a Dios, llamando en sus últimos momentos a su idolatrada Anita, a la compañera de su niñez, la que al morir Carlos entró en un convento, donde murió antes de profesar”.

“Pascual le hizo a su hijo un entierro lujosísimo, y entre verlo muerto o casado con Anita, la humilde hija del pueblo, prefirió la muerte de su heredero antes que deshonorar sus blasones con un casamiento tan desigual. En Pascual estaba dormido el sentimiento, y su hijo, al verse en el espacio, puesto de acuerdo con su inolvidable Anita, se propuso volver a la Tierra eligiendo a su padre de ayer por el esposo de hoy. Y ya que Pascual no supo llorar a su hijo, haría el ensayo de despertar su sentimiento en el momento de ser suya. Pascual no era malo, no era más que vanidoso y orgulloso, y era preciso despertar su sentimiento, para cuya finalidad no hay despertador más potente que el dolor que sentimos por nuestros afectos más queridos”.

“Pascual, al estrechar entre sus brazos el cadáver de su esposa, sintió lo que no había sentido jamás en sus anteriores existencias. Se ha despertado violentamente su sentimiento y ha llorado con el más inmenso desconsuelo. El hombre que se alegró de la muerte de su hijo antes que verle unido a una plebeya, hoy llora con lágrimas de sangre la pérdida de la mujer amada. Ha oído el despertador de todos los tiempos, ha oído la voz del infinito que le llama a juicio y de hoy en adelante no preferirá los pergaminos a las virtudes. En este triste episodio se ha despertado el sentimiento de un alma que dormía en medio de sus riquezas terrenales, y los niños que resultaron heridos habían sido espías de los amores de Carlos y Anita”.

“Para todos hay su merecido, puesto que no hay deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla”.

“El despertar de un alma es un gran acontecimiento, porque de un ser sensible se pueden esperar todas las buenas obras, mientras que de un Espíritu envanecido con sus riquezas no se puede obtener más que la nieve de su egoísmo y de su petulancia”.

“Suene, pues, el despertador de los siglos, aunque las almas lloren al despertar, puesto que el hombre que no llora no ve a Dios. Hay que llorar mucho para ver el arco iris que forman nuestras lágrimas, y en ese arco iris es donde se ve a Dios”.

“Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados”.

“Adiós”.

Tiene razón el Espíritu: el dolor es el gran despertador de la Humanidad. Los espíritus que duermen son árboles secos, y para que retoñen hay que regarlos con el llanto del dolor.

CAPÍTULO XIX

MALA COSECHA

-Oye –me dice Luisa, tú que eres un almacén de cuentos y relaciones, como dicen los ciegos que venden romances en Andalucía, a ver si me dices porqué han tenido que matar a un pobre niño atacado de hidrofobia. Fuera de bromas, aunque yo no creo en lo que tú crees, (ni creeré nunca) me he impresionado tanto al ver al niño, negro como un tizón, rodeado de su familia, que lloraba sin consuelo, que involuntariamente, sin yo quererlo, pensé en ti y dije: ¿Qué habrá hecho esta criatura para morir así? Y vengo para que tú preguntes a esa gente de por allá, porqué ha sucedido esta desgracia tan grande. Figúrate, que este niño estaba jugando en la calle con otros chiquillos delante de su casa y haciéndose el muerto se tendió en el suelo, cuando de pronto un perro vagabundo se arrojó sobre él y le dio un tremendo mordisco en la nariz, desapareciendo con la rapidez del rayo. Nadie se cuidó tampoco de buscarle, porque todos los presentes rodearon al herido, que gritaba desesperadamente, y lo llevaron al laboratorio Ferrán, y éste dijo:

-Si el perro estaba rabioso, el niño morirá, porque ha bebido en gran cantidad la sangre que destilaba de su herida, y no hay remedio para él. Mas, valga lo que valga, emplearemos todos los medios para salvarle.

Y la casa del niño se convirtió en una cátedra de medicina.

Acudieron médicos a granel, desde los más famosos hasta los más desconocidos por su juventud. ¡Y todo fue en vano!

Al fin el padre tuvo que autorizar al médico más viejo para que éste le diera un calmante que le produjera la muerte. Eso es horrible, ¡Ordenar la muerte de su hijo!... Pregunta a ver que te dicen. No creas que me río, no. No son cosas de reír, ver a una familia completamente desesperada.

-Tienes razón, preguntaré a ver si algún Espíritu me puede contestar, que no creas que son buñuelos que se echan a freír, las comunicaciones de ultratumba. No basta preguntar, hay que tener en cuenta el móvil de las preguntas y el uso que se hace de las revelaciones.

-Pues a mí no me impulsa pueril curiosidad, es que me ha impresionado muchísimo y no he sido yo sola. Entre los médicos que lo visitaron hubo un señor que, al entrar, miró al niño y rompió a llorar con tal desconsuelo, que lo tuvieron que sacar de allí y darle un antiespasmódico y acompañarle a su casa, porque no se podía tener en pie.

-Bueno, bueno, yo preguntaré: vuelve dentro de dos o tres días, a ver si mi médium ha podido obtener alguna comunicación.

Luisa vino a verme a los tres días, no riéndose como de costumbre, sino muy seria y muy preocupada.

-¿Qué hay? –me preguntó con suavidad. ¿Querrás creer que no puedo olvidar a ese pobre niño?

-No es extraño, el verdadero dolor no hace reír, y la muerte de ese niño encierra una tristísima enseñanza.

-¿Sí? Pues habla, mujer, habla.

La médium ha obtenido la comunicación siguiente:

“Siempre estamos dispuestos a responder a los que buscan la verdad”.

“En épocas muy lejanas, el niño que hoy ha sufrido tanto para morir, pertenecía a una noble familia muy orgullosa, por cierto, de su árbol genealógico. Ese niño llegó a cumplir diez años, y con un aplomo impropio de sus años, sentía profunda antipatía por su hermano mayor, que era lo que llamáis ahora un verdadero demócrata, al que le importaban un bledo sus títulos de nobleza. Amaba al pueblo, le atraían los humildes, tanto que se enamoró ciegamente de una joven pastora, hija de uno de los siervos de su padre. Un día salió de caza y se llevó a su hermano pequeño; y no sospechando del niño, delante de él, habló largamente con la elegida de su corazón, haciendo planes para el porvenir”.

“Al niño le faltó tiempo en cuanto llegó a su casa para contarle a su padre los amores de su hermano, diciéndole con aumento cuanto aquél pensaba hacer y sugiriéndole que lo mejor sería hacer desaparecer a la joven campesina, para que el enamorado doncel no deshonrara a la familia con un enlace tan desigual”.

“El padre estuvo muy conforme con el plan de su hijo y, como si todas las circunstancias ayudaran para la realización de tal crimen, marchó a otra cacería el primogénito. Durante su ausencia se apoderaron de la joven que él adoraba, la encerraron lejos de su morada y, cuando no sabían cómo hacerla morir, echaron mano de un perro hambriento que presentaba todos los síntomas de la rabia, lo encerraron con la inocente joven, que no había cometido otro delito que amar a un noble, y dos días después la víctima y su matador presentaban un cuadro aterrador: ya no quedaba forma de ellos. El perro rabioso había devorado a su presa, devorándose después a sí mismo. Tan horrible crimen quedó en el misterio. Nadie sospechó de aquel hermoso niño que siempre iba con su hermano mayor, que era el benjamín de la

casa, y menos que dentro de aquella cabecita coronada de rubios cabellos se había fraguado aquel plan, verdaderamente infernal, llevado a cabo tan sigilosamente que nadie supo nunca quién fue su autor. Las conjeturas que se hicieron fueron tan equivocadas, y como la víctima había sido una joven del pueblo (en aquella época los siervos eran propiedad de sus señores), no valía la pena hacer averiguaciones por la suerte de una campesina que guardaba un rebaño de su señor, ya que murió destrozada por un perro, quizá por defender a los corderos confiados a su custodia. El velo de la más profunda indiferencia cubrió aquel triste suceso. Sólo un hombre que se adelantó a su época, el enamorado de la víctima, fue el que no pudo consolarse de haber perdido a la amada de su corazón. Una profunda tristeza se apoderó de su alma, cerró los ojos de su entendimiento para no ver, para no saber la historia de aquella muerte tan repentina. Tuvo intuición de algo horrible, pero enmudeció. A nadie confió las terribles sospechas que se abrigaban en su mente. Culpó a su padre, pero no a su hermano: un alma tan noble no podía concebir que un niño pudiera ser un asesino. Renegó de su linaje, se convenció de que si en vez de ser un señor feudal hubiera sido un triste pechero, sus amores hubieran tenido el más hermoso complemento, y soñando con la igualdad, con la fraternidad y con la libertad, se fue consumiendo lentamente. La tisis se apoderó de su organismo y un año después de haber muerto su amada, murió muy contento de dejar la Tierra, causando su muerte gran alegría a su hermano, que a su mayor edad heredó todos los títulos del primogénito, menos sus nobilísimos sentimientos; que si en edad tan temprana supo herir en la sombra, muchos más desaciertos cometió después impunemente. Era dueño de vidas y herencias y podía matar sin compasión”.

“Su primer crimen quedó envuelto en la sombra. En la Tierra nadie le acusó, pero se acusó a sí mismo, cuando leyó en el espacio el relato de sus crímenes. Y se horrorizó de sí mismo, cuando vio que para él no había existido la infancia con su inocencia y su bondad; que él había premeditado la muerte de aquella infeliz de la manera más ingeniosa para evitar toda sospecha. ¿Qué cosa más natural que una pastora, cuidando de su rebaño, fuera devorada por un perro rabioso?... ¡Y aquel niño cruel estuvo orgulloso de su invento! ¡Qué precocidad tan horrible!... De todos sus crímenes (que cometió muchos) ninguno le horrorizó tanto como el que llevó a cabo en su infancia, gozando de su delito, viendo morir después a su hermano lentamente y, cuando le veía consumirse, se decía con alegría infernal: ¡Todo esto es obra mía!”...

“Su júbilo de entonces se trocó después en espantosa desesperación y fuerte y animoso, se dedicó a sufrir el martirio que hizo padecer a la joven campesina que murió devorada por un perro rabioso, y volvió a la Tierra acompañado de su padre de aquella época, pues justo era que el que mató sin compasión a una niña inocente viera morir a su hijo desesperado y rabioso y tuviera que acelerar su muerte a fin de que dejara de sufrir”.

“Lo que aconteció ya lo sabéis. Se cumplió la condena sin que ningún juez de la Tierra dictara la sentencia. El crimen que los dos cometieron nadie lo supo; es más, nadie lo sospechó, porque el amante de la víctima a nadie confió sus sospechas. Pero nada queda oculto en la eterna vida del Espíritu y éste paga todo el mal que hace, cuando disfruta haciendo el daño, cuando goza con la agonía de sus víctimas. No es extraño que tu amiga se impresionara tanto, contemplando el cadáver del niño, porque el niño muerto simbolizaba la eterna justicia de Dios, la inmutabilidad de sus leyes, porque Dios ni premia ni castiga: se cumple su ley, y cada uno recoge la cosecha de su siembra. ¿Qué sembró ese niño? ¡Horrores, infamias, iniquidades! Por eso en su última encarnación ha recogido mala cosecha”.

“Muchas malas cosechas le quedan aún que recoger, pero también para él brillará el Sol, porque es amado. Su padre de hoy le quería mucho, y tiene espíritus que le aman. El médico que al visitarle últimamente lloró como un niño al verle sufrir tanto, es el Espíritu de su madre, cuando él fue el asesino de la joven campesina. ¡Qué lejos estaba el médico de comprender que el niño, siglos antes, había sido su hijo!... Él lloraba sin saber por qué lloraba, porque los médicos se habitúan a ver sufrir, y se preguntaban con extrañeza: ¿Por qué lloró? ¡Se ven tantos efectos ignorando las causas!”

“Dile a tu amiga que valla pensando en lo que cuentan los espíritus, que no se ría del pasado, que no tire piedras al tejado del porvenir”.

Adiós.

-Esto es cuanto dijo el Espíritu a la médium., ¿Qué te parece su comunicación? ¿Te causa risa?

-No, no; muy al contrario, me da mucho que pensar y, aunque yo creo que nunca seré espiritista, te juro que no me volveré a reír de tus historias de ultratumba.

-Harás bien. No tires piedras al tejado del porvenir.

CAPÍTULO XX

AL ESPÍRITU DE SOFÍA

Ser querido que conocí en mi infancia bajo la forma de una mujer elegante, graciosa y expresiva; de clara inteligencia, de agradable trato, de corazón sensible; querida de cuantos te trataban, menos de aquellos seres que debían haberte querido más.

Tuviste una familia, esposo e hijos; tu expiación te separó de ellos, y cruzaste la Tierra por espacio de muchos años sola y triste, encontrando únicamente amargas decepciones; pero tenías una gran fuerza de voluntad y luchaste denodadamente para poder vivir, si vida se puede llamar vegetar entre cuatro paredes, entregando el pensamiento a los recuerdos del pasado y a las dudas del porvenir.

Tenías una buena imaginación y gusto artístico; ¡Lástima que el oscurantismo de las religiones positivistas te hiciera permanecer estacionaria, cuando tus condiciones intelectuales estaban llamadas a un gran desarrollo!

Te merecí algún cariño, y yo, que siempre he sido muy afectuosa, te devolví con creces el interés que por mí manifestabas.

En un periodo horrible de mi vida, cuando la Tierra desaparecía bajo mis plantas, cuando el Sol me ocultaba sus brillantes rayos y la brisa me negaba su aliento, cuando el férreo brazo del infortunio me convirtió en una especie de autómata, recuerdo que pasaba muchas horas a tu lado, y que eras el único ser a quien yo buscaba, porque a tu lado me encontraba mejor que en ninguna parte.

Pero ¡Ay! Llegó un momento de prueba; una de esas situaciones en que encuentro lógica al suicidio, (cuando no se comprende a Dios) te llamé en mi angustia suprema y tú te alejaste de mí, como se apartaban antes las multitudes de los infelices leprosos. ¡También ella!... murmuré con desaliento... Pasé algún tiempo sin verte; pero como yo te quería, te busqué nuevamente, reconviniéndote por tu desvío.

Nuestra amistad se reanudó; pero mi alma iba saliendo de su mundo de sombras, y buscaba un ser amigo, que no la abandonara en sus horas de agonía.

Fui contigo muchas veces a visitar los templos, en esa hora de reposo, en que el crepúsculo vespertino nos envuelve con su manto de bruma y vapores.

Yo miraba los altares, escuchaba las monótonas oraciones de los fieles, y te decía: Yo no encuentro nada aquí. -¿Pues dónde lo quieres encontrar? Replicabas tú con alguna acritud. -No lo sé, repetía yo con tristeza; pero en el campo encuentro más consuelo que aquí.

Las revoluciones son las mensajeras del progreso, los cataclismos sociales van trazando la senda que ha de seguir la civilización, y a España también le llegó la hora bendita de dar un paso adelante. Sus reyes, por derecho divino, fueron expulsados, y la palabra libertad resonó en la patria de Guzmán el Bueno, como había resonado antes en los Estados libres de América, en los Cantones de la Suiza y en la vecina Francia.

Los sectarios de Lutero vinieron con su antiguo y nuevo testamento, y presentaron una religión más lógica, más racional, más convincente que la católica romana; yo escuché a uno de sus ministros, y al conocer la gran historia de Jesús, encontré ese algo que yo buscaba con tanto anhelo, y que hasta entonces no lo pude hallar en la Tierra.

Tú te mofaste de mis nuevas creencias; mas yo seguí mi camino, y llegando, se puede decir, al final de mi jornada, dije: Grande es el protestantismo, pero todavía lo encuentro pequeño para definir a Dios: debe haber algo que lo demuestre mejor, y si hoy no lo hay, lo habrá. Y lo había, existía una escuela filosófica llamada Espiritismo; leí sus obras fundamentales, asistí a sus cátedras, presencié sus trabajos mediumnicos y te dije alborozada:

-Sofía del alma, ya encontré a Dios, pero al Dios grande, misericordioso, y justo; sin preferencias, sin represalias.

Ahora admiro y venero, como se debe venerar, la gran figura de Cristo, el regenerador de la Tierra, el profeta de la civilización, el hombre moral por excelencia, el sabio entre los sabios, el primer legislador del mundo, el Espíritu más adelantado que ha encarnado en este planeta.

Tú me escuchabas riéndote fríamente, y tu risa me hizo daño, y algo se opuso entre las dos; insensiblemente nos fuimos alejando la una de la otra; yo te recordaba siempre con melancólica ternura; sin embargo, tu risa glacial resonaba en mi oído, y murmuraba con pena; no nos entendemos, ¿Para qué hemos de vernos? Tú entretanto, decías que yo te inspiraba lástima, y que debían encerrarme en un manicomio.

La divergencia de las ideas desata la cadena magnética que une a los seres entre sí, los fluidos pierden su poderoso influjo de atracción, volviéndose refractarios los unos de los otros, y de esta repulsión recíproca, nacen las grandes luchas que dividen a la humanidad.

Mi Espíritu es débil para combatir; cuando encuentro adversarios de mis ideas, los dejo pasar, y también te dejé pasar a ti.

Supe tu muerte, cuando menos lo esperaba, me impresionó vivamente y quise saber dónde habían depositado tu envoltura terrenal y cómo habías vivido tus últimos momentos.

Seres extraños te rodearon. ¿Te acordaste de mí?, No; si te hubieras acordado me hubieras llamado; pero... ¿Cómo se habían de acordar los cuerdos de los locos? Sin embargo, yo tengo la locura de pensar en ti, de rogar porque tu Espíritu salga pronto de su natural perturbación y que encuentres y te sirva de guía el Espíritu de tu hija Julia, que por ti debe haber rogado ardientemente para que dejaras este planeta, donde tan duras pruebas has sufrido, donde podías haber adelantado mucho, si el fanatismo y la preocupación no te hubiera dominado en absoluto.

Tú respetas en alto grado las exigencias y conveniencias sociales. ¿Y qué vale la aprobación de este pequeño círculo, comparado con la sanción suprema de otras inteligencias superiores, que viven lejos de los mezquinos intereses terrenales?

¿Puede valer, acaso, para los hombres de recta intención, de justo criterio y de tranquila conciencia, la censura de sus actos, si esta proviene de los criminales condenados a cadena perpetua por sus desaciertos inauditos? No; la mirarán con la más profunda indiferencia. Pues lo mismo, absolutamente lo mismo, nos debe importar la aprobación de nuestros hechos, si estos los aplaude una sociedad rastrera y egoísta.

Debemos buscar infatigablemente algo más grande que lo de aquí, algo que nos eleve sobre nuestra mísera condición, algo que nos acerque, si no a la perfectibilidad, al menos a la moral más pura, practicando las sublimes máximas del Evangelio. Imitemos a Cristo, y así como Él dijo: “Mi reino no es de este mundo”, digamos nosotros: Para el Espíritu como principio y fin no se formó la Tierra; esta es simplemente un lugar de reclusión para la humanidad, donde estamos confinados por más o menos tiempo.

Tu condena se cumplió, Sofía del alma; tu Espíritu, libre de su pesada envoltura, reconocerá, aunque tarde, el error en que ha vivido y tal vez vendrás de nuevo a seguir tu peregrinación.

Ahora sí que te acordarás de mí y uno de mis fervientes votos es que puedas comunicarte conmigo.

¡Dichosos los médiums que obtienen los señalados favores de transmitir los pensamientos de los moradores de ultratumba!

Dicen que los poetas somos médiums inspirados; pues bien, querida mía, inspírame tú, germina en mi mente tus poéticas ideas, ideas que brotaron en los vergeles de Andalucía.

Adiós, Sofía; adiós, graciosa sombra de una mujer; te admiré en mi infancia, te quise en mi juventud y te compadecí en mi segunda edad: hoy te envidio, porque has dejado este valle de lágrimas, y te ruego que te acuerdes de mí, que reanudes nuestra amistad, interrumpida por las pequeñeces de este mundo. Yo te llamo, ven, responde a mi voz; la eternidad nos ofrece su ilimitado porvenir; comuniquémonos, los afectos no mueren, las existencias se enlazan entre sí, porque todo se relaciona y tiene su razón de ser.

¡Bendito mil veces el Espiritismo! ¡Bendita sea la hora que conocí su innegable verdad! ¿Puede haber algo más grande que devolvernos de la muerte a los seres queridos que estaban alejados de nosotros? ¡Haber trocado la sombra en luz! ¡La nada en el todo!

La muerte perdió su triste imperio. Desaparezcan las melancólicas ciudades de los muertos, los sombríos cementerios; pulverícese la materia; busquemos al Espíritu que siempre vive, no a la materia que se disgrega, cambiando de forma.

Además, si sus átomos vuelven a nosotros, ¿Para qué los soberbios mausoleos? ¿A qué los palacios de piedra para albergar tan sólo a los gusanos?

Si aún se le quiere conceder morada a la envoltura corpórea del hombre, cubra la Tierra únicamente sus restos, que la fosa común sea el último lecho donde se confundan los cuerpos que entran de nuevo en fusión.

Yo no sé dónde está tu sepultura, pero ¡Qué importa! Si yo a quien busco es a tu Espíritu... ¡Sofía!..., yo te llamo, responde a mi voz ¡Ven! ¡Ven!

CAPÍTULO XXI

LO QUE SEMBRAMOS ES LO QUE RECOGEMOS

“Vuestra vida es lo que os hagáis. El mundo no nos devuelve más que aquello que le damos”.
Máximas americanas.

Nada más cierto. Recogemos lo que hemos sembrado, y ¡Qué mala siembra habremos hecho los terrenales! Porque la mayoría de los habitantes de la Tierra no recogemos más que punzantes espinas. Leer los periódicos entristece, angustia, fatiga, porque no pasa un solo día que no se lea descripciones de horribles naufragios, de choques de trenes, de hundimientos de puentes, de ciclones devastadores, de erupciones volcánicas que arrastran ciudades florecientes, de incendios violentísimos que destruyen pueblos enteros, explosiones en las minas donde quedan sepultados centenares de mineros. Es tristísimo considerar el modo como se vive en la Tierra, porque los que no son víctimas de espantosas hecatombes, los que viven “al parecer” con relativa tranquilidad, si se penetra en sus hogares, si se levanta una punta del velo que cubre su vida íntima, ¡Qué cuadros tan tristes se contemplan! Familias formadas por enemigos irreconciliables, hacen ensayos de cariño, de tolerancia mutua; procuran dominar sus inexplicables antipatías, sus misteriosas aversiones, pero no siempre lo consiguen; a lo mejor, una chispa de odio mal apagado prende fuego y las rencillas, las envidias, la diferencia de carácter, se incendian como un montón de paja y se desarrollan esas tragedias en las cuales se produce la eterna historia de Caín y Abel, y si no se llega a final tan triste se vive muriendo bajo la tiranía de un padre déspota, de una madre tiránica, de un hermano egoísta, siendo los abusos de unos y de otros la moneda corriente en el gran mercado de la vida.

¿Y esto es vivir? ¡No! Esto es pagar ojo por ojo y diente por diente, es beber de continuo la hiel y el vinagre que según cuenta la tradición le dieron a Cristo; es recibir herida tras herida, causadas por implacables desengaños. Y si a esto se redujera la vida, más valiera no haber nacido.

“Dices bien –me dice un Espíritu, si no hubiera más escenario, para representar el eterno drama de la vida, que la Tierra que habitas, Dios sería la injusticia personificada y el último reptil de la Tierra sería más feliz que el rey de la Creación (vulgo hombre), porque está sujeto a innumerables calamidades, comenzando por enfermedades incurables, por dolencias que conducen a la desesperación, como son la guerra, la parálisis, la carencia de los miembros más necesarios, como son los brazos, las manos, las piernas y los pies, la lengua, el oído y el entendimiento. Sufre el hombre tan variados y multiplicados tormentos, que si no tuviera en su vida un pasado y no le esperara un mañana, habría que renegar de haber nacido. Pero, afortunadamente, en la noche del tiempo, sin poder precisar la fecha fija, el hombre se encontró rey de las selvas, miró al cielo y sintió brotar de su pensamiento la llama intangible del deseo; contempló su cuerpo desnudo y experimentó la imperiosa necesidad de cubrir su desnudez; se vio fuerte y empleó su fortaleza en adquirir lo más indispensable para satisfacer las más apremiantes necesidades de la vida, y fue conquistando palmo a palmo el terreno suficiente para levantar sus tiendas y rodearse de sumisos servidores, de familias que satisficieran su sed de reproducción, y durante el transcurso de los siglos los patriarcas centenarios dejaron la Tierra, volviendo de nuevo a poblarla, pero ya no se contentaron con vivir entre las esperezas del bosque y la fragosidad de las montañas, levantaron ciudades y le pidieron a los magos y adivinos los secretos de su ciencia para destruir las tinieblas de la noche”.

“Comprendieron que la divisa de la Naturaleza, como dijo uno de vuestros pensadores, es la de “trabaja o muere”.

“Si dejáis de trabajar moriréis, moral, intelectual y físicamente, y la muerte ha sido siempre rechazada por los hombres que han sabido tener lucidez en su entendimiento. Sólo se suicidan los desequilibrados. La completa destrucción sólo la busca el que no comprende el inmenso valor de la vida. Por eso, el trabajo ha sido, es y será la ley eterna por la cual los hombres se registrarán eternamente. Y los actuales pobladores de la Tierra, todos, tienen su historia, todos vivieron ayer y vivirán mañana. Todos han trabajado para crearse un medio de vida, empleando su inteligencia y sus pasiones, sus vicios y sus virtudes, sembrando cada uno la semilla que mejor le ha parecido y las circunstancias le han proporcionado; pues muchas veces un paso dado en falso hace resbalar y caer. Como la pendiente del vicio es tan resbaladiza, el hombre desciende por ella sin poder detenerse, porque dado el primer paso la caída es inevitable, y conociendo así, a veces, el error que encierra las caídas, o sea, las reincidencias del delito, hasta llegar a acostumbrarse el Espíritu a la perversidad, se deja arrastrar por lo que se llama fatalidad, la cual no es otra cosa que la costumbre del mal obrar. Todo vicio adquirido es un beodo insaciable, y mucho más que vuestras costumbres, y vuestras mal llamadas leyes, él empuja en la órbita en la cual giran vuestros criminales, se le cierran todas las puertas y sólo le abren sus brazos los antros del vicio, de la degradación más humillante”.

“Siempre leo en tu pensamiento esta eterna pregunta: ¿Por qué Dios, que todo lo puede, no detiene al hombre en el borde del abismo y le dice: “Levántate que yo lo quiero”... Y yo te contesto: ¿Y

qué mérito tendrá entonces la generación del hombre? Ninguno, Absolutamente ninguno. Sus luchas no tendrían la menor importancia, porque no le habrían servido de escarmiento. Tanto valdría ser un santo como un réprobo, si al final de la jornada Dios le dijera: “Entra a mi reino porque así lo quiere mi voluntad”.

“El hombre ha sido creado para escalar todas las alturas, para afrontar todos los peligros, para descubrir todos los arcanos que guardan los mundos, para conocer todas las propiedades de la materia, para hacer uso de toda la fuerza de que dispone la Naturaleza, para ser sabio, para ser bueno. Y para llegar a poseer la virtud y la ciencia es necesario que el hombre sepa por sí mismo lo que duelen las heridas del cuerpo y las heridas del alma, y la humillación que en sí lleva la ignorancia, la crueldad, la persistencia en el crimen. Sin el dolor de la caída no se puede apreciar el placer superior a la bajeza y a las miserias humanas”.

“La obra de Dios es perfecta, pero la perfección es una obra de titanes, y para perfeccionarse el Espíritu necesita la lucha incesante de los siglos. Los que vosotros llamáis desastres, calamidades, hecatombes, horriblos acontecimientos, ¿Sabes para qué sirven? Para sanear la atmósfera de vuestro mundo, para librar a la humanidad de monstruos insaciables, para separar de vosotros a muchos caínes dispuestos a seguir sacrificando a sus hermanos. Cuando tengáis noticia de que ha desaparecido una ciudad, aniquilada por el fuego o la furia del huracán, o por estremecimientos geológicos, no creáis que Dios es injusto arrebatando de su hogar lo mismo al centenario que al pequeñuelo pendiente del pecho de su madre. La envoltura material no marca el adelanto del Espíritu; es su historia pasada, y su aspiración presente, la que pone de manifiesto su inferioridad o su elevación”.

“No es la caprichosa casualidad la que devasta un pueblo, es la ley de la compensación la que se cumple. Los crueles conquistadores, los que han gozado destruyendo las ciudades donde se albergaban los vencidos, tienen que sufrir el dolor que causaron a los otros, tienen que despertar aterrorizados y aturridos, tienen que vagar sobre las humeantes ruinas de sus hogares sin darse cuenta de por qué en menos de un segundo han perdido cuanto poseían. En las leyes eternas todo es justo, no se conoce la imprevisión ni el olvido, todo llega a su tiempo; nadie recoge un átomo que no le pertenezca, nadie lleva más carga que en justicia le corresponde, y por mucha que ella sea, no os abrumará su peso, porque tiene el Espíritu un depósito de fuerzas para resistir todo lo que en justicia le corresponde sobrellevar. Si así no fuera Dios sería injusto y su justicia alteraría la marcha de los mundos, porque crearía obstáculos que harían saltar de sus órbitas a las inmensas moles que llevan en su seno otras humanidades”.

“Lo que damos es lo que recogemos. Esa es la ley, no hay que echar mano de subterfugios ni de componendas, no hay religiones que valgan, ni filosofías que alteren el orden de lo creado. Con la obra divina todo es inmutable, las minas del infinito siempre tienen sus pozos abiertos para que por ellos descendan las humanidades y saquen el metal precioso del progreso y de la verdad. Sed buenos mineros, buscad en las montañas de la Tierra a los débiles y a los vencidos, dadles lo que les hace falta, luz para el alma y pan para el cuerpo, que de los ciegos y de los hambrientos salen los caínes de la humanidad.

“Adiós”

¡A cuántas consideraciones se presta la comunicación que he obtenido! ¡Cuántas verdades! Verdades desconsoladoras, amargas, pero verdades innegables, y esto es lo que debe buscarse en las comunicaciones de los espíritus, la verdad sin velo, la enseñanza racional, el leal consejo para inclinarse a las prácticas de las virtudes, el convencimiento de que sin la mejora individual los pueblos nunca serán libres, ni progresarán, ni se engrandecerán, ni conseguirán grabar su nombre en la historia patria, figurando como héroes, como redentores, como inspirados marinos llevando las naves a seguro puerto.

¡Bendita sea las comunicaciones de los espíritus! Ellos nos guían, ellas nos alientan, ellas nos hacen conocer la grandeza y la justicia de Dios.

CAPÍTULO XXII

TODO SE PAGA

Hace treinta años que conocí a Carlos y a Luisa. Él era un joven pálido, enfermizo, de mirada dulce y melancólica. Ella era casi una niña, aún no sabía llevar el vestido largo; parecía el símbolo de la modestia y de la humildad, y miraba fijamente al elegido de su corazón. Me parece que aún los veo, ella sentada en un antiguo sofá y él sentado en una silla apoyado en el respaldo del canapé, es decir, en un brazo del mismo. Él la miraba fijamente, y ella, con la cabeza inclinada y los ojos medio cerrados, parecía que estaba magnetizada. Ni uno ni otro pronunciaban una palabra, pues cuando habla el corazón no hay intérpretes para ese lenguaje divino. Ellos se aislaban de tal modo, que aunque estaban rodeados de la familia de ella y de varios amigos, no se mezclaban en la conversación general, ni nadie osaba turbar su amoroso éxtasis. Inspiraban respeto y admiración aquellos dos seres que no parecían pertenecer a la Tierra, silenciosos, tranquilos, reservados y tan humildes que no se atrevían a formular el menor deseo.

Luisa no tenía madre, y esto aumentaba su natural timidez; se veía que en su hogar era una planta sin raíces, y Carlos era el rayo del Sol que vigorizaba su frágil existencia.

Siguieron sus relaciones años y años, y aunque él adoraba a Luisa, por evitar graves disgustos de familia, especialmente con su madre, que lo quería unir a una rica heredera, y no quería a Luisa porque ésta era pobre. Carlos, tolerante por excelencia y aconsejado por Luisa, que le decía: “No quiero que le des disgustos a tu madre por causa mía. Yo quiero tu alma, no quiero tu cuerpo, yo te querré siempre lo mismo si permaneces soltero que si le das tu nombre a otra mujer. Tu alma yo lo sé que es mía, tu cuerpo será más tarde poseído por los gusanos. De todos modos tengo que perderte años antes o años después. Lo que es de la tierra, a la tierra vuelve. Yo sé que las almas viven siempre, pues viviendo siempre, nuestra unión será eterna. Y Carlos, alentado por estas palabras, recordando la frase de Dumas (padre), que decía: “La ciencia de la vida es confiar y esperar”, confiando en la justicia de Dios y esperando el cumplimiento de sus eternas leyes, se consagró a su madre, sin dejar por esto sus relaciones con Luisa. Diariamente le escribía amorosas epístolas, pues vivían muy lejos el uno del otro, transmitiendo el telégrafo sus cuitas cuando alguna dolencia le impedía escribir. Y así trascurrieron ¡Treinta años!, siendo las cartas de ambos tan apasionadas como en su juventud”.

La madre de Carlos llegó a cumplir noventa años, y cuando menos se esperaba, Luisa cayó gravemente enferma. Sintiendo morir, pidió que le telegrafiasen a Carlos su alarmante estado, y Carlos acudió a su llamamiento para recibir su último suspiro, y después de cerrar piadosamente aquellos ojos que tan amorosamente le habían mirado, el telégrafo le llamó de nuevo para que acudiera al lado de su anciana madre, que esperaba la llegada de su hijo para morir. Su misión se había concluido en la Tierra. Muerta Luisa, ya no tenía que servir de obstáculo a la felicidad de nadie.

La muerte de aquella anciana me impresionó profundamente, hasta el punto que como útil estudio le pregunté al guía de mis trabajos qué lazos, qué historia existía entre Luisa y aquella mujer que se negó siempre a las súplicas de su hijo (al que tanto quería) y no se ablandó a sus ruegos, consintiendo en verle triste y meditabundo repitiendo con firmeza: “Lo que es, mientras yo viva no te casarás con ella”. ¿Por qué tanta oposición? Siendo Luisa de muy buena familia, querida de cuantos la trataban, porque era un modelo de virtudes, ¿Qué abismo había entre esos dos espíritus que los separaba, causando la desgracia de dos almas buenas?

“Veo que olvidas –me dice mi guía- lo que no debieras olvidar, y es que toda causa produce su efecto, sin que nada pueda impedir o desviar el efecto, una vez producida la causa. Nadie puede eludir esa ley, por elevado que sea el puesto que ocupen en la escala interminable de la evolución. Lo que hay arriba es como lo que hay abajo, y la ley es una”.

“Carlos y Luisa son dos espíritus enlazados hace muchos siglos por un afecto poderosísimo. Por eso para ellos los obstáculos terrenales no existen para entibiar su cariño. ¡Se aman! Y en esta palabra está dicho todo”.

“En su encarnación pasada se unieron ante los altares y una hija vino a aumentar su felicidad, una niña cándida y buena, dulce y reflexiva, sensible y apasionada. Un joven del pueblo, un humilde obrero, logró atraer su atención, y los dos se amaron con delirio, porque el amor es el gran igualitario del Universo, es el que acorta todas las distancias. Pero Carlos y Luisa querían para su hija un potentado, un noble que ciñera a sus sienes una corona ducal, y sus deseos se vieron cumplidos, porque un noble con muchos pergaminos y un árbol genealógico lleno de escudos de nobleza, ofreció a la enamorada niña sus palacios, sus tesoros y su envidiable posición social. Pero la niña contestó resueltamente: “No me uniré con nadie si no es con el amado de mi corazón. Antes morir que serle infiel”. Y cumplió fielmente su palabra. El humilde obrero fue deportado acusado de traidor a la patria, muriendo en el destierro, y ella,

su fiel prometida, vivió algún tiempo sin exhalar una queja. Sus padres fueron inflexibles ante su dolor, y la joven murió perdonándoles su ceguera”.

“¿Merecían en esta existencia Carlos y Luisa disfrutar las delicias de un amor correspondido? No. Justo ha sido su sufrimiento y la madre de Carlos ha sido el instrumento de su martirio. No podía morir antes que Luisa porque era preciso que se cumpliera la ley, ya que por ellos, en su anterior existencia, murió en el destierro solo y abandonado un ser inocente, y el humilde obrero de ayer ha sido la madre inflexible de hoy. Ellos seguirán amándose, ellos conquistarán la tierra prometida, ellos se purificarán por el sufrimiento y no ejercerán la tiranía con los espíritus que les pidan albergue en su hogar”.

“La ley no es más que una: el que atropella, él mismo se atropella después; el que abusa de su autoridad, es víctima de su abuso. De esto se ríen los ignorantes y los orgullosos, pero los hechos los convencen a su debido tiempo, puesto que no puede ser dichoso el que ha causado la infelicidad de otro”.

“Adiós”.

Dice muy bien el Espíritu. No admiten muchos el Espiritismo porque no quieren conocer su pequeñez y su miseria moral, pero ante la verdad no basta decir: no quiero creer que hay que inclinar la cabeza ante la sentencia que pronuncia uno mismo, como la inclinaron Carlos y Luisa, que siendo los dos muy buenos, muy sufridos, muy espirituales, tuvieron que vivir separados el uno del otro sin poderse liberar del misterioso maleficio que les hacía sufrir una contrariedad perpetua, esperando durante treinta años el indulto para un delito que ellos no sabían que habían cometido.

¡Cuánto hay que estudiar en la Biblia de la humanidad! Por ella sabemos que todo se paga.

CAPÍTULO XXIII

LA FAMILIA UNIVERSAL

Tiene el hombre la desgracia de no conocer la vida infinita del Espíritu; y la comprende muy imperfectamente, y decimos esto, porque algunas veces recibimos cartas escritas por hombres que revelan claro entendimiento, y sin embargo, en cuestiones espiritistas caminan tan a ciegas, que se pierden completamente en un mar de confusiones.

Últimamente nos escribió un espiritista de muy buena intención, y nos preguntaba que, siendo sus abuelos y sus padres cristianos rancios, si el faltar ahora en lo más mínimo a sus enseñanzas y creencias sería ofender su memoria, si faltaría a su deber para con aquellos espíritus tan queridos si causara su enojo y sus padres y abuelos le retirarían su protección, de la que tanto necesitaba su abatido Espíritu; que esta duda le atormentaba, porque, ¿Qué sería de él sin la buena influencia de sus mayores?

Este temor revela escasos conocimientos del Espiritismo y completo desconocimiento de la vida universal: si nuestro nacimiento se pierde en la noche de los siglos; si sabemos perfectamente que hemos vivido ayer por nuestras inclinaciones y tendencias, pues nada lo manifiesta mejor que nuestro gusto y ambiciones. Distan tanto del centro en que nacemos y vivimos, como dista la virtud del vicio. Continuamente vemos nobles señores con instintos plebeyos, y hombres del pueblo con aficiones verdaderamente aristocráticos. ¿Qué denota esto? Que recordamos lo que fuimos ayer. Estos genios precoces, esas inteligencias maravillosas, son los grandes pensadores de otros siglos. Esos hombres eternamente descontentos, que se asfixian en la atmósfera de la Tierra, ¿No demuestran claramente que vienen de otros mundos mejores? Pues bien; si para el espiritista es un hecho innegable que vivimos ayer en todas las existencias del Espíritu, éste, al tomar una nueva envoltura sabemos que puede encarnar en una mujer, y recibir la vida material por la unión íntima de dos seres; luego en la serie de encarnaciones que tiene cada Espíritu, en todas ellas tiene padres, en todas ellas una mujer le ha estrechado en su seno y le ha dicho: ¡Bendito seas, hijo de mi alma! (dejando aparte las mujeres que son inferiores a las fieras); luego el hombre al estar en la Tierra no debe reducir su familia del espacio a los padres de su última encarnación; debe considerarse que son innumerables los espíritus que velan por él, porque aun cuando hayan encarnado muchos de sus antiguos deudos y otros se encuentren en mundos mejores, el Espíritu nunca está abandonado a sus propias fuerzas; siempre tiene sus guías que valen más que todos los padres en mil existencias, puesto que los espíritus protectores han progresado lo bastante para aconsejarnos e inspirarnos y conducirnos por la buena senda, dejándonos por supuesto, la libre acción de nuestra voluntad, pues si así no fuera, no seríamos responsables de nuestros actos.

Reducir la familia a la que hemos tenido en una existencia es completamente absurdo, y creer que se ofende a nuestros padres no siguiendo sus instrucciones, más absurdo aún.

Primero, que el espíritu, al dejar la Tierra, si no es rebelde y completamente ignorante, lo ve todo de distinta manera, puesto que ante sus ojos se extienden dilatados horizontes; y si es tan obtuso su entendimiento que sigue apegado a sus rancias ideas, debe saber que su primera obligación es progresar, y guardando el debido respeto a sus mayores, no debe nunca contentarse con creer lo que aquellos creen, si su pensamiento avanza más; y en la Tierra vemos a muchos hombres seguir distinto rumbo que sus padres en religión y en política, sin que por esto dejen de querer y respetar a sus mayores.

La familia nunca debe ser un obstáculo para el progreso del Espíritu: éste debe amar cuanto le rodea, comenzando por los suyos; pero debe conservar su libre albedrío para sentir, para creer y para crearse el patrimonio del porvenir.

El hombre debe amar a sus padres porque le han facilitado los medios para encarnar en la Tierra y cumplir su misión, sea cual sea, ora venga a redimir un pueblo, o a expiar con grandes sufrimientos sus crímenes de ayer; de todos modos, los padres son el auxiliar más poderoso que tiene el hombre para su progreso, y por esta razón deben amarse sobre todos los seres de la Tierra, y que son también a los que más hacemos sufrir y los que más trabajan por nosotros; porque cuando somos pequeños, cuando no sabemos ni andar, ni hablar ni podemos masticar ningún alimento, ellos, con una paciencia admirabilísima, nos cuidan, nos alientan, nos preservan de todos los abrojos, y viven consagrados a satisfacer nuestros menores caprichos, porque no hay un ser más tiránico y más despótico que el niño, ni esclavo más humilde y complaciente que una madre; pero la gratitud que debemos sentir por nuestros padres no nos debe obligar a estacionarnos jamás; al contrario, lo que debemos procurar es influir a nuestros mayores a que se asocien al renacimiento filosófico y religioso, y si vemos que su inteligencia no es suficiente para comprendernos se evita toda clase de contienda, pero se sigue adelante en pos de las nuevas ideas, con el firme convencimiento que mañana, en el espacio, podremos servir de guía a los que fueron nuestros padres.

Contestada la primera pregunta, contestaremos a la segunda duda que atormenta a nuestro hermano en creencias. Nos dice en uno de los párrafos de su carta:

“Pues bien; si yo admito la reencarnación (que me parece justísima) para la perfección de los espíritus, ¿No destruyo yo mismo anheladas esperanzas, que es reunirme con mis padres, mi esposa y mis hijos, y que para merecer esa dicha siga una vida esclava de mis deberes, entregado a la abnegación y al sacrificio, todo con la idea de reunirme a mi familia? ¿Y no puede acontecer que al llegar mi alma a las esferas espirituales no encuentre allí a los amados de mi corazón, y sepa que les fue mandado, o de su propia voluntad pedido, volver a este mundo o a otro para purificarse, encarnando en otras personas? ¿No sería este el más doloroso desencanto? Y después, tras de encarnaciones y más reencarnaciones de sus espíritus como del mío, llegaremos a un estado de perfección, y nos reuniremos para gozar eternamente de la vista de Dios y de la nuestra mutuamente; a mi madre, que habrá servido de madre a otros seres, ¿No la amarían a la vez otros espíritus, de quienes sería abuela, hermana, como sucedería con las almas de mis abuelos, hermanos, esposa e hijos y en el mío también ellos serían tantas individualidades como a cuerpos hubiese pertenecido mi alma, y ni yo podría saber a quien en absoluto amaba, ni ellos tampoco si yo era su respectivo nieto, hijo, esposo, padre, y los lazos de la familia se enmarañaban así de tal modo, que nadie sabría ciertamente quien es, y con todo esto mi pobre razón se ofusca?”

Ya se comprende que su razón está ofuscadísima, y que desconoce por completo la esencia del Espíritu: no sabe que éste es un ser inteligente, que toma envolturas materiales para trabajar en los mundos, y que al dejarlos deja la personalidad que en él representaba y queda el Espíritu con su periespíritu apropiado a su grado de adelantos, tomando la forma corpórea que le acomoda, cuando quiere ser visto y reconocido por algún individuo de su familia.

Cuantas veces los médiums videntes dicen: “Aquí hay un Espíritu cubierto de harapos, es cojo, o manco, o ciego, o tullido, tiene una cicatriz en la frente, o en la mejilla”, ¿Y por qué se presenta con estas deformidades que tenía en la materia, conserva acaso el Espíritu estas imperfecciones puramente materiales? No; al abandonar su cuerpo el Espíritu queda libre; las enfermedades las padece nuestro organismo, y cuando éste queda completamente separado del alma que le hacía funcionar, aquélla queda en su eterno ser espiritual, con su forma más o menos bella, pero nunca deforme, porque las deformidades son inherentes a nuestras expiaciones, y cuando éstas cesan, se destruye el vestido viejo y se tira.

Cuando, por ejemplo, recibimos daños en una pierna y no podemos andar libremente, nos apoyamos en un bastón para que nos sostenga, y le usamos mientras nos hace falta; pero cuando recobramos la salud, tiramos el bastón lejos de nosotros, y aunque le conservamos gratitud por los muchos servicios que nos ha prestado, al mismo tiempo nos inspira horror, y por nada del mundo queremos usarle, pensando que nos contagiaría su contacto; de igual manera el Espíritu mira a su cuerpo cuando lo ve encerrado en el ataúd; aquel instrumento de su progreso le inspira cariño y terror a la vez, pareciéndole como imposible que haya podido vivir haciendo uso de un organismo tan imperfecto y tan enfermo.

En la familia universal que se encuentra en el espacio no hay confusión alguna; hagamos una comparación: En la Tierra hay familias que se componen de cuatro o cinco personas, y otras, que entre padres, hijos nietos, bisnietos, hermanos, sobrinos y demás parientes, forman un centenar de individuos enlazados por íntimo parentesco, y todos se quieren, y se relacionan unos con otros, y el padre que tiene amor a un hijo lo tiene igual para veinte, y se aumenta y se multiplica para los hijos de sus hijos. Y si la familia de la Tierra está tan bien organizada, ¿Hemos de creer que la familia del espacio no tendrá iguales condiciones?

El Dios que hace trabajar a las hormigas, a las arañas y a los castores; el que perfuma con su aliento las violetas y las azucenas, que sostiene el perfecto equilibrio de los mundos; el que nos envía en los rayos del Sol el raudal de la vida infinita; el que aprisiona los mares entre muros de arena; el que deja en la mente del hombre el germen fecundo de la inteligencia; el que es grande en sus obras y en su esencia divina, ¿Podrá dejar sumidos en el caos a los espíritus cuando éstos descansen de sus peregrinaciones? No, es completamente imposible, como imposible nos es a nosotros ahora el comprender perfectamente las condiciones de la vida espiritual; podremos hacer suposiciones más o menos aproximadas a la realidad y a las explicaciones que nos dan los espíritus; pero dentro de la sana lógica no debemos atormentarnos ni un segundo con el temor infundido de si, al llegar al mundo de los espíritus, no encontraremos a la que nos dio el ser y no sabremos a quien amar.

¿Qué nos sucede en la Tierra? Por regla general, perdemos a nuestros padres, y vivimos sin ellos, y hasta somos felices creándonos nuevas afecciones; pues si vivimos aquí, donde el egoísmo impera, donde estamos rodeados de tantas y tantas contrariedades, ¿No es razonable creer que viviremos mejor en un paraje donde no tendremos las innumerables necesidades de aquí, ni las dolencias físicas que tanto nos atormentan, que tanto nos preocupan y nos mortifican, hasta el punto que muchos hombres se suicidan no pudiendo resistir la violencia del dolor?

Nosotros creemos que la investigación del hombre debe ser metódica y debe examinar antes las condiciones de su presente, sin preocuparse por la familia y de su porvenir.

Convencido como está el espiritista que su Espíritu vive eternamente, porque las comunicaciones de los espíritus no le dejan lugar a la duda, creemos que todo su afán debe consistir en adquirir virtudes, en despojarse de sus imperfecciones, amando a sus semejantes, perdonando las ofensas de sus enemigos, amparando a los débiles y consolando a los afligidos: hay tanto que hacer si se quiere trabajar, que el hombre puede llegar al borde de la tumba sin darse cuenta del tiempo que ha vivido; y haciéndolo así, practicándolo así, practicando el bien en todos los sentidos, encontrará una familia numerosa y agradecida, que le dirá al entrar en el espacio: “¡Bien venido seas! ¡Reposa de tus fatigas! ¡Míranos! ¡Somos los huérfanos que amparaste en la Tierra! ¡Los mendigos con quien partiste el pan! ¡Los atribulados a quien aconsejaste! No llora por su familia el hombre honrado y caritativo, que la tiene numerosa a donde quiera que va.

Nuestra obligación es engrandecernos, regenerarnos, ser hoy mejores que ayer, y mañana más buenos que hoy, sin inquietarnos por las condiciones de nuestra vida futura, sin pensar si estaremos solos o acompañados: la única certidumbre que nos puede dar la vida es que nuestro progreso será indefinido.

El Espíritu racionalista no debe pensar nunca que llegará un momento de contemplación en el cual termine todo su trabajo, no; esa paralización no llegará jamás; el Espíritu trabajará eternamente, y eternamente se irá creando afecciones, engrandeciendo de continuo su familia universal.

¿No lo vemos en la Tierra? ¿Vivimos hoy como vivimos ayer? No; ayer en el más pequeño viaje se empleaban días y días, y hoy, con las nuevas vías de comunicación se emplean horas nada más. Ayer se ignoraba que los muertos viven, y hoy hemos aumentado nuestras relaciones, teniendo amigos y protectores en el espacio, que nos guían en nuestros trabajos, que nos aconsejan en las tribulaciones, que toman parte en nuestras alegrías; y este aumento de familia, ¿No nos hace presentir la familia universal?

¿Quién lo duda? ¿Quién puede atormentarse ni preocuparse con lo que podrá sucedernos mañana, cuando vemos que cada día se aumenta el número de los seres amigos, que nos dan pruebas inequívocas de su cariño y de su protección?

La escuela espiritista racionalista ha dado nueva vida a las humanidades, porque ha hecho comprender a los hombres el progreso indefinido del Espíritu que, impulsado por el amor, deja de ser el anacoreta de los siglos, para sonreír gozoso en los brazos de su familia universal.

CAPÍTULO XXIV

EL AVARO

A mi hermana en creencias África Méndez

Hermana mía: una de las más grandes expiaciones que puede tener el hombre, es la avaricia, porque seca en él todas las fuentes de la felicidad. Aunque en la Tierra el placer si no es un mito le falta muy poco para serlo; pero con todo, el mortal puede, a imitación de Cristo, multiplicar como éste los panes y los peces, contentándose él con lo estrictamente necesario y dando a los pobres lo que pudiera gastar en superfluidades.

El hombre no tiene más necesidades que las que él quiere tener, si así no fuera, no existirían tres partes de la humanidad.

Si los palacios de mármol con todo el finamiento del lujo no fueran indispensables para poder vivir, ¿Qué sería de los mendigos... judíos de todos los tiempos, egipcios errantes, que sin hogar ni patria caminan a la ventura, llegando muchos de ellos a una edad muy avanzada?

El hombre no es más que un animal de costumbres; en todas las esferas vive y se aclimata y no son las comodidades materiales las que suelen prolongar la existencia; porque en la edad de piedra, cuando el hombre no usaba, para salvarse de la intemperie, más que una tosca piel, vivía la vida del cuerpo hasta entrar en el periodo sexagenario.

Hoy no es así, nuestra estancia en la Tierra es mucho más breve, y si algún hombre llega a ser octogenario no es seguramente el que habita en los palacios, sino el que vive en las montañas.

Todo pecado lleva en sí la penitencia; nuestra época, altamente positiva, es avarienta, es codiciosa; el libro de caja es hoy el código de la humanidad; el tanto por ciento es el mote de nuestro escudo: la avaricia ha sido el distintivo de los hijos de Jacob; hoy todos somos descendientes de la tribu de Judá.

El suicidio se ha generalizado hoy y esa muerte violenta puesta al alcance de todas las miradas, ese fenómeno tangible que descompone nuestro organismo, es una de las causas que más daño hace a nuestro Espíritu; pero existe otro suicidio que por ser más lento deja de ser menos seguro; nos asfixiamos por medio de la avaricia, vamos enrareciendo el aire hasta que lo descomponemos por completo.

Es costumbre inmemorial escribir sus impresiones de viaje, todo el que deja, aunque sea breve plazo, su residencia habitual, y le gusta tener un rato de conversación con esos amigos desconocidos, que se conocen con el nombre de lectores.

Tú, hermana mía, me has dicho muchas veces, escribe tus viajes, y yo, cediendo siempre a la mágica influencia del mañana español, te he dicho: sí, ya escribiré, pero los meses han pasado, los años han transcurrido y sólo mi memoria ha guardado los clichés de mis recuerdos.

Hoy me encuentro lejos de ti, y que mirando el mar me pierdo en las regiones del infinito, y el pasado se enlaza con el presente, y a mi débil cabeza reaparecen las ciudades y las aldeas que visité ayer, con sus moradores más o menos simpáticos, parece que, como las figuras de una linterna mágica, las veo pasar y huir.

A veces una sola palabra es la varita de virtud, que hace brotar los hechos de ayer y ponerlos en relación directa con nuestros pensamientos; eso me ha sucedido a mí.

Entretenida en sabrosa plática con varios de nuestros hermanos en creencias, íbamos enumerando los infinitos dolores que afligen a la raza humana, y le llegó su vez a la avaricia.

Como un espiritista no puede ser avaro, naturalmente, anatematizamos el vicio capital que empequeñece al hombre, y le hace esclavo de sí mismo: y cada cual fue usando de la palabra, menos yo, porque mi pensamiento buscaba en el pasado los tipos que había conocido, envueltos en los repugnantes harapos del sórdido afán y el mezquino interés.

Vi levantarse muchos muertos de sus tumbas y entre todos a una familia, que conocí hace algunos años, compuesta de cinco individuos.

Pertenecían a la clase media, y vivían en un pequeño pueblo, dedicándose a vender paños y mantas. Era un matrimonio con tres hijos, dos varones y una hembra, la cual era hermosísima, se llamaba Rosa y era, como la reina de las flores, encantadora.

Sin duda aquella criatura vino a la Tierra con la misión de despertar a sus padres y hermanos de su sueño fatal, y apartarlos de su tortuosa senda; porque ella era el reverso de la medalla de toda su familia.

Rosa era dulce, cariñosa y comunicativa, sensible a la desgracia; lloraba con la viuda y con los niños huérfanos, con el jornalero enfermo y el magnate arruinado, y por esta sensibilidad extremada, sus padres y sus hermanos le decían que era tonta, simple y llorona.

Ella los escuchaba sonriéndose tristemente, y siempre que podía, empleaba todas sus caricias para alcanzar de su padre una pequeña suma para los pobres.

Su padre la quería todo lo que él podía querer después de rendir culto al becerro de oro.

Vivía en el mismo pueblo un joven, que también era pañero; Rosa y él se vieron, y se amaron; pero cuando su padre se enteró de la comunicación amorosa que existía entre aquellas dos almas, se aterró; porque vio desplomarse el edificio de su porvenir que él tenía ya fijado en el casamiento ventajoso que Rosa pudiera hacer; así es, que reprendió duramente a su hija, y amenazó al enamorado doncel con levantarle la tapa de los sesos.

La infeliz Rosa, conociendo que su padre era capaz de cumplir su promesa, desistió por completo de alimentar amores y esperanzas, y puso término a sus primeras y últimas expansiones juveniles: ¡Casta azucena, delicada sensitiva, que replegó su gentil corola el primer soplo del viento!

Su pobre amante, que la amaba con locura, sentó plaza en el banderín de Ultramar, y un año después murió llamando a Rosa.

Esta no le había olvidado, y su muerte le causó tan profunda pena, que la tisis se apoderó de su ser, y entonces sus padres emplearon toda clase de cuidados para salvarla.

Abandonaron el pueblo que les vio nacer y se trasladaron a N... ciudad de primer orden, donde pusieron un lujoso almacén de paños; pero Rosa era demasiado buena para vivir en este planeta y dejó al fin la Tierra, rogando a su padre que no fuera avaro y que recordara siempre que dos personas habían sido víctimas de su avaricia: el prometido de su alma y ella.

El pobre hombre, después de su vicio dominante, quería a su hija cuanto él sabía querer, quedó espantado con la muerte de aquel ángel, y gastó en misas y en responsos una suma exorbitante.

¡Cuánta imbecilidad!, si en realidad sirvieran esas ofrendas para rescatar almas del purgatorio, ciertamente que Rosa no las necesitaba; porque los seres que nos enseñan a querer, a sufrir y a perdonar, descienden a la Tierra, no a purificarse, sino a salvar a los demás; porque el buen ejemplo sirve de más provecho que los libros más profundos, y los oradores más eruditos: los hechos son las piedras angulares que han de sostener el templo de la civilización.

Más aún no era llegada la hora de redención para la familia de Rosa; le lloraron cuando la perdieron, sin comprender el bien que habían perdido con ella.

Como las almas vulgares no pueden abrigar sentimientos grandes y elevados, el recuerdo de Rosa se fue borrando de los suyos, y únicamente su madre guardaba un algo, que la mortificaba y agriaba su carácter de día en día.

Al entrar en aquella casa se sentía frío; el padre y los dos hijos encerrados en el despacho se ocupaban en escribir, y la madre, sentada junto al lecho donde murió su hija, se entretenía en hacer media, sola, aislada, con las cejas fruncidas y la mirada hosca y sombría.

A la hora de comer se reunían, y los hombres hablaban de sus negocios y la madre regañaba a los criados, porque la cuenta subía mucho y ella no estaba para hacer muchos gastos.

Varias veces asistía a aquellas tristesimas reuniones de familia, y me impresionaba dolorosamente aquel hogar sin fuego, sin la llama divina del amor.

La fortuna les sonreía; jugaron a la lotería y dos veces lograron el premio grande, llegando en poco tiempo a ser millonarios; pero mientras más tenían, más avaros se tornaban; sus arcas de hierro estaban repletas de oro, mas en cambio, sus estómagos estaban poco menos que vacíos; tal era la mezquindad del alimento con que se nutrían.

Tenía la casa decorada con lujo, pero sus magníficos salones siempre estaban herméticamente cerrados; no habitaban en ellos para no estropear los ricos muebles.

¡Cuán desgraciados eran aquellos cuatro seres...! Estaban encadenados al potro del tormento más horrible, tenían el agua a torrentes y siempre estaban sedientos.

Cuantas veces llegaban los pobres a aquella suntuosa morada, otras tantas me decía aquella desventurada avarienta:

-Toma hija, ahí llevas dos cuartos; creo que hay cuatro pordioseros, pero si no son más que tres, que te devuelvan un octavo..., y momentos antes de esta escena había dicho su marido:

-Los negocios no van mal, hay en caja 18 millones, sin contar con lo que nos deben.

¿Necesita esto comentarios?...

Para cobrar una deuda embargaron los bienes de una opulenta familia, y se quedaron con un carruaje.

¿Disfrutaron ellos del coche? No, casi nunca; porque siempre temían que las yeguas se cansaran, y enfermado se murieran, y en tan triste caso se quedarían sin ellas.

Los años pasaron, las riquezas crecieron; pero... sus dueños fueron más desgraciados cada día: porque las enfermedades se fueron apoderando paulatinamente de aquellos empobrecidos organismos.

El padre tuvo que renunciar a dar un solo paso, porque las piernas se le llenaron de llagas, y aún me parece verle sentado en un gran sillón con la mirada fija en sus hinchados pies; sus hijos no le

acompañaban hasta que no concluían el trabajo del día, y su esposa, recordando a su hija, había ido aborreciendo a su marido, acusándole de la muerte de Rosa, y muchas veces la oí decir con amarga entonación:

-¡Que sufra sólo, yo también he sufrido la soledad más terrible, por haber muerto mi pobre hija; que si la hubiera dejado casarse con quien ella quería, ahora tendría él cariñosos nietos que le distrajesen con sus caricias y sus juegos! ¡Que padezca; si él tiene llagas en las piernas, yo las tengo hace mucho tiempo en el corazón! Y seca, dura, inflexible, aquella mujer, que no supo ser madre, tampoco fue buena esposa, dejando morir solo y desesperado al padre de sus hijos.

Todos los hombres, cuando dejan la Tierra, obtienen generalmente algunas frases compasivas; aquel desgraciado no mereció ni una, ni una sola, antes al contrario, los jornaleros que habían trabajado en sus posesiones, seguían al cortejo fúnebre murmurando estas y otras parecidas imprecaciones:

-¿Te llevas el dinero? ¡Cuánto debe pesarte!

-¡Anda, anda; que el diablo buena cuenta dará de ti; verdugo de los pobres! Ya era tiempo que pagaras las malas pasadas que has hecho en este mundo: toma millones, toma millones, pues con todo tu dinero no verás la calva de San Pedro...

Esta fue la oración fúnebre que rezaron en este mundo por el rico capitalista.

¡Uno de sus hijos, adquirió una enfermedad en la laringe, que le impedía hablar, y el otro, heredó las llagas de su padre: al año de morir aquél, murió el heredero de su dolencia, y dos primaveras después, el infeliz poderoso, que había vivido cuatro años sin poder articular ni una sola frase, y sin tomar más alimento que caldo y leche!

Quedó sola la madre, y al poco tiempo perdió la razón, si bien su locura era tranquila y provechosa para los pobres, porque nunca daba limosna menos de cinco reales, y todos los sábados ella por su mano distribuía el socorro a muchos mendigos, que llegaban a su puerta, pagando con esto, según ella decía, una deuda contraída por su marido.

La historia de aquella deuda es la siguiente, hermana mía.

Estando un día los albañiles trabajando en los tejados de la casa, que ocupaba el rico avaro, un pobre joven se cayó al patio y murió instantáneamente. A su padre, que también se encontraba en el lugar donde ocurrió la catástrofe, se lo llevaron al hospital, porque el infeliz quedó como herido del rayo al ver caer a su hijo.

Esto sucedió por la mañana; algunos días después, el padre de la víctima salió del hospital y fue a casa de su amo a cobrar los jornales de media semana. El pobre jornalero ganaba diez reales y al pagarle el rico propietario le dijo:

-El jueves dejasteis de trabajar tú y el chico; a éste le pagué el entierro; y tú, ahí tienes treinta y cinco reales, de tres días y medio, y no te doy más, porque yo no pago jornal que no se gana.

Aquel infeliz había dejado de trabajar por la muerte de su hijo, al ver la infame avaricia del miserable usurero, que le descontaba cinco reales, que no había ganado, se indignó y le dijo:

-¡Permita Dios, que antes de cinco años, muera usted y a sus hijos todo el dinero que tiene!...

Antes de cumplirse los cinco años, murieron los tres, y a los pocos días fue el albañil y pidió permiso para ver a la viuda; ésta lo recibió y él le contó la historia, diciendo por último:

-¡Quede usted con Dios, señora. Dios no se queda con nada de nadie: su marido, me robó cinco reales porque dejé de trabajar medio día, a causa de haberse muerto mi hijo; ahora... Dios le pedirá los intereses!

La pobre mujer, quedó aterrada, y durante muchos años siguió dando a los menesterosos, los cinco reales que su marido había negado.

¡Desgraciada!... no supo ser madre, no supo inculcar en sus hijos la caridad y el amor, mofándose de su hija, cuando ésta hacía suyas las penas de los demás.

No perdonó a su esposo y le dejó morir solo y aislado, como si estuviera atacado de hidrofobia; he aquí por qué luego ella vivió sola, rodeada de seres extraños, que la despreciaban y deseaban su muerte.

No sé si aún se encuentra en la Tierra esta infeliz mujer...

-¡Qué expiación tan horrible es la avaricia! ¡Tú estás libre de ella, hermana mía! Eres pobre y sin embargo, ofreces el pan y la sal de la hospitalidad a todos los peregrinos que llegan a tu tienda con hambre y sed. ¡Bendita sea la caridad!... Tú sabes practicarla: que Dios te otorgue bienes para que muchos desgraciados te puedan bendecir.

¡Hermana de mi alma! Ruega por los avaros, que son los leprosos de todos los tiempos, los parias de todos los siglos, los desheredados de la creación. Roguemos por ellos.

CAPÍTULO XXV

¡AYER Y HOY!

Siguiendo mis estudios en la gran Biblia de la humanidad, encuentro a veces seres que despiertan en mí un interés vivísimo. Los miro, los contemplo, trato de intimar con ellos, hasta que consigo que me cuenten una parte de su historia, y digo entre mí: No me había engañado, este ser es un volumen preciosísimo, se puede aprender escuchando sus relatos. En efecto, no hay mejor libro que el hombre, y la mujer, porque, como dijo no sé quien, la realidad supera a todas las ficciones de la fantasía. El mejor novelista no llegará nunca a despertar el interés que despierta un episodio de la vida real.

Hace algún tiempo que me presentaron a una mujer de mediana edad, distinguida, elegante sin afectación, delgada, pálida, con ojos tristes y expresivos. Se lee en aquellos ojos todo un pasado de lágrimas. Cecilia es viuda, tiene una hija casada y un hijo adoptivo de unos doce años, al que quiere con delirio, y el niño le corresponde, teniendo sobrados motivos para quererla, porque a los quince días de haber nacido se quedó sin padre ni madre, y Cecilia, que vivía poco menos que en la miseria, no titubeó ni un segundo en quedarse con él, a pesar de que su familia le decía:

-¿Tú estás loca? Si no tienes para ti ni para tu hija, ¿Cómo vas a criar e ese infeliz?

-Dios es muy grande –contestó Cecilia-, mi hija lo quiere y, queriéndolo ella, ya tengo yo bastante.

-Sí, sí, mamá –decía Amparo, besando al huerfanito, -Será mi hermano, se llamará Enrique, yo no quiero separarme de él.

Y Cecilia, Amparo y Enrique formaron la más hermosa trinidad y el cariño creció entre caricias, sin conocer la orfandad.

Pasaron los años y Amparo se casó cuando la vistieron de largo. Enrique creyó volverse loco de alegría cuando Amparo fue madre de una preciosa niña, su júbilo no tuvo límites: para la recién nacida fueron todas sus caricias, todos sus halagos, y soñaba con ser hombre para ganar mucho dinero y comprarle a la pequeña Luisita trajes de terciopelo y collares de perlas. La niña correspondió a su cariño de tal modo que, cuando comenzó a balbucear sus primeras palabras, en lugar de decir, como dicen todos los niños, papá y mamá, ella sólo decía Quique, diminutivo de Enrique que ella inventó, y tan grabada tenía en su mente la figura del niño, que cuando se separó de él, porque sus padres se fueron muy lejos, decía Luisita a su madre en cuanto veía a un niño: “Mamá, ahí va Quique, y Enrique a su vez, cuando veía a una niña blanca y rubia, gritaba alborozado: “mamá, mira a Luisita”.

Cuando Cecilia me contó estos detalles, sentí en todo mi ser una gran sacudida, y dije entre mí: ¿Qué habrá entre estos dos niños? En la Tierra no se acostumbra a querer tanto, los niños emplean más tiempo en pegarse y en disputarse un juguete que en acariciarse y en recordarse.

Un niño, por regla general, a la primera que llama es a su madre, y Luisita llamó a Quique.

¿Lo conocí antes? ¿Lo amó con toda su alma? ¡Quien sabe! No por curiosidad, sino por estudio, pregunté al guía de mis trabajos si efectivamente se habían conocido antes Luisa y Enrique, y el Espíritu me dijo así:

“No te has engañado en tus suposiciones. Cecilia, su hija Amparo, su nieta y Enrique han estado unidos por los lazos carnales más fuertes que se conocen en la Tierra. Cecilia y Enrique han sido madre e hijo en varias existencias, los dos han tenido vidas accidentadas, y en su antepenúltima encarnación Cecilia cometió un crimen para ocultar la deshonra de su hija, la cual en aquella época era una joven encantadora y apasionada perteneciente a una gran familia con muchos pergaminos, escudos de nobleza y castillos señoriales, y que no era otra que el que hoy se llama Enrique”.

“Cecilia, la mujer que hoy ves tan modesta, tan sufrida, tan resignada con las múltiples adversidades de su expiación, era entonces una altiva castellana que no creía que los plebeyos fueran hijos de Dios. Entre ella y el pueblo había, según su entender, una distancia tan inmensa, que nada ni nadie podía acortar. Así es que su asombro y su dolor fue espantoso cuando escuchó de labios de su hija la más horrible confesión: ¡Estaba deshonrada! Y su deshonra no podía ocultarse porque se agitaba en sus entrañas el fruto de sus vergonzosos amores. Amaba a un hombre de pueblo, a un trovador sin fortuna, que lo mismo cantaba las bellezas de la naturaleza que las trasladaba al lienzo con su mágico pincel. Pero era un artista vagabundo que iba de castillo en castillo ofreciendo sus trovas y sus paisajes. No había conocido a sus padres, ¡No tenía apellido! Le llamaban Iván a secas... ¡Qué oprobio!... y aquel perdido, aquel ser abandonado, muy hermoso de cuerpo, pero usando una ropilla muy deteriorada, sin un mal escudo en sus bolsillos, se había atrevido a seducir a la rica heredera de cien duques, con la esperanza de unirse a ella cuando su madre conociera su deshonra. Mas, ¡Ay! El artista sabía leer en el gran libro de la Naturaleza, pero no en el corazón de una mujer orgullosa, y Cecilia entonces no podía creer que el amor fuera el gran igualitario del Universo, prefería mil veces ver a su hija muerta que unida a un hombre sin ningún título de nobleza y, sigilosamente, sin dar a comprender a su pobre hija sus inicuas intenciones,

hizo prender a Iván acusándole de agitador del pueblo. Lo embarcaron y fue deportado muy lejos de sus lares, en tanto que su amada daba a luz un niño que, recogido por su abuela, desapareció para siempre. Muerto el niño y deportado su padre, la honra de la nieta de cien duques quedó sin mancha, nadie sospechó lo ocurrido, pero la joven madre no pudo resistir la separación del amado de su corazón y del tierno ser que llevó en sus entrañas. No murmuró una queja, comprendió que su madre había obrado dominada por su orgullo de raza. La perdonó porque la amaba mucho, y lentamente se fue marchitando su espléndida belleza, muriendo en brazos de su madre, diciéndole: “¡Te perdono!”...

“Cecilia entonces se horrorizó de su obra, pero al mismo tiempo respiró con más libertad, porque desaparecía la víctima de su orgullo de raza. Los muertos no hablan. La joven deshonrada fue vestida de blanco y le colocaron entre sus manos la palma de su virginidad (que era palma de su martirio) y sobre su blanca frente se marchitaron delicadas rosas. No le faltó ningún atributo de su pureza a la casta virgen, a su madre todas las demostraciones le parecían insuficientes para ocultar su deshonra porque, aunque todos ignoraban lo acontecido, lo sabía ella, y siempre veía la figura de su nieto y escuchaba, temblando, una voz que le decía: “¡Te perdono!”

“De Iván no volvió a tener noticias, murió en el destierro maldiciendo su infausta suerte, y Cecilia, atormentada por el remordimiento y al mismo tiempo satisfecha de su obra, por haber salvado el honor de su opulenta familia, no sobrevivió mucho tiempo a su pobre hija. Dejó la Tierra en medio de la mayor turbación, sin poderse dar cuenta de si había cometido un crimen horrible o si había llevado a cabo un acto heroico, sacrificando lo que más amaba para evitar el mayor escándalo”.

“Ahora bien, Cecilia está hoy en la Tierra completamente transformada: su orgullo de raza ha desaparecido. Hoy es humilde, paciente, resignada. Hoy sólo sabe amar, el amor es su religión. Espíritu enérgico, cuando se dio cuenta del error en que había vivido, con la misma decisión que empleó para hacer el mal se consagró a practicar el bien, y como ella no fue criminal más que a medias, los espíritus que fueron víctimas de su orgullo de raza no se han separado de ella, la han perdonado y la acompañan en sus encarnaciones de expiación.

“Su hija Amparo es el Espíritu del niño que Cecilia hizo morir al nacer, y su nieta Luisita es el Espíritu de Iván que sigue a Enrique sin dejar de amarle. Por eso, cuando en su actual existencia comenzó a hablar, le llamó a él, porque es Enrique el amado de su alma. Van juntos hace muchos siglos, es decir, juntos no es la frase más apropiada, porque hace mucho tiempo que fueron impacientes: cometieron un crimen para unirse más pronto, y desde entonces se encuentran, se aman, luchan por vivir enlazados, y siempre una mano oculta los separa. Esa mano oculta es su expiación, dado que la felicidad no puede tener por cimientos sangre y lágrimas”.

“Estudia bien este verídico relato, porque es de gran enseñanza. Cecilia fue culpable. Fuera por su orgullo de raza, por su ignorancia, por la dureza de su corazón, se hizo dueña de la felicidad de tres seres, causando la muerte de su hija, de su nieto y de Iván. Los tres espíritus la han perdonado. Su nieto no pudo ser más generoso eligiéndola para devolverle bien por mal. Su nieta Luisita, que ayer murió en el destierro, maldiciendo la hora en que nació, hoy le reclama sus más dulces caricias, y Enrique adora a su madre adoptiva sin recordar lo pasado. Sus víctimas no sólo le han perdonado, sino que la aman con delirio. Entonces, habiendo desaparecido el odio de sus víctimas, ¿No tiene Cecilia derecho a ser dichosa? No, no lo tiene, por eso no lo es, por eso lucha con la miseria, con la humillación, por eso da la vida por la vida, por eso no puede estar con su hija y sus nietos y sólo tiene a su lado a su hijo adoptivo, costándole inmenso sacrificio el poder disfrutar de su compañía, y lógico es que así suceda porque ayer rompió en mil pedazos un nido de amor: su hija murió mártir, Iván desesperado y su nieto no pudo dormir en su cuna de flores. Por eso hoy Cecilia suspira por su hija, por sus nietos y se sacrifica por su Enrique, dándole todo el amor que un día en su locura le negó. Cecilia es un alma redimida: ha visto la luz, y en la luz quiere vivir. El amor que siente por su familia es inmenso, daría por ellos su vida con el mayor placer. Se ha despertado en ella una sed de amor que nunca ve satisfecha, siempre le parece que ama poco, siempre está descontenta de sí misma. ¡Dichosas las almas que sólo piensan en amar! Cecilia es una de ellas”.

“Adiós”

Efectivamente, la historia de Cecilia es de gran enseñanza, porque se ve que nadie puede ser dichoso si ha causado la desgracia de sus deudos o de sus servidores. La dicha existe, no cabe la menor duda, es una planta delicadísima que necesita para su florecimiento el agua de la abnegación y del sacrificio. ¡Dichosos los que saben amar!... Porque sólo los que aman saben luchar y vencer en la ruda batalla de la vida.

CAPÍTULO XXVI

EN LA CULPA ESTÁ EL CASTIGO

Hojeando los periódicos leí un suelto que me llamó vivamente la atención.

Mendigos de oficio.

Hace pocos días fue recogido por la ronda correspondiente un individuo que se dedicaba a implorar la caridad pública, y llevaba en su poder 7.500 pesetas en billetes y monedas de distintos países.

Anoche fue conducida al Asilo del parque, una mujer andrajosa y sin domicilio, a quien se le encontraron títulos y obligaciones por valor de 8.392 pesetas.

¡Qué historia tan horrible tendrán esos dos seres!... Cuando tienen que ir por el mundo cargados de oro mendigando el suplicio de Tántalo, que según la historia mitológica fue arrojado a los infiernos sufriendo un castigo horrible, que consistía en permanecer en medio de un lago cuya agua le llegaba a la barba y se escapaba de su boca cada vez que, poseído de una sed ardiente, quería beber de ella, y estar rodeado de árboles frutales, cuyas ramas se elevaban hasta el cielo cada vez que, devorado por el hambre, llevaba la mano a ella para coger los frutos. Igualmente esos dos desgraciados llevaban encima de ellos el agua y la fruta madura y se morían de hambre y de sed. ¿Qué habrán hecho ayer?

“¿Qué querías que hicieran? Me dice un Espíritu, faltaron a las leyes divinas y humanas y hoy recogen la cosecha de la semilla que en mala hora sembraron. El mendigo que hoy implora la caridad pública, en una de sus pasadas existencias fue el prior de una comunidad religiosa inmensamente rica. El convento estaba situado en el campo, rodeado de muchas aldeas, cuyos habitantes estaban obligados a dar al prior del convento el fruto sazonado y abundante de todas sus cosechas y lo mejor de sus ganados. Y, ¡Ay del que no lo hiciera! Pues lo excomulgaba y amenazaba con las penas eternas del infierno. Y aquellos infelices, verdaderamente atemorizados, para no caer en pecado mortal, ofrecían humildemente al prior todo cuanto poseían con tal de alcanzar la gloria eterna, promesa que les hacía el prior siempre que le llevaban lo mejor de su hacienda. Y tanto abusó de su poder aquel hombre cuya avaricia no tenía límites, que llegó a ser el azote de aquellos pobres seres crédulos y sencillos que le consideraban como si fuera un verdadero santo”.

“Pero todo tiene su termino, y al fin dejó la Tierra el prior, dejando en ella bienes cuantiosísimos, y entrando en el espacio tan pobre que no tenía un átomo de virtudes: no había en él más que vicios, y vicios incorregibles, pues a pesar de que su guía le hizo presente el error en que había vivido y que era necesario que desandara el camino recorrido, él ha vuelto a la Tierra repetidas veces, siempre ansioso de dinero. Y aunque su expiación no le permite disfrutar de sus riquezas, él siempre procura atesorar, y va cruzando la Tierra sin tener nunca ni casa, ni hogar, siempre temeroso de que la justicia le arrebatase los valores que consigue poseer, unas veces pidiendo limosna y otras por medio del hurto o del engaño, pero siempre viviendo del modo más miserable”.

“Así lleva ya varias existencias y muchas le quedan aún, porque él bien conoce el mal que hace, pero el oro es para él la serpiente que se enrosca en su cuello y no le deja respirar. Ha hecho tanto daño por la adquisición del oro, que el oro es su verdugo. ¡Infeliz! ¡Compadeced a los mendigos que entre sus harapos llevan el agua y la fruta madura que no calma su sed ni su hambre!”

“En cuanto a la pordiosera que poseía una pequeña fortuna, esa ha comenzado en su actual existencia el saldo de su cuenta. En su anterior encarnación era una joven muy hermosa: hija del pueblo, soñaba con ser una gran señora. Conoció a un anciano millonario y empleó todas sus artes para entrar a su servicio, y ella era tan simpática, atrayente, tan cariñosa y tan expresiva, que se captó por completo el cariño del anciano, que la dotó espléndidamente. Pero ella no se contentó con eso, consiguió que él hiciera testamento, dejándole su cuantísima fortuna, y después, en agradecimiento, temiendo que él se arrepintiera de su obra, compró a buen precio a un médico tan pobre de bienes materiales como de sentimientos humanitarios, y éste le dio un veneno que mataba lentamente sin que dejara huellas visibles en el enfermo, quien fue languideciendo, perdiendo la lucidez de su inteligencia. En este estado se llevó al enfermo a viajar, y ya lejos de su patria lo dejó abandonado en un hotel, dejándole una cartera con algunos valores. Mas como el anciano estaba completamente idiota, nada pudo explicar ni decir y lo encerraron en un asilo destinado a los octogenarios, donde murió sin darse cuenta de nada. Ella, entretanto, volvió a su patria y allí encontró el principio de su castigo, porque la familia del millonario le puso pleito, y se comió la justicia el fruto de su crimen”.

“Murió poco menos que en la indignancia, y al llegar al espacio encontró a su víctima, que la perdonó generosamente y le aconsejó que no siguiera por la senda emprendida, sino que, muy al

contrario, se decidiera a saldar sus enormes cuentas, porque no era la primera vez que cometía tales atropellos”.

“Siguió su consejo y en esta existencia ha encontrado medios para poseer un puñado de oro; pero no lo disfruta, no le sirve para nada útil. Es esclava de unas cuantas monedas y vive sin vivir, porque no merece vivir tranquila la que pagó con tan negra ingratitud la generosidad y el cariño verdaderamente paternal que le brindó su protector, que era un alma noble y elevada”.

“Razón tenías al decir que cuando se vive mendigando y se lleva consigo lo suficiente para satisfacer las primeras necesidades de la vida y no se las puede satisfacer, mucho se tiene que haber pecado”.

“Comprended a esos infelices que sufren la peor de las condenas”.

“Adiós”

Efectivamente. Vivir a la intemperie, carecer de todo y guardar afanosamente lo que pudiera salvarle del sufrimiento, es ser verdugo de sí mismo. Por eso debemos vivir dentro de la moral más estricta para no hacernos acreedores de ser los parias, los ilotas degenerados por los que nadie se interesa, que viven en la sombra, aquí y allá.

¡Cuán cierto es que en la culpa está el castigo!

CAPÍTULO XXVII

EL BUHONERO

¿Por qué ha pasado tanto tiempo sin trasladar al papel las inspiraciones de un Espíritu que nos es tan querido? ¿Por qué la interesantísima narración de una de sus existencias fue bruscamente interrumpida? ¿Quién cortó el hilo de sus comunicaciones? El mismo Espíritu; ¿Por qué? No lo sabemos, pero casi lo adivinamos. Estar en relación continua con un alma tan buena era muy grato y muy consolador para nosotros, puesto que aprendíamos y enseñábamos a la vez; apartados de la lucha material de la vida, nuestras horas eran dulces y casi tranquilas; y como la tranquilidad no es nuestro patrimonio por ahora, como tenemos que saldar una cuenta que tiene muchas cantidades, de ahí que necesariamente hemos de estar en contacto con el tanto por ciento de una empresa periodística que nos proporciona innumerables contrariedades, a veces serios disgustos, amargos desengaños y dolorosas lecciones en las cuales aprendemos lo que no quisiéramos aprender; mas ahora que momentáneamente estamos más tranquilos, preparándonos tal vez para nuevas luchas, queremos aprovechar los instantes de relativa calma, ya que tantas horas hemos tenido que perder resolviendo el gran problema de vivir sin vida propia.

Sí, sí; ganemos tiempo; huyamos por algunos momentos de las imperiosas necesidades de una existencia expiatoria, levantemos nuestros pensamientos a otras esferas luminosas, evoquemos a nuestros espíritus más queridos a aquellos que por su cariño y su inspiración nos ha hecho soportables largos años de angustia y soledad.

Dos estrellas de primera magnitud brillan en el cielo de nuestros recuerdos, dos espíritus a los cuales amamos con toda la efusión de nuestra alma; el uno en su última existencia nos llevó en su seno y le dimos el dulce título de Madre; al otro no le hemos visto en esta encarnación, pero estamos plenamente convencidos que si fuera posible verle entre mil sacerdotes diríamos inmediatamente; aquel es el Padre Germán; el Espíritu generoso que con una paciencia inacabable hace muchos años que oye nuestras quejas y nos consuela, y nos alienta con una ternura verdaderamente paternal. Todo cuanto de bueno hemos hecho en este mundo se lo debemos a él; sus consejos dulces, melancólicos, en algunas ocasiones graves y severos, ¡Cuánto, cuánto bien nos ha hecho!... Siempre nos ha dejado en completa libertad de acción, pero los escollos que nos ha señalado en el camino de nuestra vida, todos a su debido tiempo los hemos encontrado.

¡Cuánto bien nos has hecho!... y a semejanza de los niños mimados que siempre piden más, hoy te pedimos, noble Espíritu, que reanudes tus memorias; ¡Hace tanto tiempo que no bebemos el agua pura de tus recuerdos!...

¡Inspíranos!... cuéntanos algunos de tus episodios de tu última existencia, los peregrinos fatigados se detienen cuando encuentran un oasis donde reposar; y cansados estamos de cruzar el desierto de la tierra. Sea tu palabra agua de salud que nos fortifique: sedientos estamos, calma nuestra sed.

“Hija mía, (nos dice el Padre Germán) nunca fui sordo a la voz de los pequeñitos, y pequeñitos sois todos aquellos que vivís abrumados bajo el peso de vuestro ayer ¿Quieres que de nuevo levante una punta del velo que cubre mi pasado? ¿Tú lo crees útil? Si el sufrimiento enseña yo puedo ser un buen maestro; he sufrido tanto... ¿Querrás creer que cuando miro mi última existencia me parece imposible de haber tenido fuerzas suficientes para recibir tantas heridas? No en el cuerpo, que esas se cicatrizan, en el alma, y en las heridas del alma los bordes no se cierran nunca; es decir, hay un bálsamo maravilloso, prodigioso, que todas las sana; ¿Sabes cuál es? La paciencia, la tolerancia, la compasión, es gran cosa saber compadecer. Quizá fue la única virtud que yo practiqué en la Tierra. Compadecí a los malos, mientras más daño me hacían más profunda era mi compasión y eso que entonces no tenía yo la certidumbre que tú tienes ahora de que se vive eternamente. Las revelaciones que tuve en momentos solemnes las creía alucinaciones de mi mente calenturienta, comprendía que había algo superior a cuanto me rodeaba, las fórmulas religiosas me inspiraban lástima, esperaba en algo desconocido, las costumbres que adquirí de estar tantos años contemplando una tumba, me familiarizó con los muertos; veía claramente a la niña pálida, la de los rizos negros, mas yo lo atribuía al delirio de mi imaginación soñadora, y al mismo tiempo necesitaba creer que ella me seguía, que ella me inspiraba, que ella misma me hablaba, que ella guiaba mis pasos, porque sin la esperanza de recobrarla no hubiera podido resignarme con su pérdida, me hubiera sido imposible sostener el peso de mi enorme cruz”.

“Todos cuantos sacrificios hice en bien de mis semejantes (que fueron muchos), fueron otras tantas ofrendas que deposité en el altar de su tumba adorada; cuando vencía un obstáculo insuperable, cuando dominaba mis pasiones (pues no estaba exento de sentir aversión y hasta odio en determinadas circunstancias), hacia seres miserables y envilecidos, cuando me hacía superior a mis malos instintos, cuando hacía el bien por el bien mismo, cuando lloraba no sé si de vergüenza o de arrepentimiento, me prosternaba ante su tumba y decía: -¡Estrella!... ¡Todo por ti y para ti!... ¡No me dejes!... tengo miedo de mí mismo; creo que voy a enloquecer si no te veo ante mí. ¡Deja que yo te vea como te vi la primera vez!

Preséntate con tu blanca túnica, con tu flotante velo, con tus rizos negros y tu perfumada corona de jazmines; y en aquel instante se apoderaba de mi ser una dulce languidez, me quedaba en éxtasis, y lentamente se iba acercando la sombra de una mujer. ¡Era ella! Era ella sonriendo con esa sonrisa divina que ilumina el semblante de los justos; apoyaba sus labios en mi frente y me decía: ¡Te espero!... te espero con mi traje de desposada, no tardes que te aguardo. Y entonces se verificaba un fenómeno muy extraño: la veía a ella a corta distancia en pie orando y a un anciano sacerdote prosternado ante ella envuelto con el blanco velo de la joven desposada; la hermosa, la hermosísima aparición se inclinaba lentamente apoyando su diestra sobre la frente del ministro de Dios; después, como madre solícita le dejaba caer suavemente sobre la alfombra de musgo que rodeaba la tumba, le dejaba muy bien colocado, extendía sobre él su blanco velo, y como nube de humo que se deshace, como ligera bruma que se evapora, se iba deshaciendo la figura de Estrella y sólo quedaba su blanco velo cubriendo el cuerpo del proscrito. Yo me veía a mí mismo sin comprender que era yo aquel hombre reclinado en Tierra, y absorto, atónito, asombrado miraba al sacerdote que dormía con un sueño magnético a veces largas horas; y me decía a mí mismo: ¡Dichoso él!... ¡Con qué tranquilidad duerme! De pronto el velo de la aparición tomaba movimiento; aquel tul finísimo, aquella gasa impalpable, ondulaba ligeramente, y a cada ondulación despedía millones de átomos luminosos, se convertía en una lluvia copiosísima de polvo de oro, y el sacerdote se despertaba sonriendo dulcemente, se levantaba con pasmosa ligereza, como si manos invisibles le dieran empuje, y cruzando las manos murmuraba con arrobamiento: ¡Dios mío! ¡Bendito seas! ¡La he visto!... la he visto tan hermosa como siempre; aún percibo el suave aroma de los jazmines que coronaban su blanca frente”.

“Dejaba de verme a mí mismo y volvía a la vida real con mil ideas confusas, me encontraba fuerte, animoso, hasta contento en medio de las mayores, de las más horribles privaciones, porque me asediaban tanto los necesitados que había momentos que agotaba todos los recursos, y pedir para mí, me era hasta bochornoso, y aunque tenía fieles amigos, en muchas ocasiones estaban estos lejos de mí. Muy lejos, a veces cumpliendo mis mandatos de auxiliar a otros infortunados; y como yo tenía que apurar el cáliz de la amargura hasta las heces, naturalmente todo se arreglaba y se combinaba de manera que me atormentara el desfallecimiento del hambre, que es un dolor que no tiene nombre, pero que es necesario sufrirlo para saber consolar a los que sufren y al mismo tiempo apreciar el valor del dinero que no es vil metal, sino elemento necesario entre los hombres civilizados que establece la relación comercial entre los pueblos”.

“Me pides que te cuente algún episodio de mi última existencia y te contaré uno, en el cual se dio por terminado el odio entre dos espíritus, odio que había durado luengos siglos. Yo entonces no aprecié en todo su valor el desenlace; cuando dejé la Tierra, mucho tiempo después de haberla dejado, fue cuando me convencí una vez más de que el odio dejará de existir cuando los hombres se acostumbren a compadecer, y muerto el odio llegarán los días profetizados por los mensajeros del progreso, días de luz, días que están muy lejos aún, pero llegarán. Para borrar las huellas del odio vienen las comunicaciones de los espíritus, unida la gran familia de ayer con la de hoy, el porvenir será un día esplendente que nunca tendrá ocaso”.

“Como todo trabajo tiene sus escollos, el practicar la caridad los tiene y en gran número; el primero es tener pobres preferidos cuando lo que se da no es de uno propio, porque amparar a un ser que se quiere, es proporcionarse un placer con el dinero de otro, es una usurpación que se hace a otros necesitados. El que reparte lo que no es suyo debe estudiar la necesidad del que pide haciendo abstracción de la personalidad, dejando aparte la simpatía que nos inspire; hacer el bien por el bien mismo no es dar a un pobre que nos agrade, es socorrer al que nos repugne conociendo que su miseria es verdadera; dar y saber que agradecen la dádiva es el placer de los placeres, dar y conocer que el pobre a quien se favorece nunca está contento y que sólo deja de murmurar mientras come, esa es la verdadera caridad, saciar el hambre del verdadero hambriento, calmar la sed del sediento desesperado; tras del inmenso placer de dar, querer la satisfacción de la recompensa, es unir a un goce divino una sensación que pudiéramos llamar el egoísmo de la caridad. Los sembradores del bien no deben detenerse a contar las gavillas del trigo recogido, ¡Qué más cosecha se quiere que la continuación de la siembra!”

“En mi vida solitaria estudié mucho la ciencia de hacer bien; y tuve la debilidad de tener mis pobres preferidos cuyas sonrisas de gratitud eran para mí rayos de luz; pero estos mismos me enseñaron a ser menos egoísta de cariño, porque algunos se acostumbraron a vivir bajo mi sombra y me costó gran trabajo que perdieran los hábitos de la indolencia y de la conformidad de contentarse con un pedazo de pan, por no tomarse la molestia de andar una jornada”.

“En aquella época la mendicidad abundaba de tal manera, y escaseaban tanto los asilos benéficos, que los mendigos en grandes caravanas llevaban la vida nómada de los primeros pobladores de la Tierra, y en mi aldea siempre había un enjambre de ellos, por ser un punto donde encontraban mejor acogida, puesto que la práctica de la caridad fue el tema de todas mis pláticas religiosas, y el pueblo que me rodeaba era verdaderamente cristiano, complaciéndose en compartir con los mendigos el fruto de su

trabajo. Este procedimiento era verdaderamente evangélico, mas no por esto dejaba de tener sus gravísimos inconvenientes, puesto que entre los pordioseros se ocultaban malhechores con los cuales había que sostener ruda batalla, puesto que la santa ley de la hospitalidad les abría las puertas de todos los hogares”.

“Hay épocas en la vida de los pueblos que se asemejan a la infancia de los hombres: ¿Qué hacen las buenas madres con sus pequeñuelos? Por regla general cuando el niño da sus primeros pasos, la madre le pone una moneda en sus manecitas y le dice: corre hijo mío y socorre a aquel pobrecito que viene hacia aquí, y siempre que tiene ocasión inculca a su hijo el noble sentimiento de la caridad, conociendo que el amor al prójimo es la base de todas las virtudes”.

“Pues bien, igual papel desempeñé en mi aldea todo el tiempo que permanecí en ella, que fueron muchos, muchísimos años; mi único consejo era que amaran y compadecieran. El amor une a la familia, la compasión une a los pueblos: en mi aldea formé una familia que hizo bien a los pobres; pero advierto que me voy desviando del objetivo principal que es confesarte una de las debilidades que tuve en mi última existencia, que si bien amé mucho, también tuve antipatías invencibles a determinados seres, residuos de odios no extinguidos, porque el odio no se extingue sino cae sobre sus cenizas el agua del sacrificio”.

“En una hermosa tarde de primavera que la iglesia celebraba una fiesta a la madre de Jesús, se colocó a la puerta del ruinoso templo de mi aldea un buhonero. Al verle sentí una sensación parecida a la mordedura de un reptil, fijé mis ojos en su semblante y me espantó la expresión de su rostro. Era un hombre alto, fornido, de formas verdaderamente hercúleas, vestido pobremente, con el cabello largo y encrespado, con lengua barba muy enmarañada, gris por el polvo y la suciedad más que por las canas lo mismo que su espesa cabellera; su tez tenía un color cobrizo, su frente estrecha, sus ojos grandes y salientes cambiaban de color como los de la raza felina y con una expresión tan provocativa que sin hablar insultaba. Al verle en la puerta del templo extendiendo sus baratijas entre los cuales había rosarios y medallas de escaso valor, le dije con desabrimiento:

-¿A quién habéis pedido permiso para colocaros aquí? Yo no permito que se compre ni se venda a la puerta de la iglesia, esto no es casa de contratación.

-Es que yo vendo cosas bendecidas por el mismo Papa.

-¿Y quién es el Papa para bendecir? No hay ningún hombre en la Tierra que pueda tener las atribuciones de Dios; id pues en buena hora a otro lugar, que aquí no he permitido ni lo permitiré nunca, que se compre ni se venda”.

“El buhonero recogió sus cruces y sus medallas y las guardó en una arquilla que pendiente de una correa se echó a la espalda, y al marcharse me dirigió una de esas miradas que dicen claramente: yo me vengaré”.

“Aquella tarde no estuve tranquilo, la figura del buhonero se quedó grabada en mi mente, la plática que pronuncié se compuso de frases inconexas, tanto que unos a otros se decían: El Padre Germán hoy está enfermo y todos me preguntaban qué tenía. Yo no supe que contestar, no me atreví a decirles que tenía remordimientos de haber despedido bruscamente al buhonero aunque a la vez estaba contento de haber alejado aquel ave de mal agüero”.

“Por la noche solo en mi cuarto me preguntaba a mí mismo: ¿Por qué te inspira horror el recuerdo de aquel hombre?... y cuando más embebido estaba en mis cavilaciones entró Miguel diciéndome que un hombre quería verme; mi fiel Sultán, mi leal guardador gruñó sordamente al ver entrar al buhonero, que yo había despedido por la tarde; los dos nos miramos fijamente y al mirarnos se reanimó nuestra mutua antipatía”.

“-¿Qué queréis? (le pregunté con dureza).

-Hospitalidad (contestó con amarga ironía), por vuestra culpa he perdido esta tarde la venta de mi mercancía, no tengo un sueldo para dormir en la hostería, es tarde para ir al convento cercano, y he pensado que nadie más que vos tiene obligación de darme albergue, puesto que me habéis quitado mis medios de ganancias, y no sólo quiero que me deis cena y lecho, sino que mañana necesito una parte de vuestros tesoros si no queréis que os delate como enemigo declarado del Sumo Pontífice, al que ayer negasteis el derecho divino de bendecir a los hombres y a las cosas”.

-“Entendidos, entendidos, bajo vuestro disfraz de buhonero se esconde un espía de mis poderosos enemigos, de aquellos que me llaman hereje porque no he convertido mi vieja iglesia en un templo suntuoso, con imágenes milagrosas y manantiales benditos; pues id y decid a los que os envían que os he mandado retirar del atrio de la casa de oración, porque no quiero que los fieles gasten sus modestos ahorros en objetos inútiles, como son las medallas, las cruces y los rosarios; cuando hay tanto anciano que socorrer y tantos huérfanos a quien amparar; que para rezar fervorosamente no se necesita contar cuentas de vidrio o huesecillos de olivo; con mirar las estrellas hay bastante para que el alma cuente con asombro las maravillas que la creación encierra”.

“Mi interlocutor se irguió con aire amenazador diciéndome:

-Siempre eres el mismo, y ya es hora que pagues con tu vida tu deslealtad y tu herejía. Hace muchos años que nos encontramos y por tu causa, por tus declaraciones en contra mía me expulsaron de la orden religiosa a cuya sombra yo ejercía mi industria de usurero, y ahora me darás cuanto posees sino de grado por fuerza, ya que siempre me privas de ganarme el sustento. Pronto vengan esos bienes de los pobres que te sirven para tus mancebas”.

-“Nada tengo en estos momentos, y aunque tuviera inmensos tesoros no te los daría, porque tú mismo lo has dicho, son de los pobres todas las riquezas que yo pueda tener en la Tierra”.

-“Mientes como un bellaco, y morirás sin remedio si no me entregas cuanto posees, y sacando un puñal lo levantó sobre mi cabeza con la velocidad del rayo; mas antes que lo hundiera en mi cráneo, Sultán le derribó al suelo saltando sobre el buhonero con la furia de un león hambriento, y hubiera muerto completamente despedazado si yo con voz de trueno no hubiera dicho: Sultán, deja a ese desgraciado.

“El noble animal lanzó un rugido de rabia y tuve que cogerle la cabeza gritando imperiosamente; suelta a ese desgraciado. Sultán me obedeció y el buhonero se levantó con presteza mirándome con asombro, dejando caer el puñal que yo recogí y arrojé por la ventana diciéndole: si no tenéis donde recogeros quedaros aquí, Miguel os dará algún alimento, yo tengo que ir a velar a un enfermo. Ven Sultán, y salí seguido de mi fiel compañero”.

“El criminal no quiso aceptar mi hospitalidad, tambaleándose como si estuviera ebrio me siguió algunos pasos, después retrocedió y dejé de oír sus pasos inseguros. Pasé la noche preparando a un moribundo para dejar la Tierra con ánimo sereno, pero ni un instante olvidé al buhonero, sintiendo repulsión y lástima a la vez, y cuando por la mañana me dirigí a la iglesia para celebrar la primera misa, varias mujeres me vinieron a decir que en el despeñadero del torrente se oían lamentos y maldiciones. Al recibir tan triste nueva dije: hijos míos, la mejor misa que podéis oír es correr a auxiliar a ese desventurado, que los mozos más fornidos se preparen a bajar al abismo para sacar de entre las peñas al desgraciado que haya caído al fondo de la sima. Todos corrieron y yo con ellos, llegamos al despeñadero y escuchamos las blasfemias más horribles y los gritos más rabiosos que pueden lanzar un hombre. ¡Qué espectáculo se presentó ante mis ojos! El desgraciado buhonero estaba sobre un promontorio de rocas suspendidas sobre el abismo, y tenía el rostro cubierto de sangre. Cuatro jóvenes ágiles y robustos saltaron de peña en peña hasta llegar junto al herido, y éste les pidió que le mataran para no sufrir más”.

“Tarea difícilísima fue la subida del herido y cuando pude acercarme a él me dijo: ¡Maldito seas! Por venir en tu busca estoy sufriendo todos los horrores del infierno, ¡Maldito sea tu hipócrita generosidad! Todos los condenados del averno no sufrirán los dolores que tengo yo”.

“Y no se quejaba en vano, porque se había roto las dos piernas y en la cabeza tenía una honda brecha. Sin hacer caso de sus palabras fue conducido al hospital donde María, “el ángel de la aldea” servía de hermana de la caridad; allí se le hizo la primera cura y hubo que atarle al lecho con fuertes ligaduras para que aquella fiera estuviera sin movimiento”.

“¡Qué lucha sostuvo mi Espíritu más de seis meses! Cuando me acercaba a su cama siempre me recibía con maldiciones, sus lamentos me estremecían y me hacían decir fríamente: su padecimiento es justo, este hombre es un miserable asesino, toda su vida la ha empleado en el mal; en su juventud y en su edad madura ha sido un ladrón, que ha robado sin peligro alguno grandes fortunas, que a la sombra de la religión ha aumentado fabulosamente prestando con usura exorbitante a nobles arruinados. Cuando por sus vicios y por sus escándalos, le arrojaron de la comunidad religiosa a que ambos pertenecíamos, se convirtió en espía de sus antiguos compañeros haciéndoles todo el daño posible, llevando siempre el arma homicida para herir si se le pagaba bien el asesinato; que este monstruo desaparezca de la Tierra es un beneficio para la humanidad; romper los eslabones de una cadena de crímenes es se puede decir una obra de caridad; si su destino le ha roto las piernas para impedirle que continúe su marcha, ¿Por qué no dejarlo abandonado a su suerte? ¿Por qué recibir los efluvios mortíferos de su odio? ¿Por qué escuchar sus insensatas maldiciones? Quien tal hizo que tal pague; y me alejaba de su lecho sentándome junto a una ventana desde la cual contemplaba al enfermo que más bien parecía un irracional rugiendo como un endemoniado”.

“Mientras más le miraba más horroroso me parecía y más repulsión sentía hacia él; pero al mismo tiempo me reconvenía con la mayor dureza diciéndome a mí mismo: ¿Y quién eres tú para juzgar a otro? ¿Quién sabe las amarguras que habrán endurecido el corazón de este hombre? ¿Quizá no ha sido amado!... quizá es un desterrado del cielo, que viviendo en el infierno del crimen se ha inoculado en su sangre el virus de los demonios o sea las bajas pasiones”.

“Si yo no la hubiera encontrado a ella, si yo no hubiera escuchado la confesión de un ángel, si yo no poseyera la tumba de la mujer amada, ¡Quién sabe lo que yo hubiera sido!... Este desgraciado es un criminal ¿Y qué es un criminal? Un loco sin camisa de fuerza abandonado a sí mismo, es una oveja descarriada, y si Jesús desandaba el camino andado para encontrar la oveja perdida ¿No debo yo seguir su ejemplo? ¿No debo trabajar con celo evangélico para conducir un alma extraviada al redil de la virtud? ¿Para qué juré consagrar mi vida al servicio de Dios? ¿Para empujar al abismo a los pecadores? No, mi

deber es amonestarles, aconsejarles, conducirles de la mano haciéndoles entrar en la buena senda. Y corría presuroso junto al lecho del enfermo que me miraba con la rabia del endemoniado y me decía”:

–“O eres un santo, o eres el mismo Satán que se goza en atormentarme”.

–“Ni lo uno ni lo otro, le contestaba con profunda tristeza; soy un proscrito como tú sin familia y sin hogar, los dos hemos vivido sin vivir porque no nos hemos visto reproducidos en nuestro hijos: ¿Por qué aumentar nuestra turbación alimentando odios insensatos? Por qué me envidias si soy tan desgraciado como tú? Te arrojé de su seno una comunidad religiosa, también me arrojó a mí; tú padeces y te desesperas, yo también sufro y no le pido a Dios cuenta de mi sufrimiento; unamos nuestros infortunios, ayudémonos a llevar el peso de nuestra cruz, y al final de la jornada despedámonos sin rencores, porque ¡Quién sabe lo que habrá tras la tumba!...”

“El buhonero me miraba y enmudecía; cesó de maldecir, y cuando los dolores le atormentaban pedía a los enfermeros que me dieran aviso; yo acudía y él me decía:

“No sé que pasa por mí, confieso que procuro mantener el fuego de mi odio arrojando en la pira de mi aversión la envidia que me inspiras; y a pesar de todos mis esfuerzos mi odio se extingue. No sé si deliro, pero veo pasar ante mí legiones de soldados, caravanas de peregrinos, comunidades religiosas, entre la multitud se encuentra dos hombres que siempre se buscan para herirse con implacable encono; esos dos hombre somos tú y yo; después veo muchos muertos, muchas cruces, y nuestros dos esqueletos amenazándose al salir de la fosa”.

“¿Qué es esto? ¿Qué significado tiene? Yo me vuelvo loco; deseo maldecirte y sin embargo deseo que vengas porque nadie como tú me cura las heridas; yo en nada creo, pero estas apariciones me revelan algo que no comprendo y quisiera tener una creencia para morir en paz”.

“Tras muchos meses de padecimientos el buhonero pudo tenerse en pie, y al dejar la aldea me abrazó diciendo: te debo más que la vida, porque te debo haber reconocido la existencia de Dios; cuando él me llame a juicio tendrás noticias de mí”.

“Diez años después se presentó en la aldea un notario acompañado de dos testigos, que me entregó un testamento pidiéndome que lo abriera dentro de la iglesia, convocando a todos los fieles para que escucharan su lectura”.

“Sorprendido de su petición obedecí su mandato; los fieles acudieron a mi llamamiento, y el notario en medio del templo abrió el abultado pliego que contenía las escrituras de varias propiedades, dio lectura de todas ellas y terminó diciendo:

–Un pecador arrepentido lega todos sus bienes a los pobres, nombrando tutor de los desamparados al Padre Germán, él y sólo él, distribuirá mi fortuna; él y sólo él, queda autorizado para administrar la herencia de los menesterosos; él y sólo él, podrá vender lo que crea conveniente para mayor ventaja de los necesitados; él y sólo él, podrá fundar asilos y hospitales, porque él y sólo él, me arrancó de los brazos de Satán, porque él y sólo él apagó la hoguera del odio en la cual quemaba mi cuerpo y se condenaba mi Espíritu; porque él y solo él, tuvo compasión del pobre buhonero. Muero bendiciéndole, porque sólo por él muero en paz”.

“Lo que yo sentí al escuchar la lectura del testamento, necesitarías escribir muchas páginas y apenas darías a comprender en lo más leve mi sentimiento de gratitud hacia Dios en primer lugar, y después al pecador arrepentido que premió con creces mi compasión”.

“Cuando más tarde en el espacio comprendí todo lo que vale la extinción de un odio de muchos siglos, sólo un pesar me atormenta, no haber sabido compadecer a todos los que me ofendieron, no haber considerado dementes a todos los criminales, no haber hecho mucho más de lo que hice, que tiempo sobrado tuve para ello”.

“Por el dominio que ejercí sobre mí mismo curando las heridas del infeliz asesino, que levantó sobre mi cabeza el puñal homicida, gocé las más puras alegrías cuando pude disponer de cuantiosos bienes para los pobres; cada lágrima que enjugaba, cada familia que socorría con largueza para proporcionarles honroso trabajo, me hacía sentir un júbilo indescriptible diciendo con el mayor alborozo: ¡Señor! Tú que tienes en tu diestra la balanza de la justicia, echa en el platillo de las obras buenas este nuevo beneficio en favor de un desgraciado que pecó porque no reconocía tu existencia”.

“Los goces más puros que tuve en mi última existencia, todos los debí al trabajo que empleé en dominar mis antipatías y mis aversiones: Espíritu de larga historia, necesariamente en la lucha de la vida me he creado amigos y enemigos, y las encarnaciones sucesivas sirven únicamente para borrar antiguos odios, enlazándose con lazos de familia irreconciliables adversarios”.

“Mucho más pudiera decirte, pero tiempo nos queda para continuar la obra emprendida. No temas que un día te falte la inspiración de los espíritus, porque nunca se le niega el agua al que la pide para regar no sólo su sembrado, sino los sembrados de los demás”.

“Unos a otros nos necesitamos; si así no fuera se extinguirían los afectos, y la perpetuidad de la vida no tendría razón de ser”.

“Trabaja sin temor alguno, tu familia del espacio vela por ti. Adiós”.

Las enseñanzas que encierra la comunicación del Padre Germán, si tuviéramos que hacer comentarios sobre ella, ¡Cuántas páginas llenaríamos con nuestras consideraciones!...

Sólo tenemos un deseo en este mundo, y es tener la tranquilidad suficiente para entregarnos al trabajo mediúmnico, recibir las comunicaciones de los espíritus y con ellas propagar la verdad del Espiritismo repitiendo lo que dicen los seres de ultratumba; ellos aseguran que la familia es el alfabeto de la eternidad y la naturaleza un archivo de maravillas, que el Espiritismo es la unidad del porvenir que asoma, y el Espíritu el discípulo eterno de la ciencia de Dios.

CAPÍTULO XXVIII

UN ENEMIGO

No siempre lo bueno es bueno, dice un antiguo adagio; y es la verdad. Muy útil y muy necesario es el estudio del Espiritismo para sobrellevar las innumerables penalidades de la existencia en la Tierra, que no hay hombre dichoso en ninguna esfera social: todos tienen algo que lamentar; los unos la miseria en que viven, los otros las dolencias físicas que les mortifican, aquéllas la intranquilidad moral que les aqueja, otros las pérdidas de seres queridos, todos, todos, sin excepción, se quejan de su suerte; y estudiando el Espiritismo, no diré que la felicidad absoluta nos abra las puertas del templo de la dicha, pero de creerse uno víctima de una ciega fatalidad, a considerarse víctima de uno mismo, hay mil mundos de por medio, porque el estudio razonado del Espiritismo nos demuestra matemáticamente que cada uno es hijo de sus obras, y que según hemos empleado nuestras facultades morales e intelectuales en bien del prójimo, o haciendo daño a nuestros semejantes, así es la cosecha que recogemos de la siembra anterior; mas no por relacionarnos con los espíritus debemos abdicar de nuestro buen sentido, dejando de ejercitar las fuerzas que vigorizan nuestra razón, que no hemos venido a la Tierra para ser juguete de los invisibles, y que estos nos manejen como manejan los niños sus caballitos de cartón. No, mil veces no; hay que estar en guardia, hay que pensar que si nos engañan los que tenemos delante, figuras de carne y hueso, que podemos leer en sus ojos las intenciones que abrigan, con mucha más facilidad nos pueden engañar los espíritus, que no los vemos. Decía Allan Kardec, y decía muy bien, que más vale desechar veinte comunicaciones buenas que aceptar una mala.

Hace pocos días que se suicidó en Evora (Portugal) un joven... pero mejor será que copie la carta que me envían de dicho punto:

“Hace días se ha suicidado un muchacho que estaba para terminar el curso de Derecho en la universidad de Coimbra, y ha hecho por escrito la declaración de que se suicidaba porque consultando al Espíritu de su padre, éste le había dicho que se suicidase. El muchacho se dedicaba hace mucho tiempo al estudio del Espiritismo; era rico y tenía salud. ¿Nuestra hermana Amalia podría consultar a sus espíritus? Si le fuese posible, me haría un gran favor, porque así estudiaremos sobre el terreno”.

Como mi único deseo en este mundo es trabajar en el campo del Espiritismo, he preguntado sobre tan triste acontecimiento, respondiendo un Espíritu a mis fundadas sospechas de que el joven suicida había sido víctima de un miserable engaño. He aquí su comunicación:

“Estás en lo cierto al creer que un invisible ha jugado con la buena fe de un creyente fervoroso, lo que te probará que los creyentes son perjudiciales en todas las escuelas, por avanzadas que estas sean; la creencia es la sombra del entendimiento; la ciencia de la vida es saber dudar; ni la negación por sistema, ni la credulidad por hábito. El suicida de hoy tiene en su historia algunas páginas no muy recomendables; ha causado la ruina de algunas personas por las calumnias que sobre ellas ha lanzado; esos crímenes suelen pasar desapercibidos en la Tierra, porque no hay derramamiento de sangre, pero lo que aquí queda oculto, se descubre más tarde en el espacio, y cada cual recoge la cosecha que en justicia le pertenece”.

“El suicida de hoy tiene en el espacio varios enemigos, entre ellos uno que le profesa un odio implacable, porque en una existencia fue víctima por él de una calumnia horrible, por la cual le expulsaron ignominiosamente del ejército español, en el cual ocupaba un puesto distinguido; le exoneraron, le hicieron blanco de todos los desprecios y humillaciones que puede sufrir un hombre digno y pundonoroso; él pedía la muerte, y le dijeron sus jueces que ni era digno de morir herido por las balas de los soldados españoles; quedó libre, pero maniatado por su deshonor, y enloqueció, porque no pudo resistir tanta ignominia. En el espacio, su odio se acrecentó y fueron inútiles los consejos y las amonestaciones de su guía; y ebrio de rabia, se apoderó de su calumniador y le ha seguido paso a paso hasta que ha conseguido su muerte; el padre del joven suicida jamás se ha comunicado con su hijo, está muy lejos de la Tierra. De la misma manera que hizo su trabajo el calumniador de ayer, que nadie se enteró de su inicuo proceder, del mismo modo ha obrado su enemigo, tendiéndole la red de la comunicación paternal. Sirva de escarmiento a los espiritistas crédulos, el suicidio de ese joven, que creía a ojos cerrados cuánto le decía su enemigo, disfrazado de padre amorosísimo; nunca un Espíritu de buena ley aconseja el suicidio, antes al contrario, todas las comunicaciones dadas por espíritus de buena voluntad, aconsejan la paciencia, la resignación, la resistencia en los momentos más críticos, la energía para luchar con las adversidades de la vida, sin desmayar un solo instante, sin perder la esperanza en la eterna justicia de Dios. Adiós”.

Muchísimo agradezco al Espíritu que ha comunicado sus buenos razonamientos, sus sabias instrucciones; no basta creer, es necesario saber distinguir el oro del oropel y no dejarse dominar por ningún invisible, que bastante nos dominan nuestras pasiones y debilidades.

La verdad no tiene más que un camino; el progreso no se alcanza dejando que otros piensen por nosotros, porque entonces los espíritus representarían el mismo papel que los confesores católicos, que se apoderan de sus creyentes ejerciendo la confesión.

El estudio del Espiritismo es luz y vida, si los estudiantes son racionalistas, y es sombra y muerte, si los estudiantes son creyentes fanáticos.

¡Paso a la luz!

¡Paso a la verdad eterna!

¡Paso al progreso indefinido de las humanidades!

CAPÍTULO XXIX

DEUDAS DE AYER

Con profunda pena, leí hace algunos días, una carta fechada en Puerto Rico, de la cual copiaré algunos párrafos:

“Higinia Ramos, pobre mujer del pueblo, tenía dos hijos: una niña de cuatro años y un niño de dos años escasos; madre joven y apasionada, amaba a sus hijos con toda la potencia de su ser.

Pero, no hay felicidad completa para los habitantes de este mundo; y la pobre Higinia ha pasado por la prueba más espantosa.

El 22 de Agosto, a la una de la tarde, salió Higinia de su casa, para buscar unas yerbas medicinales que cortaran las fiebres de su hija, que estaba en la cama postrada por la calentura. Dejó a la lumbre un puchero con agua y saltó una chispa del hornillo encendido que prendió a las viejas paredes de la Cabaña, (paredes que eran de tablas carcomidas) no se sabe la causa del horrible siniestro; la verdad es, que la casucha ardió rápidamente, y cuando Higinia volvió a su casa sólo encontró un montón de humeantes cenizas y el cuerpo de la niña completamente carbonizado. De aquella criatura tan hermosa, tan gentil, tan hechicera, sólo quedaban huesos ennegrecidos y carne achicharrada; los restos de la inocente niña fueron recogidos en hojas de higuera. ¡Qué horror! ¡Qué fin tan terrible el de la pequeña Georgina! ¿Por qué, siendo tan niña, ajeno su corazón a las bajas pasiones; ángel de amor y de inocencia en el cielo de su hogar? ¿Por qué, tras de las necesidades y sufrimientos de la vida, tuvo un fin tan espantoso y triste?

Amalia; vos que sois la intérprete más dulce y consoladora de las amarguras de este mundo; vuelva su mirada a este campo de Puerto Rico, y vea a una madre desolada que, hace pocos días abrazaba con amor a su hija y en breves momentos vio destrozado su cuerpo por el fuego devorador, sin haber tenido el consuelo de recibir su último suspiro, besando su frente y sus hermosos ojos...

Los espiritistas, que contemplamos tan desastroso cuadro, ante dolor tan inmenso, inclinamos sumisos la cabeza y decimos, con tristeza: ¡Cúmplase la ley! Pedimos luz para el Espíritu arrancado de un cuerpo por la brutal violencia de las llamas. Amamos la verdad; queremos dar un consuelo a esa pobre madre y dar luz a los seres que creen en la injusticia de Dios o en la casualidad; y recurrimos a vos para ver si vuestro guía quiere o puede decir algo sobre este caso tan triste, tan doloroso, tan cruel; pida inspiración, Amalia, pida inspiración, pulse la lira de su mediumnidad y que la luz y el consuelo lleguen hasta una madre dolorida que llegará a la desesperación, si no recibe una palabra de esperanza y de amor.

Mucho me conmovió la lectura de las líneas que he copiado y pedí, con verdadero afán, al guía de mis trabajos, una comunicación para la pobre madre que en breves segundos había perdido lo que más amaba, y obtuve la contestación siguiente:

“Muchos llegan a ti, pidiéndote consuelo, y uno de los seres más necesitados que te lo han pedido, es esa madre desolada que nunca se consolará, que jamás volverá a sonreír como sonreía acariciando a su hija, porque lo que yo pueda decirle, es amargo, es triste, no tiene otro lado ventajoso que ser cierto, que ser verídico lo que voy a decirte y que con mi relato puede adquirir el convencimiento de que no es víctima de la fatalidad, ni de un destino adverso, recoge, únicamente, lo que sembró ayer”.

“Hace muchos siglos que Higinia y Georgina van juntas; son dos espíritus unidos por el amor, por un amor inmenso; se han querido tanto mutuamente, que no han dejado en su corazón el más leve latido para los demás; satisfechos sus deseos, no se han ocupado, ni poco ni mucho, de la humanidad ni de las luchas sociales. Han pertenecido muchas veces al sexo fuerte, y en una de sus encarnaciones, Georgina era un magnate poderoso y su escudero predilecto era Higinia, que en aquella época era un hombre sometido por completo a los caprichos de su señor. Los dos se querían entrañablemente; lo que pensaba el uno, lo sancionaba el otro, y como no pensaban nada bueno, cometían crímenes, que quedaban envueltos en el misterio, como quedan siempre las infamias cometidas por los grandes de la Tierra; que el oro ha sido la venda que ha dejado sin vista a los jueces más incorruptibles en todos los tiempos; y Georgina, que era entonces un prócer, en cuyos dominios no se ponía el Sol, ayudado y secundado por su fiel escudero, satisfacía todos sus caprichos, sin inquietarse por los daños que causaba. Vivía únicamente para sí, y el escudero vivía para su señor; estando este contento, lo demás le era indiferente. Sancho de Ulloa, que así se llamaba entonces el opulento magnate, consideraba a las mujeres como bonitos juguetes para entretener los ocios del hombre; gentil y apuesto, sus triunfos y sus victorias en el campo del amor fácil, eran innumerables; le bastaba mirar para conseguir; así es que le sorprendió mucho y le exasperó más, la negativa de una mujer joven y bella, casada y madre de una niña hermosísima, y entre él y su escudero se propusieron conseguir lo que tanto Sancho ambicionaba, y no quisieron que sucumbiera por la fuerza, la honrada joven, sino que la gratitud la hiciera caer en los brazos de su rendido galanteador. Con un pretexto muy bien buscado, hicieron salir de la ciudad al esposo de la virtuosa mujer que desdeñaba a sus adoradores, y prendieron fuego a la casa que aquella habitaba, y que estaba fuera de la

población rodeada de jardines. Sancho, sacó de entre las llamas al objeto de sus ansias, pero ni él ni su escudero se acordaron de la inocente niña que dormía tranquilamente en su lecho; los criados, todos se salvaron, y cuando la infeliz madre se dio cuenta de que aún vivía gritó, llamando a su hija; corrió por los jardines de su destruida morada y llegó a encontrarla carbonizada; cayó sobre ella y lanzó una de esas carcajadas que arrebatan para siempre la razón. Sancho, se horrorizó de su obra; su escudero, también y por primera vez sintieron el dolor del remordimiento. Sancho, arrepentido de sus muchos crímenes, hizo una confesión general y se retiró a un convento y su fiel escudero le siguió, muriendo los dos en el Cenobio”.

“Siguieron en el espacio tan unidos como habían estado en la Tierra, y encarnaron repetidas veces, enlazados por diversos afectos. Últimamente, volvieron a ese mundo con la envoltura femenina, y Georgina pidió pagar en esta existencia el crimen cometido con la inocente niña que por su culpa murió carbonizada; ella pagó una de sus deudas, y su madre ha pagado, con su dolor inmenso, la activa parte que tomó en todos los crímenes que llevaba a cabo su señor y dueño”.

“Ya sabe Higinia porqué ha perdido a su adorada hija; porque nadie puede ser dichoso hasta estar libre de pecado. Que reconozca la justicia de la eterna ley y sólo piense en borrar con buenas obras las manchas indelebles de su ayer”.

Ciertamente que es triste conocer nuestras miserias, pero, la verdad ante todo, porque sabiendo la verdad es más fácil buscar el remedio a nuestros males. Todo crimen se borra con el sacrificio por nuestros semejantes, con el amor a la humanidad, con la abnegación sin límites.

Bendito sea el estudio y la propaganda del Espiritismo, pues sólo por el Espiritismo, la humanidad será algún día libre y feliz. No habiendo culpables, no habrá penitenciarías habitadas por criminales, como lo está la Tierra.

CAPÍTULO XXX

EGOÍSMO

El egoísmo, hasta en el amor es perjudicial; hace unos dos meses que un distinguido marino murió de muerte natural en su lecho, y su esposa, en cuanto le vio morir, cogió un revolver de su esposo, lo apoyó contra su corazón, salió el tiro y murió inmediatamente, siendo enterrados en la misma sepultura. El fúnebre cortejo llamó extraordinariamente la atención, porque no son muchas mujeres que se matan por amor, y una joven espiritista me escribió suplicándome muy encarecidamente, que preguntara por el ayer de esos dos espíritus tan íntimamente enlazados, que uno de ellos no ha podido resistir el dolor de la separación.

Como útil estudio, he preguntado a mi guía, y he obtenido la comunicación siguiente:

“No siempre lo bueno es bueno; bueno es el amor en un justo medio, pero no llevado a la desesperación y al egoísmo. Esos dos espíritus, cuyos cuerpos reposan, o mejor dicho, se disgregan en la misma sepultura, hace muchos siglos que van juntos y serían más felices, si ella fuera menos egoísta, si su cariño no fuera tan extremado, tan absorbente. En su encarnación anterior, la enamorada esposa de hoy, pertenecía al sexo fuerte, y era íntimo amigo del que fue su esposo últimamente. Eran dos amigos inseparables; ni uno ni otro tenían familia; tenían buena posición social y vivían tranquilos y hasta felices. César, que así se llamaba el esposo de hoy, era de carácter apacible y risueño; en cambio, su amigo Luis, que fue la esposa de hoy, era meditabundo, huraño, receloso, y sólo con César se expansionaba, dominándole por completo con sus exigencias y sus desconfianzas... Eran, se puede decir, el día y la noche. César era el día, la luz, la esperanza, la certidumbre del placer; y Luis era la noche con su sombra, con sus celos, con sus temores, con la desconfianza y la duda. Los dos sostenían vivos altercados, porque César decía que debían crearse una familia y Luis le respondía que para él le sobraban todas las mujeres y las obligaciones que trae aparejado el matrimonio. Nunca estaban conformes con respecto a ese punto, pero se querían tanto, que todos los días salían juntos y no se separaban más que para dormir y para atender a sus asuntos particulares. César conoció a una joven muy buena, honrada y muy hermosa; se enamoró de ella, y jugando el todo por el todo, le dijo a Luis: Estoy enamorado y me casaré dentro de tres meses; procura imitarme, busca una mujer que te comprenda, formemos dos hogares ya que tenemos bastante para atender a nuestras nuevas obligaciones y hagamos que nuestros hijos se quieran como nos queremos nosotros. Luis se quedó frío con la declaración de su amigo, pero ocultó su profunda contrariedad y trató de hacerse querer por la novia de su amigo, la cual, franca y sencilla, le acogió cariñosamente: bastaba con que fuera el mejor amigo de su futuro esposo; pero Luis, no estaba conforme con aquel cambio, porque César, naturalmente, ya no era su compañero inseparable, prefería estar al lado de su prometida, y Luis concibió un plan abominable de acuerdo con su ayuda de cámara, un fiel sirviente que se había criado en casa de Luis; entre los dos decidieron labrar la desgracia de la novia de César; a éste le sustrajeron una carta de su amada; el criado de Luis imitó a la perfección la letra de ella y escribió una carta dándole cita a un amante imaginario; esta carta, Luis se la dio a César, diciéndole: Me interesa tanto tu felicidad, que he querido averiguar quién es la elegida de tu corazón, la que te engaña miserablemente, porque de noche, un hombre salta las tapias de su jardín y sube a su aposento, y otras veces ella le arroja una carta; de esas cartas, he podido adquirir una deteniendo a tu rival violentamente; léela y convéncete de lo que son las mujeres. César leyó la carta, cayó en el lazo, e inmediatamente le mandó una carta a su amada diciéndole que fuera dichosa con su amante y que todo su amor se había trocado en el más profundo desprecio; y la joven tanto se impresionó con aquel insulto inmerecido, que se arrojó a un lago de su jardín, donde murió ahogada.

“César tenía tanta fe en la amistad de Luis, que no sospechó nada de su infame proceder, creyendo buenamente que su amada había muerto de vergüenza al ver descubierta su infidelidad, y Luis, dueño absoluto del corazón de su amigo, vivió contento porque César no volvió a pensar en nuevos amores; pero poco tiempo gozó de su amistad. César murió joven, desengañado y triste; y Luis, aunque tarde, se arrepintió de su inicuo proceder, y su egoísmo quedó cruelmente castigado, porque vivió solo martirizado por sus remordimientos”.

“Volvieron de nuevo a la Tierra César y Luis. César ocupando en la marina un puesto distinguido, y Luis con la envoltura de mujer enamoradísima de César, con el cual se unió con el lazo del matrimonio; pero como no merecía ser dichosa, por haber labrado la desgracia de una mujer inocente, perdió a su esposo, y ella apeló al suicidio para sufrir en parte el dolor que sufrió su víctima. Su cariño egoísta destruyó los cimientos de un hogar en formación y ha deshecho, por necesidad, su dicha presente, porque el egoísmo no da más frutos que la destrucción, el goce no es lícito si no se asemeja al Sol, que difunde su calor por toda la superficie de la Tierra. Secar en un corazón las fuentes del sentimiento y que sólo quede de las fuentes un hilo de agua para un ser determinado, es un robo que se hace a la

humanidad, el egoísmo es un ladrón que no lo castiga la justicia humana, pero recibe su merecido en el transcurso de la vida. –Adiós”.

Estoy muy conforme con lo que dice el Espíritu: el egoísmo es un mal, aunque se le cubra con el manto del amor; y el mal, siempre será nocivo a la humanidad.

CAPÍTULO XXXI

HACE FALTA LUZ

Desde que conocemos el Espiritismo, hemos dicho continuamente que esta consoladora y racional doctrina era tan necesaria a las clases desheredadas de este mundo como la luz del Sol a la Tierra, sin cuyo calor fecundante, la naturaleza no podría producir los raudales de vida que nos sirven para satisfacer nuestras necesidades más perentorias y nuestros goces más superfluos.

El conocimiento del Espiritismo no hace tanta falta a los ricos como a los pobres; porque los ricos no suelen envidiar; por la sencilla razón de que todo les sobra: podrán aburrirse, podrán fastidiarse y hastiarse de todo; pero no envidiar tan dolorosamente como envidian los pobres las grandezas y superfluidades que disfrutaban sólo los ricos.

Ya hemos dicho otras veces que nosotros no estudiamos en las bibliotecas: nuestro libro es el mundo y cada ser una de sus hojas.

No hace muchos días íbamos con una amiga, y nos detuvimos delante de la verja de un jardín, en cuyo centro se levanta el palacio de un conde. Nuestras miradas abarcaron con delicia aquel florido conjunto, y en particular nos fijamos en un montecillo cubierto de hortensias color de rosa.

Nada más encantador que aquel manto de flores cubriendo la tierra. ¡Parece imposible que en un jardín se pueda cometer un crimen! Porque las flores son la sonrisa de Dios, y esa sonrisa divina debe infiltrarse en el alma, despertando en nuestra mente un sentimiento de amor.

Embebidas en nuestra contemplación murmuramos: ¡Cuán hermosa es la naturaleza! Y nos volvimos a mirar a nuestra amiga a ver si participaba de igual admiración; y vimos que entre las dos se había interpuesto una mujer del pueblo vestida pobremente, pero con limpieza. Llevaba colgado del brazo un vestido, en el cual se veía unos cuantos pedazos de pan y algunas patatas. El rostro de aquella mujer, moreno y enflaquecido, tenía una expresión tan dolorosa y tan desesperada, que causaba lástima e inspiraba miedo.

Por ver si se suavizaba un poco la expresión de su semblante contraído, le dijimos:

-¡Qué hermosas son las flores! ¡Nos encanta mirarlas!

-¡Ay! Señora, contestó la pobre mujer con acento tristemente irritado: es verdad, son muy hermosas; pero ese Dios que dicen que hay, es muy injusto.

-¡Injusto! Replicamos nosotras en son de reproche.

-Sí, muy injusto, sí señora; contestó la mujer con entonación violenta. Es injusto porque a los ricos les da cosas que no hacen falta y a los pobres los deja sin pan. Esto clama al cielo, señora, y pide justicia. Tengo cuatro hijos, señora, cuatro... que no encuentran donde trabajar. ¡Son las dos de la tarde y mire Ud. lo que les llevo para que maten el hambre! Y nos mostraba el contenido del cesto, con una mirada tan elocuente y un ademán tan trágico, que parecía aquella infeliz la imagen del dolor.

-A los ricos, siguió diciendo la pobre mujer, a esos, después de darles tesoros, les da flores para que recreen la vista; y a los pobres... los deja sin pan. Yo creo que es mentira eso que dicen de que hay un Dios.

Ante la desesperación de aquella pobre madre, ante aquella terrible agonía, no supimos que contestar: nuestra amiga nada le dijo; pero sonriendo tristemente le dio una peseta a aquella infeliz, que al verla en su mano exclamó con acento agradecido:

-Quiera Dios, señora, que nunca vea Ud. a sus hijos sin pan. Dios le libre de sufrir como yo. ¡Gracias! Lo que Ud. ha hecho es muy bueno; hoy siquiera mis hijos podrán comer. E inclinando la cabeza se alejó, llevando la punta del delantal a sus ojos.

Ves, le dijimos a nuestra amiga, si esta pobre mujer fuera espiritista, no negaría a Dios; comprendería que si hoy sufre la pobreza es porque ayer hizo mal uso de sus quizá cuantiosas riquezas. Se haría cargo de que nadie padece hambre sin haber hecho sufrir a otro igual tormento. Hace falta luz, pero luz a torrentes; de lo contrario, los suicidios se aumentarán cada día, porque las comparaciones son terribles.

La pobre mujer tenía razón en lo que decía: miraba las flores, preciosas, encantadoras; pero que se puede vivir sin ellas, y rendida de cansancio, jadeante, se detuvo a mirar aquel edén, (que para ella lo era) comparándolo con el tugurio que probablemente habitaría, donde cuatro seres que ha llevado en su seno la esperaban anhelantes para saciar esa imperiosa necesidad inherente a esta vida.

Necesidad que muchas veces conduce al hombre al patíbulo y prostituye a la mujer; por esto es necesario propagar el Espiritismo, para que las muchedumbres hambrientas se resignen con su suerte; para que comprendan que no hay desheredados, que no hay más que seres culpables que sufren un justo castigo o una prueba.

Si la justicia de la Tierra, que es tan imperfecta, tiene sus penitenciarías para los delincuentes, ¿No las tendrá la justicia divina? ¿Les dará a los malvados de ayer la felicidad de hoy? Y a los mártires del infortunio ¿Les dará la desesperación? No, no puede ser así.

Es preciso convencernos, aunque no queramos, de que el pobre, el desheredado, el paria de este mundo, es un Espíritu rebelde que tiene que aprender a ser humilde en el seno de la humillación y de la desgracia; pero las religiones, llenas de misterios y de anomalías, en lugar de consolar al hombre, le han hundido en el caos de la desesperación, porque nadie se cree malo; a todos nos parece que somos un dechado de virtudes no comprendiendo las desgracias de este mundo; por consiguiente, no podemos conformarnos con que unos naden en la abundancia y otros se asfixian en la miseria y les falta todo, ¡Hasta la honra!... que, como decía Cervantes, el hombre pobre no tiene derecho ni a ser honrado. Si en alguna casa entra con frecuencia un pordiosero y desaparece alguna cosa, se dice enseguida: el pobre se lo debe haber llevado; porque la necesidad es tan mala... Si nos encontramos en medio de una gran multitud, y algún ser harapiento se coloca cerca de nosotros, al momento se dice: tengamos cuidado. Y se mira de reojo a aquel pobre ser, que no tiene muchas veces más defecto que ser pobre. Por esto no extrañamos ese desbordamiento social que se inicia algunas veces, porque la clase proletaria está muy embrutecida y se ve muy despreciada, y así no es extraño que los pobres no quieran bien a los ricos.

La instrucción espírita regenera a la humanidad, no porque los espiritistas en una sola existencia merezcamos que nos beatifiquen o nos canonicen; pero al menos cada ser se resignará con la pequeñez de su Espíritu y no culpará a nadie de su desgracia, ni llamará injusto a Dios. No será entonces la desesperación el patrimonio de los afligidos.

¡Quisiéramos ser elocuentes como Pericles y Demóstenes!

¡Sabios como Sócrates!

Bueno como el justo de los justos, el divino Jesús, para que nuestra voz fuera atendida y escuchada; para que los espiritistas todos a una, propagaran la buena nueva.

¡Hace falta la luz!

¡La luz del Espiritismo!

¡La luz de la esperanza!

¡La luz de la verdad!

¡Espiritistas! Compadezcamos a los pobres que se mueren de hambre y de frío.

Llevemos la luz a esas inteligencias dormidas en el embrutecimiento y el dolor.

CAPÍTULO XXXII

PREFERENCIAS

Nada en este mundo hay para mí más repulsivo ni que me cause impresión más desagradable que las preferencias inmerecidas; éstas me han separado desde mi niñez de la religión católica, apostólica romana. Los llamados, y los elegidos, me hicieron dudar un día hasta de la existencia de Dios; pues mi Espíritu se sublevaba ante los niños pordioseros que gemían porque tenían hambre y frío sin haber pecado.

Recuerdo como si la estuviera viendo ahora, a una pobre niña que contaría nueve o diez años, pálida y enfermiza, con los cabellos rubios y lacios que le caían desordenadamente sobre los hombros, mal cubiertos éstos con un pañuelo de seda amarillento hecho jirones: una camisa de un blanco ceniciento y un refajillo de bayeta encarnada completaba su atavío. Sin medias ni zapatos, llevaba los pies sucios y ensangrentados, y la infeliz se los contemplaba a menudo, sin duda porque se encontraba rodeada de muchísimas niñas lujosamente vestidas, y una de estas era yo.

No recuerdo qué título de Castilla había costado una función en la iglesia del Salvador de la oriental Sevilla, habiendo invitado a las directoras de los mejores colegios, que fueron con todas sus educandas. Llenose el templo de niñas vestidas con trajes de seda, zapatitos de raso y sombreros bellísimos, adornados unos con plumas y otros con flores, y entre aquellas niñas tan bien ataviadas veíase a la pequeña pordiosera, de la cual todas las chicuelas huían con visible repugnancia, como temiendo contagiarse con la pobreza. La inocente mendiga, viendo que huían de ella, se acercaba con más insistencia a todas, y mirándolas con cierto asombro, les iba diciendo: “Dame una limosnita por amor de Dios”.

Cuando se acercó a mí, instintivamente hice también el mismo movimiento de repulsión que las demás. Mi madre lo notó, y me dijo en tono de reconvención:

-¿Por qué huyes de esa pobre criatura? ¡Harta desgracia tiene con haber nacido en la miseria!

-¿Y por qué ha nacido pobre?

-Porque Dios lo habrá querido así.

-¡Dios!... ¿Dios quiere que algunos de sus hijos estén de más en todas partes? Pues es un padre muy malo. ¡Pobrecilla! Tienes razón madre mía; esta niña es muy digna de compasión. ¡No sabía yo que Dios tenía preferidos! —Y desde aquel día, contaría yo a la sazón unos once años abjuró mi alma la religión católica, no podía admitir un Dios que hiciera nacer niños pobres, que fuesen despreciados por los niños ricos.

Las preferencias divinas de los llamados elegidos, de los predestinados, de los ángeles, y de todos los seres que, se creen superiores a los demás, las rechaza mi Espíritu con toda la energía de su voluntad. Y si las preferencias de Dios eran inadmisibles en mi amor inmenso a la justicia, las de los míseros mortales no lo han sido menos; y he sufrido y sufro cuando veo uno de esos cuadros de familia en que aparecen varios hijos, uno de ellos adorado y mimado hasta la exageración, y tratando a los otros, como si estorbasen en su propio hogar, con glacial indiferencia por los autores de sus días.

¡Cuántas desgracias nacen de esas preferencias odiosas! ¡Cuántas niñas bajan a la tumba moralmente asesinadas por la misma mujer que las llevó en su seno! Conozco a una familia compuesta de un matrimonio con dos hijos, un niño y una niña, siendo esta una de esas almas que vienen a la Tierra para suspirar por el infinito. Etelvira siente la nostalgia del cielo: en sus ojos hay acumuladas todas las tristezas y amarguras de la vida. Nada más sombrío que el fondo de aquellos grandes ojos: no son los de una niña, no; hay en ellos todo el desencanto del escepticismo, y sus miradas cuentan una historia de dolores, ¡Pobre Etelvira!

No hace muchos días que hablé con ella, y preguntándole qué edad tenía, me contestó con amargo acento:

-Doce años, ¡Doce años de continuas contrariedades!

-Tú, tú ¿Contrariedades? ¿Teniendo tus padres, tu hermanito y lo bastante para vivir con desahogo?

-Yo no tengo a nadie. Bien sabe usted que mi padre, como que es marino, siempre está viajando, y apenas le vemos una vez al año. En cuanto a mi madre... mi madre... no me quiere; prefiere a mi hermano en todo y por todo, para él quiere vivir muchos años, para él ambiciona ser rica, para él sueña con la conquista de un mundo, y para mí... ¡Ay! Amalia, ¡Qué diferencia! Para mí, ni la ropa más precisa cree que me hace falta. Me envía al colegio sin libros, y ni siquiera me compra unas tijeras para bordar. Ahora dicen que me pondrán a toda pensión. ¡Dios lo quiera!... así saldré de este infierno, así dejaré de sufrir desprecios de mi madre, así no seré la víctima de los caprichos y exigencias de mi hermano. ¡Yo no sé para qué habré venido a este mundo! Todos cuantos niños miro, son más felices que yo; hasta los que piden limosna son menos desgraciados si tienen madre, porque yo... yo no la tengo. ¡Si Dios quisiera

acabar conmigo!... En fin, ¡Quien sabe! Por de pronto ya comienzo a echar sangre por la boca. –Y efectivamente, el blanco pañuelo de Etelvira se cubrió de manchitas rojas cuando se limpió los labios, y la pobrecilla ahogó un gemido.

En aquellos instantes, ¡Con cuanta pena miré a Etelvira! En su rostro no había la expresión de la niña candorosa, sino el amargo desencanto de la mujer desengañada. Su mirada, vaga, era tan triste, tan triste... que dejaba adivinar un torrente de lágrimas, las cuales, torciendo su curso natural, en vez de resbalar por las pálidas mejillas, caían gota a gota como plomo derretido sobre el corazón.

¡Cuántas responsabilidades contraerá la madre de Etelvira en esta existencia! Ella será responsable de todas las desgracias de su hija. Si ésta vive, si la fuerza de la juventud domina los síntomas fatales de su naciente enfermedad, abandonará su ingrato hogar en cuanto un hombre murmure en su oído una palabra de amor, y sin preguntarse a sí misma si le ama, sin consultar con su familia si aquel hombre por sus costumbres le conviene, Etelvira le dará su mano por huir del infierno de su casa, y ¡Quien sabe si mañana arrastrará por el lodo su corona de desposada! Porque los casamientos que se hacen por huir de la casa paterna, conducen muchas veces a la mujer, al abismo insondable de un lupanar... la que al casarse sólo da un cuerpo más o menos hermoso a su marido, corre el riesgo inminente de prostituir aquel mismo cuerpo en día no lejano.

La mujer que teniendo familia crece sin el amor bendito de sus padres, sin ese calor que sólo se encuentra en el hogar, crece en el hastío, no tiene en estima su propia dignidad puesto que ha vivido sumergida en la humillación, y está expuesta a descender por la pendiente del vicio sin saber donde y cuando se detendrá, ¡Pobre Etelvira! ¡Cuántas niñas como tú viven sin vivir!

Si, por el contrario, antes que vista las galas de la mujer, su palidez aumenta, la tos desgarrar su pecho, se dobla su talle como los lirios marchitos y exhala su último suspiro sin recibir en su frente los apasionados besos de su madre, muriendo de frío en la primavera de la vida, ¡Qué triste!... ¡Qué triste debe ser! ¡Qué impresión tan dolorosa se llevará el Espíritu de la Tierra! ¡Pobre Etelvira! He aquí una víctima de esas preferencias odiosas que tanto han influido en la existencia de muchos seres y para las cuales no tiene marcado el código ningún castigo, aunque son la causa de grandes infortunios. Muchos malvados, muchas mujeres perdidas han declarado, al hacer postrera confesión, que en su hogar no habían recibido sino frialdades y humillaciones de los que le dieron el ser. Crecer sin el calor de nadie, porque la muerte o causas poderosas dejan al niño en la orfandad o separado de sus deudos, es menos triste, es menos doloroso que tener familia y vivir proscrito entre ella. Ha dicho Campoamor y ha dicho muy bien:

Sin el amor que encanta,
la soledad de un ermitaño espanta;
pero es más horrorosa todavía
la soledad de dos en compañía.

¡Pobre Etelvira! Ella vive sola, sus dolencias no son compadecidas, su sentimiento no es comprendido, su talento, su buen criterio no es apreciado; suspira por vivir lejos de su familia ¡Ay de los niños que desean huir de su hogar! Son las víctimas de esas preferencias odiosas que tanto perjudican a la armonía social.

Siempre he dividido a las mujeres en dos clases, compuestas la una de hembras fecundas, que sirven para la multiplicación de la raza humana, nada más que para la multiplicación, inferiores en sentimiento maternal a las hembras irracionales que quieren, cuidan y atienden de un modo admirable a sus hijuelos. La otra se compone de mujeres madres, que lo son por su delicado sentimiento, aunque su organismo sea estéril, y que, si llegan a tener hijos, no prefieren ni a este ni aquel, sino que procuran despertar en ellos el mutuo afecto y la tolerancia recíproca, la paciencia en los mayores para sobrellevar las exigencias de los pequeñitos, y el amor más tierno en los pequeñuelos hacia aquellos que les enseñan a dar los primeros pasos.

¡Cuan es la misión de la madre que sabe cumplir con su deber! En cambio, ¡Cuán repulsiva la mujer si se parece a la madre de Etelvira! Es peor, mucho peor que la madrastra más perversa; peor que las mismas fieras.

A la religión católica cabe una gran responsabilidad en esas preferencias fatales. Si ella presenta un Dios que tiene elegidos, las madres de conciencia y sentimiento poco cultivados bien se pueden creer autorizadas por el mismo Dios para tener preferencias por uno o por otro de sus hijos: aberración moral que hace numerosas víctimas como la melancólica Etelvira, la hermosa niña que no ha tenido infancia, que siente la nostalgia del cielo y suspira por el infinito.

CAPÍTULO XXXIII

DICTADO DE UN ESPÍRITU

Soy un Espíritu muy viejo y muy experimentado, he tenido ocasión de sentir los más crueles remordimientos y las más dulces satisfacciones. Recuerdo una existencia que tuve de caudillo, de general en jefe, teniendo a mis órdenes a los hombres más valientes y más aguerridos. Una palabra mía los hacía morir en medio de un mar de fuego; yo era un dios para ellos, disponía a mi antojo de sus vidas. Si los dioses habitasen en la Tierra, yo podría decir que fui un dios temido y adorado. Gané muchas batallas, engrandecí a mi patria, le di muchos días de gloria, y dejé la Tierra en el campo de batalla, después de haber ganado y haber vencido al ejército enemigo. Lo que no pudo conseguir el fuego de mis contrarios, lo consiguió una serpiente que se enroscó a mi cuello, mientras yo dormía sobre mis triunfos en mi tienda de campaña. Mi muerte produjo una consternación general; mi tumba fue un plantel de laureles en flor, no era odiado, era temido; no me ensañé con el vencido, y sin embargo a pesar de no haber sido cruel, mi entrada en el espacio fue muy triste, muy desconsoladora para mí. Me encontré en una llanura inmensa; un cielo gris, sin celajes ni reflejos luminosos, caía como una plancha de plomo sobre mi cabeza. En aquella llanura no brotaba una flor, ni el más pequeño arbusto balanceaba sus ramas; sólo a largos trechos, se entreabría la tierra, formando hondos surcos, en los cuales el fuego del incendio había dejado sus negruzcas huellas y una voz lejana me decía, muy quedo: “¡Recréate en tu obra!” Seguí andando, y anduve mucho, mucho, y siempre veía lo mismo, las ruinas de los pueblos incendiados; al fin, me detuve avergonzado de mí mismo; no tenía una buena obra que recordar. De pronto, apareció la figura de un niño; el niño me abrazó; era un pequeñuelo que representaría tres años, yo le miré, queriéndole reconocer, pero me encontraba tan perturbado, que pronto me di por vencido, y le dije: -¿Quién eres? Te he visto no sé donde; sácame de dudas. -El niño apoyó su diestra en mi frente y me dijo: -Mira, miré, y me vi montando en un soberbio alazán; mi caballo corría saltando zanjas y horrendos precipicios, a impulsos de mi voluntad, mis espuelas oprimían sus ijares y mi caballo volaba como si hubiese hecho una apuesta con las águilas, que en la inmensa altura se remontaban para hacer sus nidos en los picachos de las montañas donde la planta humana aún no había llegado. Con mi veloz carrera, llegué al punto que deseaba, ante una gran ciudad que ardía por sus cuatro costados; mis guerreros cumplían mis terminantes órdenes. Mi voz de trueno se unió a la infernal gritería de los vencidos y los vencedores. Siguió el incendio destruyendo maravillosos templos paganos, donde el arte había hecho de la dura piedra delicadísimos encajes, y había dado vida a las figuras mitológicas. Bajé de mi caballo y sin idea fija, me dirigí a la ventura por los alrededores de la ciudad incendiada, reparé en una choza que comenzaba a arder, me acerqué y dentro de ella vi a un niño mudo por el espanto. El pobrecito, al verme, me tendió los brazos, yo le estreché contra mi corazón y salí huyendo con mi preciosa carga, avergonzado de mi generosidad.

¡El guerrero invencible con un niño en brazos! Mi gente, matando sin piedad a los vencidos y yo corriendo a campo traviesa, con aquel inocente, sin saber donde dejarlo a salvo... ¡Corrí mucho, mucho! Hasta llegar a una casa de campo. Allí me detuve, y pedí hospitalidad para mi compañero. Una mujer le tomó en sus brazos, diciéndome: -¡Pero este niño está muerto! - Y efectivamente, ¡El niño había muerto en mis brazos! Y yo que nunca había derramado una lágrima, al ver el cadáver de aquel inocente, bañé su rostro con mi llanto, y acompañado de aquella buena mujer y de otros campesinos, no me separé de él hasta que le di sepultura. Más tarde, mis tropas me llevaron en triunfo, crucé largo trecho bajo un bosque de laureles en flor; mujeres hermosas alfombraban mi camino con perfumadas flores, pero mi pensamiento estaba fijo en aquel niño que murió de espanto, y que ignorando que yo fuese verdugo, me tendió sus brazos, diciéndome con un mudo ademán: -¡Sálvame de la muerte! -comprendí que el niño que encontré en mi soledad, era aquel que murió en mis brazos y por si alguna duda me quedaba, él me dijo: “Soy el único ser que guarda de ti un recuerdo de gratitud; en tu última existencia muchas madres te maldicen, tu patria te debe unos cuantos palmos de terreno, pero ese pedazo de tierra, ha sido regado con lágrimas y sangre. Todo tu sentimiento, todo tu amor, lo recogí yo en breve tiempo; yo seré el único rayo de luz que iluminará la noche de tu vida. Ven conmigo, y el niño se convirtió en una hermosa figura. Me sentí desfallecido y un sueño dulcísimo y reparador me hizo olvidar mi triste entrada en el espacio”. Muchas veces he vuelto a la Tierra en posición muy humilde; no he hecho proezas, pero no he hecho mal a nadie, he vivido ignorado y he muerto en paz, en santa paz, y he hallado muchos seres amigos que me aguardaban con los brazos abiertos, sin faltar el niño que bajo esa figura se me presenta siempre, siendo el guía amorosísimo de mi vida. No lo dudes, Amalia; el hombre más grande es el que hace menos víctimas y el que más se sacrifica por la humanidad. Adiós.

Somos de la misma opinión del Espíritu. El hombre más grande creemos que es aquél que hace de su hogar un pequeño oasis, un pequeño estado, donde no hay un tirano que martirice, ni esclavos

sumisos al mando de su señor, y entre los suyos ensaya el gobierno de un pueblo donde reine el amor y la ciencia y sea un hecho el divino lema: “Uno para todos y todos para uno”.

CAPÍTULO XXXIV

EL INFIERNO

Ha dicho un escritor, (no recuerdo cual) que por mucho que el hombre invente, la realidad supera a todos sus sueños y delirios, sean estos en sentido favorable o adverso, y es una gran verdad.

Muchos tomos en folio se han escrito para pintar los horrores del infierno, y ha habido célebres poetas, que han tenido el mal gusto de describir el fondo de esos abismos, donde la eternidad del dolor era el único patrimonio de sus infortunados moradores.

Recuerdo que en Toledo celebran en el mes de Noviembre, consagrado a las almas del purgatorio, espléndidas funciones religiosas, decorando las iglesias de un modo alegórico para impresionar a los fieles.

Por oír a un notabilísimo orador, asistí hace muchos años, durante el citado mes, a una de las mejores iglesias de Toledo: delante del altar mayor aparecía un trasparente de gran tamaño, en el cual un buen pintor había dejado la expresión de su privilegiada fantasía, pintando el purgatorio de un modo que hacía estremecer. Figuraban, en primer término, mujeres hermosísimas engalanadas con trajes de púrpura, y hombres arrogantes apurando la copa del placer, que miraban con estupefacción como las serpientes de fuego que se enroscaban y retorcían sobre sus lujosas vestiduras, las destruían en breves segundos; y al sentir en la carne las terribles mordeduras de los reptiles, sus rostros se contraían, y gemidos horribles debían exhalar aquellas bocas entreabiertas.

Era aquel un lienzo admirable en su género, y yo lo contemplaba todas las noches largo rato antes que acudiera la muchedumbre, detrás de él colocaban las luces necesarias, destacándose las figuras de aquel fondo luminoso con tanta propiedad, que se hacía uno la ilusión de oír los gritos de los condenados y sentir el calor asfixiante de aquellas llamas rojizas.

Una noche que llovía a torrentes, acudieron pocos fieles a la iglesia, y así tuve más tiempo de contemplar a mi sabor el cuadro del purgatorio. El orador, antes de subir al púlpito, tenía la costumbre de arrodillarse delante del altar mayor en ademán de rezar algunas oraciones, y como aquella noche la concurrencia era tan escasa, el buen predicador no tuvo más prisa de subir a la cátedra del Espíritu Santo, permaneciendo de hinojos más de media hora delante del célebre cuadro. Yo estaba sentada muy cerca de él, en la primera grada del presbiterio, y aproveché aquella ocasión para estudiar en su rostro lo que casi había adivinado en la inflexión de su voz, ora dulce, melancólica, apagada como el eco lejano de un suspiro, ora vibrante y lleno de pasión.

No era de esos predicadores que dan golpes en el ante-pecho del público y maldicen los adelantos de la ciencia; antes muy al contrario, hablaba del progreso con verdadero entusiasmo, dejando además adivinar que dejaba mucho por decir: compadecía a los pecadores y describía las penas morales y el fuego reconcentrado de los recuerdos, mucho más que los tormentos corporales.

Habiendo podido contemplarle de cerca y detenidamente, iluminado por los vivos reflejos del altar, observé que era un hombre de figura ascética, delgado y macilento, con grandes ojos profundamente hundidos, brillantes como carbunclos: su frente, espaciosa, sus mejillas pálidas y enjutas, su boca, plegada por una de esas sonrisas indefinibles, que parece revelar el martirio interior del alma, hacían de aquel hombre un tipo especial, especialísimo.

Postrado en tierra, con las manos cruzadas sobre el pecho rezó algunas oraciones. Después enmudeció, y se quedó mirando atentamente el cuadro del Purgatorio. Yo también miré al lienzo, y por primera vez me parecieron sus figuras pálidas y vulgares, sin expresión ni sentimientos: mirando el rostro demacrado del sacerdote, veíase dibujado en él tan profundo, tan inmenso sufrimiento, que todo palidecía ante la expresión de aquel dolor verdaderamente sobrehumano.

No sé cuanto tiempo hubiera permanecido abismado en sus recuerdos, si no se le hubiese acercado un sacerdote para recordarle que los fieles le esperaban. Estremeciose convulsivamente, se pasó la mano por la frente, y subiendo a la tribuna pronunció el sermón más elocuente que yo he oído sobre la caridad.

Desde que me convencí que aquel hombre sufría, me fue mucho más simpático, y donde quiera que él predicaba iba yo a oírle; con lo que conseguí entrar en relaciones con su familia, compuesta de dos ancianas hermanas de su madre, y una sobrina casada que tenía un enjambre de chiquillos. Por la sobrina supe que su tío era bueno, buenísimo, pero de un carácter raro hasta la extravagancia: no salía de su cuarto, ni aun para comer; la familia no disfrutaba nunca de su compañía; siempre leyendo, apenas hablaba con sus deudos, pero si alguno caía enfermo, era el primero en sentarse a la cabecera de su lecho, sitio que no abandonaba más que para cumplir con sus obligaciones. A pesar de su sistemático aislamiento, era cariñosísimo con los niños y con los ancianos.

Estas noticias despertaron más mi curiosidad y mis simpatías por el padre Antonio, con quien tuve ocasión de hablar una noche al morir uno de sus sobrinitos, hermoso niño de cinco años.

El pequeño reposaba con el último sueño. Toda la familia estaba rendida de cansancio, después de dos meses de continuos sufrimientos, y sólo el padre Antonio había permanecido firme en su puesto velando al niño que sólo de él tomaba las medicinas.

La noche que se murió, fue una de las que yo me quedé, acompañando a su pobre madre, que estaba también enferma de gravedad. En el momento de expiar el pequeñuelo, me encontraba junto a su cuna con el padre Antonio, que, cerrando sus ojos con apasionados besos y levantando la cabeza, me dijo con dulzura:

-¡Dichoso él!

-Un ángel más en el cielo ¿No es verdad, padre Antonio?

-Un desgraciado menos en la Tierra. ¡Sí a su edad yo hubiera muerto!...

-De cuantas amarguras se habría librado su alma!

El padre Antonio me miró con atención, y enmudeció; pero yo, queriendo aprovechar una ocasión que quizás no se me volvería a presentar, le dije:

-Aunque usted se calla, yo adivino su sufrimiento: yo sé que es usted inmensamente desgraciado: usted mismo me lo ha dicho.

-¡Yo!... ¿Cuándo?... no recuerdo.

-La noche que rezó usted más que de costumbre delante del cuadro de las ánimas. Su semblante revelaba más angustia, más desconsuelo, más desesperación que el de todos aquellos pecadores que se retorcían en el Purgatorio.

-Tiene usted razón. Ellos figuran estar en el purgatorio, mientras que yo realmente vivo en el infierno. Yo no sé si usted ha amado alguna vez, lo que no me cabe duda es que sabe leer en el alma, cuando ha leído en la mía; en la mía, que trato de ocultar con tenaz empeño, por esto cierro mis ojos para que no me delaten. Es verdad, sufro horriblemente. Sin vocación fui sacerdote, mi familia era muy pobre; si yo no seguía la carrera sacerdotal, perdía la pingüe renta de una capellanía, y por asegurar a mis padres su bienestar, ahogué los gritos de mi corazón.

Durante algún tiempo viví tranquilo viendo a mis padres libres de la miseria, cuando en mal hora me nombraron confesor de las monjas de... (el nombre del convento no hace al caso) y allí... allí conocí a una mujer, hermosa como la sueña el deseo, cándida, y buena, como las buenas madres quieren que sean sus hijas. Vernos y amarnos con delirio fue obra de segundos. Concertamos la fuga, y cuando un buque nos iba a llevar lejos de España, cuando aquella mujer adorada se creía feliz fuera de su prisión, unos brazos de hierro la arrebataron violentamente de los míos, para sepultarla en el convento donde había pronunciado sus votos. Yo fui severamente reprendido; estuve preso algún tiempo, y después me relegaron a Toledo, donde vivo muriendo. El recuerdo de aquella mujer es mi gloria y mi infierno: mi gloria por su amor, mi infierno por el remordimiento que me causa su inmensa desventura.

En aquel instante vino el padre del niño a ver como seguía su hijo, y al encontrarlo muerto, lloró como era natural. -No le llores- exclamó el sacerdote: Que, muerto, estás seguro de su felicidad; vivo... vivo... hubiera estado muy cerca de caer en el infierno, y en el infierno... creemos, se vive muy mal. -Y saliendo precipitadamente, se encerró en su aposento, donde debió dar rienda suelta a su llanto, pues se le oyó sollozar durante algunos segundos.

Causas imprevistas me hicieron salir de Toledo dos días después de haber hablado con el padre Antonio, al que no he vuelto a ver y no creo que le vuelva a ver más en la Tierra: casi tengo la certidumbre de que debe haber dejado este planeta.

El fuego que irradiaban sus ojos habrá carbonizado su corazón. El suplicio en que vivía aquel hombre era superior, muy superior a las débiles fuerzas humanas.

¡Recordar a un ser adorado, saber que si vive, vive sufriendo una penitencia horrible! ¡Ah! ¡Cuántas víctimas han hecho los votos religiosos!

Tienen razón las religiones al decir que existe el infierno, porque ellas lo han creado. Los conventos son los insondables abismos, las regiones infernales, donde se truncan todas las leyes de la naturaleza.

Dijo un poeta, que, ante la horrible tempestad del alma, ¿Las tempestades de la mar, qué son? Lo mismo se puede decir ante el infierno católico: ¿Qué es el cuerpo atormentado por el fuego, ante el suplicio del Espíritu que vive asfixiado torturado por horribles recuerdos?

¿Qué son esos condenados vulgares que pintan rodeados de llamas, ante un rostro demacrado por el sufrimiento? ¿Ante unos ojos hundidos, ante una de esas amargas sonrisas que cuentan una larga historia de dolor?

El infierno que llevan algunos seres dentro de sí mismos, encierra más horrores que todos los creados y por crear. El verdadero infierno del hombre es la desesperación.

CAPÍTULO XXXV

LA PACIENCIA

Esta virtud, (según el diccionario de la lengua) “nos enseña a sufrir y tolerar los infortunios y trabajos en las ocasiones que irritan o conmueven, es el sufrimiento y tolerancia en las adversidades, penas y dolores, es la espera y el sosiego en las cosas que se desean mucho”.

He aquí una virtud, que casi es desconocida en la Tierra, pues aunque muchos parecen que viven resignados y conformes con su destino más o menos adverso, se cumple en ellos el adagio: “Que a la fuerza ahorcan, y quedan bien ahorcados”. Una cosa es considerarse impotente para luchar con la adversidad, y otra el sonreír en medio del infortunio, sin misticismo, sin exageración, sin alterar las leyes naturales, conservando una perfecta serenidad en las grandes tribulaciones de la vida, en la paciencia hay racionalismo, o idiotismo, es una virtud que aún no está bien definida.

No hace mucho tiempo, que salí una tarde para un pueblo cercano, y al llegar a la estación de Gracia, tuvimos que esperar cerca de media hora a que pasara el tren ascendente, nos sentamos, nos pusimos a leer como de costumbre, cuando oímos una voz agradable que nos decía:

-¿También ha llegado usted tarde como yo?

Levantamos la cabeza y vimos a una mujer del pueblo que contaría probablemente 60 inviernos, delgadita, con ojos pequeños pero vivos, chispeantes, muy expresivos, sonrisa benévola y frente serena coronada de cabellos grises cuidadosamente peinados; su traje era pobre, pero muy limpio.

Sin saber por qué, la miramos atentamente, y encontramos en su rostro algo simpático que nos agradó y nos atrajo hasta el punto que dejamos de leer para hablar con aquella mujer que se expresaba en buen castellano.

Hablamos de cosas indiferentes y por último recayó la conversación en la conveniencia de tener más o menos familia.

-¿Sabe Ud. lo que yo creo más conveniente? Dijo nuestra interlocutora; tomar con paciencia las penas de la vida, y venga lo que viniere.

-Pues no pide Ud. poco, ¿Tener paciencia! ¿Y quién la tiene en este mundo?

-El que la quiere tener: mire, yo la tengo, la he tenido y confío que la tendré, y no crea que tengo motivos para tener acopio de paciencia, porque he pasado muchas penas, y tanto va el cantarillo a la fuente hasta que se rompe.

-Pues nadie diría que Ud. ha sufrido, porque su semblante revela perfecta tranquilidad.

-¡Ah! Es que yo vivo muy tranquila; mas no por eso he dejado de sufrir todo cuanto hay que padecer en el mundo. A los tres años perdí a mi padre, a los once a mi madre, a los 15 me casé, a los 22 ya estaba viuda y con tres hijos que parecían tres soles: me casé por segunda vez, y hace más de veinte años que perdí a mi marido y a seis hijos, total 9 muertos, contando mis dos maridos y mi madre, porque la muerte de mi padre por mi corta edad no puedo sentirla. Ya ve Ud. si mi paciencia ha sido puesta a prueba, y para que no me quedara nada que perder, trabajando de día y de noche, conseguí ahorrar 400 duros, que los puse en una empresa de ferrocarriles, quebró la compañía, y ¡Adiós! Mis 400 duros, fruto de mi trabajo y de mis privaciones.

Otras compañeras que también habían puesto allí sus economías se desesperaron, dos cayeron malas y una hasta se murió del disgusto, yo no; pues aunque al saber la pérdida lo sentí, como es natural, en seguida me hice la cuenta siguiente:

No lo he perdido todo; me queda un banquero que me guarda un gran capital: ¡Me queda Dios! Que no me dejará perecer pues me da salud y deseos de trabajar, y el que quiere trabajar, antes se juntará el cielo con la Tierra que él se quede sin comer.

-Tiene Ud. talento práctico para vivir.

-Yo no sé lo que tengo; lo que sí le puedo asegurar es que no conozco la envidia, miro a los ricos que viven en la abundancia y digo: cuando lo disfrutan, lo merecerán, porque Dios no puede dar a uno lo que quite a otro, eso se queda bueno para los hombres, no para el rey de los cielos: si ellos disfrutan de lo suyo, ¿Por qué he de desear yo lo que no me pertenece? Que soy pobre, es verdad; que si no trabajo no como, es muy cierto; pero tengo salud y buena voluntad y ningún día he dejado de probar la gracia de Dios. ¿Quiere Ud. más felicidad cuando hay centenares de infelices que se mueren de hambre poco a poco?

Que hay madres que se ven renacer en sus hijos, florecer en sus nietos, y yo me he secado como árbol quemado sin echar retoños; esto es triste... pero.. ¿Qué le hemos de hacer?... todavía hay otros más desgraciados que están en un asilo de mendicidad, o rodando por las calles implorando caridad, y yo por lo menos, siempre tengo de sobra donde ir a trabajar, y de noche me voy a mi cuartito, me acuesto en mi buena cama, sé que al otro día no me quedará sin comer, no me remuerde la conciencia de haberle hecho

daño a nadie, y vivo sin envidiar y sin ser envidiada, que a mi modo de ver, es la única felicidad que se goza en este mundo.

-Veo que comprende Ud. la gran filosofía, y admiro su buen criterio.

-Yo no sé si sé pensar, pero sí le diré que me fijo mucho en todo lo que veo; en mi larga vida, que ya soy muy vieja, he conocido a mucha gente, porque mi oficio primitivo fue planchadora, después me dediqué a la cocina, y voy a muchas casas de los grandes los días que tienen convite, o se van de temporada al campo y en las fiestas de mayor solemnidad, y si viera Ud. ¡Cuánto se ve en esas casas!... ¡Cuántas señoras, momentos antes de llegar los convidados, no saben como hacerlo para ocultar sus penas, y lloran por los rincones unas con motivo sobrado, y otras por envidiosas, porque no pueden estrenar un vestido mejor que el de fulanita o menganita! He visto tantos sustos, tantas agonías entre esas personas que el mundo llama felices, que francamente, en comparación de ellas, más de una vez me he considerado dichosa, porque he tenido tranquila mi conciencia, y no he desconfiado nunca de la justicia de Dios.

-Ya tiene Ud. razón en creerse feliz.

-Sí señora que lo soy, porque gracias a Dios nunca me he desesperado en medio de mi desgracia, y he tenido paciencia para sufrir, porque he comprendido que nadie tiene más que lo que se merece, y que todos podemos ser felices si queremos serlo.

-Es cierto, ciertísimo.

-Vaya si lo es, la prueba la tengo en mí, que a pesar de la orfandad en la niñez, de haber formado dos veces familia y haberla perdido, tener que trabajar para vivir, sin disfrutar de ninguna diversión, sin ir a ninguna parte, únicamente de mi casa al trabajo, y de éste a descansar, no me conceptúo por esto desgraciada, veo que todos sufren, que todos padecen, unos más, otros menos, y que los más envidiados suelen ser los que tienen más tribulaciones, siendo condición de esta vida el sufrimiento. ¿Por qué desesperarse? ¿Por qué oponerse a la ley cuando una sabe que esto no ha de durar siempre, que al fin nos hemos de morir, y que Dios nos dará el descanso eterno?

-Cuántos que pasan por entendidos y por filósofos quisieran tener el buen sentido que Ud. posee.

-Yo no sé si soy tonta o discreta, lo que le puedo asegurar es que no me quejo de mi suerte, y que todas las noches cuando me acuesto, no me asusta la idea de la muerte, porque estoy segura que nadie me maldecirá cuando me muera. Vaya, buenas tardes, me alegraré de volverla a encontrar.

-Yo también, porque he aprendido hablando con Ud. y estrechando la mano de la anciana subimos al coche que nos condujo al lugar que deseábamos.

Desde aquella tarde, vive en nuestra memoria el recuerdo de la noble anciana que sin ser espírita, comprende perfectamente la ley de la vida, y reconoce en Dios lo que muchos sabios se obstinan en no reconocer: su estricta justicia.

¡Qué Espíritu de tan buen sentido el de aquella mujer! ¡Qué tranquilidad en su frente! ¡Qué alegría tan pura en sus ojos! ¡Qué expresión tan agradable la de su rostro! Así debíamos vivir todos los que comprendemos el Espiritismo; la paciencia se confunde muy a menudo con el fanatismo, que también entre los espiritistas hay fanáticos que creen buenamente que se han de cruzar de brazos ante las pruebas de la vida, sin permitirse el justo desahogo de exhalar una queja, ahogando el sentimiento que es la palpitación de la vida. ¿Para qué entonces la razón del hombre, si no le sirve para apreciar los dolores de su expiación? Una cosa es exasperarse y decir que Dios es injusto, y otra lamentar el atraso en que hemos vivido, que nos obliga a sufrir penalidades; la verdadera paciencia es tolerar los infortunios sin llegar a la desesperación, es esperar con sosiego lo que más se desea, pero de esto a ocultar el llanto, a reprimir la queja, a no dar expansión al sufrimiento, hay una distancia inmensa.

Nadie puede practicar mejor la paciencia, que aquel que sabe que cuanto sufre es consecuencia de sus actos; conociendo la causa, no puede culpar ni a Dios ni a su destino, pero tiene derecho para culparse a sí, y hasta un deber sagrado le impone reconvenirse, pidiéndose cuenta de sus hechos anteriores.

La paciencia no debe ser una virtud pasiva, sino activa, se debe emplear en un trabajo lento y continuo, e indudablemente es la virtud que mejor puede practicar el espiritista racionalista.

La paciencia, no es la impotencia encadenada a la fatalidad, es el trabajo perseverante, y metodizado, y en los sufrimientos y tribulaciones, no es dominarse hasta el sacrificio, trucando las leyes de la naturaleza, no es cerrar la fuente de las lágrimas que son la evaporación del sentimiento, el llanto del alma no es la expresión de la rebeldía del Espíritu, es el justo tributo rendido a la memoria de los seres que se van antes que nosotros.

El hombre para vivir en la Tierra necesita familia, amigos, almas simpáticas que comprendan la suya, y cuando pierden alguno de esos elementos que le ayudan a vivir, necesariamente tiene que languidecer, y el verdadero espiritista, el que conoce que sólo de él depende la felicidad de su porvenir, emplea su paciencia en trabajar sin impaciencia, confiando como la mujer, cuyo relato hemos referido, en la estricta justicia de Dios.

Unos de nuestros grandes defectos ha sido nuestra impaciencia, siempre hemos adelantado las horas y los acontecimientos; sólo el estudio del Espiritismo nos ha hecho conocer la verdad del antiguo adagio, que no por mucho madrugar amanece mas temprano, y hemos comenzado a tener paciencia trabajando en nuestro progreso, sin aspirar a inmediata recompensa.

La paciencia es una virtud, quizá, y sin quizá, la más necesaria para el adelanto del Espíritu; esperar con sosiego es vivir, es trabajar, meditar, analizar, buscar el porqué de las cosas, y el estudio del Espiritismo nos induce indudablemente a tener calma, porque mientras más largo se presenta el plazo de la vida, más esperanza hay de rehabilitación y de felicidad, y como las comunicaciones de los espíritus nos manifiestan que la eternidad es nuestro patrimonio, el más impaciente, el más descontentadizo, el más exigente ha de reflexionar y decir: ¡Tengo tiempo!... ¡Nada tengo perdido, todo lo puedo recuperar!... y de creerse desheredado, a considerarse dueño de una gran fortuna, hay la misma distancia que del todo a la nada.

¡Bendita la hora que comenzamos el estudio del Espiritismo! Por él hemos alcanzado a tener paciencia, y creemos firmemente que cuando lleguemos a comprender el valor inmenso de esa virtud, (quizá la primera entre todas las virtudes) habremos escrito en el libro de nuestra historia, la primera página digna de ser leída.

Tengamos paciencia para no cansarnos nunca de trabajar en la propaganda del Espiritismo; los iniciados en la verdad suprema tenemos un deber sagrado en decir a las multitudes:

-¡No os desesperéis! La vida no tiene término, el progreso es indefinido, ¡Nunca acabarán los mundos! Siempre habrá soles que darán vida al Universo ¡Siempre Dios será la fuerza motora que mantendrá el movimiento y la renovación continua de la naturaleza!

Siempre los espíritus irán ascendiendo por sus virtudes, obteniendo lo que es justo.

Amor, el que haya amado.

Gloria, el que se haya complacido en glorificar a otro.

Riqueza al que haya procurado enriquecer a su prójimo.

Instrucción, al que se haya sacrificado por instruir a los ignorantes.

¡Cuán grande es la vida en su origen!

¡Cuán espléndido su porvenir!

¿Hay algo más consolador que el progreso indefinido?

Si la paciencia nos induce a progresar, ¡Bendita sea esta virtud! Ella es la estrella polar que nos guía y nos salva de los innumerables escollos que hay en el mar turbulento de la vida.

¡Paciencia! ¡Tú eres la melancólica sonrisa de los infortunados!

¡La que apartas del abismo a los suicidas!

¡La promesa bendita del infinito!

CAPÍTULO XXXVI

¡DESDE MUY LEJOS!

Hace pocos días recibí una carta de una señora espiritista que reside en San Juan de Puerto Rico, y en ella me contaba la muerte de un joven empleado en el ferrocarril, al que ella profesaba maternal cariño, porque se iba a unir con su hija; esta señora, lamentándose amargamente me dice en la suya:

“Luis era de carácter alegre, cariñoso, servicial con todo el mundo; no había persona que no le quisiera. Luis fue al encuentro del jefe del ferrocarril, diciéndole que dentro de un mes se casaría con su hija, siendo este el bello ideal de su vida, porque la idolatraba. Acostumbraba muchas veces a ausentarse en busca de mejor trabajo y marchaba alegre y contento; pero la última vez que se marchó lloró y se fue triste y afligido, sin darse cuenta ni explicación de lo que pasaba; y en sus últimas cartas a su madre y a mi hija, les decía que no sabía lo que sentía, pero que mirando al porvenir lo veía todo oscuro, y cada día se encontraba más triste. El 14 de Marzo del año 1907 se levantó muy temprano, y al ir a cumplir su obligación encontró la muerte; pero no se sabe cómo el tren lo destrozó. Lo enterraron como un perro, en la arena, sin ataúd, pero la Sociedad Masónica lo reclamó, y entregó los restos a su madre. A su entierro acudieron todas las clases sociales, y sus amigos se pelearon por llevarle al cementerio, ¡Era tan bueno! Mi hija está inconsolable, se amaban desde niños, y yo le suplico encarecidamente que pregunte, por qué siendo los dos tan buenos, han tenido que ser tan desgraciados”.

“Porque su desgracia les viene desde muy lejos (me dice un Espíritu), porque esos dos seres fueron culpables hace muchos siglos y nunca tenían valor bastante para saldar su antigua cuenta. Son dos espíritus de larga y accidentada historia; antes de la época en que alborearon las enseñanzas de Cristo, los dos pertenecían al sacerdocio, los dos eran servidores de los dioses. La joven de hoy también entonces vestía el ropaje de mujer era sacerdotisa y guardaba el fuego sagrado, pero había otro fuego en su corazón, bajo su aparente castidad, era mujer de pasiones violentas, pero disimulaba perfectamente sus deseos materiales y pasaba por ser la castidad personificada. Entre los grandes sacerdotes figuraba un hombre que causaba admiración su conducta ejemplar, y aquel sacerdote es el Espíritu que ha tenido que pagar ahora su crimen de ayer. En aquella época era un fiel observador de su credo, mas no por esto era insensible a los encantos de la hermosa sacerdotisa, de la mujer apasionada, que había sentido por él una viva pasión, pero que él rechazaba con heroísmo, ella tenía muchos admiradores que la veneraban y dejaban a sus plantas riquísimos presentes para que ella hiciera de ellos lo que quisiera, y ella, dominada por su loca pasión, le dijo al gran sacerdote, que había un hombre que la adoraba y le ofrecía llevársela lejos, muy lejos, y hacerla dichosa con su amor, y que ella no sabía qué hacer; el gran sacerdote sintió celos, y ya que él no podía hacerla suya, tampoco quiso que otro la hiciera dichosa, y dominado por la más horrible de las pasiones, buscó al hombre que ella le designó, y después de recriminarle por querer sacar del templo a la guardadora del fuego sagrado, en un momento de arrebato le clavó un puñal en el corazón, y no se contentó con matarlo, sino que trituro su rostro con varias heridas, mas su crimen quedó oculto, porque nadie pudo sospechar que aquel hombre preferido por los dioses fuera capaz de convertirse en un asesino sin corazón. Él mientras tanto se horrorizó de su obra, y necesitando desahogar su pena y su remordimiento, le dijo a la sacerdotisa el crimen que había cometido dominado por los celos, por el egoísmo de no querer que otro fuera dichoso, ya que él por sus juramentos no podía serlo. “No reveles a nadie mi iniquidad, le dijo él sollozando como un niño, ¡Soy un miserable!” “Gracias a los dioses que al fin eres hombre, le dijo ella delirante y apasionada, así te quería yo, con la pasión de la Tierra no con el amor a los dioses. Yo no puedo vivir sin ti, quiero ser tuya, y si me rechazas, entonces diré a los sacerdotes que eres un asesino. Elige, o mis brazos o el castigo del fuego eterno. Y... sucedió lo que era natural que sucediera, venció el amor, el deseo, la locura de la pasión terrena, y ella sonrió satisfecha, pero él no; pasado el primer tiempo de embriaguez y delirio, los remordimientos le atormentaron cruelmente; era un alma mística, creía de buena fe que eran gratos a los dioses los sacrificios de las pasiones humanas, y aunque ella le enloquecía con sus caricias, el gran venerable vivía muriendo, convencido de que había faltado a todos sus deberes divinos y humanos. Amaba a la sacerdotisa y al mismo tiempo le decía que por ella gemiría eternamente en los antros del averno, y murió creyendo que los dioses no le perdonarían jamás”.

“Esos dos espíritus han vuelto a la Tierra muchas veces, pero nunca han podido disfrutar tranquilamente de su amor, porque ella le indujo al crimen, ella le formó la celada en la cual necesariamente él tenía que caer, porque él la amaba, pero se contenía en su pasión en tanto que la creyó segura, guardando en el templo el sacro fuego, pero al pensar que ella podía huir en brazos de un hombre, el hombre terreno se despertó, y cegado por los celos mató sin compasión a su rival, y faltó a sus deberes de gran sacerdote estrechando en sus brazos a la mujer impura que le arrojaba al abismo de los goces prohibidos. Los dos faltaron a sus deberes y los dos han ido cayendo repetidas veces sin encontrar un puerto de bonanza. Por fin él se decidió en esta existencia a morir para saldar su cuenta, cuenta que le

atormentaba hacía muchos siglos, miraba a su pasado y veía allá lejos, muy lejos un hombre loco de celos matando sin piedad a un ser que no le había ofendido. Él ya estará más tranquilo, y ella llorará sin saber que su llanto lava las mareas de sus impaciencias pasadas, de sus locuras, de su afán de gozar jugando el todo por el todo. El amor existe, la felicidad también, pero ésta no se consigue diciendo: ¡Quiero ser dichoso aunque para ello tenga que escalar los cielos y caer en los abismos! No, la dicha es una planta que no crece regada con sangre ni con lágrimas de remordimiento, su cultivo es más delicado, crece entre flores humildes, resguardada de los huracanes de la vida. Esos dos espíritus, cuando se vuelvan a encontrar, se contemplarán gozosos y se dirán mutuamente: ¡Cuánto hemos pagado! Ahora ya seremos merecedores de sonreír juntos sin faltar a nuestros deberes divinos y humanos.

“Adiós”.

Tiene razón el Espíritu, desde muy lejos, esos dos seres vienen caminando, pisando abrojos. Dichosos si después de haber caminado tan largo trecho pueden mañana descansar en un hogar humilde, ni envidiados ni envidiosos.

CAPÍTULO XXXVII

¡UNA MADRE!

¿Qué es una madre?

Es el ángel bueno de una familia, la sombra protectora del árbol gigantesco del amor, la fuente inagotable de agua cristalina, donde sacian su sed los inocentes niños, los hombres de edad madura y los octogenarios.

Una buena madre de familia es la providencia de sus hijos, la prudente y sabia consejera de su marido, y el báculo donde se apoyan los abuelitos, niños grandes, quizá más débiles muchas veces, que los pequeñuelos al dar sus primeros pasos.

¡Cuánto bien puede hacer una buena madre! Y para demostrar la veracidad de lo que decimos, vamos a referir una verídica historia de sencillo argumento y de doloroso desenlace.

Hace cinco o seis años, que yendo una tarde por el hermoso paseo de Gracia, resonó en nuestros oídos una voccecita infantil que decía con dulzura:

-Señora, señora, una limosnita para un pobrecito ciego.

Volvimos la cabeza, y vimos un cuadro verdaderamente conmovedor. Sentados en un banco de piedra, estaban, un hombre de edad mediana, vestido pobremente, (pero con limpieza) y una niña de unos tres años, blanca y rubia, de rostro simpático y risueño, nos acercamos a ellos, y entablamos conversación con el pobre ciego, que en breves palabras nos contó su historia.

Había sido guarda de campo, y un cazador, inadvertidamente le arrojó sobre los ojos una perdigonada dejándole casi ciego; su esposa, la buenísima Serafina, mujer de gran corazón, empleó cuantos medios estuvieron a su alcance para hacerle recobrar la vista a su amado Simón, acudiendo a los mejores médicos, y a los más renombrados oculistas, mas sólo consiguió acabar sus ahorros y perder toda esperanza de curación después de sufrir el pobre ciego once operaciones, cual más dolorosa de todas ellas.

Serafina, tomó su cruz sin murmurar, trabajando de noche y de día para mantener a su esposo y a tres niñas, y él la ayudaba implorando la caridad pública acompañado de su segunda hija, ángel de paz y de amor.

Nos inspiró tanta compasión aquel desgraciado, que quisimos conocer a su esposa, y fuimos a su casa, donde no supimos qué admirar más, si el arreglo y el orden que reinaba en aquel reducido albergue, o la resignación y la actividad de aquella madre de familia, mujer digna y amorosa, que era verdaderamente el sol que irradiaba en aquel hogar.

Apenas había sillas donde sentarse, pero no se veían esos vestigios repugnantes de la pobreza, aquellas niñas estaban limpias, peinadas, ella, la buenísima Serafina, llevaba un vestido de percal que hacía diez años que lo usaba, lleno de zurcidos y de remiendos, pero sin una sola mancha, porque tenía la costumbre de considerar el agua y el jabón tan necesarios como el pan; Serafina era verdaderamente higienista, la limpieza para ella era la mitad del alimento, ¡Cuánto valía aquella mujer! ¡Cuántos héroes ignorados hay en la Tierra!

Su marido la adoraba; si le preguntaba quien era Dios, contestaba que para él, no había más dios que su compañera, pues por ella no conocía ni los horrores del hambre, ni el frío de la desnudez.

Cinco niños llegaron a sonreír en aquel humilde hogar, y el pobre Simón se creía feliz durmiendo a los más pequeñitos en sus brazos.

Creyendo mejorar algún tanto su triste situación, se trasladaron a Valencia, donde tenían algunos parientes, y allí vivieron dos años unidos por el cariño más verdadero, y cuando el último cólera tendió sus negras alas sobre la ciudad de los jardines, Serafina, la madre modelo, la esposa ejemplar, la providencia de seis seres que por ella vivían unidos y casi felices en medio de su miseria, tembló de espanto ante el mensajero de la muerte, y en breves horas quedó sin vida, la que tanta vida daba a su infortunada familia, la que era el alma de aquel pequeño grupo de espíritus sencillos, humildes y amorosos.

El pobre Simón quedó como herido del rayo, sus pequeños hijos llamaban a su madre, pedían pan, y ya no estaba allí el ángel de la providencia, la mensajera de Dios había vuelto a su patria. La niña más pequeña murió de frío, de hambre en el cuerpo, de inanición en el alma, y sus cuatro hermanitos, ingresaron en un asilo de Beneficencia y el desgraciado, el infeliz ciego ha quedado solo con sus tristísimos recuerdos, con su amarga y dolorosa soledad.

Una mujer pobre y humilde, sostenía con su amor el calor de un hogar donde había mucha miseria, y mucha resignación; murió la madre, y aquellos tiernos niños, acostumbrados a dormir en los brazos de sus padres, han tenido que ingresar en una de esas casas hospitalarias donde se abriga el cuerpo, pero donde se muere de frío el alma. El pobre ciego no ha sido egoísta, ha preferido el bien material de sus hijos, a la satisfacción de tener uno de ellos junto a él.

Una madre, indudablemente, es el sol que irradia en el hogar. ¡Ay de los huérfanos y de los enfermos desamparados! Y si de una familia reducida, damos a ésta centenares de individuos, y de estos centenares formamos un número de cantidades innumerables, a las cuales podemos llamar fracciones de la humanidad, estas familias numerosas también tienen una madre, y una madre amorosísima que mantiene el calor en muchos hogares, esta madre es la razón; sin ella hay muchos huérfanos desvalidos, muchos enfermos desamparados, muchos ciegos que tropiezan y caen, muchos locos que deliran negando la existencia de Dios.

¡Ah! Sí, sí; la razón es la madre de la humanidad, pero para muchísimas fracciones no existe esa madre amorosísima, porque las religiones son las encargadas de darle un narcótico que la sumerge en un profundo sueño, sueño que a veces dura centenares de siglos, y distintas fracciones de la humanidad viven en la orfandad más dolorosa, en el más triste abandono, en la más completa ignorancia, se asemejan a los hijos del pobre ciego que hemos referido anteriormente, satisfacen el hambre del cuerpo, pero carecen por completo del calor del alma, y por consiguiente viven sin vivir, porque les falta el amor; la previsión maternal de la razón, madre amorosísima que da a sus hijos todas las nociones del bien, todos los impulsos del adelanto, todos los consuelos del trabajo y del progreso.

¡Bendita sea la razón! Madre amantísima de la humanidad, manantial inagotable de la ciencia, raudal de verdades eternas ¡Feliz del que bebe en tus lípidas aguas!

Para una fracción de la humanidad la razón ha dormido con un sueño cataléptico diez y nueve siglos, los católicos apostólicos romanos, son huérfanos de madre, viven sin vivir porque les falta ese calor del alma, ese amor a lo grande, esa aspiración al progreso, esa adoración al adelanto, cuán dignos son de compasión, les consideramos como a los pobres recogidos en los establecimientos benéficos, su vida no es vida, porque viven sin amarse. ¿Y estarán condenados a vivir siempre así? No, es imposible, la catalepsia no es la muerte, la razón ha dormido para los católicos diez y nueve siglos, y hoy el progreso es el encargado de despertarla, él ha velado su sueño de muerte, él ha estudiado los fenómenos de su letargo, y ya sabe que es lo que se necesita para despertar a la razón, por eso le ha dicho así:

¡Madre de la humanidad; despierta! Millones de católicos o sea la décima parte de los habitantes, gimen en la orfandad más dolorosa, desconocen puede decirse el amor al progreso, pues siempre que los genios han gritado ¡Hosanna! Maravillados ante sus descubrimientos y ante sus portentosas y utilísimas invenciones, ellos los católicos, los que escribieron el “Syllabus” o sea el código de las maldiciones, han lanzado su excomunión y su anatema sobre todo lo grande, sobre todo lo bello, sobre todas las nobles aspiraciones de la humanidad. ¡Desgraciados! Son los huérfanos que corren a la desbandada sin tener la menor noción de ese gran sentimiento que sólo una madre sabe inculcar en sus hijos; y si bien es la décima parte de los terrenales la que carece del amor maternal, si por una oveja descarriada Jesús desandaba el camino andado y recorría el monte en todas direcciones, bien puede el Espiritismo recorrer Europa, penetrar en Asia, y bien puede aventurarse sembrando su productora semilla en los campos vírgenes del África, donde hay tantos adeptos a las falseadas enseñanzas de Cristo, bien puede lanzarse a la exploración en las América septentrional y meridional donde existen adoradores de vírgenes y cristos que ha multiplicado la credulidad y la ignorancia a mundos miembros de la grey católica. Y todos estos cerebros donde las ideas funcionan libremente, deben ser tocados por la varita mágica del progreso; tantos oídos sordos a las quejas de los desvalidos, deben escuchar la voz de los espíritus que vienen a decirnos:

-¿Queréis vivir?

-¿Queréis levantaros de vuestra postración?

-¿Queréis emanciparos de la humillante tutela del oscurantismo?

-¿Queréis ser libres?

-¿Queréis ser grandes?

-¿Queréis ser amados?

-¿Queréis dejar un recuerdo imperecedero de vuestro paso por la Tierra? Pues amad a Dios en la naturaleza, rendidle practicando el bien en su nombre, buscad en la ciencia a los santos, a los héroes, a los mártires de la humanidad, y encontraréis legiones de filósofos, de matemáticos, de químicos, de físicos, de anatómicos, de astrónomos, de fisiólogos, de geólogos, de naturalistas, de ingenieros mecánicos, de hidrógrafos, de hidrólogos, de microbiólogos, que han sacrificado su vida en bien de la humanidad, consagrando todas las horas de su existencia a los grandes descubrimientos, a las útiles mejoras en la industria, en las artes, en el comercio, en las exploraciones, en las canalizaciones, en todo cuanto atañe al progreso de la humanidad.

Sí, sólo la voz de ultratumba conseguirá despertar a la razón, que duerme para el catolicismo romano, y cuando la razón se despierte los católicos entrarán en la vida del adelanto y tomarán parte en la civilización universal.

Espiritistas racionalistas, nosotros que sabemos que la razón es la madre amorosísima que inculca en los pueblos los sanos principios de la moral, única y verdadera religión, la razón que es la que impulsa al hombre a trabajar y a debérselo todo a sí mismo; si queremos cumplir con hechos lo que tanto

divulgamos con palabras, démosle a nuestros hermanos los católicos, la madre que le falta, son tan desgraciados como los hijos del pobre ciego a que antes nos hemos referido; viven en su asilo de beneficencia, sin las tiernas caricias de la ciencia universal: sin el leal consejo del progreso, los católicos no toman parte en la vida de su tiempo.

¡Ay! ¡De los huérfanos! ¡Ellos son los parias de los siglos! ¡Ay! ¡De los católicos! Que su santa madre iglesia es para ellos una mala madrastra ¡Infelices! Ellos no conocen más que la parodia del amor maternal, y como sabemos que el amor maternal es el que vigoriza, es halito de vida, es la esencia de Dios fecundado cuando existe, por eso deseamos que los católicos, carne de nuestra carne, y hueso de nuestros huesos, puesto que como nosotros, pertenecen a la gran familia humana, reciban como nosotros hemos recibido el ósculo bendito de la razón suprema, madre amantísima que dice a los pueblos: ¡Enlazaos razas del Oriente y de Occidente! Uníos en estrecho abrazo todos los que tenéis ojos para ver, y oídos para oír; uno es vuestro destino, y uno es vuestro deber. Para progresar eternamente fuisteis creados, y sólo amando progresaran los espíritus.

¡Vivid y amad, amad y avanzad por medio del trabajo en la senda de la perfección!

He aquí lo que la razón dice a los hombres; por eso nosotros le rendimos culto porque en ella vemos todo cuanto el Espíritu encarnado puede ver en la Tierra, que con más elocuencia le habla de Dios.

CAPÍTULO XXXVIII

¡POR MIEDO!

Siempre he creído que el culto y la adoración a Dios han de ser un acto espontáneo, una necesidad imperiosa del alma, un afán indescriptible del Espíritu. A semejanza del pequeñuelo que busca ansioso los brazos de su madre para huir de algún peligro o apoderarse de un nuevo juguete, el ser pensante, cuando sufre o cuando goza, vuelve sus ojos a la causa primera y le pide auxilio en su dolor o la bendice en sus breves horas de felicidad. Porque el alma dichosa es generosa, es expansiva, es agradecida, y como todo cuanto gozamos proviene de una sola fuente, a ese manantial de vida se acerca el pensamiento humano, y los labios piden clemencia o dan gracias, según el estado de nuestro ánimo. Por esto cuando entro en las iglesias y escucho el rezo monótono del rosario, me inspiran profunda compasión aquellas máquinas vivientes que repiten palabras, centenares de veces sin que el sentimiento preste a la voz esa inflexión dulcísima, que es verdaderamente la esencia de la oración..

Y, ¿Qué diremos de las ofrendas presentadas a Cristo, a la Virgen y a los Santos? No hace muchos días me convencí una vez más del escaso valor que tienen la mayor parte de esos objetos que los devotos llevan a la iglesia.

Yendo en el tranvía de San Gervasio, me llamó la atención una mujer de edad mediana, sencillamente vestida, que sentada junto a mí, dirigía melancólicas miradas al exterior dejando adivinar que desconocía la ciudad que atravesaba, en frente de ella iba un niño, hijo suyo, de unos seis años, de rostro agradecido y mirada expresiva.

La buena mujer me miró varias veces con cierta timidez, y al fin se atrevió a preguntarme si estaba muy lejos la iglesia de la Bona Nova.

-Aún hay que dar muchas vueltas antes de llegar al santuario.

-¿Y sabe usted si cerca del templo hay alguna cerería?

-En la plaza de la iglesia hay al menos dos.

-¡Cuánto me alegro! Porque he salido de casa tan deprisa, que ni siquiera me acordé de comprar un cirio de tres libras que le tengo ofrecido a la Virgen. ¡Qué... si tengo una cabeza!... ¡Válgame Dios!

-Tendrá usted mucho en qué pensar.

-¡Que si tengo!... no lo quiera usted saber. Comienzo por decirle que tengo siete hijos todos chiquitines, y a mi marido loco de algunos años acá, con lo cual ya comprenderá usted si mi vida es de gloria o de martirio. Seis meses no más hace que ingresó en un manicomio, pues me daba muchísima pena separarme de él, a pesar de que me atormentaba de un modo extraordinario. El infeliz, en sus horas de lucidez, solía decirme: “No me separes de mis hijos; si llego a verme separado de vosotros, entonces sí que acabaré de perder la razón”. Pero sus accesos han ido en aumento, y en uno de ellos yo misma le acompañé al manicomio.

-Así estará usted más tranquila.

-En parte, sí; mas es el caso que desde que salió mi marido de casa, no he tenido un día de salud; con decirle que me dio el tifus y estuve a la muerte, creo que basta. Al verme tan mala creí que me moría, y considerando el desamparo en que iban a quedar mis hijos, pedí a la Virgen de la Bona Nova (muy milagrosa, según dicen), que prolongara mi vida siquiera hasta dejarlos criados, prometiéndole, si curaba, llevar a su camarín un cirio de tres libras.

-Púseme buena, y entre unas cosas y otras me olvidé de cumplir la promesa, cuando, hará cosa de un mes, me caí por la escalera y me lastimé un brazo y un pié. Tuve que guardar cama otra vez, y me dijo éste (señalando a su hijo): “¿Sabes, mamá, lo que tú tienes? Es un castigo de Dios, porque prometiste a su madre un cirio y no se lo has llevado”.

-Me quedé mirándole y pensando si sería un aviso del cielo sus palabras. Así, en cuanto he podido moverme (pues el andar me cuesta mucho trabajo), he dicho: nada, no hay más remedio que cumplir la promesa, no sea que Dios me envíe otro castigo peor.

-De manera que cumple usted su promesa a la Virgen, no por devoción, sino por miedo.

-Sí, señora; temo que me sobrevendrían más desgracias. Crea usted que la camisa no me llega al cuerpo desde que mi hijo me echó en cara mi olvido: ¡Dice este chiquillo unas cosas... que son sentencias!

-Dejemos a un lado las palabras de ese inocente: lo que yo quisiera saber es el sentimiento que mueve su corazón al ofrecer a la Virgen el cirio prometido. -¡El sentimiento que me mueve!... Ahora sí que me pone en grave apuro. Porque, la verdad, ni yo misma lo sé; pero recuerdo haber oído decir a mi padre que Dios castiga sin palo ni piedra; que me he caído, que estuve a punto de romperme una pierna, y que mi hijo me ha dicho: “Mamá, Dios te ha castigado”. Y antes que me sucedan cosas peores, me he apresurado a venir. Ahora veo que el camino es más largo de lo que yo presumía, y lo siento, porque me

he dejado en casa seis chiquillos de los cuales el mayor no llega a diez años, la mitad de ellos llorando a lágrima viva por mi ausencia.

Me quedé mirando a la buena mujer, y mil reflexiones se agolparon en mi mente. Quise hablar; quise decirle que Dios no había de inspirar miedo sino absoluta confianza a los hijos de su bondad, de su sabiduría y amor, pero en el semblante de aquella infeliz apenas irradiaba su luz el crepúsculo de una inteligencia naciente; su frente era estrecha y deprimida, su mirada nada expresaba, tal insignificancia interior acusaban todos los rasgos de su rostro, que no me atreví a turbar el sueño de aquella dormida conciencia, con tanto más motivo, cuanto que íbamos a separarnos muy pronto, y mis palabras hubieran resbalado por su obtuso entendimiento como el agua por el mármol.

Cuando llegamos delante del templo, ella se bajó con mucha pena, y cogiendo a su hijo de la mano, se dirigió con paso inseguro a la cerería, mientras que yo, siguiéndola con la mirada, me hacía estas reflexiones: He ahí el fruto podrido de las absurdas religiones. Esa infeliz tiene miedo de la cólera de Dios y sólo por el temor acude al templo. Su cuerpo endeble apenas puede sostenerse en pie, su Espíritu, preocupado por las tragedias de una azarosa existencia no piensa en Dios, y ofreció a la Virgen un cirio por rutina. Con tales devotos, ¡Qué inseguros, qué frágiles son los cimientos de la iglesia!

Se me dirá que hay países donde el clero domina en absoluto; donde el fraile es el soberano dueño de vidas y haciendas, donde la influencia clerical todo lo avasalla. Es muy cierto, y en esos países será todavía duradero el poderío de la iglesia; pero que no se olvide que en la mayor parte de los pueblos católicos abundan los creyentes al estilo de la buena mujer de mi verídico relato, que no aman a Dios, que no les inspira paternal confianza su omnipotencia suprema, y el miedo es un lazo mucho más fácil de romper que los que forman el amor y la seguridad de llegar siempre a buena hora ante el tribunal de la Justicia.

¡Cuán responsables son las religiones del oscurantismo de las masas populares!... Todo su trabajo ha consistido en apagar el entusiasmo y la admiración en las almas sencillas. Jamás han dicho los sacerdotes a los pueblos: “¡Levantad vuestras miradas al cielo; el infinito os cubre con su esplendente manto, contemplad las moradas luminosas donde otras humanidades bendicen a Dios y trabajan en su progreso!” Mas ¡Ay! Que en vez de iluminar con estas verdades al hombre, le han sumido en las tinieblas del Espíritu gritándole: “Mortal, mira al suelo, contempla la tierra que huellan tus plantas, de ella saliste, polvo eres y en polvo te convertirás; busca tu salvación por el ayuno, la penitencia, el silicio ¡Ay de ti si provocas la ira de tu Dios, que entonces será el crujir de dientes y el quebrantamiento de tus huesos, entonces pedirás misericordia y nadie te escuchará, porque sordos estarán para ti el cielo y la tierra!”.

¡Qué modo de blasfemar! ¡Qué manera de empequeñecer al Espíritu separándolo de todas las bellezas que encierra la Creación!

¡Sentir miedo ante el Ser Omnipotente, que todo lo llena con su aliento y de quien emana el suave perfume de las violetas y el aliento del volcán que en la cumbre de la montaña nos recuerda el génesis de la Tierra!

¡Sentir miedo ante el Gran Arquitecto del Universo, que ha poblado el espacio de innumerables mundos!

¡Sentir miedo ante el Eterno Creador, que ha dado a los espíritus la inmortalidad y el progreso para ir ascendiendo, en evolución eterna, desde el átomo invisible hasta la inteligencia creadora del artista y del poeta y la investigación constante del filósofo, del matemático, del químico, del físico, del astrónomo, del geólogo, del historiador, de tantos y tantos sabios que han dado vida y nombre a los siglos con sus maravillosos descubrimientos y con sus inventos asombrosos!

Sentir miedo ante Dios, contemplando la grandeza de la especie humana, es verdaderamente delirar, es desconocer en absoluto las leyes eternas de la vida.

¡Dios castiga a sus hijos porque se olviden, en medio de sus tribulaciones, de dar lo ofrecido a una imagen de madera!...

¡Qué dios tan pequeño conciben ciertos hombres! Aunque, a decir verdad, ese dios es hijo de su limitada inteligencia, inteligencia que es necesario pulimentar, educar racionalmente, despertando su admiración a la naturaleza, libro eterno que guarda las memorias de Dios y en cuyas páginas se encuentran escritos el credo del trabajo y la salve del progreso. Leyendo en esa biblia de las edades, no se tiene miedo a Dios, antes por el contrario, se le ama en la humilde florecilla silvestre y en el árbol centenario, en lo infinitamente pequeño y en lo infinitamente grande.

Se le admira en el infusorio que tiene su mundo en la gota de agua, y en el águila real que es la soberana del espacio.

Se le adora en el gusanillo de la luz que con su cuerpecillo fosforescente ilumina los bosques vírgenes en la sombría noche, y en las miríadas de estrellas que llenan la inmensidad de los cielos de divinos resplandores.

LA LUZ QUE NOS GUÍA

Se espera que su justicia eterna viendo la armonía y la relación que guardan entre sí las moléculas que se agrupan formando con su cohesión las montañas, y los soles que ruedan eternamente en las llanuras siderales.

Se toca la realidad del progreso indefinido del Espíritu, contemplando los luminares del cielo, nuestras futuras moradas.

Se cree en Dios estudiando sus obras, y creyendo en Él verdaderamente, no se le puede temer; para sentir miedo, es preciso que el Espíritu desconozca la grandeza de Dios en absoluto.

¡Por miedo rendir culto a Dios!... ¡Impía locura!

¡Por miedo presentarle ofrendas!... ¡Supina ignorancia!

He ahí el fruto de las religiones, la ceguera en el Espíritu y el idiotismo en el entendimiento, el temor al castigo de aquel que nos ha dado la vida, por el cual somos y por el cual sentimos, pensamos y queremos.

¡Cuánto tengo que agradecer a mi razón! ¡Jamás he sentido miedo ante la omnipotencia Suprema; nunca de La Luz he creído que pudiera surgir la sombra, ni del manantial inagotable de la vida la disgregación absoluta de mi ser, ni de la inteligencia creadora el anonadamiento de la mía!

¡Dios!... ¡Tú eres la ciencia exacta, tú eres la verdad y la vida en el pasado, en el presente y en el porvenir!

CAPÍTULO XXXIX

¡TODO TIENE SU CAUSA!

Una de las catástrofes que más nos impresionan son los incendios: dos veces en nuestra vida nos hemos visto amenazados por el fuego, y una vez por el agua en una de las muchas inundaciones que ha sufrido Sevilla; y nos horrorizó mucho más el fuego que el agua, y eso que ésta subía sin descanso, convirtiendo el patio de nuestra casa en un anchuroso estanque, donde nadaban los muebles de las habitaciones bajas, produciendo en nuestro ánimo un efecto tan doloroso aquella agua negruzca, que si hubiera sido sangre, no nos hubiese causado más espanto, pero en medio de todo, nuestro dolor era tranquilo, nos dejaba completamente libre el pensamiento; nuestro ser languidecía, y pensábamos en una muerte cercana y sin aturdimiento parecía que nos preparábamos a un sacrificio forzoso, veíamos el cumplimiento de una ley fatal, y decíamos como los mahometanos: ¡Estaba escrito! Cuando nos vimos libres de aquel peligro, miramos sin horror el lugar donde habíamos estado expuestos a morir... pero cuando en Madrid, estando una noche entregados al sueño, oíamos voces atronadoras que gritaban ¡Fuego! La emoción que experimentamos no encontramos frases para describirla, creemos que si tuviéramos, que subir al patíbulo no podríamos sufrir más.

Cuando nos asomamos al balcón y vimos la ancha calle llena de carros que conducían las bombas, soldados, bomberos, una muchedumbre inmensa que todos gritaban a la vez, nos sobrecogimos de tal modo que a pesar de no ser el incendio en nuestra morada, y de separarnos una calle de la casa presa de las llamas, éstas, nos parecía que envolvían nuestro ser, veíamos que estaban lejos y sin embargo su terrible calor nos quemaba las entrañas, y durante mucho tiempo cuando alguien encendía un fósforo, sentíamos una emoción dolorosísima que tratábamos de ocultar porque la hubieran calificado de niñería, pero nuestra impresionabilidad era más fuerte que todos nuestros razonamientos.

Dadas estas ligeras explicaciones, no extrañarán nuestros lectores, que siempre que leemos el relato de algún incendio, todo nuestro ser se conmueve y sentimos profundísima compasión, tanto por los que mueren quemados, como por la familia de las víctimas que deberán guardar un recuerdo terrible de esas muertes violentas que despedazan y trituran el cuerpo, impresionando tan hondamente al Espíritu, que según nos han asegurado algunos seres de ultratumba, los que dejan su envoltura en medio de las llamas, queda su periespíritu en un estado tan sensitivo, que durante mucho tiempo, a pesar de que sus cenizas han desaparecido de la Tierra, para ellos existe la llama devoradora que ha consumido su envoltura material; tan agudo es el dolor que experimentan los que mueren carbonizados. Pero también nos han dicho y esto nos consuela, y lo encontramos muy lógico, que muchas veces el Espíritu en uso de su libre albedrío, aunque tenga una deuda terrible que pagar, no salda su cuenta hasta que se ha creado un número de afecciones suficientes, para que estas le presten consuelo en medio de su agonía, para que al morir no se encuentre solo luchando con sus terribles dolores, sino que seres amigos procuren alejarle del lugar de su tormento; y como que este consuelo es legítimamente ganado, puesto que es la consecuencia, el resultado de sus buenas obras, de su sacrificio, de su abnegación, ésta rebaja su pena; es natural, paga estrictamente lo que debe, pero no se aumenta su sufrimiento porque le sucede lo que acontece en la Tierra a los que se arruinan: uno por ejemplo pierde su fortuna y trata por medio de su trabajo, no de recuperar sus riquezas, pero sí de no vivir en la miseria, y acallando necios orgullos e insensatas vanidades, no se avergüenza de ejecutar los trabajos más humildes, ni de ir a servir a un amo, habiendo él tenido numerosa servidumbre; y aunque no vive bien, al menos no sufre ni el hambre, ni el frío ni la sed, y al cabo de algunos años casi llega a vivir en una melancólica tranquilidad; vive pobre pero no desesperado. En cambio, el que se arruina y se desespera y juega el todo por el todo mezclándose en negocios ilícitos, entregándose al fraude y a toda suerte de desaciertos, al fin llega un momento que le falta tierra para sostenerse, y apoyando una pistola en su sien muere maldiciendo una existencia que no le ha proporcionado más que dolores, pues lo mismo exactamente le sucede a dos espíritus que hayan cometido un crimen; si el uno se reconoce culpable y trata de enmendarse pidiendo encarnaciones para ejercer el bien, cuando le llega la hora de sufrir el dolor que a otro hizo sentir, su tormento no será más que momentáneo, porque los espíritus que le deben un beneficio acudirán a alentarle y a consolarle, en cambio el Espíritu rebelde que tras de su crimen aumente guarismos a su cuenta cometiendo nuevos desmanes, cuando le llegue la hora de pagar ojo por ojo, y diente por diente, se encontrará solo en medio del naufragio sin tener una tabla donde asirse, porque lo que no se gana no se obtiene, y si tiene que sufrir el martirio del fuego, creará en su desesperación que el infierno de las religiones positivas es una realidad, puesto que él siente todas las torturas que la tradición religiosa asegura que existen en el averno; así es, que cuando en un incendio mueren algunos o muchos desgraciados, como sucede cuando se quema un teatro lleno de espectadores, nuestro pensamiento no se fija únicamente en el momento terrible que las llamas y la confusión y la impaciencia proporcionan la muerte a centenares de individuos, lo que más nos

horroriza es el mañana de aquellos infortunados, porque como no sabemos a qué altura moral se encontraban, no podemos calcular el alivio que pueden hallar en los seres de ultratumba.

Últimamente los periódicos trajeron la descripción de un incendio ocurrido en Granada. La Gaceta de Cataluña, del 9 de Febrero, decía así:

“Había sido el jueves un día de mucho trabajo en casa de D. Juan Granizo, honrado comerciante de ultramarinos de la calle de San Matías. A las diez de la noche terminaron la salazón de las carnes de cerdo, y el matrimonio y sus ocho hijos, cuatro hembras y cuatro varones, descansaban al calor de la lumbre de una mesa camilla. A las 12, a instancia del padre, se acostaron los muchachos”.

-Vamos a caer en la cama como piedras en pozo, dijo la de los cuatro años, que estaba muy cansada.

“Eran las dos o las tres de la madrugada, cuando notó el sereno un resplandor por dentro del almacén, llamó y no le contestaron. Todos los de la casa estaban profundamente dormidos”.

“Poco después delataba el humo el incremento del fuego; más tarde se oyó una terrible explosión; por los resquicios de la puerta asomaban grandes llamaradas, y hubo que echarla abajo”.

“Al despertar Granizo, ya no se podía salir por la puerta. Llamó a su mujer, cogieron los dos a un niño del pecho y le subieron a la azotea donde se les reunieron también los dos varones mayores, salvándose todos por la azotea de la casa inmediata, en camisa y aterrorizados. La madre especialmente, llegó a un estado gravísimo producido por el terror y una fuerte hemorragia; y llorando a gritos por sus hijos. El padre no podía hablar: ninguno podía darse cuenta de todo lo horrible y espantoso de aquella realidad”.

“Corrió la voz en la calle de que había en la casa todavía cinco criaturas, cuando los zapadores y los artilleros combatían el fuego que amenazaba a las casas contiguas. Unos cuantos de aquéllos habían trepado para salvar a los niños; pero una explosión horrorosa les obligó a arrojarlos por los balcones, resultando contusos o heridos tres o cuatro bomberos, un soldado, y un dependiente de la fonda de Simancas”.

“Pasada un tanto la confusión, llegaron dos hombres después de romper un tabique a la pieza contigua al dormitorio, y hallaron el cadáver carbonizado de Angustias, la joven de 14 años que huyendo de la muerte, subió sobre un estante”.

“¡Entonces ya amanecía! El fuego se propagó a la fonda de Simancas que desalojaron todos los huéspedes como pudieron, y hasta llegaron a quemar las llamas la puerta de una casa de enfrente”.

“En esto, hundiéndose los techos de los pisos principal y segundo de la casa de Granizo, se perdió las esperanzas de salvar a las otras cuatro criaturas, cuyos cadáveres destrozados y hechos carbón fueron hallados más tarde. El de Encarnación de 17 años tenía en sus brazos a su hermanito de 7 años. Al cadáver de Carmen, niña de 11 años le faltaba una mano y la cabeza. Todos ellos menos el de la primera tenían las piernas separadas del tronco”.

“Las pérdidas de la casa fueron cuantiosas, pues nada pudo salvarse. La fonda también ardió toda, excepto los muebles. En esta devoró el fuego la biblioteca del hijo del dueño, que era muy numerosa; la librería y las ediciones de tres obras importantes del Catedrático de aquella Universidad Señor Artero, así como los originales de su Historia de Oriente y Roma, fruto de largos desvelos, y otros mil documentos”.

“En casa del Señor Godoy se perdieron también los borradores de una obra de medicina, que llevaba cinco años trabajando, muchas fanegas de trigo, bastante aceite y otras mil cosas; sin contar las obras y documentos, se calculan pérdidas en 60.000 Duros”.

“Este desgraciado siniestro dio por resultado las cinco criaturas muertas, ocho heridos y contusos, pues lo fueron dos zapadores más; un padre y una madre enfermos. El novio de una de las jóvenes muertas, cayó enfermo al saber la horrible noticia”.

“Creen que la causa del fuego debió ser el incendio de unas cajas de fósforos, que por olvido no guardó el dueño de la tienda en su caja de hojalata”.

Esta relación nos impresionó dolorosamente, pensando en los padres de las víctimas, que sin duda se creerán que son juguete de una horrible pesadilla. ¡Perder cinco hijos en breves segundos! ¡Entre ellos tres flores hermosas en lo más risueño de la vida! ¡Encarnación de 17 años!... cuando quizá ya estaba preparando sus galas de desposada, ¡Angustias de 14 años! Niña que ya soñaba con perder sus alas de ángel para convertirse en mujer, ¡Carmen de 11 años! Que tal vez al dormirse pensó en sus muñecas.... ¡Qué horrible despertar! Y cuando más embebidos estábamos en nuestras reflexiones, el Espíritu que más nos guía en nuestros trabajos literarios nos dijo así:

“No te ocupes solamente en lamentar el hecho, es necesario que escribas algo sobre tan triste suceso. ¿Sabes por qué? Porque los padres de las víctimas necesitan consuelo, y es indispensable despertar su atención sobre la comunicación ultraterrena, para que se relacionen con los seres que creen perdidos para siempre”.

“Los espíritus que dejaron en las llamas su envoltura, se encuentran en muy buen estado porque ya tenían hecho un gran progreso; han esperado para saldar su terrible cuenta algunos siglos, en los cuales han trabajado sin descanso, y se han creado grandes simpatías espirituales que ahora les han servido de inmenso alivio porque no han tenido que sufrir más que aquellos dolores que imprescindiblemente tenían que experimentar, puesto que en otros tiempos estos espíritus se complacieron en ver quemar a sus semejantes; y no te quede la menor duda que esos terribles siniestros que tanto os afectan, esos incendios espantosos, en los cuales se verifica la inmigración de centenares y hasta de millares de espíritus, no son otra cosa (tenedlo bien entendido), que expiaciones, saldos de cuentas atrasadas, pagarés vencidos que no tenéis más remedio que pagarlos. Podréis ser muy buenos, podréis ser verdaderos adalides del progreso, pero si antes de poseer tantas virtudes os habéis complacido en el daño ajeno y habéis hecho padecer a otros, tenéis que sentir sus mismas angustias; porque así como nos recompensan hasta un buen deseo a favor de otros, del mismo modo la justa ley de las compensaciones nos devuelve gemido por gemido, tortura por tortura, dolor por dolor”.

“Cuando la inquisición levantó en Sevilla su terrible Tribunal, los espíritus que han dejado su cuerpo en el último incendio de Granada, estaban entonces en Sevilla; sé muy bien toda su historia porque lazos íntimos me unen a ellos. En aquella época eran mujeres de la más alta nobleza de Andalucía, que batieron palmas cuando vieron arder las primeras haces de leña cuyas llamas debían devorar a los infelices, que con sus hopas y sus corazas se adelantaban hacia la hoguera, ellas agitaron pañuelos, victorearon a los verdugos, y proporcionaron muchas víctimas al santo oficio hasta de su misma familia, llevadas de su celo religioso; y además queriendo borrar con la muerte las huellas de sus desaciertos, ateniéndose al erróneo adagio de que hombre muerto no habla”.

“¡Cuántos crímenes se hubiera ahorrado la humanidad si hubiera comprendido que tras la tumba germinaba la vida! Y que las muertes violentas no daban más resultado que adquirir enormes responsabilidades para el que las causa, y traer sobre sí odios implacables y poco menos que imperecederos”.

“Los espíritus a que me refiero, tengo la íntima satisfacción de haber trabajado mucho en su adelanto, siéndome más fácil la victoria por no ser ellos de gran perversidad. Hay espíritus que aún cuando cometen crímenes, lo hacen muchas veces dominados por las circunstancias, subyugados por las religiones que tanto han imperado en las humanidades, y a tan hondos abismos las han conducido”.

“Estos espíritus que hoy son tan llorados por sus deudos y amigos, en la actualidad merecen todo el sentimiento que han despertado, porque poseen grandes virtudes, aman entrañablemente a la familia que han dejado en la Tierra, desean comunicarse con ella para calmar su duelo; por esto yo, valiéndome de ti, le digo a esos padres sin consuelo:”

“¡Pobres almas heridas! ¡Escuchadme! No es tan triste, no es tan horrible vuestra situación actual: de aquellas jóvenes hermosas, de aquellas lozanas flores que embalsamaban vuestra vida, no se ha perdido su embriagador perfume; sus cuerpos han sido carbonizados, triturados; pero su Espíritu, y su periespíritu, envoltura mucho menos grosera que su cuerpo material, existe envolviendo el Espíritu o mas bien asimilándose a él, uniéndose a su irradiación, presentando su espléndida hermosura, sin haber perdido ninguno de sus encantos, antes bien se han aumentado, porque el cuerpo material por hermoso que sea, nunca tiene la belleza celeste del Espíritu, por tener el primero mayor densidad. La belleza espiritual no podéis comprenderla, sin embargo la presentís, dándoles a vuestros santos refulgentes aureolas. Pues bien; esa luz que forjáis en vuestro deseo, es un débil reflejo de la atmósfera luminosa que rodea a los espíritus que se han engrandecido por su amor inmenso, que no han perdonado medios para ser útiles a la humanidad”.

“¡Pobres almas heridas, vuestra razón flaquea, y no es extraño, porque al parecer habéis sufrido una pérdida irreparable; pero creedme, vuestro dolor puede encontrar un gran lenitivo si estudiáis las obras espiritistas y tratáis de poneros en comunicación con vuestras hijas que ansían comunicarse con vosotros para consolaros, alentaros y fortificaros: Pocas familias en la Tierra en las condiciones especiales que estáis vosotros, porque no todos los que se van están en disposición de comunicarse, ni todos los que se quedan son tan amados como sois vosotros. En esta ocasión se reúnen muchas circunstancias todas favorables para quitaros parte de vuestra pena, puesto que si queréis podréis comunicaros con vuestras hijas que hoy deploran vuestro desconsuelo, y os acarician, y murmuran a vuestro oído:”

“-¡Despertad! ¿No nos veis? ¿No nos sentís?”

“¡Pobres almas heridas! Por más que os parezca imposible, ¡Los muertos viven! ¡Los muertos están con vosotros! Las llamas todo lo consumen menos el Espíritu y el periespíritu que le sirve para manifestarse en el espacio, como le sirve el cuerpo para manifestarse en la Tierra”.

“En las tinieblas del dolor estáis sumidos, pero la aurora del mañana colorea vuestro horizonte. ¡Abrid los ojos y mirad! ¡Prestad atención y oíd y yo os prometo que si estáis muertos en la desesperación, resucitaréis en la esperanza”.

“¡Nada hay imposible! Lo que os parece que está fuera de la leyes naturales, realmente no lo está; únicamente lo que sucede, es que vosotros ignoráis el plan y el método de esas leyes, que son muchas en la naturaleza las que se escapan a vuestra penetración; pero que no por esto dejan de ser fijas e inmutables”.

“Amalia; trabajemos en bien de esos espíritus enfermos que hoy lloran en la ciudad de Granada, tierra de flores, cuyo suelo ha sido fecundizado con sangre y lágrimas”.

“¡Qué expiaciones tan horribles hay en este planeta! Pero no lo dudéis, todas son merecidas. A vosotros se os resiste creerlo así, mas no por esto deja todo de tener su causa”.

“Recuerdo que la última vez que estuve en la Tierra escribí largamente grandes volúmenes, que encerraban mis pensamientos que para mí constituían un tesoro, y cuando más satisfecho estaba yo del fruto de mis asiduas tareas, sin saberse la causa, se prendió fuego a mi biblioteca, y en menos de sesenta segundos quedó reducido a cenizas el trabajo y los desvelos de toda mi vida. Mucho sentí aquel percance, y sentí más aun lo que tal vez habría yo hecho sufrir a otros; pues yo tenía clara intuición que había vivido ayer, y conforme dejé la Tierra, y me di cuenta que no existía, cuando mi razón dominó mi nuevo estado, vi mis existencias pasadas, y en seguida encontré la causa de la destrucción de mi trabajo que el que a hierro mata, a hierro muere. Yo había arrojado al fuego mil y mil volúmenes fruto de largas vigiliassoportadas valerosamente por centenares de sabios; yo en la destrucción de la primera biblioteca que se fundó en Alejandría por Ptolomeo Soter, tomé una parte muy activa, y en otras encarnaciones también seguí destruyendo los frutos sazonados del humano entendimiento. En muchas existencias cuando he sido más razonable me he consagrado a escribir, pero nunca mis obras han salido a luz, siempre el fuego se ha encargado de destruirlo: quien tal hizo, que tal pague. El que se gozó en la destrucción de lo más grande que hay en la Tierra que es una buena biblioteca, no merece perpetuar sus pensamientos, estos deben perderse, como se pierden las huellas del hombre en la arena”.

“Trabaja, Amalia; no descanses ni un segundo en propagar el Espiritismo, porque esa filosofía será la redención de la humanidad. ¿Sabes por qué? Porque evitará grandes abusos, actos punibles de los cuales hoy sufrís las consecuencias, porque vivís muy mal los terrenales: el fraude os seduce, la hipocresía os halaga, vuestras costumbres dejan mucho que desear, y hora es ya que comencéis a regeneraros. ¿No os fatiga vivir en la sombra? ¿No os entristece ver a vuestros genios que por una parte llegan al cielo de la sabiduría, y por la otra descienden hasta perderse en el abismo de la crápula?”

“La verdadera vida es más armónica, más apacible; vuestros días sin calma, y vuestras noches sin sueños, son el resultado de vuestros anteriores desaciertos, no la demostración de la vida que para tan altos fines nos fue dada”.

“Mirando la hermosura de la naturaleza, la belleza y perfección de todas sus especies, ¿No os angustia mirar al hombre, que siempre están en desacuerdo las manifestaciones de su inteligencia, con las demostraciones de su sentimiento?”

“Estudad! ¡Investigad! ¡Preguntad! No perdáis las horas en vanos pasatiempos, empleadlas en un trabajo útil y os evitareis innumerables sufrimientos. Si viérais de qué distinta manera se vive cuando se camina entre abrojos, o cuando no se ven más que flores...”

“Todos los penados sueñan con el indulto que suele aminorar su pena; vosotros, ¿No soñáis con una vida mejor?”

Sí que soñamos buen Espíritu, y estamos agradecidísimos a la providencia porque nos permite comunicarnos contigo y con otros espíritus, dándonos facilidad para emitir vuestros pensamientos a los cuales enlazamos nuestras ideas, como se enlaza la humilde hiedra al árbol gigante.

¡Cuán consoladora es la comunicación de ultratumba! Felices nosotros que cuando el infortunio nos hiere podemos decir con íntima convicción: ¡Todo tiene su causa! Procuremos ser buenos y seremos felices!

¡Quiera Dios que estas líneas que hoy trazamos por consejo y por inspiración de un Espíritu, atraigan la atención de la infortunada familia que vive al pie de la Alhambra dudando de Dios, y de su eterna justicia!

Ha sido herida en los seres más amados de su corazón; sólo el Espiritismo podrá calmar su duelo, sólo la comunicación de esos espíritus que dejaron este mundo sufriendo el dolor de los dolores, podrá hacerlos sonreír y bendecir la grandeza de Dios, diciendo con inmenso júbilo:

¡La muerte no existe! ¡La vida irradia en el infinito! ¡Qué hermoso es el porvenir de la humanidad! ¡Loado sea Dios!

CAPÍTULO XL

EL OASIS

No somos amigos de los pesimistas, porque todo lo ven bajo un negro crespón, ni tampoco de los optimistas porque todo lo contemplan tras de un prisma de color de rosas, y aunque estos últimos son felices, pues hay que atenerse a lo que dijo muy sabiamente Campoamor:

“En este mundo traidor
nada hay verdad ni mentira,
todo se ve del color
del cristal con que se mira.”

Sin embargo, sobre todos los pesimismos y optimismos, hay una sensación suprema que hace al hombre feliz, lo mismo en una choza de verde ramaje, que bajo el purpúreo dosel de un trono. Este es el sentimiento paternal; hace algunas horas que nos hemos convencido de lo que decimos.

Tenemos unos amigos que hace tres años se vieron, simpatizaron, y se unieron con el lazo indisoluble del matrimonio, un niño vino más tarde a pedirles hospitalidad y protección, ellos le recibieron con palmas y olivos, y nunca nos creemos más dichosos, que cuando estamos bajo el techo que cobija a nuestros buenos amigos.

Su casita parece una jaula colgada del techo, por lo alta y alegre, es un piso cuarto, circundado de aire sano y rayos de sol que penetran en las habitaciones por pintados y anchos balcones, en los cuales se asoma con frecuencia un niño, pálido y delgadito, que cuenta nueve meses y que ya revela en sus ojos que su Espíritu es viejo en el arte de vivir, puesto que hace ensayos para correr.

Sus padres le adoran, y nada más conmovedor que cuando el pequeñuelo, por la mañana temprano, duerme tranquilamente en el lecho de los autores de sus días, y estos, le contemplan diciendo el padre: Que nadie me diga que soy pobre, que no puede ser pobre quien tiene un hijo como éste. Es un niño de veras... Sí, sí; es un niño de veras. Y al decir esto, nuestro amigo sonríe tan dulcemente, su rostro revela tan inmensa alegría; que hay que convencerse que sobre todos los optimismos y pesimismos, está ese sentimiento divino del amor paternal, amor superior a todos los amores, amor que regenera, que santifica, que engrandece a todo aquel que estrecha a un hijo entre sus brazos.

La casita de nuestros amigos, ¡Cuánto nos hace pensar!... en ella encontramos el verdadero oasis donde reposa el hombre breves momentos. Es verdad que tras de esos instantes benditos vienen las tempestades de la vida, porque los niños crecen y el pequeñuelo que no sabía dormir si su padre no lo arrullaba o su madre no lo bendecía con sus besos, después se va a recorrer la Tierra y pasan años sin que sus padres le acaricien con sus miradas, y cuando vuelve no siempre vuelve honrado; algunas veces cuando llega cerca de sus padres, estos, tienen que ir a verle en una cárcel, o en un presidio.

Esto es horrible pero es verdad, y no podemos sumar aún las unidades que tienen las dos cantidades, la una de placer y la otra de dolor, a ver cual es mayor, si la dicha de contemplar a un pequeñuelo y decir como dice nuestro amigo. “Que nadie me diga que soy pobre, que no puede ser pobre quien tiene un hijo como éste” o el dolor inmenso de ver a este mismo hijo en el camino del crimen por el cual se va al presidio y no pocas veces al patíbulo.

Como nosotros por esta vez no hemos sido útiles a la humanidad, porque nuestra expiación no nos ha permitido crearnos una familia, no podemos decir donde hay más luz ni más sombra; pero como siempre se desea lo que no se obtiene, nos parece que la vida íntima de una familia, formada ésta por espíritus simpáticos, es la felicidad suprema.

“Si, en la Tierra no hay más allá (nos dice un Espíritu cuyo fluido nos conmueve dulcemente). Yo te he acompañado en tu paseo matutino, yo te he visto como te has detenido ante una casa dedicada a la oración, has levantado el cortinaje que cubría la entrada y asomado tu cabeza has mirado con horror un templo húmedo y sombrío diciendo con tristeza: ¡Cuántas horas se pierden en este recinto!... ¡Cuántas palabras se pronuncian bajo estas bóvedas que no encuentran eco en ningún corazón! ¿Cuándo comprenderán los hombres cuales son las verdaderas oraciones?... Después has seguido tu camino lentamente, pensativa y abstraída por un pensamiento; pensabas en tus amigos que te esperaban anhelantes, espíritus sencillos y agradecidos que te profesan un verdadero cariño y que te asocian a sus fiestas de familia, como si tú estuvieras enlazada a ellos por los lazos de la sangre”.

“Subiste alborozada porque sabías que los brazos de una joven cariñosa te esperaban, la que te dijo: -Ven a ver mi niño: Tú entraste en la alcoba andando de puntillas, y tu Espíritu se postró reverente ante un lecho anchuroso donde reposaba el tierno infante, miraste a sus padres que sonreían con la sonrisa del justo y dijiste: -¡He aquí el oasis de la vida! ¡Dichosos los que descansan a su sombra!”.

“Después quisiste pesar todos los dolores que guarda el porvenir para los terrenales y dijiste: ¿Quién vivirá mejor? Y yo te digo: Los que tienen familia; el beso de un hijo es una caricia de Dios, yo lo sé, Amalia, yo lo sé. Yo estuve en la Tierra 28 años, fui un pobre obrero, en mi humilde hogar nunca faltó lo necesario ni sobró lo superfluo, mis padres se extasiaron como se extasían tus amigos mirando a su hijo; crecí entre sus caricias y a los veinte abríles me uní a una mujer con la cual había jugado en mi infancia, y cuando conté 22 inviernos, fui padre de dos niños gemelos hermosísimos, que me hicieron gozar lo que nunca había gozado”.

“Cuándo me levantaba no sabía irme al trabajo, no sabía dejar mi pobre albergue donde reposaban los hijos de mi corazón, ¡Eran tan hermosos!...”

“Mi buena esposa necesitaba recordarme que si no acudía puntualmente a cumplir con mi obligación, mis niños se morirían de hambre; y al oír estas palabras salía presuroso de mi hogar diciendo ¡Señor! ¡Señor! ¡Qué feliz soy!... Yo andaba tan embebecido en mis amorosos pensamientos, que si una inteligencia invisible no me hubiera guiado, yo no sé a donde hubiera ido. Se puede decir que yo no estaba en la Tierra, así viví seis años, mis hijos me adoraban, su madre tenía celos y yo le decía: déjalos que me quieran ¡Pobrecitos! ¿No ves que estoy tan poco tiempo a su lado?”

“Y así era en efecto, pues todo el día lo pasaba en el trabajo, y al llegar la noche, ¡Cuánto gozaba mi Espíritu al entrar en la calle donde estaba situada mi casa!... porque salían a mi encuentro mis hijos, su joven madre, y los tres se disputaban mis caricias, los tres me agasajaban, los tres me hacían innumerables preguntas, los tres me registraban los bolsillos a ver si me encontraban alguna golosina, y entraba en mi hogar donde mis padres nos esperaban sonriendo como los bienaventurados”.

“Mi morada sí que era un verdadero oasis, nada turbaba mi dicha, las enfermedades no nos hacían sentir ni sus angustias ni sus dolores, la miseria nunca llamó a las puertas de mi humilde hogar, los vicios no se atravesaron a profanar aquel recinto sagrado donde se agrupaban seis espíritus unidos por el lazo divino del amor”.

“Nuestros días de fiesta eran encantadores, los pasábamos en el campo viendo correr a nuestros hijos y haciendo planes para el porvenir, mi madre y mi esposa preparaban sabrosas viandas, mi padre y sus nietos jugaban como si todos tuvieran la misma edad, y yo solía dedicarme un rato a la lectura, si bien era interrumpido constantemente por mis hijos que me hacían jugar con ellos a todo cuanto querían”.

“Veintiocho veces había yo visto florecer los almendros, mis hijos a los cinco años ya sabían leer, y su precoz inteligencia me enorgullecía y soñaba para ellos con un porvenir de gloria, porque el uno garrapateaba con el lápiz y trazaba sobre el papel aves con cabeza de caballo, y caballos con alas de águila, y ya creía yo ver en él un Velázquez o un Miguel Ángel, mientras el otro, muy amante de la música, modulaba dulces sonidos en una flauta de caña, y ya le admiraba yo como un segundo Mozart, y trabajábamos sin descanso mi padre y yo para hacer ahorros y poderles costear los estudios”.

“¡Cuántas ilusiones! ¡Cuántos ensueños de color de rosa! Mas ¡Ay! Al día siguiente de cumplir mis hijos seis años, me levanté triste, muy triste acaricié a mis hijos con verdadero frenesí, abracé a mi esposa diciéndole al oído: ¿No es verdad que si yo me muriera no te casarías con otro?”.

–¿Estás loco? (me dijo ella sonriendo con ternura), te juro por la salud de nuestros hijos que nadie será dueño de mí, más que tú.

“Sentí que me quitaban un gran peso del corazón, y le dije a mi madre: tienes que querer mucho a tus nietos ¿Eh?”.

“Ella me miró con extrañeza y le dijo a mi esposa. –No sé, no sé que tiene éste hoy, habrá tenido un mal ensueño: vamos, vamos vete a trabajar y piensa que mañana es domingo y hemos de ir lejos, muy lejos a pasar el día en la cumbre de aquella montaña donde parece, como tú dices, que se está cerca del cielo”.

“Salí de mi hogar, llegué al lugar de mi trabajo, yo era oficial de albañil, comencé a dar órdenes a los obreros y todos a una comenzaron a trabajar en los cimientos de un palacio, yo estaba al borde de la zanja triste y pensativo, mis ojos se llenaron de lágrimas pensando en mis hijos, en mis padres, y en mi esposa; sentí que de pronto la tierra faltaba bajo mis plantas, y dejé de ver la luz del sol porque un hundimiento del terreno me hizo caer, y la tierra extraída a fuerza de tantos sudores de honrados obreros cayó sobre unos veinte desgraciados que sufrieron las más horribles de las agonías, pues estuvieron enterrados en vida algunas horas, muriendo todos después de espantosos sufrimientos. Yo fui mas dichoso que mis compañeros, porque mi Espíritu dejó en seguida su envoltura y huyó aterrado buscando su hogar”.

“Llegué a mi casa con la velocidad del pensamiento, vi a mi esposa tranquila y confiada como siempre, vi a mi madre en alegre plática con sus nietos, yo abracé a estos con inmensa ternura, después vi a mi padre que entró como un loco gritando y llorando desesperadamente, no entendí lo que dijo, pero vi que mi esposa abrió los brazos, se llevó las manos a la frente y lanzó una horrible y estridente carcajada, mientras que mi madre abrazó a sus nietos sollozando con ese desconsuelo con que lloran las madres cuando pierden un hijo de sus entrañas”.

“Mis hijos espantados lanzaron gritos, gritos tan angustiosos que me hicieron estremecer, gritos que resonaron lúgubremente en mi cerebro, porque decían. ¡Padre!... ¡Padre!... ¿Dónde estás?... Yo abrazaba a unos y a otros, yo me acercaba a mi esposa que reía convulsivamente, siendo su risa, la que me hacía más daño, mucho más que los gemidos de los otros, después vi mucha gente que invadió mi hogar, todos lloraban, todos decían: ¡Qué desgracia!... ¡Qué desgracia!... ¡Qué desgracia tan inmensa!... después... no sé lo que pasó ni lo que sentí, dejé de ver, dejé de oír, dejé de percibir aquellos lamentos y aquellas carcajadas que tanto me martirizaban, y me quedé dormido sin conciencia de mi ser”.

“Como no había hecho daño a nadie, como mi existencia la consagré a querer a mi familia con verdadera adoración, mi sueño ni fue largo ni penoso, desperté y me encontré en mi hogar dándome cuenta de todo cuanto me había sucedido, vi a mi esposa que seguía loca, pero su locura era tranquila, mis hijos sonreían en los brazos de mis padres, y todo mi afán fue volver la razón a mi fiel compañera”.

“Durante su sueño hablé con su Espíritu, inspiré a su médico y gracias a la divina Providencia, la madre de mis hijos pudo llorar recordando mi amor. ¡Cuán dichoso me creí cuando ella fue al cementerio a cubrir mi tumba de aromáticas flores acompañada de nuestros hijos a los cuales les decía:”

¡Hijos míos! Besad las letras de esa lápida porque ellas componen el nombre de vuestro padre. Y los niños las besaban con cierto temor: Después se iban a correr y dejaban a su pobre madre junto a mi sepultura, la que envuelta con mi fluido, decía:

“Pepe, ¿Cómo estando muerto me parece que tu aliento acaricia mi frente y que tus labios se posan en los míos? Ya no estoy loca y sin embargo, locura y grande es pensar que tú me puedas estrechar en tus brazos, pareciéndome que tus manos estrechan las mías”.

“Y se la estrechaba en realidad, mas tuve que suspender mis manifestaciones por que ella llegó a impresionarse demasiado y mis padres creyeron que de nuevo estaba loca mas yo no cedí en mi empeño y al fin conseguí que llegasen a oídos de mi familia rumores espiritistas, siendo mi esposa la primera que dijo con íntima convicción: cuanto dicen es verdad, no son alucinaciones de mi mente conturbada lo que yo sentí en el cementerio. Pepe estaba allí, él nos llama, es necesario responderle; y mi familia en masa acudió a un centro espiritista, desarrollándose en mi esposa con asombrosa facilidad la mediumnidad de la escritura; tuvo la suerte de ser bien guiada, evitó con prudencia el abuso de preguntas indiscretas, y al fin conseguí ponerme en relación con ella, y mi pobre casita, mi oasis bendito volvió a recobrar algo de su pasada alegría”.

“Mis hijos protegidos por los terrenales y por sus protectores invisibles hacen rápidos progresos, el uno en la pintura y el otro en la música, y de todas las magnificencias que me rodean en el espacio, prefiero mi humilde hogar donde seres adorados viven consagrados a mi memoria; y nada más grato para mí que asistir a sus consejos de familia.” ¡Dios mío! ¡Qué grande es el Espiritismo! Dijo mi esposa. No perder más que a medias a los seres queridos es un consuelo tan inmenso, que se necesita haber perdido la razón como yo la perdí por el exceso del dolor, para apreciar en todo lo que vale la comunicación de los espíritus. ¡Hijos míos! No nos llamemos desgraciados sabiendo que vuestro padre vela por nosotros.

“Y es verdad que velo, mi pensamiento siempre está fijo en mi humilde hogar, oasis bendito donde reposé 28 años acariciado de mis padres, de mi esposa y de mis hijos, y tanto amo esos rinconitos de la Tierra donde anidan almas buenas y sencillas, que visito con frecuencia el nido encantador de tus buenos amigos y gozo con verles acariciar a su pequeñuelo formando risueños planes para el porvenir”.

“¿Qué importa el huracán del infortunio y que arrebate las tejas de estos humildes cobertizos, como sucedió en la morada que yo habitaba en la Tierra, que en breves segundos se quedaron a la intemperie los cinco seres que vivían a la apacible sombra de mi amor? Si aquellas horas de felicidad refrigeraron nuestros espíritus y dieron expansión a los más delicados sentimientos, reposando confiadamente los unos en el amor de los otros, preparándose para gozar mayores delicias en nuestras sucesivas encarnaciones”.

“Que la crisis fue terrible es indudable; pero como todos se amaban, mis padres redoblaron sus caricias para que mis hijos no sintieran mi ausencia, mi esposa cuando recobró la razón concentró en sus hijos y en ellos, todas sus afecciones, y como la unión constituye la fuerza, dominaron a las adversas circunstancias y con acopio de privaciones y economías, han conseguido resistir el ímpetu de la miseria que llegó bruscamente a dejarles su herencia de lágrimas, y hoy sonríen con la esperanza de mejorar de suerte cuando mis hijos avancen en su carrera, que son espíritus amantes del progreso y sólo anhelan el bien de los suyos”.

“Son espíritus egoístas los que prefieren la soledad, a sufrir las consecuencias que trae en pos de sí la creación de una familia. Cuando yo vuelva a la Tierra volveré a fabricar mi humilde nido, ¡Era yo tan feliz!... y aún lo soy contemplando mi hogar y hablando con mis ancianos padres, con mis amados hijos, y mi fiel esposa que sólo vive consagrada a mi recuerdo sonriéndose dulcemente cuando piensa que yo pudiera renacer en uno de sus nietos”.

“¡Bendita sea la renovación eterna de la vida! Dichosos los que hemos sonreído en un hogar tranquilo y esperamos sonreír mañana en unión de los que hoy lloran nuestra ausencia”.

“Yo me conceptúo feliz, si bien esta felicidad está impregnada de indefinible melancolía, pero esta influencia terrenal se irá extinguiendo y seguirá avanzando en el interminable camino del progreso”.

“Adiós Amalia; sigue pagando tus deudas que muchas debiste contraer cuando no te has podido formar un oasis en la Tierra, mas confía en tu mismo trabajo que él te dará mañana la inmensa gloria de ser amada como yo lo fui, y lo soy en la actualidad”.

Adiós.

Dulcísima influencia nos ha dejado la comunicación de este Espíritu, cuyas aspiraciones están en armonía con nuestro modo de apreciar los verdaderos goces de la vida; pues creemos firmemente que todos los honores y tesoros que puede poseer el Espíritu, son humo leve que evapora el huracán de los siglos, si a ellos no está adherido un nido oculto a la mirada de los indiscretos, un verdadero oasis donde crezca alegre y confiado un pequeñuelo que diga con su misma impotencia: Amadme, protegedme, que sin amor yo no podré crecer ni vivir.

Todo a su tiempo da fruto sazonado, y el hombre sin hijos es un árbol muerto que sólo espera el hacha del leñador para caer.

¡Dichosos aquellos que pueden sonreír bajo la bendita sombra de un verdadero amor!

¡Ay, de los espíritus que no merecen hallar un oasis en la Tierra porque viven... sin vivir!

CAPÍTULO XLI

¡ARRIBA!

Cuando dice el poeta: ¡Arriba! En esa altura supuesta por nuestra imaginación, o mejor dicho, por los antiguos sabios que le daban a la Tierra y al cielo tan distinta configuración de la que en realidad tiene, pues hoy gracias a los telescopios de gran potencia como dice muy bien Flammarion en sus “Tierras del Cielo” que en el Universo no hay alto ni bajo, ni derecha ni izquierda, de ningún género. El globo terrestre va como lanzado en el vacío, bogando en su órbita ídem con una velocidad de 650.000 leguas por día, (mil y cien veces más rápida que la marcha de un tren exprés, y setenta y tres veces superior a una bala de cañón) girando al mismo tiempo rápidamente sobre sí mismo. Lo que ahora está arriba para nosotros, poco tiempo después estará abajo y recíprocamente. No existe tal cielo, sino solamente una inmensidad infinita, en cuyo seno circulan los mundos. La medida de las distancias, de las magnitudes y de los movimientos, es la que nos ha enseñado esta verdad capital: que la Tierra es un astro del cielo, y que nosotros estamos actualmente en el cielo; el telescopio, acercándose a los demás planetas, ha aumentado su volumen aparente, y en vez de simples puntos luminosos errantes bajo la bóveda celeste, nos muestran hoy mundos gigantescos, tan voluminosos y más grandes que el que nosotros habitamos.

Antes estas verdades demostradas por la ciencia, el arriba material, la altura del cielo bíblico desaparece; pero queda la altura moral, queda la elevación del pensamiento, queda la eterna aspiración del alma, queda la mirada del hombre que cuando ora con verdadero sentimiento, cuando reza con el corazón, cuando implora el perdón de sus culpas y pide misericordia al autor de todo lo creado, nunca mira a la Tierra, siempre mira al espacio. Su cabeza no se inclina sino al paso del remordimiento, la Tierra únicamente atrae las miradas del criminal. Siempre miramos al cielo cuando abrigamos en nuestra mente un buen pensamiento, y siempre inclinamos la vista cuando nuestra conciencia nos dice que hemos faltado a nuestro deber.

Fijémonos en los niños: por lo general siempre suelen mirar al cielo, parece que sus ojos ven ya en el horizonte sus antiguos lares, la luz les atrae. Cuando las madres preguntan a los pequeñuelos: dónde está Dios, hijo mío, antes que les enseñen a levantar el dedito al cielo, el niño por un movimiento intuitivo mira hacia arriba, y con su inocente sonrisa parece que nos dice: allí está, yo lo veo.

A veces una palabra despierta un mundo de recuerdos, y los versos del poeta han traído a nuestra imaginación las reminiscencias de una triste historia.

Hace veinticinco años que conocimos a una pobre anciana que tenía más de setenta inviernos, y pedía limosna para ella y para su hijo, que ya tendría más de cuarenta años: el infeliz era idiota, y pasaba su vista por las calles riéndose y llorando a la vez; y cuando uno le preguntaba: ¿Isidoro dónde quieres irte? El pobre idiota se reía y extendiendo su diestra señalaba al cielo, y exclamaba, ¡Arriba! ¡Quiero irme arriba!... La multitud le asediaban, le tiraban piedras, le mortificaban, y el infeliz Isidoro lloraba amargamente y gritaba: ¡Oh me quiero ir arriba!...

¡Pobrecillo! Vivía cerca de nuestra casa, y se puede decir que pasaba el día en nuestra calle, donde varias familias le daban limosna, y su madre solía hacer algunos mandados a las criadas. Una tarde tuvimos ocasión de hablar con aquella mujer en casa de una amiga nuestra que la socorría mucho, y le preguntamos si siempre su hijo había estado de aquella manera.

¡Ay! Sí, señora, contestó la anciana, esa ha sido mi desgracia. Antes de venir él al mundo, yo vivía como el pez en el agua, nada me faltaba, mi marido me quería muchísimo; él trabajaba de albañil, yo planchaba y rizaba encajes, y hacía flores, y la única pena que teníamos era el no tener hijos; a los diez años de casada vino Isidoro al mundo y su padre no tuvo el gusto de verlo; ¡Tanto como lo deseaba! El pobre se cayó de un andamio pocos días antes de nacer nuestro hijo, quedando muerto en el acto, y desde entonces se puede decir que no he hecho más que sufrir; porque Vd. no puede formarse una idea de lo que me ha hecho padecer mi hijo. Cuando pequeño no parecía tonto sino loco; cuando empezó a hablar no me llamaba, no me decía madre como dicen todas las criaturas.

¿Pues qué decía?

Lo que dice ahora: yo me quiero ir arriba; pero esto acompañado de unos gritos horribles, y si no se ha matado, es porque Dios no ha querido, porque se ha caído de grandes alturas: dos veces se ha caído de una torre.

¡Parece increíble!

Pues es verdad; salía corriendo diciendo: yo me quiero ir arriba, y no había hombres que le detuvieran. Cuando tenía doce años se cayó del balcón a la calle y se partió las dos piernas, y estuvo más de ocho meses en la cama, de ninguna manera quise que fuera al hospital, se curó en casa, y curado se levantó y volvió a las mismas. A lo mejor salía y se iba corriendo y yo detrás de él, hasta que caía rendido en el suelo. A los veinte años se volvió a caer de un balcón al patio y se rompió un brazo y también lo curé en casa, porque conocía que si se lo hubieran llevado al hospital se hubiera muerto, porque era un

enfermo irresistible, sólo el cariño de una madre puede resistir aquella lucha continua, que era no descansar ni de día ni de noche. Entonces tuvo la viruela y se quedó ciego, y estuvo más de dos años sin vista, gritando: ¡Yo quiero ir arriba! Al fin vino un médico, creo que de Inglaterra, que hacía milagros curando a los ciegos, y una señora a quien yo le planchaba la ropa, compadecida de mí (que nunca me han faltado buenas almas), me dio una carta de recomendación para aquel médico que hacía prodigios, y en menos de tres meses recobró mi hijo la vista, y desde entonces parece otro, dejó de atormentarse con sus carreras y con sus gritos y ha vivido como Vd. ve, andando por las calles, otros días no quiere salir, llora como un niño y me dice: ¡Madre, llévame arriba y así vamos pasando. Yo con tantos disgustos y tanta intranquilidad, que no tenía sosiego para hacer nada, fui perdiendo los parroquianos que me daban trabajo, la vista también me faltó de tanto llorar y concluí por pedir limosna de puerta en puerta para el hijo de mis entrañas.

¿Y en un asilo no estaría Vd. mejor?

No señora porque estaría separada de mi Isidoro. ¿Vd. sabe lo que yo quiero a mi hijo? Si le quiero más que a mi vida; si no podría vivir separada de él; y sólo le pido a Dios una cosa.

¿Cuál?

Que mi hijo se muera antes que yo; porque si yo me voy ¡Qué será de él! ¿Quién le abrigará cuando duerma? ¿Quién le buscará el pan? ¡Pobre hijo mío! No lo quiero pensar.

¡Pobre madre! Su ruego fue escuchado: Dios siempre escucha el ruego de las almas grandes. Tres años después de la conversación que hemos referido, Isidoro cayó enfermo, y según nos contó luego su madre, poco antes de morir se incorporó, se sentó sobre el jergón que le servía de cama, se llevó las manos a la frente, lanzó un grito ahogado y después miró fijamente a su madre, único ser que le acompañaba y le dijo con voz entera: ¡Madre! He recobrado la razón, ahora conozco cuanto te he hecho sufrir, ¡Pobre mujer! No llores, me dicen que nos reuniremos allá arriba; y se quedó muerto. En su entierro no llevó más duelo que su madre, aquella mujer que tenía un gran corazón, fue la única que acompañó a los cuatro enterradores que vinieron a recoger el cadáver de su hijo. Nosotros la encontramos en la calle cinco días después de haber fallecido Isidoro, y al contarnos la anciana lo que había ocurrido, terminó su relato diciendo; ahora sí que puedo irme cuando Dios me lleve, nada tengo que hacer aquí, mi hijo ya está arriba, y ahogando sus gemidos siguió su camino la infeliz mendiga.

¡Qué historia tan triste y tan tierna a la vez! Cuán cierto es que el amor, que es el primer demócrata del Universo implantando la ley de igualdad en este mundo, lo mismo anida en el palacio que en las cabañas; ¡Quién al ver aquella pobre vieja, encorvada bajo el peso de los años y de los sufrimientos, cubierta de harapos, que guarda un corazón tan grande y tan delicado sentimiento!... porque parece que la miseria llega a embrutecer a los seres. Esa vida nómada que llevan los pordioseros, sin casa, sin hogar, sin abrigo, todo lo más que tienen es un miserable tugurio, como tenía aquella pobre mujer, y sin embargo, nunca quiso encerrar a su hijo en un asilo, ni encerrarse ella; siempre decía: No, no, maltratarán a mi pobre Isidoro y a mi lado está mejor, ningún día se queda sin comer y de noche duerme tranquilo porque yo le vigilo, y si tiene frío le envuelvo con un viejo mantón y se pone tan contento...

No sabemos cuanto tiempo vivió la madre de Isidoro después de perder a su hijo, y en el momento que escribimos estas líneas, un Espíritu nos dice que aún vivió dos años, que recojamos nuestros pensamientos y prestemos toda nuestra atención a la comunicación que nos quiere dar. Nuestro deseo es difundir la luz, repitiendo lo que nos digan los seres de ultra-tumba, si comprendemos que su relato puede servir de alguna enseñanza a la humanidad.

“De alguna enseñanza puede servir lo que voy a dictarte; escribe Amalia, escribe: ¡Quién te diría cuando me conociste que yo te había de inspirar un escrito! ¡Yo! ...el tonto como me llamaban cuantos me conocían, el pobre imbécil perseguido y apedreado por los chiquillos, y amparado por una infeliz anciana, que corría afanosa tras de aquel hijo que le costaba tantas lágrimas”

“¡Quién diría al ver aquellos dos seres tan pobres, tan desamparados, tan harapientos, el uno decrepito sin poder sostenerse, el otro peor que un niño, sin un destello de inteligencia, sin un átomo de entendimiento, que lloraba amargamente cuando le alcanzaba alguna piedra, y decía entre sollozos ¡Quiero irme arriba! ¡Quién podría pensar que aquel desventurado había descendido de un trono para venir a la Tierra a espirar sus iniquidades!”...

“Todos hubieran dicho, ¡Es imposible! Si alguno hubiese dado cuenta de mi vida pasada, y sin embargo, a pesar de parecer increíble es una verdad”.

“¡Yo! El pobre idiota, el que durmió muchos años de su vida sobre un delgado jergón, sin tener para envolverse y abrigarse más que la ropa que se quitaba su madre; en otra encarnación dormía sobre edredones, en un lecho de marfil y oro bajo un pabellón de púrpura, velando su sueño más de cien esclavos, y al despertarse todos aquellos hombres se arrodillaban ante él y él los dispersaba a latigazos si aún le duraba la embriaguez de su última orgía; bien es verdad que para él, en todos los momentos de su vida, lúcidos o turbados consideraba a los hombres del mismo modo que a sus perros, quizás con más desprecio los miraba todavía”.

“Para él, o mejor dicho para mí, el mundo no era más que un rebaño, los hombres; creía firmemente que su único destino era ser mis siervos, míos eran sus tesoros, mías eran sus mujeres, mío cuanto poseían, yo no sabía más que mandar: ¡Ay! Del que se negaba a obedecer”.

“A nadie quise ni a mis hijos, ni a las mujeres que me servían para satisfacer mis apetitos brutales, me creía un dios y por consiguiente tan superior a los demás seres, que todo me parecía que debía pertenecerme. Hasta el Sol me incomodaba a veces, porque salía contra mi voluntad, los astros tenían en mí un enemigo implacable, porque eran los únicos que en mis dilatados dominios seguían su marcha por los espacios, sin poderles imponer mi voluntad”.

“Sólo una mujer consiguió algún tanto dominar mi corazón de fiera. Era una sacerdotisa consagrada a los dioses, Adina era hermosa, hermosísima, su belleza no puedo explicártelo, había en sus ojos un brillo deslumbrador, su cuerpo no era de la misma materia que el de otras mujeres, no; era un ser transparente, parecía que dentro de ella había los rayos del sol cubierto con un vapor blanco y rosado, la arranqué de su templo, pero no a viva fuerza; cuando la vi, caí postrado a sus pies y le dije: ¿Quién eres? Tu redención, me contestó Adina. Ven entonces conmigo, deja a tus dioses que yo soy un dios, sí, te seguiré, me dijo Adina pero ¡Ay de ti! Si tus labios impuros osaras acercarlos a mi frente. ¡Tiembla desgraciado! No emplees la violencia para conseguir mis caricias, que yo te acariciaré en otra vida... y la voz de aquella mujer me dominaba hasta el punto que delante de ella era dócil y tímido como un niño”.

“La obedecí sumiso como un niño: ella eligió el lugar de su retiro, y me fijó los días que debía ir a escuchar su voz profética”.

“Yo ansiaba aquellos momentos, aunque sus vaticinios eran funestísimos, porque me decía:”

“¡Infeliz! ¡Vuelve en ti! ¡Mira que vivirás mañana! ¡Yo hablo con los dioses! ¡Yo sé que te arrastrarás por la tierra como se arrastran los reptiles!... ¡Yo sé que vivirás muriendo... que tendrás hambre, que tendrás sed y no hallarás donde reclinar tu cabeza. Escúchame: yo amo tu alma, no tu cuerpo: monstruo execrable, yo sé que soy la encargada de purificar tu Espíritu porque yo escuché tu primer gemido, yo sorprendí la primera mirada inteligente que dirigiste en torno tuyo y pedí ser tu genio tutelar; pero ¡Ay! ¡Cuán lejos fueron tus iniquidades! Mas la luz podrá más que la sombra, mi amor te arrancará de los abismos y te llevará, sí, te llevará a las regiones luminosas. No profanes mi cuerpo, que soy de los dioses, ¡Ay de ti! Si tus labios impuros osaras acercarlos a mi frente. ¡Tiembla desgraciado! No emplees la violencia para conseguir mis caricias, que yo te acariciaré en otra vida... y la voz de aquella mujer me dominaba hasta el punto que delante de ella era dócil y tímido como un niño”.

“Un día fui a verla y me dijo: pronto dejarás la Tierra, morirás como mueren todos los tiranos, asesinado por tus esclavos, piensa en mí y llámame cuando estés en la agonía, que yo seré el único Espíritu en la creación que rogará a los dioses por ti”.

“Déjame libre, no te opongas a mi paso, vuelvo a mi templo para pedir a los dioses que tengan misericordia de ti, y me ofreceré en sacrificio de tu iniquidad, nos veremos más tarde, porque yo tengo que seguir las huellas de tu vida, tú serás carne de mi carne, y hueso de mis huesos; yo besaré tu frente cuando estés purificado por el dolor”.

“Subyugado por aquella voz profética, caí de hinojos, extendí mis brazos hacia ella y lagrimas de arrepentimiento por primera vez, se desprendían de mis ojos”.

“Mi muerte fue como ella me predijo; un día estando en el baño mis esclavos me rodearon, me hirieron, y tuve que morir como ellos quisieron ahogado en mi propia sangre.”

“¡Cuánto tiempo estuve dentro de aquel baño! De mi cadáver, ya no quedaba en la Tierra ni una partícula!... el fuego había calcinado mis huesos, las cenizas se las había llevado el huracán, hasta mi recuerdo se había borrado de la historia de los pueblos, y aún me creía yo estar dentro del baño viendo las feroces caras de mis esclavos y escuchando sus palabras que me decían; ¡Muere! Hora es ya que vuelvas al infierno de donde nunca debiste salir”.

“¡Cuánto tiempo resonaron aquellas palabras en mis oídos!... hasta que al fin oí una voz que me dijo ¡Infeliz! Dios tiene misericordia de ti, y como por encanto me vi solo, envuelto en una densa bruma”.

“Pasó tiempo, mucho tiempo... y volví a escuchar la misma voz que me dijo: volverás a la Tierra; yo iré contigo, yo saciaré tu hambre y calmaré tu sed; yo abrigaré tu cuerpo con los harapos que cubran el mío. Yo te amo con ese amor que nunca muere; contempla tu historia, y pide a Dios que te fortifique porque tienes que caer muchas veces en tu camino. Después me quedé en la sombra; sepulcral silencio y oscuridad profunda me ofrecieron horas de angustia y de reflexión; pensaba en Adina, la llamaba, pero ni el eco me respondía luego... como si estuviera ante una linterna mágica se fueron presentando ante mis ojos sobre un fondo luminoso todos los cuadros de mis horribles encarnaciones, ¡Cuán odioso me vi en todos ellos!, Únicamente cobré ánimo cuando me vi delante de la sacerdotisa Adina, de aquella mujer hermosísima a quien sin saber porqué no profané con mi aliento sino que humilde y reverente la adoré como se adora a un dios: aquel cuadro duró mucho más tiempo que los otros, y al desaparecer en lugar de hundirse a mis plantas como se habían hundido los demás, aquél se elevó sobre mi cabeza dejando tras de sí reflejos luminosos, y entonces exclamé: ¡Quiero ir arriba!

“¡Trabaja y subirás! Me contestaron. Pero yo entonces no me encontré con fuerzas para trabajar, sólo quise sufrir, quise ser menospreciado de todos, humillado, escarnecido, quise volver a la Tierra para

ser juguete de los hombres y entré nuevamente en el mundo, tan pobre en todos sentidos, que ni entendimiento quise tener”.

“Yo era el pobre idiota que tú compadecías en tu juventud, yo era aquel que lloraba cuando me apedreaban los chicuelos y decía: ¡Quiero irme arriba! Porque en mi mente siempre veía la hermosísima figura de Adina que se perdía en la altura”.

“Yo ni comprendía entonces quién era, ni tampoco aunque hubiese dado giro a mis ideas, hubiese podido explicarme, porque apenas sabía hablar; no pronunciaba más que algunas frases, y hasta que me quedé ciego, no comprendí, mientras mi cuerpo reposaba, quien era mi madre, que coincidió mi descubrimiento con mi curación; por eso entonces cambié de carácter, porque aunque despierto yo no me había dado cuenta absolutamente de nada; cuando dormía mi Espíritu una noche se lanzó como de costumbre hacia arriba, porque todo mi afán era ver aquella figura luminosa, a la hermosísima Adina y una noche se me presentó un anciano y me dijo: Eres más feliz de lo que crees; la mujer de tus sueños, el Espíritu que trabaja en tu redención no está arriba, que los ángeles descienden a los abismos cuando tienen que salvar a un pecador”.

“Mira a la mujer que te sirve de madre; mira a la que ha querido compartir tus penas. La sacerdotisa que se inmoló por ti, volvió a la Tierra a seguir sus sacrificios en otro templo, en otro más grande que el anterior, en el templo inmenso del amor maternal. Contigo cruza la Tierra y no te abandonará, ella cerrará tus ojos y en menos tiempo que un segundo, vi junto a mí, a mi madre, no con su triste envoltura, sino radiante de belleza, y de imponente majestad, que inclinada sobre mi lecho sonreía amorosísimamente al pobre idiota de la Tierra”.

“Mis ojos tuvieron luz desde que la vi a ella. ¡Cuántos misterios guardan vuestros mundos! Cuántos auxiliares tiene vuestra ciencia que desconocéis por completo”.

“¡Cuántos médicos creen que curan a sus enfermos y apenas toman parte en su curación!”.

“¡Ella estaba conmigo. Ella, la sola mujer que yo respeté, el único ser que yo llegué a admirar, ¡Qué grande es el amor de los espíritus! ¡Ahora comprendo que Adina es mi ángel tutelar, y que el origen de su amor se pierde en la noche de los siglos”.

“¡Cuánto bien me hizo en la Tierra! En mi última encarnación ¡Cuánta ternura! ¡Cuántos sacrificios! ¡Cuánta abnegación! Ella, que por sus virtudes debía habitar en los mundos felices, quiso participar en todas las amarguras que tenían que rodear mi vida. Ese amor, ni yo tengo elevación para pintártelo ni definirlo, ni tú adelanto suficiente para comprenderlo. En la Tierra aún no adivinan ni se presienten esos efectos supremos, efluvios divinos del amor de Dios”.

“Pocos momentos antes de dejar ese mundo, recobré por completo la razón, comprendí cuanto había martirizado a mi madre, y sentí un dolor tan agudo en el corazón que aquella sensación no me dejó tener ni agonía, ni paz después de la turbación. Presencé mi entierro y vi la diferencia notabilísima que había de un tiempo a otro”.

“Cuando fui soberano de los pueblos, cuando mis dominios era tan extensos que no sabía el número de mis siervos, mis esclavos me asesinaron, me ahogaron en mi propia sangre, quemaron mi cadáver, arrojaron mis cenizas al viento y las multitudes ebrias de alegría organizaron fiestas para celebrar mi muerte, y cuando murió el pobre idiota, el infeliz mendigo, aquel ser que en medio de su imbecilidad lloraba amargamente si veía que maltrataban a un niño, o pegaban a un perro, o le daban latigazos a un caballo; cuando murió aquel pordiosero, que no hizo ningún bien, pero que siempre le horrorizó el mal, una madre amorosísima, un Espíritu de luz recibió mi último suspiro y fue acompañado mi cadáver hacia la mansión de los muertos, y durante dos años, rezó por el descanso de mi alma con la fe del creyente y más de una vez fue al cementerio a llorar en la fosa de su hijo, y cuando algunas almas compasivas le hablaban a mi madre de su pobre Isidoro, solían decirle: No rece Vd. por él, si era un inocente, ¡Pobrecillo! Él sí que se fue del mundo sin pecar”.

“¡Qué diferencia de la muerte del tirano y la muerte del mendigo! Cuando desapareció el primero, hasta la tierra se alegró: cuando se fue el segundo, si algunos le consagraron un recuerdo, fue para decir ¡Pobrecillo! Él sí que no pecó. Y ella ¡Adina! Aquel alma sublime lloró por el hijo de su corazón!”.

“¡Amor de los espíritus! ¡Amor inmenso! ¡Amor supremo! ¡Amor que salva! ¡Amor que regenera! ¡Amor que nos engrandece! ¡Amor que nos eleva desde los abismos de la barbarie a las alturas del progreso!”.

“Yo presentía ese amor en medio de mi idiotismo; por eso exclamaba siempre que me atormentaban: ¡Quiero irme arriba! Porque en la altura yo veía la luz”.

“Y tú, tú que evocando mi recuerdo me has permitido comunicarme contigo, tú que también has dicho en tus horas de alucinación: ¡Quiero irme arriba! No olvides Amalia que arriba no se puede ir, sino después de haber amado mucho, de haber sufrido mucho; tú ya has sufrido, pero aún no has amado como se debe amar para ver la luz, yo tampoco puedo verla todavía, pero la veré porque me ama tanto el Espíritu que me sirvió de madre en mi última encarnación, que su amor obrará en mí prodigios”.

“Si vuestros libros sagrados dicen que la fe transporta las montañas, yo te digo, Amalia, que el amor de los espíritus transporta los mundos”.

“En agradecimiento a tu condescendencia en recibir mi inspiración, me despido de ti dándote un consejo: trabaja y ama; el trabajo le dará energía a tu Espíritu, el amor engrandecerá tus sentimientos”.

Adiós buen Espíritu; mucho nos has complacido con tu comunicación, porque presta a profundas consideraciones, también como tú deseamos ir arriba, también decimos como el poeta: Sube alma mía, que arriba tendrás sombra, fuiste arriba, pero también comprendemos que las almas no suben por la escala de Jacob, sino amando el sacrificio, santificando el trabajo, difundiendo la luz de la verdad, sólo entonces llegarán a la cima donde el patriarca vio en sus sueños a Dios.

Voluntad tenemos, queremos ir arriba, queremos ser sabios, grandes y buenos, queremos dejar la Tierra y habitar en mundos mejores, queremos vivir entre torrentes de luz, contemplando horizontes de vivos colores, aspirando el embriagador perfume de flores que nunca se marchitan, queremos ser amados y amar como aman los espíritus para que nuestra alma realice sus sueños, para que después de luengos siglos podamos en alas del progreso ¡Ir arriba!

CAPÍTULO XLII

LA VOZ DEL PROGRESO

¡Despierta de tu sueño, raza humana! ¡Oye mi voz potente! Yo te vengo a decir que hay un mañana, y que de Dios, la diestra soberana, un día se posará sobre tu frente.

Yo te vengo a decir que la existencia no es el sueño penoso de ese mundo, y que la providencia, no puede condensar de Dios la esencia en la efímera vida de un segundo.

¡El porvenir del hombre es infinito! Sin límite prescrito, lanza en la piedra su primer vagido, y sigue otras especies animando en la ley del progreso indefinido.

¡Grande es la vida, sí; de Dios hechura; mas entendedlo bien, ¡Pobres mortales! No creáis en vuestra raquítica figura la realidad de eternos ideales.

No es el hombre pequeño de la Tierra imperfecto y mezquino, que invoca a Dios al emprender la guerra y lo aclama, si vence a su enemigo.

No es la imagen de Dios, el rey que osado a sus pueblos los trata como a ilotas, ni es su imagen el siervo esclavizado que una vez libre, a su tirano azota.

Vosotros le habéis dado a Dios hechura y Éste no tiene forma conocida; quererle humanizar, es la locura más grande que tenéis en vuestra vida.

Espiritualizar el sentimiento y arrancaréis de vuestra senda abrojos: dejad que sólo mire el pensamiento y veréis mucho más que con los ojos.

No admiréis en el hombre su grandeza, no envidiéis su talento; que el que vive no más con la cabeza, es hoja seca que la lleva el viento.

¡Contemplad la Creación! ¿Qué veis en ella? ¿Qué savia sus vergeles fecundiza? ¿Quién da fulgor a la temblante estrella? ¿Quién da perlas al mar? ¿Quién lo esclaviza? ¿No admiráis un poder omnipotente? ¿No admiráis una fuerza poderosa que enlaza el más allá con el presente? ¿No escucháis una nota melodiosa cuyo eco dulce, arrobador, profundo, encuentra vibración de mundo en mundo?

Contemplad de la luz esos reflejos, que a través de los siglos la reverberación desde muy lejos, presenta los vestigios de nuestras existencias anteriores; y veréis la verdad sin duda alguna, a unos llorando en vuestra tumba helada, y otros meciendo alegres vuestra cuna.

La vida del Espíritu elevado es sublime, suprema: para él no hay ni presente ni pasado, para él está resuelto el gran problema, que volatilizado, está el progreso en todas las esferas.

Su hálito sutilísimo, impalpable se abre paso en la piedra, en el crustáceo que en el mar se esconde, en el planeta que en el éter rueda, en todo llama a Dios, y Dios responde.

La vida en infinitas proporciones se divide, de muchos ignoradas, sus manifestaciones, son las evoluciones de todas las especies combinadas.

Íntima relación existe en todo, en la piedra, en la planta y en el hombre, y de idéntico modo progresa el ave audaz que llega al cielo y el reptil que se arrastra por el lodo.

Todo se eleva a Dios; nada hay rastrero: la eternidad del mal no es conocida, los mundos en su eterno derrotero sólo tienen un punto de partida: brotar, crecer, morir y confundirse... los átomos buscarse nuevamente para en un nuevo sol ir a fundirse.

Todo tiende a vivir siempre ascendiendo, dejando atrás la deleznable escoria. ¡Toda la escala Universal subiendo, buscando el infinito de la gloria! No esa gloria mezquina que soñaron absurdas religiones, que el poder del Eterno limitaron creando esas terroríficas mansiones o esos centros de luz, donde la vida no tiene variedad de sensaciones.

¡La eternidad del bien, sin adelanto! ¡La eternidad de mal, sin consuelo! ¡No hay una falta que eternice el llanto! ¡No hay obra buena que conquiste un cielo! Nadie llega hasta Dios; que Dios no tiene lugar determinado, el Universo entero le sostiene porque esencia es de todo lo creado.

¡Si Dios es infinito en su grandeza!... ¿Cómo puede soñar la mente humana esa mansión de espléndida belleza, eterno cautiverio del mañana?... ¿Cómo pudo forjar esos dolores y esos antros sombríos, donde gimen satánicas legiones negando a Dios en loco desvarío? ¡Humanidad!... despiértate y escucha.

No le des forma a Dios que no la tiene, no invoques su poder para la lucha: piensa tan sólo en él si sucumbieres.

No lo humanices, ni le des pasiones cual las tuyas mezquinas; no te ocupes en darle proporciones al Creador infinito de la vida.

Ocúpate de ti, dale a tu alma dilatado horizonte, no mires en la tumba más que un monte, tras él, nuevas llanuras de existencias futuras.

Se extiende ante ti, que tu mirada no pudo vislumbrar, mientras seguías tu penosa jornada, que terminada, tienes ante tus ojos nuevas vías, que nunca tendrán fin, porque contadas no tiene Dios las horas de sus días.

¡Vivir! ¡Siempre vivir, es tu destino!... ¿Comprendes raza humana? ¡Yo soy el sol que alumbra tu camino y que no tendrá ocaso en el mañana! ¡Yo soy el que le dijo a Galileo inventa un telescopio! Y al gran Kepler yo le inspiré el deseo de mirar de otros mundos la estructura; yo el que le dije a Kind: haz una sonda que penetre en el seno de la Tierra.

Y el cetro del gran siglo XIX, que sea un pedazo de carbón de piedra; yo he sido el anticuario que he buscado ese calor solar almacenado en el seno de bosques seculares.

Yo he sido el que he lanzado un cable trasatlántico en los mares; y yo el que he demostrado que en el caballo de vapor la fuerza del titán de la fábula se ha hallado: yo he sido el que les ha dicho a los mortales, no hay obra buena que conquiste un cielo, estudiad en los libros siderales, como el águila alzado el raudo vuelo, y veréis que el espacio es infinito y que sólo hay la atmósfera azulada en cúpula aparente transformada, en cuyo seno anidan blancas nubes...

Y en donde habéis soñado que hay querubes en realidad... en realidad no hay nada. Más que rayos azules, partículas de luz diseminadas... yo le he hecho comprender a la criatura, el valor que en sí tiene la existencia, por mi búsqueda de Dios la esencia pura en el mundo infinito de la ciencia; ¡Yo he derribado todas las fronteras! ¡Yo perforé del mundo las montañas!

Yo he desgarrado el misterioso velo que a la muerte sirviera de sudario, y he convertido al tiempo en sabio artista haciéndole de Dios el estatuario.

El estatuario, sí; porque él modela del hombre las diversas envolturas; y la muerte no es más que un centinela, que ponen de avanzada en noche oscura vuestros genios y amigos tutelares, que os dice: ¡Atrás! Dormid por un segundo para entrar a luchar en otro mundo, ¡Oye mi voz! ¡Humanidad! ¡Despierta! Admirad mi grandeza y poderío; las tumbas por mi mano están abiertas, y el Espíritu libre en su albedrío, viene a contaros de pasadas vidas sus odios y pasiones; que ni por un segundo interrumpido están las afecciones, en donde resumidas estaban vuestras grandes ambiciones.

Yo, cual otro Jesús, voy a las tumbas y le digo a los Lázaros dormidos: ¡Despertad! ¡Despertad! ¡Nadie sucumba! ¡Ciegos! ¡Mirad la luz! ¡Corred, tullidos!... ¡Dejad ya vuestros lechos sepulcrales! ¡Dejadlos en buena hora!... ¡Espíritus: ¡Vivid! ¡Sois inmortales! ¡Id a otros mundos! ¡Id donde la aurora de un esplendente día, refleja sus prismáticos colores sobre valles de luz, ríos de flores, torrentes y cascadas, y verdes enramadas donde elevan dulcísimos cantares aves enamoradas.

Después seguid, seguid la eterna senda. Mundos tras mundos hallareis, la vida jamás interrumpida se verá; porque Dios, de quien yo soy esencia bendita, limitación no tiene conocida.

LA LUZ QUE NOS GUÍA

Ayer, mañana y hoy no son más que palabras, frases huecas... por el hombre inventadas, a las cuales sujeta sus jornadas... ¿Me has entendido, humana raza? Tú eres la que te escribes tu proceso, Dios no premia, ni absuelve, ni amenaza: tu juez únicamente es tu progreso.

¡Dios es más grande aún, mucho más grande! ¡Inconcebible! ¡Eterno! ¡Omnipotente! ¡Arcano de la vida! ¡Luz y aliento de todo lo existente! ¡Increado ser por nadie definido!... lejos está, muy lejos... de vuestra pobre vida, a la que asociáis con loco empeño, sin tenerme por punto de partida; cuando tan sólo yo, ¡Raza deicida! Soy el que puedo realizar tu sueño ¡Ven a mí! ¡Ven a mí, porque me inspira profunda compasión tu desvarío!

¡Ven, loca de los siglos!... ¡Tú deliras!... te consume la fiebre del hastío: ¡Quieres ver, quieres ver... pero no miras! ¡Ven! Apóyate en mí, yo soy la vida! ¡Yo soy la redención! ¡Soy la esperanza! ¡Yo realizo en los mundos el suceso que da a los pueblos libertad y gloria! ¡Soy la emancipación! ¡Soy el progreso! ¡Y el progreso es la luz! ¡La luz divina! Que borró de las castas degradadas su infamante anatema, ¡Humanidad! Refúgiate en mis brazos ¡Que soy de Dios la emanación suprema!

CAPÍTULO XLIII

A UN MATERIALISTA

Dices que el Espiritismo será secta o religión; tan sólo el oscurantismo le da tal definición. Nosotros no pretendemos formar religión ninguna, tan sólo alcanzar queremos el sepulcro con la cuna.

Queremos unificar los átomos disgregados; queremos; analizar todos los hechos pasados.

Queremos ver la razón, la causa que efecto da; y en la regeneración miramos el más allá.

¡No abrigamos pretensiones de tener sabiduría, que las humanas razones valen poco todavía!

Mas tenemos intuición de la ley universal, que es su complementación la lucha del bien y el mal.

¡Concedemos a la vida progreso indeterminado; la eternidad suspendida sobre todo lo creado!

Vemos a Dios en las flores, en sus preciados aromas, en los pardos ruiseñores y en las cándidas palomas.

En el lago, en el torrente, en el valle, en la espesura y en el mar que sordamente con su importancia murmura.

Y en las olas que en la arena corren tras de un algo en pos, hallamos la prueba plena de la grandeza de Dios.

Mas no le hacemos altares, ni en ídolos le adoramos; nuestros templos son los mares y los mundos que admiramos.

Las catedrales gigantes con sus arcadas sombrías, con sus luces vacilantes y sus graves melodías.

No son más que aberraciones del entendimiento humano, que hizo un Dios con sus pasiones y le ofreció un lujo vano.

¿Qué son los templos de piedra de admirable construcción? ¡Si a ellos se enlaza la hiedra de la envidia y la ambición!

Es preferible la ermita de la cumbre solitaria, donde el creyente eremita eleva a Dios su plegaria.

Mas nosotros no formamos ningún templo en este mundo, porque en nosotros llevamos algo más grande y profundo.

Por eso el Espiritismo ni es secta, ni es religión, es la esencia de Dios mismo germinando en la razón.

CAPÍTULO XLIV

A LA PAZ

Por eso ¡Dulce paz! ¡Yo te bendigo! Simbolizas las hermosas primaveras; por ti tienen las aves techo amigo, por ti crece la mies en la pradera. La civilización vive a tu abrigo, la abundancia difundes, y por ti los artistas en su anhelo audaces llegan a escalar el cielo.

¡Tú eres la luz! La irradiación suprema, de esa causa divina, ¡Omnipotente! Borrás de la venganza el anatema concediendo perdón al delincuente, del progreso sin duda eres emblema: ¡Feliz el pueblo que tu influjo siente!... Pues en medio de dulces alegrías, verás tranquilo deslizar sus días.

¡La vida del hogar!... La santa calma de una existencia plácida y dichosa, en éxtasis de amor arroba el alma, y la Creación parece más hermosa; mucho valdrá la inmarcesible palma, que se alcance en batalla victoriosa; Más prefiero a esos ínclitos laureles, el renombre de Fidas y de Apeles.

¡Grandes fueron los bravos espartanos, diciendo que a la sombra pelearían, de la nube de flechas, que inhumanos los persas a Leonidas dirigían! Mas ¡Ay! Que fueron sus esfuerzos vanos, pues cobardes traidores los vendían, y al pie de las Termópilas cayeron los que a la invicta Grecia defendieron.

¡Grande la Grecia fue! Pero su gloria, más la debió a la paz que no a la guerra; y el fasto más brillante de su historia en su elocuencia sin rival se encierra: sus sabios, en su vida transitoria tal vez recuerdo dejaron en la Tierra, que aunque ésta vuelva al caos, eco profundo repetirá su voz de mundo en mundo!

Son de admirar los bélicos afanes que a César y Alejandro distinguieron; y en España los Cides y Guzmanes indisputable gloria consiguieron, mas ¡Ay! Que en torno de sus nobles manes ¡Cuántas madres sus hijos perdieron!... ¡Gutemberg fue más grande con su invento que un mundo conquistó sin un lamento!

Un nuevo mundo, sí; porque la imprenta, la transmisión del pensamiento escrito, un horizonte inmenso nos presenta, donde irradia la luz del infinito: el amor de los pueblos ella aumenta, de la unión es el símbolo bendito: ¡Es el alma del mundo inteligente! ¡Es la voz del progreso Omnipotente!

Mas la voz de la prensa no se escucha en tanto que retumba la metralla, se estaciona el progreso ante la lucha: su calvario es el campo de batalla; por eso los gobiernos tienen mucha responsabilidad, cuando una valla no oponen a los torpes desafueros de locos y ambiciosos guerrilleros.

Que arrebatan la paz; cuando ella sola es la que hace a los pueblos venturosos, la que ciñe a los genios su aureola y la que hace a los hombres industriuosos. ¡Guerra a la guerra! Si, porque ella inmola todos los sentimientos generosos; todo el mal a su influjo se concilia: ¡Ella divide en bandos la familia!

¡Oh! Paz bendita ven... tiende tus alas y cubre al mundo con tu hermoso manto; tú eres la flor que más perfume exhalas, el ángel que mejor secas el llanto; por ti visten los prados ricas galas, a ti debe su gloria el adelanto, por ti se abren caminos y canales que son de la riqueza los raudales.

Por ti se eleva el globo en los espacios, por ti el túnel perfora las montañas, y se levantan templos y palacios, reinando el bienestar en las cabañas; y del cielo en los múltiples topacios, y del rugiente mar en las entrañas, la mirada del sabio profundiza, y compara, estudia, y analiza.

Y la Creación armónica, sublime, avanza por la senda de la vida; del progreso, el arado huella imprime y abre surco, en la tierra endurecida; la paz a los esclavos los redime: que sea ella nuestro punto de partida, ¡Naciones que os llamáis civilizadas... ¡Fijemos en la paz nuestras miradas!

¡Guerra a la guerra, libre pensadores! Que las luchas son siempre asoladoras; ¡Atrás los fraticidas inventores de máquinas de muerte!... vuestras horas empleadlas en el bien: ¡No mas horrores!... ¡Basta ya de invenciones destructoras!... No arrojen los cañones más metralla que el progreso comienza otra batalla.

¡Libertad por la ciencia ambicionamos! ¡Libertad por la ciencia alcanzamos! Paz y fraternidad sólo anhelamos: la unión universal sólo queremos, lo más noble y más grande deseamos: ¡Valor racionalista!... ¡Avanzemos! ¡Atrás pálidas sombras de la guerra: que la Paz viene a redimir la Tierra!

Lo que hemos dicho en verso, lo repetimos en prosa, la paz vendrá a redimir este planeta cuando la humanidad que lo habite sea merecedora de un bien tan inmenso; cuando hayamos progresado lo suficiente para practicar en toda su pureza la ley de Dios.

CAPÍTULO XLV

EL ESPIRITISMO

Es el Espiritismo, el gran consuelo que los mortales hallan en la Tierra, sin el increíble limbo, sin el cielo, ni del infierno la espantosa guerra: el hombre encuentra en él, clara y sin velo, la lógica razón, donde se encierra la causa y el efecto del problema sin pecado de origen ni anatema.

Justa, evidente, fácil y sencilla se ostenta la verdad sin duda alguna; en él la preferencia a nadie humilla, ni existe preeminencias de fortuna; que en el Espiritismo sólo brilla la nobleza del alma y no la cuna, porque el espiritista es el obrero del único progreso verdadero.

Las religiones todas han pintado un Dios a su capricho y sus antojos; en todas les busqué, pero no he hallado quien calmara mi angustia y mis enojos; que el Dios que los mortales han formado le cercan de la duda los abrojos, y nada más horrible que la duda... ¡Feliz aquél que tras la fe se escuda!

Yo en los templos, al pie de los altares, quería hallar a Dios, oyendo misas, y escuchando monótonos cantares del incienso entre nubes indecisas. Envidiaba a los hombres que, a millares, escuchaban con plácidas sonrisas, las historias de luengas tradiciones, de milagros, de santos y visiones.

Los envidiaba, sí; porque en mi anhelo yo no encontraba a Dios en mi agonía; un mito para mí fue siempre el cielo, y el purgatorio estafa y mercancía; buscando a mi dolor algún consuelo crucé los mares, y en tan fausto día, al contemplar el piélagos profundo rendí homenaje al hacedor del mundo.

Encontré a Dios en medio de los mares, en sus noches tranquilas y serenas, dejé de recordar mis patrios lares y olvidé mis dolores y mis penas; yo no había visto a Dios en los altares más lo hallé de la playa en las arenas, en las montañas de nevada espuma y en las rocas veladas por la bruma.

Al conocer de Dios el poderío y al comprender su sabia omnipotencia, hallé en la humanidad un gran vacío: que la unidad faltaba a esta existencia.

Entre honores y glorias, vi al impío, y a la virtud sumida en la indigencia, y dije: la creación es una obra en donde un algo falta, o algo sobra.

¿Por qué unos gozan mil y mil placeres y otros sufren tormentos sin medida? ¿Por qué, Señor, distingues a los seres, para uno muerte, y para otro vida? ¿Por qué a los miserables los prefieres dándoles recompensas inmerecidas? ¿Y en tanto un alma pura y delicada, no encuentra la felicidad soñada?

Tú que diste perfumes a las flores, y a las eternas olas su murmullo, y al refulgente sol sus resplandores, y a enamorada tórtola su arrullo, y a las aves plumaje de colores, y al gusano de seda su capullo, ¿Cómo hiciste al hombre desgraciado, cuando tu misma esencia lo ha formado? Estas quejas al viento yo lanzaba, cuando escuché una voz, pura y suave, que estas sentidas frases murmuraba: “Dios ha querido que tu duda acabe; si ves la humanidad gimiendo esclava, sufriendo una expiación penosa y grave, no creas que retrocede en su adelanto, la perfección se riega con el llanto”.

“Recuerda de Jesús la triste historia, que diez y nueve siglos han pasado, y aún los hombres veneran su memoria, y sus leyes al mundo han dominado; pues con la muerte conquistó su gloria; y el que fue escarnecido y humillado, ¡Ha sido de la Tierra el gran profeta, el regenerador de ese planeta!”

“No pienses que en la tumba está la muerte porque ves disgregarse la materia, nada en la Tierra permanece inerte, todo circula por distinta arteria; en mi revelación vengo a ofrecerte, la causa que da efecto a la miseria: porque Dios en su justa omnipotencia para ninguno tiene preferencia”.

“A cada cual le da lo que ha ganado; al Espíritu dio libre albedrío, y éste por sus antojos dominado vive según su loco desvarío: para el progreso eterno destinado, prefiera el lodazal, o el limpio río, que dure años o siglos su jornada, hacia el Todo camina, no a la Nada”.

“Hay mundos mil y mil donde los seres encuentran elementos de arte y vida, mezclados con acerbos padeceres, armonía universal no comprendida: pues si fueran eternos los placeres sería su sensación desconocida; y tienen peso igual en la balanza, la realidad del bien y la esperanza”.

“La esperanza es la voz de las edades y es el Espiritismo su idioma, manantial de las lógicas verdades que en la fuente de Dios raudales toma, consuela vuestras mil penalidades, astro de luz que en el oriente asoma: y es el Espiritismo la gran ciencia que os puede definir vuestra existencia”.

Cesó la voz de modular sonido, latió mi corazón, sentí en mi mente brotar los pensamientos confundidos cual brota del volcán su lava hirviente; la luz fue penetrando en mis sentidos, comprendí la justicia Omnipotente, y vi que la creación es una obra que nada le hace falta ni le sobra.

¡Humanidad que vives sumergida en las más dolorosas indiferencias, y que por tu ignorancia eres deícida; reconoce y admira a la gran ciencia, que descifra el problema de la vida demostrando el por qué de esta existencia, y el pasado, el presente y el mañana, las tres edades de la raza humana!

¡Que presentan cien mil generaciones en sus dioses, sus ritos y misterios, en las ruinas de pueblos y naciones, y en los bosques, primeros monasterios, las sectas de diversas religiones, que existen en distintos hemisferios, los mundos que en su eterno movimiento obedecen a un solo pensamiento!

¡Atrás los orgullosos que blasonan de haber marcado al tiempo una medida, para el tiempo no hay límite prescrito, porque éste, como Dios, es infinito!

CAPÍTULO XLVI

¡GRATITUD INMENSA!

En justo cumplimiento de la ley inmutable, perdí cuanto yo amaba; y al verme sin hogar, hallé luengas las horas; que son interminables aquellas que la angustia nos hace sollozar.

¡Vivir solo en el mundo!... ¡Vivir sin esos seres que fueron nuestro encanto por su entrañable amor! ¡Que en vernos venturosos cifraron sus placeres, que fueron nuestras penas, su angustia y su dolor!

La vida sin afectos es páramo infecundo; es lago de aguas muertas, se vive sin vivir; y como paria errante el hombre cruza el mundo: pensando que en la nada está su porvenir.

Así viví algún tiempo, pues por mi adversa suerte yo fui cual hoja seca que arrastra el huracán, por eso en mi delirio soñaba con la muerte, diciendo: ¡Venturosos aquellos que se van!...

¡Morir! ¡Dejar un mundo donde se sufre tanto!... en donde la miseria nos da la esclavitud! En donde es irrisorio del hombre el adelanto, en donde triunfa el vicio y gime la virtud.

Entonces yo ignoraba la vida de ultratumba, entonces yo decía: Morir es perecer; es terminar la lucha de fratricida guerra: el porvenir no existe y sombra es el ayer.

Mas llegó un día solemne, la venda de mis ojos cayó rota en jirones; y ante mi propia cruz mi Espíritu y mi cuerpo postráronse de hinojos, al ver del infinito la inextinguible luz.

Al ver que el Ser Supremo en sus eternas leyes, a todos los espíritus dio patrimonio igual; y dueños de sí mismos los siervos y los reyes, podían seguir la senda del bien universal.

Que nadie era llamado, ninguno era elegido, no había ni fatalismo ni predestinación; tan sólo una ley justa: ¡Progreso indefinido! Sin gloria y sin infierno, ni eterna perdición.

Tan sólo del trabajo la lucha inacabable, tan sólo de la ciencia su mágico poder; tan sólo el sacrificio cual fuerza imponderable, tan sólo amor inmenso cual fuente de placer.

Y ante la certidumbre que cada cual tenía, lo que él se había creado, fue grande mi dolor; hallé a Dios sabio y justo y justa mi agonía; mas ¡Ay!... que en mi camino no hallaba ni una flor.

Y es triste cuando el alma se siente acongojada, cuando se experimenta angustia y ansiedad, no hallar en dulces ojos magnética mirada, sino la indiferencia de frívola amistad.

No porque una sentencia sea justa y merecida, se amengua del que sufre la pena y el dolor; convicto el sentenciado, deslízase su vida llevando la cadena forjada por su error.

Yo comprendí mi yerro y me sentí humillada diciendo tristemente ¡Señor!... ¡Señor! ¡Pequé! Mas ¡Ay! ¡Qué interminable encuentro mi jornada! ¡Señor! Me faltan fuerzas si no aumentas mi fe.

Yo creo que tú eres grande, que tu sabiduría iguala a tu grandeza, que en ti la vida está, que no tiene ocaso las horas de tu día, que tú eres el pasado, el hoy y el más allá.

Que tú eres de la vida la fuente inagotable, que das frondas al bosque y aromas a la flor, que tú eres de los mundos la fuerza imponderable, que tú le das a todo la savia del amor.

Mas ¡Ay! Que tu grandeza me ofusca y me anonada, mi pequeñez me espanta y sólo sé gemir; no hay nadie que me aliente, no encuentro una mirada que en ella vea el reflejo del sol del porvenir.

Estoy sola en la Tierra; no hay nadie en torno mío y pienso que en mi tumba ninguno llorará; ¡Qué triste es para el alma desfallecer de frío! Mi Espíritu humillado ¡Qué arrepentido está!

Así me lamentaba, así mi triste acento sus quejas exhalaba: ¡Qué amargo es el dolor! Tenía la certidumbre, tenía el convencimiento que en mi árido camino no brotaría una flor.

Pero llegó un momento que un médium dominado por un ser de ultratumba, me dijo: Amalia ven: “Si zarzas espinosas te ofrece tu pasado, con flores el mañana coronará tu sien”.

“Y aún antes que abandones el mundo donde moras, ¡Tendrás breves momentos de dulce bienestar! Tan gratas y serenas deslizarán tus horas: que tú dirás; si sueño, no quiero despertar”.

“Tu voz lánguida y triste, cruzando los espacios en bosques y en montañas el eco repitió; y en muchos habitantes de chozas y palacios un vago sentimiento, tu acento despertó”.

“En zona muy lejana del punto donde gimes, contaba yo las horas, pensando sin cesar en esas enseñanzas grandiosas y sublimes que a esclavos y oprimidos venían a libertar”.

“Tu acento dulce y triste, tu melodioso canto con emoción profunda atento le escuché; y dije así: A este apóstol del bien y el adelanto le sobra sentimiento, pero le falta fe”.

“Es náufrago perdido en insondables mares, es ciego que lamenta su horrible soledad; para que tengan vida sus lánguidos cantares, los rayos necesita del sol de la amistad”.

“A su calor bendito su, Espíritu humillado, recobrará gigante, potente inspiración, y lanzará al olvido la noche del pasado y alcanzará gozoso tu eterna redención”.

“La sombra necesita de un ser que la comprenda, la sombra de un afecto que la haga sonreír; el que le ofrece al mundo de su saber la ofrenda es justo que tranquilo deslice su existir”.

“Es justo que sereno olvide sus pesares, sus penas, sus angustias y ese incesante afán, de los que sólo viven pensando en sus azares, dudando si mañana abrigo encontrarán”.

“Yo quiero ser la sombra que a Amalia preste abrigo, el oasis donde sueñe y adquiera inspiración; yo quiero ser su hermano, su verdadero amigo, y darle con mi afecto mi noble protección”.

“Yo cruzaré los mares y dejaré en su frente un ósculo bendito, un ósculo de paz, sabré como ella piensa, veré como ella siente, como en un libro abierto yo estudiaré en su faz”.

“Y si ama del progreso la lucha bendecida, si es incansable apóstol, entonces le diré: no pienses en ti misma ni en tu azarosa vida: no estás sola en la Tierra, tu sombra yo seré”.

“No importa que me vuelva a mis paternos lares, no importa que en la Tierra no vuelva a ver tu faz para que de ti aleje las dudas, los pesares, y acabes tu existencia en santa y dulce paz”.

“Te quiero porque sufres, y quiero que sonrías, ¡Apóstol del progreso! Trabaja sin temor; describe en tus cantares las horas de otros días, ¡Saluda alborozada la aurora del amor!”

“¡Amor de los espíritus! ¡Amor sublime!... santo... amor que no se extingue, que siempre vivirá! ¡Amor que impulsa al hombre al bien, y al adelanto! ¡Amor que le demuestra que existe el más allá!”

“¡Amor que llena el mundo porque de Dios emana! ¡Amor del infinito, que al hombre hace vivir! ¡Amor!... herencia eterna de la familia humana! ¡El ósculo del tiempo!... ¡El sol del porvenir!”

“¡Apóstol del progreso! A ti que el bien deseas desde lejanas playas, mi aliento te daré; yo quiero que engrandezcas Amalia tus ideas, te sobra sentimiento, pero te falta fe”

“La fe del raciocinio, la fe del adelanto, la fe que analiza, la fe de la razón; la fe de aquel que dice: yo quiero y me levanto para dictar las leyes de eterna redención”.

“Yo quiero verte grande, yo quiero que en tu historia escribas una página de refulgente luz; yo quiero que tu templo sea el templo de la gloria, y adores del progreso la inmaculada cruz”.

“Esto pensaba Amalia, pero tú adversa suerte, obstáculo imprevisto opuso a mi pesar: en medio de mis sueños me sorprendió la muerte y entonces mi cerebro dejó de funcionar”.

“Mi cuerpo quedó inerte, mi Espíritu abatido quedó como dormido y todo lo olvidé; pero tras breve plazo me alcé fortalecido y entonces ¡Pobre Amalia, de ti me recordé”.

“Tú ya no puedes verme, tu diestra con la mía en amistoso lazo jamás podrás unir; mas esto nada importa, lo que por ti sentía mi Espíritu, la muerte no pudo destruir”.

“Te quiero de igual modo, tu vida solitaria me inspira como siempre inmensa compasión, y cuando triste elevas tu lánguida plegaria pidiendo a los espíritus te den inspiración”.

“Acudo presuroso, te envuelve mi fluido y tu cuerpo se reanima, alégrase tu faz; tu Espíritu gozoso agita conmovido cuando en tu frente dejo un ósculo de paz”.

“Mas viendo que tu espíritu se abate y desfallece, cuando se encuentra solo, y miras con horror la ancianidad del cuerpo, y que tu angustia crece al ver en tu organismo las huellas de dolor”.

“Y exclamas con angustia: Señor, si mi existencia prolongas en la Tierra, ¡Acuérdate de mí! ¡Sin luz en mis pupilas... sumida en la indigencia... quizá en mi desventura me olvidaría de ti!...”

“Y yo no quiero hundirme, yo quiero levantarme, no quiero que me abrume el peso de mi cruz; yo quiero engrandecerme, poder un día elevarme y ver el foco eterno de la divina luz”.

“No quiero un organismo vetusto y carcomido, ¡Señor misericordia! ¡Tened de mí piedad! Que progresar no puede mi Espíritu abatido y quiero que difunda la luz de la verdad”.

“Tus quejas pobre Amalia, los ecos repitieron, cruzaron las esferas, llegaron hasta mí, y tanto tus gemidos a mi alma conmovieron, que procuré afanoso que mi voz llegase a ti”.

“Para que te animaras, para que comprendieras que sólo es aparente tu amarga soledad; que tiene tu mañana sus horas placenteras, que no debe asustarte la triste ancianidad”.

“Si tiene tu pasado su lamentable historia, si fuiste libertino, si el vicio te venció, en cambio en tu presente luchaste con victoria, y apóstol del progreso el mundo te aclamó”.

“Y aquellos que difunden la luz del nuevo día, aquellos que trabajan con incansable afán, no sienten los horrores, que guarda la agonía: los que aman el progreso sonríen cuando se van”.

“Y tú le rindes culto, tú adoras a la ciencia, tu Espíritu va siempre del adelante en pos; ten fe en tu mismo esfuerzo, y abriga la creencia que todos cuando quieren se elevan hasta Dios”.

“Yo velo por tu vida porque amas el progreso, por mí podrás un día dichosa sonreír, no esperes verter llanto por tétrico suceso: que aquel que en la luz vive, ¡Es luz su porvenir!”.

“Adiós mi pobre Amalia; adiós hermana mía, ¡Apóstol del progreso!... ¡Campeón de la verdad! Saluda alborozada la luz de nuevo día, y escribe en tu bandera. ¡Justicia y libertad!

Cesó la voz del médium de modular sonidos, y yo meditabunda y absorta me quedé; mis sienes aumentaron sus débiles latidos y renació potente mi adormecida fe.

De gratitud profunda me anima el sentimiento, mas no puedo expresarme, que nunca el corazón habló con elocuencia, y lo que yo ahora siento en el lenguaje humano no tiene explicación.

Tan sólo decir puedo, que sólo los que gimen comprenden lo que vale la voz de la amistad; aquellos que con llanto sus culpas las redimen, aquellos que murmuran ¡Señor!... ¡Señor!... ¡Piedad!...

Y yo que soy de aquellos que lavan con su llanto, las manchas indelebles sus faltas de ayer, yo que he sentido siempre ante el mañana espanto pensando que mis ojos la luz puedan perder...

¿Si habré escuchado ansiosa la voz de un ser amigo? Dudarlo es imposible, absorta la escuché, su noble sentimiento gozosa yo bendigo y en mi abatido Espíritu se levantó la fe.

La fe del raciocinio, la fe del adelanto, la fe del que analiza, la fe de la razón; la fe de aquel que dice: ¡Yo quiero y me levanto para dictar las leyes de eterna redención!

No viviré en tinieblas pues luz habrá en mi mente, y luz habrá en mis ojos ¡Bendita sea la luz!
¡Bendita la grandeza del Ser Omnipotente! ¡Bendita del progreso la inmaculada cruz!

Y tú, ser de ultratumba que me has prestado aliento que me has dicho: “No tiembles, avanza con valor, para adquirir virtudes te sobra sentimiento, mas en tu desventura no crees en el amor”.

“¡Y amor es la ley eterna, amor une a los mundos, amor une a las razas, amor universal! ¡Sin él fueran los valles desiertos, infecundos, sin él la nada, el caos, silencio sepulcral!”

De ti que he recibido un bien inapreciable, recuerdo inextinguible por siempre guardaré; que escrita está en mi mente la fecha memorable del día que del abismo por ti me levanté.

¡Bendito seas Espíritu! Por ti tengo esperanza, la cumbre del progreso escalaré veloz; y creeré que hay un puerto de plácida bonanza si alguna vez escucho el eco de tu voz.

CAPÍTULO XLVII

¡EL ALBA DEL PROGRESO!

Ya brilla en el Oriente la luz de un nuevo día, la Tierra alborozada, a su Creador envía de gratitud profunda purísima expresión; trabajan afanosas gozosas muchedumbres, enseñas victoriosas tremolan en las cumbres, y el eco en el espacio repite ¡Redención!

Las castas oprimidas, los parias degradados, los siervos, los ilotas, que al ser desheredados hallaban en la Tierra tan sólo un erial: hoy alzan con asombro al cielo sus miradas al ver que ya son hombres, no cosas animadas: que ya son herederos del bien Universal.

La madre desolada, el padre entristecido, el hijo quejumbroso, la esposa que ha perdido al padre de sus hijos que le jurara amor: ya del pesar no sienten la flecha envenenada; la muerte ya no agita su diestra despiadada ni exhalan sus lamentos las sombras del dolor.

¿Pero por qué este cambio? ¿Quizá las religiones, tal vez con sus milagros y con sus tradiciones han hecho que avanzara la pobre humanidad? ¿Quizá en algún Concilio de sabios Cardenales se ha dicho -¡La luz sea! Y nuevos ideales ¿Han levantado un templo al Dios de la verdad?

¿Qué religión ha sido? ¿Qué ungido del Eterno solemnemente ha dicho que no existía el infierno, que el hombre siempre iba de su progreso en pos? Y que sin morir nunca, iba de mundo, en mundo, con el ferviente anhelo, con el afán profundo de hallar en los planetas el hálito de Dios!

¿Se dijo esto en la India? ¿Quizás en Judea? ¿Lo reveló Confucio? ¿Moisés le dio a esta idea aliento, vida y forma? ¿Jesús la concibió? ¿Venció Mahoma por ella? ¿La proclamó Lutero? ¿Fue Sócrates el sabio quien le trazó el sendero y a las naciones libres el bien profetizó?

¡No es obra de uno solo!... no son las religiones las que le han dicho al hombre, que las generaciones no acaban en la tumba, que hay algo más allá; que hay mares tras la fosa, y playas, cuyos puertos acogen a las almas, reciben a los muertos, los que hallan una vida que nunca acabará!

No han sido los ungidos, no han sido los profetas, ni los conquistadores, ni los anacoretas los que le han dicho al hombre: -¡Tú tienes un ayer!... ¡Tú tienes una historia escrita en el pasado!... ¡Tú tienes una herencia, no estás desheredado!..... ¡El porvenir es tuyo!... ¡Luchando has de vencer!

¿Quién dio esta buena nueva? Quién dijo al hombre: Escucha, la vida no es la inercia, la vida está en la lucha, la vida es el trabajo, es la reproducción; tu yo pensante siempre se agitará en ti mismo, aún cuando disgregado contemples tu organismo, habrá en tu mente fuego y fe en tu corazón.

¿Quién dijo estas palabras? -¡Los muertos las dijeron! Ellos las pronunciaron, ellos las repitieron en la Siberia helada y el suelo tropical; absortos muchedumbres sus voces escucharon, y entonces a sus deudos los muertos demostraron que es el Espiritismo ¡La redención social!

El alba del progreso iluminó a este mundo, cuando la niña débil y el pensador profundo sintieron los efectos de la revelación; cuando pequeños muebles con rapidez danzaron, y seres ignorantes con elocuencia hablaron, pintando las grandezas que encierra la Creación.

Entonces los más doctos, los más profundos sabios, (aunque burlona sonrisa se dibujó en sus labios) sintieron de la duda nacer vaga inquietud; con el mayor sigilo los lápices cogieron, llamaron a sus muertos, sus muertos respondieron; y a éstos les preguntaron: -¿Qué hay tras del ataúd?

¿Por qué alentáis vosotros, si ya vuestros organismos disgregarse en la fosa, en ese triste abismo que toda vuestra savia hambrienta devoró? ¿Qué resta de vosotros si el cuerpo quedó inerte?... ¡Hay algo que resista al soplo de la muerte! ¿Vive algo eternamente? -¡Eternamente el Yo!

Dijeron los espíritus. -¡El yo, que significa la esencia de Dios mismo, la luz que vivifica a las humanidades que viven por doquier; el yo es la llama eterna del libre pensamiento, la voluntad que ordena, la fuerza, el movimiento, la noble inteligencia que inmortaliza al ser!

¡Ese es el yo, el destello de la razón suprema, al yo, no le destruye profético anatema, podrán los cataclismos mil mundos derrumbar: mas las inteligencias individualizadas, conquistarán de nuevo magníficas moradas: que la misión del hombre es siempre progresar!

El yo pensante avanza en todas las edades, vosotros sois las almas de las humanidades que en lucha fraticida perdisteis vuestro ayer; en cambio hoy a la ciencia rindiéndole tributo, de razonado estudio recogeréis el fruto y adorareis la esencia del infinito Ser!

Dudad, que con la duda el hombre se engrandece, dudando se pregunta, la duda es la que ofrece semilla productora de lucha y discusión; la duda es el progreso, saber dudar es todo; dudando se analiza, dudando se halla el modo de unir con dulces lazos la fe con la razón.

Dudad, y si a la duda unís la burla osada ¿Qué importa vuestra risa? Si vuestra carcajada cuando dejéis la Tierra tendréis que interrumpir, y os hallareis entonces con la verdad desnuda, la negación es humo, la risa de la duda, es niebla que deshace el Sol del porvenir.

Así hablaron los muertos; los sabios escucharon, ¡Brilló la luz del alba! Los pueblos avanzaron, grandiosos ideales nos dieron libertad; y del Espiritismo siguiendo la enseñanza, los náufragos encuentran un puerto de bonanza: aquellos que trabajan con buena voluntad.

¡El alba del progreso ya brilla en el oriente! El sol del adelanto jamás en occidente extinguirá los rayos de su infinita luz, la humanidad despierta de su profundo sueño, que ya no puede darle maléfico beleño la sombra del pasado envuelta en su capuz.

El alba del progreso es el Espiritismo, por él comprende el hombre que es dueño de sí mismo, por él irán los pueblos de su grandeza en pos, por él se irán cumpliendo sagradas profecías: ¡Lucid nuevas auroras de venturosos días! ¡Brillad en el espacio satélites de Dios!

El bien por el bien mismo con el mayor anhelo debemos practicarlo, que en él se encuentra el cielo; el bien da por efecto la paz universal; rindamos a la ciencia un culto reverente, digamos a los pueblos de Oriente y de occidente qué es el Espiritismo ¡La redención social!

CAPÍTULO XLVIII

ORIENTACIÓN ESPÍRITA

Si la comunicación con los espíritus no fuera una verdad comprobada y comprobable, mediante los sistemas conocidos, que se prestan a toda clase de análisis, no tendría razón de ser su existencia, puesto que sin la prueba sería un sistema religioso más. Por consiguiente, y para que esta verdad se imponga en el mundo, se necesitan los hechos, que nos demuestren hasta la saciedad, que no estamos ilusionados, sino que verdaderamente existen los espíritus, y que entran en relación con los hombres para orientarnos, revelándonos que la muerte no tiene más realidad que la que nuestra ignorancia le atribuye.

De aquí la necesidad de instruirnos, y de esta instrucción deriva el conocimiento de las leyes morales que nos obligan a reformar nuestro modo de ser, encaminando nuestros pasos hacia fines más elevados que los que, hasta el presente habíamos sentido.

Si los espiritistas en general diéramos al estudio la importancia que realmente requiere, prefiriéndolo hasta cierto punto a las manifestaciones espíritas, en los que no debiera entrarse sino con un conocimiento relativo de lo que son, nos ahorraríamos muchas censuras de parte de las personas sensatas y muchas ridículas escenas de los ignorantes, pues tendríamos más precaución en nuestra divulgación y procuraríamos hacerlo en mejores condiciones.

En muchas ocasiones valdría más callarse y no hablar de cuestiones que para nosotros constituye argumentos de convicción, y no lo son para todos. En este sabio silencio, y en el obrar en armonía como lo manda la moral espírita, estribaría nuestra mayor divulgación de hechos que no son comprendidos, unas veces por falta de datos en nuestras explicaciones, y otra, por falta de la evolución necesaria para admitir ciertas verdades.

Hay un gran número de espiritistas, que por falta de medios y mayor número aún por falta de deseos para instruirse, se conforman con las comunicaciones de los espíritus y no tienen inconveniente en declarar públicamente que, una comunicación enseña más que todos los libros juntos. No diré que esto no sea, pero creo que en todo tiempo, ha sido necesario el estudio y el conocimiento con la experiencia.

Hace falta estudiar y estudiar con aprovechamiento, relacionarse y buscar un centro de reunión donde cambiar impresiones, no entregarse a comunicaciones espiritistas privadas, obedeciendo a indicaciones de espíritus (salvo aquellos casos que la razón lo aconseje por un algo especial y siempre con un alto fin moral) y podremos evitarnos el caer en mistificaciones y obsesiones de tan malas consecuencias como las que a diario vemos y que tan mal parados nos dejan.

Es preciso reconocer que la manera de ayudar a la Ciencia espírita, es haciéndose culto y razonable, sabiendo lo que se cree y por qué se cree y no tener en nadie una confianza ciega.

El Espiritismo, como todos los ideales del mundo, como todas las ciencias, necesita de estudio y análisis desapasionado para no dejarnos conducir de cerebros enfermizos, de médiums que son instrumentos inconscientes de inteligencias atrasadas, ni de nuestras propias ideas a veces erróneas. Cuando se estudia, se aprende a pensar, cuando se piensa se aprende a razonar y cuando se comparan nuestras ideas con las ajenas, nacen discusiones que nos hacen afirmarnos en nuestras deducciones o en reformar nuestro criterio.

Dudo que, quien de esta manera obre, pueda ser nunca mistificado, por el contrario, quien dice que el libro no es preciso, teniendo comunicaciones, tarde o temprano, habrá de sufrir las consecuencias de su modo de pensar.

ÍNDICE

I	ORGULLO Y CREDULIDAD	10
II	RÉPLICA A LA ESCUELA MATERIALISTA	13
III	EL ESPIRITISMO NO ES EL FENÓMENO	22
IV	EL ESPIRITISMO ES LA MORAL	23
V	¿A DÓNDE VAMOS?	25
VI	LO QUE SON LOS ÁNGELES	27
VII	LA CIENCIA	29
VIII	YA ERA TIEMPO	31
IX	ACLARACIONES	33
X	EL QUE SIEMPRE NOS ESPERA	36
XI	EL GÉNESIS Y LA CIENCIA	38
XII	A LOS PROTESTANTES	41
XIII	¡EN EL CIELO!	44
XIV	VENGANZA ESPANTOSA	48
XV	NO HAY CULPA SIN PENA	51
XVI	NADA SE PIERDE	54
XVII	TREINTA Y DOS AÑOS	58
XVIII	EL DESPERTADOR	61
XIX	MALA COSECHA	63
XX	AL ESPÍRITU DE SOFÍA	65
XXI	LO QUE SEMBRAMOS ES LO QUE RECOGEMOS	67
XXII	TODO SE PAGA	69
XXIII	LA FAMILIA UNIVERSAL	71
XXIV	EL AVARO	74
XXV	¡AYER Y HOY!	77
XXVI	EN LA CULPA ESTÁ EL CASTIGO	79
XXVII	EL BUHONERO	81
XXVIII	UN ENEMIGO	87
XXIX	DEUDAS DE AYER	89
XXX	EGOÍSMO	91
XXXI	HACE FALTA LUZ	93
XXXII	PREFERENCIAS	95
XXXIII	DICTADO DE UN ESPÍRITU	97
XXXIV	EL INFIERNO	99
XXXV	LA PACIENCIA	101
XXXVI	¡DESDE MUY LEJOS!	104
XXXVII	¡UNA MADRE!	106
XXXVIII	¡POR MIEDO!	109
XXXIX	¡TODO TIENE SU CAUSA!	112
XL	EL OASIS	116
XLI	¡ARRIBA!	120
XLII	LA VOZ DEL PROGRESO	125
XLIII	A UN MATERIALISTA	128
XLIV	A LA PAZ	129
XLV	EL ESPIRITISMO	131
XLVI	¡GRATITUD INMENSA!	133
XLVII	¡EL ALBA DEL PROGRESO!	137
XLVIII	ORIENTACIÓN ESPÍRITA	139

Preguntas Frecuentes sobre Espiritismo
Libro **Qué es el Espiritismo**

Si tienes cualquier duda, encuentras algún error en el libro o quieres comunicarnos cualquier otra cuestión puedes escribirnos a:

info@cursoespirta.com

